

T. Lobsang Rampa  
*La caverna  
de los antepasados*



La caverna de los antepasados, en sus doce capítulos, describe las costumbres y prácticas de los lamas e invita a la comprensión metafísica y ética de las mismas. Éste es un libro que habla de lo oculto, del conocimiento que dejaron nuestros antepasados y que plasmaron en las montañas del Tíbet. Escrito en un lenguaje accesible, simple y didáctico lleva al lector a conocer la cautivante riqueza espiritual de los lamasterios del Tíbet.

**Lectulandia**

T. Lobsang Rampa

# La caverna de los antepasados

ePUB v1.0

aggelos 14.04.13

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *The cave of the ancients*

T. Lobsang Rampa, 1963.

Traducción: Pedro Sánchez Paredes

ePub base v2.1

## Prólogo

Éste es un libro que trata de lo Oculto y de los poderes del hombre. Es un libro sencillo que no contiene «palabras extrañas», ni sánscrito, ni ninguna lengua muerta. El lector medio siente el deseo de CONOCER las cosas sin necesidad de tener que adivinarlas a través de palabras que apenas comprende el propio autor. Si un autor domina su oficio, puede permitirse escribir en inglés sin pretender ocultar las lagunas de su conocimiento mediante la utilización de un idioma extraño.

Hay muchas personas que se sienten desorientadas ante esas confusiones de lenguaje. Las Normas de la Vida son realmente simples. No es preciso aplicarles el disfraz de los cultos místicos o de las pseudo-religiones. Tampoco es preciso recurrir al alegato de las «revelaciones divinas». TODOS LOS SERES HUMANOS pueden tener idénticas «revelaciones» si se esfuerzan por conseguirlas.

Nadie será condenado eternamente porque haya entrado en una iglesia sin quitarse el sombrero en lugar de hacerlo descalzo. En las puertas de las lamaserías del Tíbet puede leerse la siguiente inscripción: «Mil monjes, mil religiones». Independientemente de las creencias de cada uno, el que convierta en su norma de conducta el precepto de «trata a los demás como tú quisieras ser tratado», será bien tratado cuando llegue el Juicio Final.

Aseguran algunos que el Conocimiento Interior puede ser obtenido mediante la adhesión a un culto determinado y, naturalmente, contribuyendo sustancialmente al mantenimiento de ese culto. Las Leyes de la Vida dicen: «Busca y encontrarás».

Este libro es fruto de una larga vida consagrada a seleccionar las enseñanzas de las grandes lamaserías del Tíbet y los poderes conseguidos a través de una estricta identificación con las Leyes. Se trata de una ciencia que enseñaron los viejos Antepasados y que está grabada en las Pirámides de Egipto, en los Elevados Templos de los Andes y en el mayor depósito de Conocimiento Oculto que existe en el mundo: El Tíbet.

T. LOBSANG RAMPA

## Capítulo primero

La tarde era cálida, deliciosa; inusitadamente cálida para la época del año. La suave fragancia del incienso, elevándose dulcemente en la atmósfera quieta, llenaba nuestro espíritu de calma. Envuelto en una gloriosa aureola, el sol se ocultaba en la lejanía, tras las altas cimas del Himalaya, dejando teñidos de púrpura, como un presagio de la sangre que salpicaría el Tíbet en los días futuros, los picachos llenos de nieve.

Las sombras se acentuaban poco a poco deslizándose hasta la ciudad de Lhasa desde las cumbres gemelas de Potala y de nuestro Chakpori. Bajo nosotros, hacia la derecha, una tardía caravana de mercaderes de la India recorría lentamente su camino hacia Pargo Kaling, la Puerta de Occidente. El último de aquellos devotos peregrinos, lleno de una premura increíble, se apresuraba con el deseo de recorrer su camino hasta Lingkor Road, como si sintiera el temor de verse envuelto en la oscuridad aterciopelada de la noche, ya muy cercana.

El Kyi Chu, o Río Venturoso, discurría feliz en su interminable viaje hacia el mar, lanzando nítidos destellos de luz como un tributo al día que agonizaba. La ciudad de Lhasa brillaba con el dorado resplandor de las lámparas de grasa. Desde el cercano Potala se escuchó el sonido de una trompa anunciando el ocaso y sus notas volaron y se multiplicaron con el eco por todo el Valle, chocando contra la superficie de las rocas y regresando hasta nosotros con una cadencia distinta.

Yo contemplé la escena familiar, el Potala, centenares de ventanas iluminadas como si los monjes de todos los grados estuvieran atendiendo sus postreras tareas del día. En la parte superior del inmenso edificio, junto a las Tumbas Doradas, una figura solitaria, aislada y remota, parecía estar observándolo todo. Cuando los débiles rayos del sol se ocultaron detrás de la muralla de montañas, sonó de nuevo una trompa y el profundo rumor de un cántico brotó desde el templo. Los últimos vestigios de luz se desvanecieron rápidamente y, rápidamente, las estrellas del cielo se trocaron en un resplandor de joyas brillando sobre un marco de púrpura. Un meteoro cruzó el cielo relampagueando, convirtiéndose después en un estallido postrero de gloria, antes de caer sobre la tierra extinguiéndose en un puñado de humo y de cenizas.

—¡Hermosa noche, Lobsang! —dijo una voz querida.

—Realmente es una hermosa noche —respondí, poniéndome en pie rápidamente para saludar al Lama Mingyar Dondup.

Se sentó junto a un muro y me invitó a sentarme a su lado. Señalando hacia arriba, me dijo:

—¿Te has dado cuenta de que las personas, tú y yo, tenemos cierta semejanza con todo eso?

Le contemplé silencioso sin comprender qué semejanza podía existir entre nosotros y las estrellas. El Lama era alto, bien parecido y con una noble cabeza. ¡A

pesar de todo no encontraba ningún parecido entre él y las estrellas! Él sonrió ante mi expresión perpleja.

—Como siempre, eres literal, Lobsang, literal. Quise decirte que las cosas no son necesariamente lo que parecen ser. Si escribes: «¡Om!, mani padme Hum»<sup>[1]</sup> en caracteres tan enormes que a las personas que pueblan el Valle de Lhasa les resulte imposible leerlos, su propia grandiosidad impedirá que éstas puedan captarlos.

Se interrumpió y me miró para asegurarse de que era capaz de seguir sus explicaciones. Después continuó:

—Lo mismo sucede con las estrellas. Son «tan grandes» que no podemos comprender lo que forman entre todas.

Le miré como a alguien que de pronto ha perdido la razón. ¿Las estrellas «formando algo»? ¡Las estrellas eran —eso— «estrellas»! Después pensé en la posibilidad de escribir con caracteres tan grandes como para llenar todo el Valle, hasta el punto de que su propio tamaño los hiciera ilegibles. Él siguió hablando con su voz suave.

—Piensa que tú mismo disminuyes y disminuyes de tamaño hasta llegar a ser tan pequeño como un grano de arena. ¿Cómo podría verte yo entonces? Imagina que aún te haces más pequeño, tan pequeño que incluso el grano de arena fuera para ti tan grande como un mundo. En ese caso, ¿qué alcanzarías a ver de mi persona? —Se interrumpió y me observó con su mirada penetrante—. ¿Bien? —preguntó—, ¿qué es lo que podrías llegar a ver?

Me senté asombrado, con el cerebro vacío de todo pensamiento, boquiabierto como un pez al que acabaran de pescar.

—Lo único que verías, Lobsang —dijo el Lama—, es un grupo inmenso de mundos dispersos que ruedan en la oscuridad. Porque, como consecuencia de tu pequeñez física, percibirías las moléculas de mi cuerpo como mundos aislados, separados unos de otros por espacios enormes. Verías mundos girando unos en torno a otros. Verías «soles» que serían en realidad las moléculas de ciertos centros psíquicos. ¡Verías un «universo»!

Mi cerebro estallaba. Hubiera jurado que la «maquinaria» que está sobre mis cejas se estremecía convulsivamente bajo el esfuerzo que me veía obligado a hacer para alcanzar tan extraño, tan excitante conocimiento.

Mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, se inclinó hacia mí y, suavemente, me hizo alzar la cabeza.

—¡Lobsang! —murmuró riendo—. Tus ojos se están extraviando en un esfuerzo por seguirme. —Se sentó, inclinándose hacia atrás, riendo, concediéndome unos instantes para que me recuperara un poco de mi turbación. Después me dijo—: Mira el tejido de tu manto. ¡Pálpalo!

Así lo hice y me sentí como un estúpido al tener conciencia de mis viejas y

andrajosas vestiduras. Dijo entonces el Lama:

—Es tela. Suave al tacto. No es posible ver a través de ella. Pero imagina que la ves a través de un cristal de aumento que la muestra diez veces mayor de lo que tus ojos te dicen. Piensa en las hebras de la lana de yak e imagina que ves cada hebra aumentada diez veces. Sin duda alguna verías la luz entre las hebras. Pero multiplica sus dimensiones por un millón y podrás cabalgar sobre ellas, ¡a no ser que su inmensidad te impida abarcarlas!

Ante esas explicaciones, empezaba a comprender el sentido de sus palabras. Asentí pensativo, mientras el Lama proseguía:

—¡Como si fueras una mujer vieja y decrepita!

—¡Señor! —respondí al fin—. En ese caso, la vida entera no es más que una gran extensión de espacio acribillado de mundos.

—La cosa no es tan «sencilla» —respondió—, pero ponte cómodo y te comunicaré algunos de los conocimientos que hemos podido descubrir en la Caverna de los Antepasados.

—¡La Caverna de los Antepasados! —exclamé lleno de avidez y curiosidad—. ¡Vais a hablarme acerca de esas cosas y de la Expedición!

—¡Sí! ¡Sí! —murmuró—. Pienso hacerlo; pero en primer lugar, es preciso que hablemos del Hombre y de la Vida, tal como los concebían los Antepasados en la época de la Atlántida.

Yo sentía dentro de mi espíritu el mayor interés por la Caverna de los Antepasados, descubierta por una expedición de grandes lamas y que constituía un depósito fabuloso de ciencia y de máquinas procedentes de una época en que la Tierra era todavía joven. Como conocía a mi Maestro, comprendía que era inútil abrigar la esperanza de que me relatara esa historia hasta que él lo considerara oportuno, y ese momento no parecía haber llegado todavía. Las estrellas brillaban sobre nosotros en todo su esplendor, levemente mitigado por el aire extraño y puro del Tíbet. Las luces iban apagándose una tras otra en los Templos y en las Lamaserías. El aire nocturno transportaba, desde la lejanía, el gemido lastimero de un perro y los ladridos con que le respondían los perros de la aldea de Shó, situada sobre nosotros. La noche estaba serena, incluso plácida, y ninguna nube oscurecía el rostro recién aparecido de la Luna. Las cintas de oraciones pendían, lacias e inanimadas, de sus mástiles. Hasta nosotros llegaba el débil repiqueteo de un Molino de Plegarias al que algún monje piadoso, dominado por la superstición e incapaz de tener conciencia de la Realidad, hacía girar, con la esperanza inútil de conseguir los favores de los Dioses.

Escuchando aquel ruido, el Lama, mi Maestro, dijo sonriendo:

—Cada cual actúa de acuerdo con sus creencias y con sus necesidades. Las galas de las ceremonias religiosas sirven a muchos de consuelo y nosotros no debemos condenar a aquellos que todavía no han sido capaces de recorrer un trecho suficiente



del Camino o que no pueden sostenerse en pie sin muletas. Lobsang, quiero hablarte ahora de la naturaleza del Hombre.

Yo me sentía muy cerca de «aquel» hombre, el único que había mostrado, en muchas ocasiones, consideración y amor hacia mí. Le escuché atentamente con el deseo de no defraudar la fe que en mí tenía. Debo decir, sin embargo, que así fue al principio, pero en seguida me di cuenta de que el tema era fascinante y entonces le escuché con una avidez realmente irreprimible.

—La totalidad del mundo está constituida por una masa de vibraciones. Toda la vida y todo lo imaginado tiene su origen en esas vibraciones. Hasta los poderosos Himalayas —dijo el Lama— son solamente un conjunto de partículas aisladas en el espacio que no pueden llegar a tocarse unas a otras. El mundo, el Universo, está compuesto por esas diminutas partículas en torno a las cuales dan vuelta sin cesar otras partículas semejantes. Todo cuanto existe está compuesto de torbellinos de mundos que giran unos en torno a otros, de la misma manera que el Sol está circundado de mundos que, siempre a la misma distancia, sin llegar a tocarse nunca, giran alrededor de él.

Se interrumpió y me miró, tal vez preguntándose si comprendía sus explicaciones, que yo seguía fácilmente.

—Los espíritus que nosotros, los videntes, vemos en el templo —prosiguió— son personas, personas vivas, que han abandonado este mundo, pasando a un estado en el que sus moléculas se mantienen tan ampliamente separadas que el «espíritu» puede atravesar el muro más compacto sin rozar una sola molécula de las que componen la materia.

—Honorable maestro —pregunté yo entonces—, ¿por qué, cuando un «espíritu» pasa junto a nosotros rozándonos, nos sentimos desasosegados?

—Cada molécula, cada partícula de este sistema «solar y planetario» está cargada de electricidad, de una electricidad distinta a la que el Hombre es capaz de producir con sus máquinas, de una electricidad más sutil. Es la electricidad que, algunas noches, podemos observar en el cielo. De la misma manera que la Tierra tiene las Luces Septentrionales o Auroras Boreales, temblando en los Polos, la menor partícula de materia tiene sus «Luces Septentrionales». Si un espíritu se acerca demasiado a nosotros, produce un leve temblor en nuestra aura psíquica y ésa es la causa de que sintamos ese desasosiego.

Nos envolvía la noche silenciosa, cuya calma no era turbada por la menor ráfaga de viento. Solamente en países como el Tíbet existe esta clase de silencio.

—Entonces, el aura psíquica que podemos ver en ocasiones, ¿es una carga eléctrica? —le pregunté.

—Sí —respondió mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup—. Fuera del Tíbet, en otros países donde los cables eléctricos de alto voltaje llenan todas sus regiones, los

especialistas de la industria eléctrica han podido observar y reconocer la existencia de un «halo luminoso». Como consecuencia de este «halo luminoso», los cables parecen estar circundados por un anillo o aura de luz azulada. En la oscuridad, en las noches húmedas, se puede distinguir con mayor claridad, pero, naturalmente, aquellos que tienen la facultad de verlo saben que está allí noche y día.

Me miró con aire reflexivo.

—Cuando vayas a Chungking para estudiar medicina podrás utilizar un aparato detector de las ondas eléctricas del cerebro. Toda la Vida, todo cuanto existe está compuesto de electricidad y vibraciones.

—¡Me siento perplejo! —le respondí—, porque ¿cómo puede ser la Vida vibración y electricidad? Soy capaz de comprender uno de estos conceptos, pero me es imposible comprender los dos.

—¡Pero mi querido Lobsang! —replicó el Lama riendo—. ¡No puede haber electricidad sin vibración, sin movimiento! Puesto que es el «movimiento» el que genera la electricidad, ambos están íntimamente vinculados. —Observó mi gesto de perplejidad y, gracias a su poder telepático, pudo leer mis pensamientos—. ¡No —dijo—, no podrá generarla cualquier vibración! Vas a permitirme que te exponga las cosas de la siguiente forma: Imagínate un teclado realmente gigantesco que se extienda hasta el infinito. La vibración que nosotros consideramos como sólida estará representada por una de las notas del teclado. La siguiente podría representar el sonido y la siguiente a ésta la visión. Las demás notas indicarían los sentimientos, los sentidos, los designios que no podremos comprender mientras permanezcamos sobre la Tierra. Un perro tiene la capacidad de escuchar notas más altas que los seres humanos y un ser humano puede escuchar notas más bajas que un perro. Cabe la posibilidad de hablar a un perro en un tono tan alto que él oye perfectamente, pero que los seres humanos no pueden oír. De idéntica manera, los seres del llamado Mundo Espiritual pueden comunicarse con los que todavía están en esta Tierra, si los terrícolas poseen el don especial de la «clariaudición».

El Lama hizo una breve pausa y sonrió lentamente.

—Te estoy privando de tu sueño, Lobsang, pero podrás descansar por la mañana. —Señaló las estrellas que brillaban intensamente en medio del aire limpio de la noche—. Desde que tuve la oportunidad de visitar la Caverna de los Antepasados y de probar los maravillosos instrumentos que se han mantenido allí, intactos, desde la época de la Atlántida, me complazco a veces en dejar volar mi imaginación con ciertas ironías. Imagino que existen dos criaturas inteligentes, pero aún más pequeñas que el más pequeño de los infusorios. No importa la forma que tengan. Basta con suponer que poseen inteligencia e instrumentos insuperables. Imagínalas erguidas sobre un espacio abierto de su propio universo infinitesimal, ¡lo mismo que nosotros en este momento! «¡Ah, qué hermosa noche!», exclamó Ay, contemplando el cielo

ansiosamente. «Sí», respondió Beh, «nos incita a interrogarnos sobre el sentido de la Vida, sobre lo que somos y hacia dónde vamos». Ay, reflexivo, seguía contemplando las estrellas que atravesaban el cielo en una ronda interminable. «Los mundos infinitos. Millones, billones de mundos. Siento curiosidad por saber cuántos podrán estar habitados». «¡Qué tontería! ¡Tus pensamientos son sacrílegos y ridículos!», farfulló Beh. «Sabes perfectamente que solamente existe vida en nuestro mundo. ¿Acaso no nos han dicho los sacerdotes que estamos hechos a Imagen de Dios? Entonces, ¿cómo puede existir otra vida a no ser que sea exactamente igual a la nuestra? No, es imposible. ¡Estás perdiendo la razón!». Ay, malhumorado, mientras se alejaba, murmuró como hablando consigo mismo: «¡Pueden estar equivocados!, ¿sabes? ¡Pueden estar equivocados!».

El Lama Mingyar Dondup me sonrió y añadió:

—Tengo una segunda parte de esta historia. Escúchala:

»En algún laboratorio remoto, fruto de una ciencia que nosotros no hemos podido ni soñar, dotado de unos microscopios de un poder increíble, hay dos científicos. Uno de ellos está sentado ante su mesa de trabajo; con los ojos pegados a un supermicroscopio observa atentamente. Se sobresalta de pronto y, con gran estrépito, empuja su silla sobre el piso encerado. «¡Mira, Chan!», grita llamando a su ayudante. «¡Ven y mira esto!». Chan se levanta de un salto y acude rápidamente al lado de su excitado jefe, sentándose ante el microscopio. «Tengo la millonésima parte de un gramo de sulfuro de plomo en la platina», dice el jefe. «Obsérvalo». Chan se adapta los controles y lanza un silbido de admiración. «¡Ah!», exclama. «Es lo mismo que contemplar el universo a través de un telescopio. ¡Un sol resplandeciente! ¡Órbitas de planetas...!». El jefe habla pensativo. «Me gustaría saber si podremos conseguir los aumentos necesarios para alcanzar a ver un mundo de individuos. ¡Me pregunto si “ahí” habrá “vida”!». «¡Tonterías!», dice Chan bruscamente. «No cabe duda de que “ahí” no hay vida consciente. No “puede haberla”. Los sacerdotes nos han dicho que nosotros estamos hechos a Imagen de Dios. ¿Cómo, entonces, puede existir “ahí” Vida inteligente?».

Las estrellas recorrían sus órbitas infinitas, eternas, sobre nosotros. El Lama Mingyar Dondup, sonriendo, buscó entre sus vestiduras y sacó una caja de cerillas, un auténtico tesoro que había sido traído de la India lejana. Parsimoniosamente, extrajo una cerilla y la sostuvo entre sus dedos.

—¡Voy a mostrarte la Creación, Lobsang! —dijo jovialmente.

Después frotó la cerilla sobre la parte de la caja destinada al efecto y me la mostró, convertida en una llamarada, entrando en la vida llena de fulgores. Entonces sopló sobre ella y la apagó.

—Creación y disolución —dijo—. La cerilla encendida emite millares de partículas que estallan y se alejan unas de otras. Cada una de ellas es un mundo

aislado y la totalidad de esos mundos constituye el Universo. Y el Universo muere cuando la llama se extingue. ¿Puedes acaso asegurarme que en esos mundos la vida no existe? —Le miré vacilante, sin saber qué responderle—. Si esos mundos existieran, Lobsang, y hubiese vida en ellos, para esa Vida, la duración de esos mundos habría sido de millones de años. ¿Somos «nosotros» solamente una cerilla que prende de pronto? ¿Estamos aquí viviendo con nuestras alegrías y nuestras tristezas (¡sobre todo, tristezas!) imaginando que este mundo no terminará nunca? Reflexiona todo cuanto te he dicho y mañana seguiremos hablando.

Se puso en pie y se alejó de mi lado. Al atravesar la terraza, tropecé y tuve que buscar a tientas la parte alta de la escalera que conducía abajo. Nuestras escaleras son distintas a las que se utilizan en el mundo occidental, ya que están hechas con un tronco en el que se han practicado diversas ranuras. Por fin encontré la primera ranura, la segunda y la tercera. Después, mi pie resbaló porque alguien había derramado la grasa de la lámpara. Caí junto a un montón de cosas, viendo más «estrellas» de las que había en el cielo, provocando con ello la protesta de los monjes que ya dormían. Una mano, surgiendo de la oscuridad, me asestó un puñetazo que hizo que mis oídos se llenaran de repiques de campanas. Me levanté con presteza, alejándome en busca de refugio en la oscuridad protectora. Con el mayor cuidado, busqué un lugar donde poder dormir, me envolví en mi manto y me abandoné a la inconsciencia del sueño. Nada me molestaba ni interrumpía mi reposo. Ni el rumor de los pasos apresurados, ni el ruido de las trompas, ni el sonido de las campanas de plata.

La mañana estaba ya bastante avanzada, cuando fui despertado por alguien que, con gran entusiasmo, me asestaba un puntapié tras otro. Medio dormido todavía, pude ver la cara de un tosco «chela».<sup>[2]</sup> «¡Despierta! ¡Despierta! ¡Por la Daga Sagrada, eres un perro perezoso!». Me dio otra patada con fuerza. Yo cogí su pie con gran rapidez y se lo retorcí. Cayó al suelo y sus huesos crujieron, mientras gritaba: «¡El Superior! ¡El Superior! ¡Desea verte, estúpido!». Asestándole otro puntapié para desquitarme de los muchos que él me estaba propinando a mí, me ajusté el manto y me apresuré.

«¡Sin comer nada! ¡Sin desayunar! —murmuré—. ¿Por qué me mandan llamar precisamente en el momento de la comida?». Recorrí rápidamente los interminables corredores, torciendo veloz las esquinas y estuve casi a punto de provocar un ataque cardíaco a algunos monjes con los que me crucé, pero conseguí llegar a la habitación del Superior en muy poco tiempo. Lleno de precipitación, entré, me arrodillé ante él y le hice los saludos de rigor.

El Superior estaba leyendo cuidadosamente mi expediente, cuando, de pronto, escuché su risa a duras penas contenida.

—¡Bien! —dijo—. Un joven salvaje que se cae de las rocas, engrasa la base de los zancos y produce más conmociones que los demás discípulos. —Se interrumpió y

me miró severamente—. Pero has estudiado bien, extraordinariamente bien. Tus dotes metafísicas son tan elevadas y estás tan avanzado en las enseñanzas, que voy a hacer que recibas, especial e individualmente, la instrucción del Gran Lama Mingyar Dondup. Ello presupone la concesión de una oportunidad sin precedentes, gracias a las órdenes expresas del Gran Santo. Preséntate ahora a tu Maestro, el Lama.

Me despidió con un gesto de su mano y volvió a enfrascarse en sus papeles. Me sentí aliviado al pensar que ninguno de mis innumerables «pecados» había sido descubierto y me apresuré de nuevo. Mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, me estaba esperando. Cuando entré, me observó atentamente.

—¿Has desayunado ya? —me preguntó.

—No, señor —respondí—. El Superior me ordenó que compareciera ante él cuando aún estaba durmiendo. ¡Tengo hambre! Él sonrió y me dijo:

—¡Ah!, creo que tienes un aspecto lamentable, como si estuvieras enfermo y cansado. Vete a desayunar y vuelve luego.

No fue preciso que insistiera. Estaba hambriento y eso me resultaba muy molesto. Poco podía sospechar yo entonces, a pesar de que ya me lo habían advertido, que el hambre me perseguiría implacablemente durante muchos años.

Me repuse con un abundante desayuno, sintiendo mi espíritu más limpio ante la perspectiva de un trabajo difícil, y regresé nuevamente con el Lama Mingyar Dondup. Cuando entré, él se puso en pie.

—Ven —me dijo—. Vamos a pasar una semana en el Potala. Le seguí hasta el vestíbulo y salimos a un lugar donde un monje sirviente nos estaba esperando con dos caballos. Observé, con aire lúgubre, la bestia que me había tocado en suerte. El caballo pareció observarme con un aire aún más lúgubre, según todos los indicios, pensando de mí cosas peores que las que yo había pensado de él. Monté con el presentimiento de que mi fin era inminente. Los caballos eran unas criaturas horribles, inseguras, temperamentales y sin control. Montar era la más difícil de las habilidades para mí.

Trotando sin prisas, descendimos por el sendero agreste que parte de Chakpori. Después de atravesar el camino de Mani Lakhang, dejamos el Pargo Kaling a nuestra derecha y alcanzamos, muy pronto, el pueblo de Shó, donde mi Maestro decidió hacer una breve parada. Después ascendimos con dificultad por los ásperos escalones del Potala. Subir esos escalones a caballo constituye una penosa experiencia. ¡Mi mayor preocupación era evitar una caída! Una incesante multitud de monjes, lamas y visitantes subía y bajaba por la Escalera. Algunos se detenían para poder admirar el paisaje. Otros, que habían conseguido ser recibidos por el Dalai Lama en persona, meditaban tan sólo sobre esa entrevista. Al final de la Escalera nos detuvimos y yo, agradecido pero sin la menor gracia, me bajé del caballo. ¡Y el caballo, pobrecillo, lanzó un relincho de disgusto y me volvió la grupa!

Seguimos ascendiendo, escalón tras escalón, hasta alcanzar el elevado lugar del Potala donde el Lama Mingyar Dondup tenía, permanentemente, unas habitaciones reservadas cerca del Salón de las Ciencias.

El Salón de las Ciencias estaba lleno de aparatos extraños procedentes de todos los países del mundo, pero los aparatos más extraños eran precisamente los que procedían del más remoto pasado. Por fin, alcanzamos nuestro punto de destino y, por algún tiempo, tomé posesión de la que entonces iba a ser mi habitación.

Desde mi ventana, situada en las alturas del Potala, solamente un piso más abajo que el que ocupaba el Dalai Lama, podía contemplar la ciudad de Lhasa sobre el Valle. En la lejanía aparecía la Gran Catedral (Jo Kang) con sus techos dorados y resplandecientes. El Camino Circular o Lingkor se estrechaba a lo lejos, circundando completamente la ciudad de Lhasa. Era recorrido por los piadosos peregrinos que llegaban allí para postrarse ante el altar del conocimiento oculto más grande del mundo. Yo me sentía sorprendido ante la buena suerte de tener un maestro tan maravilloso como el Lama Mingyar Dondup. Sin él, yo hubiera sido un «chela» vulgar, un simple discípulo viviendo en un oscuro dormitorio, en lugar de hallarme casi en el techo del mundo. De pronto, tan súbitamente que no pude evitar un grito de sorpresa, me sentí cogido por unos brazos vigorosos que me levantaron en el aire. Escuché una voz profunda que me decía:

—¡No está mal! Todo lo que se te ocurre pensar de tu Maestro es que te ha traído a lo alto del Potala y que te permite comer esos repugnantes dulces amasados y traídos desde la India.

Ante mis disculpas se reía y yo estaba demasiado ciego, o tal vez me sentía demasiado desconcertado para comprender que él conocía mi pensamiento. Por fin, me dijo:

—Estamos vinculados los dos. Nos conocimos muy bien en el curso de una vida anterior. Tú posees todos los conocimientos acumulados en esa vida y sólo necesitas que te ayuden a recordarlos. Ahora vamos a trabajar. Ven a mi habitación.

Me ajusté el manto y recogí y guardé nuevamente mi plato, que se me había caído mientras él me levantaba por los aires. Después me apresuré a ir a la habitación de mi Maestro. Él me invitó a sentarme y, cuando me vio acomodado, me dijo:

—¿Has reflexionado ya sobre el tema de la Vida, después de nuestra conversación de anoche?

—Señor —respondí, inclinando mi cabeza lleno de desaliento—, sentía necesidad de dormir. Después, el Superior me mandó llamar. Luego me mandasteis llamar vos. A continuación, fui a desayunar y, finalmente, volví de nuevo con vos. En todo el día no he tenido tiempo para pensar en «nada».

—Más tarde hablaremos de los efectos de la alimentación —me dijo sonriendo—. Pero, en primer lugar, vamos a resumir nuestras conclusiones acerca de la Vida.

Guardó silencio unos instantes y cogió un libro escrito en algún idioma extranjero. Ahora sé que era inglés. Volvió sus páginas y, por fin, encontró lo que buscaba. Me entregó el libro, abierto en una página ilustrada.

—¿Sabes lo que es esto? —me preguntó.

Contemplé las imágenes y, considerándolas muy corrientes, intenté leer las palabras que había escritas debajo. Carecían de todo significado para mí. Le devolví el libro y le dije en tono de reproche:

—¡El Honorable Lama sabe que soy incapaz de leerlo!

—Pero ¿reconoces esas imágenes? —insistió.

—¡Bueno, eso sí! Es tan sólo un Espíritu de la Naturaleza que no se diferencia en nada de los que hay aquí.

A cada momento me sentía más sorprendido. ¿Qué es lo que pretendía con todo aquello? El Lama abrió el libro de nuevo y me dijo:

—Más allá de los mares hay un país lejano donde se ha extinguido la capacidad general para ver a los Espíritus de la Naturaleza. Si alguien cree ver un espíritu, es objeto de las burlas de los demás e incluso es acusado de «tener alucinaciones». Los occidentales no creen en las cosas a no ser que puedan desmenuzarlas, o tocarlas con sus manos o encerrarlas en una jaula. Los occidentales llaman duendes o hadas a los Espíritus de la Naturaleza y, en Occidente, nadie cree en los Cuentos de Hadas y de Duendes.

Sus palabras me causaron asombro infinito. Yo era capaz en todo momento de ver a los Espíritus, cosa que consideraba absolutamente natural. Sacudí mi cabeza como si quisiera disipar las tinieblas que la oscurecían.

—Como te dije la pasada noche —exclamó Mingyar Dondup—, toda la Vida no es más que un conjunto de rápidas vibraciones de la materia que generan cargas eléctricas, porque la electricidad es la Vida de la Materia. De la misma manera que la música tiene distintas octavas, imagina que el hombre medio de la calle vibra en una escala determinada. Ello quiere decir que los Espíritus de la Naturaleza y las Almas vibrarán en una escala más elevada. Pero el Hombre Medio vive, piensa y cree en una octava solamente, ¡los seres que vibran en las otras escalas resultan invisibles para él!

Yo palpaba mi manto reflexionando cuanto me decía. Y todo aquello carecía para mí de sentido. Yo tenía la facultad de ver las Almas y los Espíritus de la Naturaleza y de este hecho deducía que «todas» las personas podían verlas lo mismo que yo.

—Tú puedes ver el aura psíquica de los seres humanos —me respondió el Lama, leyendo mi pensamiento—. Pero la mayor parte de los seres humanos no pueden. Tú ves los espíritus de la Naturaleza y las almas. Pero tampoco pueden verlos la mayor parte de los seres humanos. Los niños pequeños también ven esas cosas porque su juventud les hace más receptivos. Pero cuando los niños crecen, las preocupaciones de la vida van disminuyendo la agudeza de sus percepciones. En Occidente los niños

que cuentan a sus padres que han estado jugando con los Espíritus, que han tenido a los Espíritus como Compañeros de juego, son castigados por mentirosos o se convierten en el blanco de las burlas de los demás, que les atribuyen una imaginación demasiado viva. Y el niño queda resentido ante el trato que le dan los mayores y, con el tiempo, ¡termina convenciéndose a sí mismo de que todo fue fruto de su imaginación! Gracias a las enseñanzas especiales que has recibido, tú puedes ver a los Espíritus de la Naturaleza y a las Almas. Y podrás seguir viéndolos siempre, lo mismo que siempre podrás ver el aura psíquica de los humanos.

—Entonces —le pregunté—, los Espíritus de la Naturaleza que cuidan de las flores, ¿son idénticos a nosotros?

—Sí —replicó—, son idénticos a nosotros, aunque con la pequeña diferencia de que vibran con mayor rapidez que nosotros y de que las partículas de materia que los componen están más separadas. Ésa es la razón de que te sea posible pasar tu mano a través de ellos de la misma manera que puedes pasarla a través de un rayo de sol.

—¿Habéis «tocado»..., quiero decir, habéis «cogido» alguna vez un espíritu? —le pregunté.

—Sí, lo he hecho —me respondió—. Es posible hacerlo si podemos incrementar el ritmo de nuestras propias vibraciones. Voy a explicártelo.

Mi Maestro hizo sonar la campanilla de plata que le había regalado el Superior de una de las más notables lamaserías del Tíbet. El monje sirviente, que nos conocía bien, no nos trajo «tsampa», sino té de la India y esos panecillos dulces traídos expresamente para el Sagrado Dalai Lama atravesando las altas cadenas montañosas, y que yo, un pobre «chela», saboreé encantado. «Una merecida recompensa por haberte esforzado tanto en tus estudios», como el Dalai Lama solía decir muy a menudo. El Lama Mingyar Dondup había recorrido el mundo entero, tanto en el plano físico como en el astral. Su predilección por el té de la India constituía una de sus pocas debilidades. ¡Y era ésta una debilidad que yo compartía de buena gana! Nos sentamos los dos cómodamente y, cuando terminé mis panecillos, mi Maestro me dijo:

—Hace ya muchos años, cuando yo era joven, solía escaparme del Potala, ¡lo mismo que tú acostumbras a hacer ahora! Una de esas veces, cuando llegaba retrasado a los Servicios Religiosos, con verdadero horror vi que un corpulento Superior me cerraba el paso. ¡Él parecía tener también mucha prisa! Era imposible evitar el encuentro. Cuando estaba pensando en las excusas que iba a darle, me tropecé con él. Él pareció estar tan preocupado como yo. Sin embargo, yo sentía tanto miedo que seguí corriendo y conseguí no llegar tarde, bueno, no «demasiado» tarde.

Yo reía imaginándome al digno Lama Mingyar Dondup intentando «escabullirse». Él sonrió y prosiguió su historia:

—Poco después, aquella noche, reflexioné mucho. Me pregunté «por qué no



podía tocar un espíritu». Cuanto más pensaba en ello, más decidido me sentía a «intentar» tocar uno. Hice mis planes cuidadosamente y leí cuanto decían los Escritos antiguos acerca de esta cuestión. Llegué incluso a consultar a un hombre muy, muy culto que vivía en una cueva situada en lo alto de la montaña. Él fue el que me explicó muchas cosas y me mostró el camino adecuado. Y voy a contártelo todo porque está directamente relacionado con tu pregunta acerca de la posibilidad de tocar un fantasma.

Se sirvió otro sorbo de té y se lo bebió antes de continuar:

—Como ya te he dicho, la Vida está compuesta por una masa de partículas, de pequeños mundos que recorren sus órbitas alrededor de pequeños soles. El movimiento origina una sustancia que, a falta de un término más adecuado, llamaremos «electricidad». Si nos alimentamos racionalmente, podremos incrementar el ritmo de nuestras vibraciones. Una dieta eficaz, libre del lastre de las ideas nocivas, sirve para mejorar nuestro estado de salud, aumentando nuestro ritmo básico de vibraciones. Con ello nos acercamos al ritmo de vibración del Espíritu.

Se interrumpió y encendió una varilla fresca de incienso. Al comprobar que ardía normalmente, pareció satisfecho y centró su atención sobre mí nuevamente.

—El único objetivo del incienso es incrementar el ritmo de vibración del sector en que éste arde y el ritmo de vibración de los que se hallan en este sector. Mediante la utilización del incienso adecuado, ya que cada clase de incienso tiene una vibración determinada, podemos conseguir los resultados apetecidos. Durante una semana, me sometí a una rígida dieta que me ayudó a aumentar el ritmo o la «frecuencia» de mi vibración. También esa misma semana hice que en mi habitación ardiera continuamente el incienso apropiado. Al finalizar ese período de tiempo, casi había conseguido «salir» de mí mismo. Sentía que, más que caminar, flotaba y, al mismo tiempo, experimentaba cierta dificultad en mantener mi doble astral dentro de mi cuerpo físico. —Me miró y añadió sonriendo—: ¡Tú nunca te hubieras sometido a una dieta tan rígida! («No —pensaba yo—. Yo hubiera preferido tocar una buena comida que tocar un buen espíritu»).

»Al finalizar la semana —prosiguió el Lama, mi Maestro—, descendí hasta el Santuario Interior y quemé aún más incienso, rogando para que un espíritu viniera a mí y me tocara. De pronto, sentí sobre mi hombro el calor de una mano de amigo. Al volverme para ver quién era el que turbaba mi meditación, sentí que mi cuerpo temblaba de asombro dentro de mi manto, porque me di cuenta de que me había tocado el espíritu de un hombre «muerto» hacía ya más de un año.

El Lama Mingyar Dondup dejó de hablar de pronto y lanzó una ruidosa carcajada recordando aquella experiencia vivida en un pasado ya remoto.

—¡Lobsang! —dijo por fin—, el viejo Lama «muerto» se burló de mí, preguntándome cuál había sido la causa de mis inquietudes de entonces, cuando, en

realidad, para conseguir alcanzar los mismos objetivos me hubiera bastado con introducirme en lo astral. Reconozco que me sentí profundamente humillado pensando que no se me había ocurrido una solución tan sencilla. En la actualidad, como tú sabes perfectamente, nos introducimos en lo astral para poder hablar con los espíritus y con todos los seres de la Naturaleza.

—Naturalmente, hablasteis con él por telepatía —observé—, pero yo desconozco qué explicación se puede dar a la telepatía. Sé que puedo hacerlo, pero ¿«cómo» lo hago?

—¡Me planteas las cuestiones más difíciles, Lobsang! —dijo mi Maestro riéndose—. Las cosas más sencillas son las que se explican con mayor dificultad. Dime cómo podrías explicar el simple proceso de la respiración. Tú respiras. También lo hacemos todos, pero ¿cómo explicar ese proceso?

Asentí de mala gana. Yo sabía que me pasaba la vida haciendo preguntas, pero ésta era la única forma de poder comprender las cosas que desconocía. La mayor parte de los «chelas» estaban libres de tales preocupaciones y, mientras no les faltaba su alimento diario y poco trabajo que hacer, se sentían satisfechos. Pero yo deseaba algo más, aspiraba a «saber».

—El cerebro —dijo el Lama— es como un aparato de radio, como el invento que utilizaba aquel hombre llamado Marconi para enviar mensajes sobre los océanos. El complejo de partículas y cargas eléctricas que componen un ser humano está dotado de un impulso eléctrico, semejante al de la radio, mediante el cual el cerebro determina los actos en cada momento. Si una persona piensa en mover un órgano, las corrientes eléctricas circulan a través de los nervios correspondientes con el objeto de galvanizar los músculos para que lleven a cabo la acción deseada. Lo mismo sucede cuando una persona piensa: el cerebro (hoy sabemos que su origen está en la parte superior del espectro magnético) emite ondas eléctricas y hertzianas. Existen instrumentos detectores de esas radiaciones que pueden incluso clasificarlas en lo que los científicos occidentales llaman rayos alpha, beta, delta y gamma.

Asentí parsimoniosamente. Yo había oído hablar de ello a los médicos lamas.

—Pues bien —prosiguió mi Maestro—, las personas sensibles son capaces de captar esas radiaciones y de comprenderlas también. Yo leo tus pensamientos y, si tú lo intentas, podrás leer los míos. Cuanto mayor es la simpatía y la armonía existente entre dos personas, más fácil es para cada una de ellas leer los pensamientos de la otra, porque los pensamientos son tan sólo radiaciones cerebrales. De esa forma conseguimos la telepatía. Los hermanos mellizos están a menudo completamente comunicados entre sí telepáticamente. Los hermanos gemelos, en que el cerebro de cada uno de ellos constituye una réplica exacta del cerebro del otro, están tan vinculados entre sí telepáticamente que muy a menudo es difícil determinar cuál de los dos es el que ha sido la causa de cada pensamiento.

—Respetado Maestro —le dije—, como vos sabéis, soy capaz de leer la mayoría de las mentes. ¿Cuál es la razón de ese poder? ¿Es acaso un poder concedido a muchas personas?

—Lobsang —respondió mi Maestro— tú estás especialmente dotado y has sido adiestrado para poder hacerlo. Tus poderes han sido fomentados por todos los métodos a nuestro alcance, porque tienes asignada una misión difícil que tendrás que cumplir en el futuro. —Inclinó su cabeza solemnemente—. Se trata de una tarea realmente ardua. En los tiempos antiguos, Lobsang, la Humanidad tenía el poder de comunicarse telepáticamente con el mundo animal. En el futuro, cuando la Humanidad comprenda que la guerra es una locura, ese poder será recuperado. Entonces el Hombre y el Animal caminarán en paz, juntos de nuevo, sin sentir el deseo de dañarse uno a otro.

Un gong resonó varias veces debajo de nosotros. Después escuchamos el toque de trompas y el Lama Mingyar se puso en pie rápidamente y me dijo:

—Debemos apresurarnos, Lobsang. Los Servicios del Templo están empezando y el Sagrado Dalai Lama en persona estará allí.

Yo también me levanté inmediatamente, me ajusté el manto y seguí presuroso a mi Maestro, que se alejaba por el corredor a toda prisa, hasta tal punto que casi ya había desaparecido.

## Capítulo segundo

El Gran Templo parecía estar vivo. Desde mi lugar privilegiado, en la parte más alta del edificio, podía mirar hacia abajo y contemplarlo en toda su extensión. A primera hora de la mañana, mi Maestro, el Lama Mingyar y yo lo habíamos visitado en una misión especial. En aquellos momentos, el Lama estaba encerrado con un alto dignatario y yo —libre para vagabundear— había descubierto aquel lugar de observación de los sacerdotes, entre las poderosas vigas que soportaban el peso del techo. Deambulando por el corredor que conducía a la terraza, descubrí la puerta y me había atrevido a empujarla y a abrirla. Como no escuché ningún grito de protesta después de hacerlo, decidí echar una mirada al interior. No había nadie. Por eso entré. Era una pequeña habitación de roca, una especie de celda construida en la piedra de los muros del Templo. Detrás de mí, estaba la pequeña puerta de madera; a ambos lados, muros de piedra y, ante mí, un anaquel también de piedra, de unos tres pies de altura.

Avancé silenciosamente y me arrodillé de tal forma que solamente mi cabeza sobresalía del anaquel. Al contemplar la sombría oscuridad del Templo allá abajo, me sentí como un Dios contemplando desde los Cielos a los viles mortales. Fuera del Templo, el crepúsculo de púrpura se trocaba poco a poco en oscuridad. Los rayos postreros del sol poniente iban disipándose detrás de las montañas nevadas, lanzando iridiscentes ráfagas de luz sobre los perpetuos copos de nieve que caían desde los picachos más altos.

La oscuridad del Templo se desvaneció en algunos lugares, acentuándose en otros, gracias a centenares de vacilantes lámparas de grasa. Las lámparas brillaban como puntos de luz dorada, esparciendo su resplandor en torno a sí mismas. Me parecía que las estrellas estaban debajo de mí en lugar de brillar sobre mi cabeza. Unas sombras fantásticas se deslizaban silenciosas entre las poderosas columnas. Sombras que eran a veces finas y alargadas y, otras, pequeñas y como agazapadas, pero siempre grotescas y extrañas, como consecuencia de esa iluminación irregular que confiere apariencia sobrenatural a lo natural y convierte lo extraño en algo indescriptible.

Al mirar hacia abajo, sentí la sensación de hallarme en un extraño plano astral donde se confundían los testimonios de mi vista y de mi imaginación. Sobre el suelo del Templo flotaban las nubes azules del incienso, elevándose sucesivamente y obligándome a imaginar, aún con mayor fuerza, el trono de un Dios que contemplara, allá abajo, la Tierra rodeada de nubes. Las nubes de incienso ascendían en suaves y concretos torbellinos desde los incensarios que agitaban los «chelas», jóvenes y piadosos. En silencio y con el rostro impassible, recorrían el Templo en todas direcciones. Siguiendo sus idas y venidas, un millón de puntos luminosos brotaban de

los incensarios dorados, lanzando brillantes torrentes de luz. Desde mi privilegiado puesto de observación, podía mirar hacia abajo y contemplar el fulgor rojizo del incienso, mecido por la brisa que, en algunos momentos, parecía estallar en llamaradas más intensas, agonizando en lluvias centelleantes y purpúreas de ceniza. Como revitalizado, el humo ascendía después en compactas columnas azules abriendo senderos de niebla en torno a los «chelas». Proseguía su ascensión y formaba nubes cambiantes y nuevas en el interior del Templo. Se arremolinaba y giraba, mecido por las sutiles corrientes de aire que generaba el movimiento de los monjes. Y tenía una apariencia de ser viviente, de criatura apenas entrevista que respiraba y se agitaba en el sueño. Durante unos instantes, lo contemplaba todo como hipnotizado, con la sensación de hallarme dentro de un ser vivo, de cuyos órganos percibía las sacudidas y las oscilaciones, escuchando los latidos de su cuerpo y de su propia vida.

A través de las tinieblas, a través de las nubes formadas por el humo de incienso, veía las apretadas filas de los lamas, de los ascetas y de los «chelas». Con las piernas cruzadas, sentados en el suelo, se agolpaban en hileras interminables hasta desaparecer por completo en la oscuridad de los últimos rincones del Templo. Con sus mantos, correspondientes a todos los órdenes, constituían una túnica viviente y ondulante bordada con los colores acostumbrados. Oro, azafrán, rojo, marrón y algunos puntos aislados de gris pálido. Todos los colores parecían estar vivos, mezclándose unos con otros de acuerdo con los movimientos que hacían los que los vestían. En la parte más avanzada del Templo estaba sentado el Sagrado, el Profundo, la Decimotercera Encarnación del Dalai Lama, la Persona más venerada del mundo budista.

Durante unos instantes, lo observé todo, escuchando el cántico de los lamas a cuyas voces servía de contrapunto la voz aguda y joven de los «chelas». Vi que las nubes de incienso vibraban al unísono con otras vibraciones más profundas. Las luces palidecían a ratos en la oscuridad, reanimándose luego, y el incienso se extinguía y surgía nuevamente trocándose en una lluvia de chispas rojizas. El servicio religioso seguía su curso y yo, allí arrodillado, lo contemplaba todo. Observaba la danza de las sombras que crecían y morían proyectadas sobre los muros y miraba los temblorosos puntos de luz hasta que casi perdía la conciencia del lugar donde me hallaba y de lo que allí estaba haciendo.

Un lama anciano, encorvado por el peso de los años que sobrepasaban en mucho los límites normales de la edad de los hombres, se agitaba parsimoniosamente ante sus hermanos de Orden. En torno suyo, con varillas de incienso y lámparas portátiles, se movían, atentos, los ascetas. Después de inclinarse ante el Profundo, volviéndose con lentitud para hacer su saludo ritual a los Cuatro Rincones de la Tierra, se enfrentó con la multitud de los monjes congregados en el Templo. Con una voz

sorprendentemente vigorosa en un hombre tan anciano, entonó el siguiente canto:

*Escucha la Voz de nuestros Espíritus.  
Éste es el mundo de la Ilusión.  
La vida terrena es solamente un sueño  
que, comparado con la Vida Eterna,  
no es más que un parpadeo.*

*Escuchad la Voz de nuestros Espíritus,  
vosotros, todos los que os sentís abandonados.  
Esta vida de Tinieblas y de Sufrimientos se terminará  
y la Gloria de la Vida Eterna seguirá iluminando a los justos.*

—Que enciendan la primera mecha de incienso para que su luz pueda orientar a un Espíritu solitario.

Un asceta avanzó unos pasos e hizo una reverencia ante el Profundo. Después, lentamente, saludó también a los Cuatro Rincones de la Tierra. Encendió una varilla de incienso y, volviéndose de nuevo, la mostró a los Cuatro Rincones. Las voces profundas prorrumpieron otra vez en un cántico, apagándose luego, junto con las voces agudas de los «chelas». Un gigantesco lama recitó algunos Pasajes, marcándolos solemnemente mediante el tañido de una Campana de Plata, con un vigor inusitado que, sin ningún género de duda, estaba determinado por la presencia del Profundo. Al quedar todo en silencio, miró atentamente en torno suyo para comprobar si su actuación había conseguido la aprobación de todos.

El lama anciano se adelantó de nuevo y se inclinó ante el Profundo y ante las Estaciones. Otro asceta, dominado por una enorme ansiedad, causada sin duda por la presencia del jefe del Estado y de la Religión, pidió a los allí reunidos que prestaran la mayor atención. El lama anciano entonó otro cántico.

*Escucha la Voz de nuestros Espíritus.  
Éste es el mundo de la Ilusión.  
La Vida de la Tierra constituye una Prueba  
destinada a purificarnos de nuestras miserias  
y de nuestras desmesuradas ambiciones.  
Vosotros, todos los que dudáis,  
escuchad la Voz de vuestras almas.  
Muy pronto se desvanecerá el recuerdo de la Vida sobre la Tierra  
y entonces, alcanzaremos la Paz y terminarán nuestros sufrimientos.*

—Que enciendan la segunda varilla de incienso para que su luz pueda orientar a los Espíritus sumidos en la duda.

Debajo de mí, el cántico de los monjes volvió a sonar de nuevo, extinguiéndose después, mientras el asceta encendía la segunda varilla y practicaba sus reverencias rituales ante el Profundo y en dirección a los Cuatro Rincones. Los muros del Templo parecían alentar y vibrar al unísono con los cánticos. En torno al lama anciano se agrupaban las formas fantasmagóricas de los que habían abandonado esta vida, hacía poco tiempo, sin la debida preparación, viéndose por ello obligados a caminar errantes, solos y sin nadie que guiara sus pasos.

Las sombras tenebrosas se agitaban y se retorcían como almas en pena. Mi propia conciencia, lo mismo que mis percepciones e incluso mis sentimientos, fluctuaba entre dos mundos. En uno de ellos seguía con una atención extática los Servicios Religiosos que estaban celebrando abajo en el Templo. En el otro contemplaba «los mundos tangenciales» donde las almas de los que habían muerto recientemente temblaban de temor ante el milagro de lo Desconocido. Espíritus aislados, dominados por la angustia, perdidos en las tinieblas, lloraban de terror y de soledad. Separadas unas de otras, separadas de las demás como consecuencia de su escepticismo, se habían quedado paralizadas como un yak atrapado en una inmensa ciénaga. Y el cántico del lama anciano, su Invitación, llegaba hasta «los mundos tangenciales», cuya impenetrable oscuridad quedaba atenuada levemente por la azulada luz de los Espíritus de los muertos.

*Escucha la Voz de nuestro Espíritu.*

*Éste es el mundo de la Ilusión.*

*De igual manera que el Hombre muere*

*en la Gran Realidad para poder nacer sobre la Tierra,*

*el Hombre debe también morir sobre la Tierra*

*para poder nacer nuevamente en la Gran Realidad.*

*No existe la Muerte sino tan sólo el Nacimiento.*

*Los dolores de la Muerte son los tormentos del Alumbramiento.*

—Que se encienda la tercera varilla de incienso con el objeto de que pueda orientar a una alma atormentada.

Una orden telepática alcanzó mi conciencia.

—¿Dónde estás, Lobsang? ¡Ven inmediatamente!

Haciendo un gran esfuerzo, conseguí regresar a «este» mundo. Mis pies estaban entumecidos. Me levanté un tanto vacilante, y atravesé la puerta a toda prisa. Envié un mensaje mental a mi Maestro: «Ya voy, Respetado Señor». Pasé, restregándome los ojos, por el Templo lleno de calor y de humo y, después, me sentí refrescado con

el aire nocturno y seguí caminando, subiendo hasta la habitación contigua a la puerta principal, donde mi Maestro me esperaba. Él sonrió al verme.

—¡Pero Lobsang! —exclamó—. ¡Parece que hayas visto un fantasma!

—He visto varios, señor —le respondí.

—Esta noche nos quedaremos aquí, Lobsang —dijo el Lama—. Y mañana iremos a consultar el Oráculo del Estado. La experiencia te resultará interesante. Pero ahora debemos comer primero y después dormir.

Comí lleno de preocupación, pensando en lo que había visto en el Templo, preguntándome «por qué» era éste «el Mundo de la Ilusión». Terminé rápidamente mi cena y me retiré a la habitación que me habían asignado. Me envolví en mi manto, me acosté y me dormí en seguida. Durante toda la noche, mi sueño estuvo plagado de pesadillas e impresiones extrañas.

Soñé que estaba despierto, sentado y que llegaban hasta mí, como el polvo de una tormenta, grandes esferas de «algo» desconocido. Aparecieron a lo lejos como pequeñas manchas y fueron creciendo poco a poco hasta convertirse en globos de todos los colores. Cuando alcanzaron el tamaño de una cabeza humana, se acercaron, alejándose después precipitadamente. En mi sueño —¡si es que fue realmente un sueño!— me resultaba imposible volver la cabeza para ver hacia dónde habían ido. Sólo veía esas esferas que nunca terminaban, que surgían de algún lugar desconocido y que cruzaban velozmente junto a mí, hacia... ¿alguna parte? Me sorprendió extraordinariamente que ninguna de aquellas esferas chocara con mi cuerpo. Tenían una apariencia sólida aunque, a mi juicio, carecían de sustancia. De pronto, de una forma tan horriblemente repentina que me desperté sobresaltado, escuché una voz que dijo a mis espaldas:

—Acabas de ver los muros firmes y sólidos del Templo como los ven los Espíritus.

Sentí un estremecimiento de terror. ¿Acaso estaba «muerto»? ¿Me había muerto mientras dormía? Pero ¿por qué preocuparse ante la «muerte»? Yo sabía que lo que llamábamos muerte era tan sólo un renacimiento. Me acosté otra vez y el sueño se apoderó de mí nuevamente.

El mundo entero temblaba, crujía y se desplomaba dominado por la locura. Asustado, me incorporé creyendo que el Templo se estaba derrumbando. Era una noche lóbrega, iluminada tan sólo por el brillo fantasmal de las estrellas que lanzaban desde lo alto débiles simulacros de luz. Miré fijamente ante mí y el miedo erizó mis cabellos. Estaba paralizado. Me resultaba imposible mover un solo dedo y lo más terrible era que el mundo crecía vertiginosamente. Las suaves piedras de los muros adquirieron una apariencia tosca y se convirtieron en rocas porosas como las de los volcanes extinguidos. Se agigantaban los orificios de las piedras y pude darme cuenta de que estaban pobladas por criaturas de pesadilla, como las que había visto con el



gran microscopio alemán del Lama Mingyar Dondup.

El mundo seguía creciendo y aquellas horribles criaturas adquirieron un tamaño inmenso, alcanzando por fin tan vastas dimensiones que hasta podía distinguir «sus» poros. Y mientras el mundo crecía y crecía incesantemente, comprendía que, al mismo tiempo, yo disminuía y disminuía de tamaño. Me di cuenta de que se había desencadenado una tempestad de arena. Detrás de mí rugía el viento, sin embargo ni un solo grano de arena llegó a tocarme. Rápidamente, también las arenas empezaron a crecer. Algunas alcanzaron el tamaño de una cabeza humana, otras las dimensiones del Himalaya. Pero ninguna me rozó siquiera. Y siguieron creciendo y creciendo hasta que perdí el sentido del tamaño, hasta que perdí el sentido del tiempo. En sueños, me parecía flotar entre las estrellas, frío e inmóvil, mientras las galaxias pasaban a mi lado vertiginosamente y se desvanecían a lo lejos. Nunca sabré cuánto tiempo permanecí así. Me parecía toda una eternidad. Al cabo de un largo, muy largo, período de tiempo, una galaxia inmensa, un grupo infinito de Universos se precipitaron directamente contra mí. «¡Todo se ha terminado!», pensé caóticamente conforme aquella multitud de mundos se me iba acercando, preñados de amenazas.

—¡Lobsang! ¡Lobsang! ¿Te has marchado a las Praderas del Cielo? —La Voz sonaba retumbando por todo el Universo, rebotando de mundo en mundo... y multiplicándose en ecos sobre los muros de piedra de mi cuarto. Abrí los ojos con dificultad e intenté abarcarlo todo en el campo de mi visión. Sobre mí había un enjambre de brillantes estrellas a las que creí reconocer. Y aquellas estrellas fueron desvaneciéndose poco a poco hasta ser sustituidas por completo por el rostro bondadoso del Lama Mingyar Dondup. Suavemente me sacudía. La clara luz del sol iluminó mi habitación. En uno de sus rayos, el polvo flotaba tenuemente y se vestía con todos los colores del arco iris.

—La mañana está muy avanzada, Lobsang. Te he permitido que durmieras, pero ahora es preciso que comas algo. Luego proseguiremos.

Me levanté con dificultad. Aquella mañana me sentía «fuera de mí». Me parecía que mi cabeza era desmesuradamente grande en comparación con el resto del cuerpo y mi mente seguía aún agitada con los «sueños» de la noche. Envolví en la parte delantera de mi manto mis exiguas propiedades y abandoné mi habitación en busca de nuestro alimento básico, el «tsampa». Descendí la escalera, agarrándome al mástil con todas mis fuerzas para no caerme. Abajo, los monjes cocineros haraganeaban ociosos.

—He venido para que me deis algo de comida —dije con la mayor suavidad.

—¿Comida? ¿A estas horas de la mañana? ¡Vete de aquí! —vociferó el jefe de los cocineros.

Me agarró, pero cuando iba a golpearme, otro de los monjes le susurró al oído:

—¡Es el que está con el Lama Mingyar Dondup!

El jefe de los cocineros dio un salto, lo mismo que si hubiera recibido el picotazo de un tábano, dirigiéndose después a su ayudante.

—¡Bien! ¿Qué esperas? ¡Sirve su desayuno al señor!

En circunstancias normales hubiera tenido una cantidad suficiente de cebada en mi bolsa de cuero. «Todos» los monjes la llevaban siempre consigo, pero, como éramos visitantes, todas mis reservas se habían agotado. Los monjes, independientemente de que fueran «chelas», ascetas o lamas, llevaban siempre la bolsa de cuero y la escudilla donde poder comerla. La comida principal del Tíbet estaba compuesta de «tsampa», té y manteca. Si en las lamaserías tibetanas existieran menús impresos, figuraría solamente una palabra: «¡tsampa!».

Levemente reconfortado después de la comida, volví de nuevo junto al Lama Mingyar Dondup y nos dirigimos a caballo hacia la lamasería del Oráculo del Estado. No hablamos durante todo el trayecto y mi caballo trotaba de una forma tan especial que necesitaba concentrar toda mi atención sobre él para no caerme. A nuestro paso por Lingkor Road, los peregrinos, dándose cuenta del alto grado de mi Maestro por sus vestiduras, le pedían que los bendijera. Cuando recibían su bendición, seguían su camino por el Circuito Sagrado, convencidos de que se hallaban ya a mitad del camino de su salvación. Nuestros caballos nos llevaron pronto a través del Bosque de los Sauces y, después, siguieron trotando a lo largo del camino de rocas que conducía a la Mansión del Oráculo. Ya en el patio, los monjes sirvientes se hicieron cargo de los animales y yo, lleno de satisfacción, pude poner mis pies sobre la tierra nuevamente.

El lugar estaba abarrotado de gente. Para asistir al acto, los lamas más importantes habían acudido desde todos los rincones del país. El Oráculo iba a ponerse en comunicación con los Poderes que rigen el mundo. Por decisión especial del Profundo, siguiendo sus órdenes expresas, yo también debía estar presente. Nos mostraron el lugar que nos habían asignado para dormir. Yo tenía que hacerlo junto al Lama Mingyar Dondup, y no en el dormitorio común de los «chelas». Al pasar cerca de un pequeño templo, situado dentro del edificio principal, escuché las siguientes palabras:

*Escucha la Voz de nuestros Espíritus.*

*Éste es el Mundo de la Ilusión.*

—Señor —pregunté a mi Maestro cuando nos quedamos solos—. ¿Qué significa eso del «Mundo de la Ilusión»?

—Verás —respondió, mirándome sonriente—. ¿Qué «es» lo real? Si tocas este muro, tus dedos no pueden atravesar la pared. De ello deduces que el muro es algo sólido que no puede ser penetrado. En el exterior, la muralla de montañas del

Himalaya es tan sólida como si fuera la columna vertebral de la Tierra. Pero un Espíritu, o tú mismo, si te introduces en lo astral, puedes moverte libremente, con la misma facilidad con que te mueves en el espacio, a través de las rocas de las montañas.

—Pero ¿cómo es esa «ilusión»? —le pregunté—. La pasada noche tuve un sueño que «era» realmente una ilusión. ¡Sólo al recordarlo siento que me pongo lívido!

Mi Maestro, con infinita paciencia, me escuchó. Y cuando terminé de relatarle mi sueño, me dijo:

—Voy a hablarte del Mundo de la Ilusión. Pero todavía no, porque ahora debemos visitar al Oráculo.

El Oráculo del Estado era un hombre extraordinariamente joven, delgado, de aspecto enfermizo. Fui presentado a él y su mirada penetrante pareció introducirse dentro de mí mientras mi columna vertebral vibraba como recorrida por un temblor de miedo.

—Sí, eres tú —dijo—. Te he reconocido en seguida. Estás dotado del poder interior y alcanzarás también la sabiduría. Más tarde, hablaré contigo.

Mi querido amigo, el Lama Mingyar Dondup, pareció estar satisfecho de mí.

—Siempre sales airoso de todas las pruebas a que te sometemos, Lobsang —me dijo—. Ven conmigo. Nos retiraremos al Santuario de los Dioses. Tenemos que hablar. —Me sonreía mientras nos alejábamos—. Lobsang —añadió—, trataremos acerca del Mundo de la Ilusión.

El Santuario estaba desierto, como ya me había advertido mi Maestro. Las lámparas ardían temblorosas ante las Imágenes Sagradas confiriendo movimiento a sus sombras que parecían agitarse y saltar en una danza exótica. El humo del incienso se alzaba en espirales sobre nosotros. Nos sentamos, uno al lado del otro, junto al atril donde el lector recitaría los pasajes de los libros sagrados. Adoptamos una actitud de contemplación, cruzando nuestras piernas y entrelazando nuestros dedos.

—Éste es el Mundo de la Ilusión —dijo mi Maestro—. Y si invocamos a los Espíritus para que nos escuchen es porque sabemos que ellos se sienten solitarios en el Mundo de la Realidad. Tú sabes perfectamente que decimos: Escucha la Voz de nuestros Espíritus, en lugar de decir: Escucha la Voz de nuestros Cuerpos. Ahora bien, atiende a lo que voy a decirte sin interrumpirme porque ello es el fundamento de nuestra Creencia íntima. Como te explicaré después, las personas que no han evolucionado suficientemente deben tener ante todo una fe que les sostenga, que les ayude a creer que un Padre o una Madre vela por ellos. Tan sólo cuando se alcanza un grado adecuado de desarrollo espiritual es posible aceptar lo que voy a revelarte.

Contemplé a mi Maestro pensando que él era para mí el mundo entero y deseé fervientemente que pudiéramos permanecer siempre juntos.

—Nosotros somos —dijo— criaturas del Espíritu. Somos cargas eléctricas con

inteligencia. Este mundo, esta vida es el Infierno, un lugar de prueba donde nuestro Espíritu se va purificando poco a poco a través del dolor de aprender a controlar la grosera carne que compone nuestro cuerpo. Nuestro cuerpo carnal es dirigido por unos cables eléctricos que tienen su origen en la parte superior de nosotros mismos, en nuestro Espíritu, de la misma manera que un títere es controlado por los cables que el titiritero maneja hábilmente. Un titiritero bien adiestrado puede proporcionar la ilusión de que los muñecos que él mueve están dotados de vida y voluntad propia para determinar sus actos. De idéntica manera, hasta que no conseguimos conocer exactamente la esencia de las cosas, «nosotros» tenemos cierta tendencia a creer que nuestro cuerpo carnal es lo único que tiene realmente importancia. La atmósfera de la Tierra estrangula el Espíritu y, por ello, olvidamos nuestra Alma, que es la que en realidad nos controla. Pensamos, entonces, que actuamos libremente, en virtud de nuestra voluntad consciente. Y de esa forma, Lobsang, nos vemos atrapados por nuestra primera Ilusión que es la que nos induce a creer que lo más importante para nosotros es el títere de nuestro cuerpo de carne. —Se interrumpió al darse cuenta de mi gesto de perplejidad—. Bueno —me preguntó—, ¿qué es lo que te sucede ahora?

—Señor —le respondí—. ¿Dónde están mis cables eléctricos? ¡Yo no veo nada que me vincule a mi Ser Superior!

—¿Acaso puedes ver el aire, Lobsang? —respondió sonriéndome—. No puedes, a no ser que salgas de tu envoltura carnal.

Se inclinó hacia mí y cogió mi manto.

Contemplando sus ojos penetrantes, sentí que la vida me abandonaba.

—¡Lobsang! —me dijo lleno de severidad—, ¿acaso tu cerebro se ha evaporado «por completo»? ¿Crees acaso que estás compuesto solamente de materia? ¿Has olvidado la existencia del Cordón de Plata, de esa serie de líneas electromagnéticas que (aquí en la Tierra) te mantienen unido a tu Espíritu? ¡Estás realmente en el Mundo de la Ilusión, Lobsang!

Me di cuenta de que me había ruborizado. «Naturalmente», conocía la existencia del Cordón de Plata, esa línea de luz azulada que vincula lo físico a lo espiritual. En muchas ocasiones, cuando me sentía transportado a lo astral, lo había visto vibrar y fulgurar lleno de luz y de vida. Era semejante al cordón umbilical que mantiene unido al recién nacido con su madre, pero con la particularidad de que ese «niño» que se llamaba cuerpo físico no podía existir ni un solo instante si el Cordón de Plata era cortado.

Observé a mi Maestro que parecía dispuesto a proseguir sus explicaciones.

—Cuando nos hallamos en el mundo físico, estamos dominados por la tendencia a pensar «tan sólo» en los aspectos de ese mundo. En realidad ello constituye una de las medidas de seguridad del Ser, porque si fuéramos capaces de recordar el Mundo del Espíritu con todas sus dichas, sólo mediante un poderoso esfuerzo de nuestra

voluntad podríamos permanecer aquí. Si pudiéramos recordar nuestras vidas pasadas en el curso de las cuales éramos, tal vez, más importantes que en nuestra vida presente, nos resultaría difícil ser humildes. Vamos a pedir un poco de té y, después, te contaré cómo es la vida de un chino desde su muerte hasta su renacimiento en una nueva existencia.

El Lama iba a hacer sonar la campanilla de plata para que viniera un sirviente, pero al ver mi expresión se detuvo.

—Bien —preguntó—, ¿qué es lo que quieres preguntarme?

—Señor —le respondí—. ¿Por qué la de un chino? ¿Por qué no la de un tibetano?

—Porque si te hubiera dicho «de un tibetano» asociarías esa palabra con algunas de las personas que conoces y el resultado de mis explicaciones no sería correcto.

Hizo sonar la campana y un monje sirviente nos trajo té. Mi Maestro me miró con aire pensativo.

—¿Has pensado que al beber este té nos estamos tragando millones de mundos? —me preguntó—. Aunque los fluidos tienen un contenido molecular más diluido, si vieras aumentados los átomos de este té creerías estar viendo una multitud de granos de arena que se agitan en un lago turbulento. Lo mismo sucede con los cuerpos gaseosos. Hasta el aire está compuesto de moléculas, de diminutas partículas. Pero nos estamos apartando del tema. Íbamos a tratar de la vida y de la muerte de un chino.

El maestro bebió su té y esperó a que yo terminara de beber el mío.

—Había un viejo mandarín llamado Seng —dijo mi Maestro—. Su vida había sido siempre dichosa y al llegar al ocaso de su existencia se sentía muy satisfecho. Su familia era muy numerosa y tenía muchas concubinas y esclavos. Hasta el propio Emperador de la China le había hecho objeto de sus favores. Sus ojos ya gastados podían ver un poco de espacio a través de la ventana de su habitación, aunque apenas distinguía sus hermosos jardines donde merodeaban los pavos reales. Los trinos de los pájaros, que poblaban los árboles al terminar el día, llegaban débilmente a sus fatigados oídos. Seng permanecía tendido, relajado sobre sus almohadones. Sentía dentro de sí los arañazos de la Muerte cortando sus vínculos con la vida. El sol, teñido de sangre crepuscular, se ocultaba lentamente detrás de la antigua pagoda. El anciano Seng, también lentamente, se desplomó sobre sus almohadones, mientras su respiración entrecortada silbaba entre sus dientes. La luz solar se desvaneció por completo y las lamparillas de su habitación empezaron a arder, pero el anciano Seng ya se había ido, se había ido con los últimos rayos del sol agonizante.

Mi Maestro me observó, como para comprobar que le estaba escuchando. Después prosiguió:

—El anciano Seng permanecía derrumbado sobre sus almohadones y los latidos de su cuerpo se diluían levemente en el silencio. La sangre ya no circulaba por sus

arterias y sus venas y los fluidos de su cuerpo se habían extinguido. El cuerpo del anciano Seng había muerto, había terminado, ya no servía para nada. Pero si allí hubiera estado presente algún clarividente, podría haber observado un halo luminoso, azulado, rodeando el cuerpo del anciano Seng, una figura que se separaba del cuerpo y flotaba sobre él, unido a su envoltura carnal solamente por el sutil Cordón de Plata. Poco a poco, el Cordón de Plata fue estrechándose y, al fin, se partió. El Espíritu del anciano Seng flotó en el espacio, como una nube de incienso arrastrada por el viento, desvaneciéndose después suavemente a través de los muros.

El Lama llenó su taza nuevamente y, tras comprobar que la mía tenía té todavía, prosiguió:

—El Espíritu atravesó reinos y dimensiones incomprensibles para los espíritus materialistas. Al fin, llegó a un maravilloso jardín, lleno de inmensos edificios, deteniéndose en uno de ellos, donde lo que había sido el Alma del anciano Seng entró abriéndose camino entre una cascada de luces. En su mundo, Lobsang, un Alma es tan concreta como tú puedas serlo en tu mundo. En el mundo del espíritu, los espíritus pueden quedar confinados entre cuatro paredes y caminar sobre el suelo. El espíritu tiene allí unas posibilidades y unos dones muy diferentes a los que nosotros poseemos aquí, sobre la Tierra. Aquel Espíritu deambuló durante algún tiempo, y después, entró en una pequeña habitación. Se sentó y contempló los muros que le rodeaban. Súbitamente los muros se desvanecieron y, en su lugar, aparecieron muchas escenas de su vida pasada. Contempló lo que nosotros llamamos el Archivo Akáshico que contiene todo lo que ha sucedido en el tiempo y que puede ser observado con una rapidez increíble por todos aquellos que han sido especialmente preparados para ello. También es observable por «todos» los que hacen el tránsito de la vida terrestre a la vida del más allá, puesto que el Hombre contempla el balance de sus éxitos y de sus fracasos. De esa forma el Hombre puede ver su pasado ¡y «juzgarse a sí mismo»! No hay un juez más severo para sus propios actos que el mismo hombre que los ha realizado. No es preciso comparecer tembloroso ante un Dios. Nosotros mismos presenciamos lo que hicimos y lo que intentamos hacer.

Yo le escuchaba silencioso. Sus palabras me apasionaban; me fascinaban. Me hubiera gustado oírle durante horas y horas, en lugar de tener que someterme a la rigurosa monotonía de las lecciones cotidianas.

—El Espíritu del que en vida había sido el anciano Seng, el Mandarín Chino, contempló nuevamente toda esa vida que nosotros, sobre la Tierra, hubiéramos calificado de dichosa —prosiguió mi Maestro—. Vio los muchos errores que había cometido y se arrepintió de ellos. Después se levantó y abandonó aquella habitación, dirigiéndose a un gran salón donde le esperaban los hombres y las mujeres del mundo del espíritu. Silenciosos, sonriendo comprensivos y llenos de compasión, le vieron cómo se acercaba para pedirles que le orientaran. Se sentó junto a ellos, les confesó

sus errores y les contó las cosas que había hecho, las que intentó hacer y las cosas que pensó hacer pero que no hizo.

—Pero —dije yo rápidamente—, creo haberle oído decir que no lo juzgaba nadie, que era él el que se juzgaba a sí mismo.

—Y así es, Lobsang —respondió mi Maestro—. Después de contemplar su pasado con todos sus errores, se acercó a aquellos Consejeros Celestes para que éstos le sugirieran lo que creyeran oportuno... Pero, por favor, no me interrumpas. Límitate a escuchar y guarda tus preguntas para más tarde... Como te iba diciendo —prosiguió—, el Alma se sentó entre los Consejeros y les confesó sus fracasos y les habló de las virtudes que, a su juicio, necesitaba para poder seguir su evolución espiritual. En primer lugar, tenía que regresar a la Tierra para ver nuevamente su cuerpo. Luego, descansaría durante varios años o varios siglos y después le ayudarían a hallar las cualidades esenciales para continuar su progreso en el futuro. Su Alma volvió a la Tierra para contemplar por última vez su propio cuerpo, muerto, dispuesto ya para ser enterrado. Entonces, aquel Espíritu, que había dejado de ser el espíritu del anciano Seng para empezar a ser tan sólo un espíritu destinado al reposo, regresó al País del Más Allá. Durante un período de tiempo indeterminado, descansó y se recuperó, aprendiendo las lecciones de sus vidas anteriores, preparándose para la vida futura. Allí, en su existencia ultraterrena, los elementos y las sustancias tenían la misma solidez que habían tenido sobre la Tierra. Descansó hasta que llegó el tiempo propicio y se cumplieron las condiciones previstas a su llegada.

—¡Me gusta este relato! —exclamé—. Me parece realmente interesante.

Mi Maestro sonrió y prosiguió su historia.

—Al llegar el momento establecido previamente, el Espíritu en estado de Espera fue requerido y enviado de nuevo al Mundo Humano por uno de los espíritus encargados de esa misión. Invisibles para los seres de carne y hueso, se detuvieron a contemplar a los que estaban destinados a ser sus padres. Vieron la que sería su casa y analizaron las posibilidades que ofrecía «aquella» casa para facilitarle el aprendizaje de las lecciones futuras. Se retiraron satisfechos. Algunos meses después, la mujer que tenía que ser su madre sintió de pronto en su interior un extraño latido y el Espíritu se introdujo en ella y el Niño adquirió vida. A su debido tiempo, el niño nació en el mundo de los hombres. El Espíritu que en otra vida animó el cuerpo del anciano Seng se agitaba ahora entre los complicados nervios y el cerebro del niño Lee Wong, en un hogar humilde de una aldea de pescadores chinos. Las elevadas vibraciones de un Espíritu habían sido aprisionadas, una vez más, en la mezquina octava de vibraciones de un cuerpo de carne y hueso.

Medité las palabras de mi Maestro. Después, las seguí meditando aún durante algunos instantes.

—Honorable Lama —le dije al fin—. Si las cosas son como vos decís, si la

muerte es tan sólo una liberación de las angustias de la Tierra, ¿por qué los seres humanos le temen tanto?

—Tu pregunta es muy inteligente —respondió mi Maestro—. Si fuéramos capaces de recordar las dichas del otro mundo, la mayor parte de nosotros no podríamos soportar las miserias de éste. Por ello, nos ha sido inculcado el temor a la muerte. A muchos de nosotros —me advirtió mirándome de reojo— no nos gusta ir a la escuela, nos molesta la disciplina, tan necesaria para que nuestros estudios sean provechosos. Pero conforme vamos haciéndonos mayores y convirtiéndonos en hombres, comprendemos el bien que nos ha hecho esa disciplina escolar. Nadie debería creer que es posible avanzar por el camino del conocimiento sin necesidad de asistir a las clases, de la misma manera que nadie debería quitarse la vida antes de que suene la hora que nos ha sido señalada para abandonar la existencia terrena.

Sus palabras me sumieron en profundas reflexiones porque, pocos días antes, un monje viejo, enfermo e inculto, se había suicidado arrojándose desde lo alto de una ermita. Siempre había sido un viejo huraño, con una clara predisposición a rechazar la ayuda que los demás le ofrecían. Sí, era mejor que el viejo Jigme se hubiera suicidado, había pensado yo. Mejor para él y para los demás.

—Señor —le pregunté—, ¿cometió, entonces, un error el viejo Jigme al poner fin a su vida?

—Sí, Lobsang —respondió mi Maestro—. Cometió un grave error. Cada ser humano tiene asignado un período determinado de tiempo que debe pasar en la Tierra. Si pone fin a su vida antes de que se cumpla ese plazo, entonces se ve obligado a regresar casi inmediatamente al mundo. Ésa es la razón de que haya niños que nacen y viven tan sólo unos meses. Son las almas de los suicidas que vuelven para reencarnarse en un cuerpo y vivir el tiempo que les faltaba y que debieron haber vivido antes. El suicidio «nunca» está justificado. Constituye una grave injuria contra uno mismo, contra el propio ser.

—Pero, Señor —respondí—. ¿Qué sucede entonces con los nobles japoneses que cometen suicidios rituales para identificarse con las desgracias de sus familiares? El que procede de ese modo debe ser, sin duda alguna, un hombre valiente.

—Te equivocas —dijo enfáticamente mi Maestro—. Te equivocas, Lobsang. La valentía no consiste en morir sino en vivir haciendo frente a las dificultades de la vida, enfrentándose con el sufrimiento. Morir es sencillo, pero vivir... ¡«ésa» es la verdadera valentía! Ni siquiera las teatrales ceremonias del «suicidio ritual» pueden liberar a este acto de su inicuidad intrínseca. Venimos al mundo para aprender y solamente podremos aprender viviendo aquí la totalidad de nuestra vida natural. ¡El suicidio «nunca» está justificado!

Volví a pensar en el viejo Jigme. Cuando se quitó la vida era ya muy anciano. Por esa causa, cuando tuviera que regresar, pensé, lo haría para vivir un breve período de



tiempo.

—Honorable Lama —le pregunté—. ¿Cuál es el objetivo del miedo? ¿Por qué nos hace sufrir tanto? He observado que las cosas que más temo no suceden nunca y, sin embargo, ¡sigo temiéndolas!

—Eso es lo que nos sucede a todos —dijo el Lama riendo—. Sentimos el temor de lo Desconocido. Pero el temor es necesario. Nos estimula. Sin él nos dominaría la pereza. Gracias al miedo se incrementa nuestra fuerza y podemos evitar males mayores. El miedo nos obliga a superar nuestra predisposición a la holgazanería. No estudiarías tus lecciones ni harías tus tareas escolares si no «temieras» al maestro o si no sintieras el «temor» a parecer un estúpido ante tus condiscípulos.

Los monjes empezaban a entrar en el Santuario. Los «chelas» se afanaban en torno a las lámparas y encendían varillas de incienso. Nos pusimos en pie y salimos. La tarde estaba fresca. Una brisa ligera mecía las hojas de los sauces. A lo lejos, sonaron las trompas del Potala y sus ecos se multiplicaron suavemente en los muros de la lamasería del Oráculo del Estado.

## Capítulo tercero

La lamasería del Oráculo del Estado era pequeña, estaba aislada y condensada en un reducido espacio. Algunos «chelas» jugaban despreocupadamente. No había grupos de monjes ociosos deambulando por el patio soleado o perdiendo el tiempo en conversaciones inútiles. La mayoría de los ancianos —¡incluso los lamas ancianos!— residían allí. Canosos, curvados bajo el peso de los años, realizaban su labor lentamente. Era el Hogar de los Adivinos. Los viejos lamas y el propio Oráculo tenían a su cargo las tareas de la Adivinación y de la Profecía. Ningún visitante podía entrar sin invitación. Ningún viajero perdido acudía allí en busca de reposo o comida. Se trataba de un lugar ante el que todos sentían miedo y que a todos estaba prohibido, a no ser que fuesen invitados muy especialmente. Mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, constituía una excepción a la regla, ya que podía entrar y salir a su antojo y era siempre un visitante bien recibido.

Un delicioso conjunto de árboles protegía la lamasería de las miradas indiscretas. Los altos muros de piedra ocultaban sus edificios a los eventuales curiosos, suponiendo que alguno se atreviera, con su curiosidad, a suscitar las iras del poderoso Lama del Oráculo. Siempre había unas habitaciones reservadas para el Profundo, el Sagrado Dalai Lama, que visitaba con frecuencia este Templo de la Sabiduría. Su atmósfera era sosegada y su aspecto exterior tranquilo, con esa clara quietud que emanan los hombres capaces de realizar plácidamente las más importantes tareas.

Era imposible que un intruso pudiera promover alboroto. El lugar estaba vigilado por los fuertes hombres de Kham, muchos de los cuales medían más de siete pies de estatura y tenían un peso superior a las doscientas cincuenta libras. Eran utilizados en todo el Tíbet como monjes policías y se encargaban de la tarea de mantener el orden en las comunidades, que algunas veces congregaban a miles de monjes. Se mantenían constantemente en estado de alerta, permanentemente vigilantes. Con sus poderosas armaduras de madera, constituían un espectáculo realmente aterrador para todos aquellos que no tenían la conciencia tranquila. Y como el hábito no hace necesariamente al monje, y en todas las comunidades hay seres culpables y perezosos, los hombres de Kham tenían siempre trabajo.

Los edificios que ocupaban los lamas estaban también ocultos por la misma razón. No eran altos ni tenían escaleras verticales de madera, para no fatigar a los ancianos que habían perdido la elasticidad de la juventud y tenían el cuerpo cansado y frágil. La entrada a los corredores no era nada difícil y los más ancianos vivían en la planta baja. El Oráculo del Estado tenía también sus habitaciones en la planta baja junto al Templo de los Augurios. En torno a él se alojaban los más ancianos, los más sabios y los jóvenes monjes policías de Kham.

—Haremos una visita al Oráculo del Estado, Lobsang —dijo mi Maestro—. Se

interesó mucho por ti y parece dispuesto a dedicarte mucho tiempo.

Aquella invitación, que en realidad era una orden, me llenó de una angustia infinita ya que, en el pasado, todas mis visitas a los astrólogos y a los adivinos habían constituido una confirmación de «malos» augurios, de nuevos sufrimientos, de nuevas dificultades futuras. Normalmente, me veía obligado también a colocarme mi mejor manto, y a sentarme, tieso como un palo, para escuchar a algún viejo tedioso decir largas estrofas de vulgaridades que no valían la pena. Le miré desconfiado. El Lama intentaba sin éxito ocultar una sonrisa burlona. Sin duda alguna, pensaba yo, ha leído ya mi pensamiento.

—No es necesario que te cambies de ropa —me dijo al fin, lanzando una ruidosa carcajada—. Lo que pueda decirte el Oráculo no estará determinado por el manto que lleves. ¡Te conoce mejor que tú mismo!

Sus palabras aumentaron mi tristeza. ¿Qué es lo que tendré que escuchar, entonces?, me preguntaba. Descendimos por el corredor y salimos al patio interior. Contemplé las cimas de los montes que asomaban sobre los edificios y me sentí como un condenado a muerte. Un desagradable monje policía, como una montaña viviente, se acercó a nosotros. Al reconocer a mi Maestro, se deshizo en sonrisas de bienvenida y exageradas reverencias.

—Me postro ante tus Pies de Loto, Lama Sagrado —dijo—. Concédeme el honor de conducirte ante Su Reverencia, el Oráculo del Estado.

Empezó a caminar delante de nosotros, mostrándonos el camino, y a mí me pareció que sus pasos hacían temblar la tierra.

Junto a la puerta del Oráculo había no dos monjes guardianes sino dos lamas que, al vernos, se apartaron para cedernos el paso.

—El Sagrado os espera —dijo uno de ellos a mi Maestro con una sonrisa.

—Está esperando tu visita, señor Mingyar —dijo el otro.

Entramos. Era una pequeña habitación tenuemente iluminada.

Durante unos instantes, apenas me fue posible distinguir nada. Mis ojos estaban deslumbrados por la brillante luz del patio, inundado de sol. Poco a poco, conforme mis pupilas fueron adaptándose a la penumbra, me di cuenta de que me hallaba en una habitación desnuda. Dos tapices adornaban las paredes. Y en un rincón, un pequeño brasero de incienso humeaba. En el centro, sentado sobre una pequeña almohada, había un hombre joven, delgado y de frágil aspecto. Mi sorpresa fue enorme al darme cuenta de que «aquél» era el Oráculo del Estado del Tíbet. Sus ojos brillantes me contemplaban fijamente y penetraban en mi interior. Sentí la sensación de que no estaba viendo mi cuerpo sino mi alma.

Mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, y yo nos postramos ante él y le hicimos la reverencia prescrita por nuestras tradiciones. Después, nos levantamos de nuevo, esperando. Y por fin, cuando el silencio empezaba ya a resultar realmente

desagradable, el Oráculo dijo:

—¡Bienvenido, señor Mingyar! ¡Bienvenido, Lobsang!

Su voz era varonil, aunque no demasiado poderosa. Parecía llegar desde muy lejos. Durante unos instantes, el Oráculo y mi Maestro trataron de diversas cuestiones de interés general. Después, el Lama Mingyar Dondup le hizo una reverencia, nos volvió la espalda y salió de la habitación. El Oráculo me miró fijamente durante unos instantes y por fin dijo:

—Trae una almohada y siéntate junto a mí, Lobsang.

Así lo hice. Durante un rato, me contempló en medio de un embarazoso silencio, pero cuando su minucioso examen empezaba a resultarme incómodo habló.

—De modo que tú eres Lobsang Rampa —dijo—. En otra vida nos conocimos muy bien. Ahora, siguiendo las órdenes del Profundo, debo hablarte de las dificultades y las pruebas que te esperan en el futuro.

—¡Señor! —exclamé—. Debo de haber hecho cosas terribles en mis vidas pasadas para merecer tantos sufrimientos en ésta. Mi Karma, mi Destino parece ser más doloroso que el de las demás personas.

—No es así —replicó—. Las personas suelen cometer el error de creer que los sufrimientos que padecen en «esta» vida son consecuencia necesaria de las faltas que cometieron en sus vidas pasadas. Si colocas algún metal en el fuego, ¿lo haces para castigarle por sus errores o, por el contrario, para darle temple y mejorar su calidad? —Me miró fijamente y añadió—: En todo caso, tu Maestro, el Lama Mingyar Dondup, ya te explicará todas estas cosas. Yo debo limitarme a hablarte del futuro.

Agitó una campanilla de plata y un sirviente entró silencioso. Sigilosamente, colocó una mesa muy baja entre nosotros dos y, sobre la mesa, puso un brasero de plata, aparentemente adornado como si estuviera hecho de porcelana. En su interior había algunas brasas que aumentaban su fulgor rojizo conforme el monje sirviente lo balanceaba en el espacio. Después lo colocó ante el Oráculo. Murmurando palabras cuyo significado no llegué a comprender, colocó junto al brasero una caja de madera, profusamente labrada, y se marchó tan silenciosamente como había llegado. Yo seguía sentado y me encontraba incómodo, preguntándome por qué razón me tenían que suceder a mí siempre aquellas cosas. «Todo el mundo» me advertía que mi vida estaría llena de grandes dificultades. Parecían complacerse en ello. Las dificultades eran dificultades, aun en el caso de que no fueran el precio que tenía que pagar por los errores de alguna de mis pasadas existencias. Lentamente, el Oráculo se inclinó hacia adelante y abrió la caja. Con una cucharilla de oro extrajo un poco de polvo que derramó sobre las brasas.

La habitación se llenó de un azulado brillo. Me di cuenta de que mi vista se nublaba y de que fallaban mis sentidos. Me pareció escuchar el tañido de una gran campana que llegaba hasta mí desde una inconmensurable lejanía. El sonido se

acercaba poco a poco y su intensidad fue aumentando hasta tal punto que creí que mi cabeza iba a estallar. Se desenturbió mi mirada y pude contemplar atentamente la columna de humo surgiendo interminablemente del brasero. El humo empezó a agitarse y a agitarse, se acercó a mí y yo, yo, me sentí identificado con él. Desde algún lugar misterioso que mi razón no podía alcanzar, llegó hasta mis oídos la voz del Oráculo del Estado y resonó dentro de mi espíritu. Pero yo no necesitaba escucharla. Estaba «contemplando» el pasado y el futuro, y los veía tan reales como si fueran mi presente. Arrastrado por el torbellino del Tiempo iba contemplando, en calidad de simple espectador, los acontecimientos de mi vida como si se tratara de una simple película. Mi temprana niñez, sucesos que se habían desvanecido de mi memoria, la severidad de mi padre. Lo volví a ver todo con la mayor nitidez. Volvía a estar sentado frente a la gran lamasería de Chakpori. De nuevo sentía la dureza de las rocas de la Montaña de Hierro después de que el viento se abatiera sobre mí, sobre el tejado de la lamasería, y me arrojara contra la ladera, con una fuerza capaz de romperme todos los huesos. El humo se convirtió en un torbellino y las imágenes (lo que nosotros llamamos el Archivo Akáshico) siguieron transformándose. Volví a ver de nuevo mi iniciación, las ceremonias secretas envueltas en nubes de incienso, presenciadas antes de ser iniciado. Y me vi haciendo un largo y solitario viaje hacia Chungking, en la China.

Una máquina extraña se estremeció y pareció estallar en el aire precipitándose velozmente sobre los escarpados acantilados de Chungking. ¡Yo... yo... controlaba aquella máquina! Después, vi volar muchas máquinas idénticas, que llevaban en sus alas el Sol Naciente del Japón. Arrojan manchas negras que caían sobre la tierra convirtiéndose en estallidos, en fuego y en humo. Los cuerpos saltaban hechos trizas y, durante algún tiempo, una extraña lluvia de sangre y de restos humanos parecía caer desde el cielo. Luego, presencié cómo los japoneses me torturaban y me sentí mareado y enfermo. Contemplé mi vida, vi las dificultades que me esperaban, sentí la amargura de mi futuro. Pero lo que me produjo mayor tristeza fue la maldad y la falsedad de algunos seres humanos pertenecientes al Mundo Occidental que, según pude comprobar, ansiaban la destrucción de muchas cosas buenas, impulsados tan sólo por la envidia. Las imágenes seguían pasando ante mis sentidos y pude darme cuenta de cuál sería mi destino y la vida que me esperaba en el futuro.

Como ya me habían dicho, las «posibilidades» pueden predecirse con gran exactitud. Solamente los detalles secundarios varían en algunas ocasiones. Las previsiones astrológicas determinan los límites de lo que puede ser y de lo que puede soportar cada persona, de la misma manera que el conductor conoce las velocidades máxima y mínima del vehículo que dirige. «¡Me espera una vida difícil! —pensé—. ¡De acuerdo!».

Luego me levanté de un salto. Sentí que una mano se apoyaba en mi hombro. Me volví y vi el rostro del Oráculo del Estado, que estaba detrás de mí. Me

miraba lleno de compasión, como lamentando las dificultades que me esperaban.

—Tienes grandes dotes psíquicas, Lobsang —me dijo—. Generalmente, me veo obligado a explicar esas imágenes a los que las contemplan. Como era de esperar, el Profundo no se ha equivocado en sus predicciones.

—Lo único que deseo —le respondí— es permanecer aquí, en paz. ¿Qué necesidad tengo de visitar el Mundo Occidental, donde predicán las religiones tan apasionadamente... y luego, si pueden, se apuñalan por la espalda?

—Tienes una misión que cumplir, amigo mío —dijo el Oráculo—. «Tú» puedes realizarla a pesar de todas las dificultades. Ésa es la razón de que hayas sido objeto de un adiestramiento especial realmente difícil.

De nuevo, me hablaban de dificultades y de tareas que llevar a cabo y ello me llenó de pesimismo. Yo deseaba tan sólo un poco de paz y de calma y, de vez en cuando, algunas diversiones inofensivas.

—Ahora debes regresar con tu Maestro —dijo el Oráculo—. Te está esperando. Tiene que revelarte muchas cosas.

Me puse en pie, me incliné ante él respetuosamente y salí de la habitación. El gigantesco monje policía me estaba esperando en el exterior para acompañarme junto a mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup. Mientras caminábamos uno junto al otro pensé en la imagen que había visto en un libro y que representaba un elefante y una hormiga caminando juntos por uno de los senderos de la jungla.

—Bueno, Lobsang —me dijo mi Maestro al verme entrar en su habitación—, espero que lo que has visto no te haya deprimido demasiado. —Sonriendo, me invitó a sentarme—. Pero, es necesario alimentar el cuerpo, Lobsang. Después, el Espíritu.

Agitaba riendo la campana de plata para llamar al monje sirviente. Iba a pedir té. Sin duda alguna, había llegado el momento oportuno. Las Reglas de la lamasería prohibían mirar alrededor durante las comidas e incluso mirar de soslayo. Era preciso prestar atención solamente a la Voz del Lector. Pero en la habitación del Lama Mingyar Dondup no había ningún Lector que nos recitara los libros Sagrados en voz alta, con el objeto de mantener nuestro pensamiento alejado de una cosa tan vulgar como la comida. Tampoco había ningún severo Vigilante dispuesto a precipitarse sobre nosotros a la más leve infracción de las Reglas. A través de la ventana, contemplé ante mí el Himalaya infinito, pensando que muy pronto llegaría el tiempo en que ya no podría volver a contemplarlo. Me había asomado al futuro —a «mi» futuro— y lo que más temía eran las cosas que no había podido ver claramente por estar envueltas en la niebla.

—Has visto muchas cosas, Lobsang —dijo mi Maestro—. Pero son muchas más las cosas que no te han sido mostradas. Si crees que no puedes enfrentarte con tu Futuro, aún sintiéndolo mucho, aceptaremos tu decisión y podrás seguir en el Tíbet.

—Señor —le respondí—, una vez me dijisteis que el hombre que se aparta de los

Senderos de la Vida y, vacilando, vuelve la espalda a su destino, no es un auténtico hombre. Aunque sé que me esperan muchas dificultades, deseo seguir adelante.

—No esperaba menos de ti —me dijo asintiendo sonriente—. Y sé que alcanzarás al fin la meta que te has propuesto.

—Señor —le pregunté—, ¿por qué las personas no llegan a este mundo recordando lo que fueron en sus vidas pasadas, conscientes de lo que se espera que hagan en esta vida? ¿Por qué existe eso que llamáis el «Conocimiento Oculto»? ¿Por qué no podemos conocer todas esas cosas?

—No cabe duda de que tu sed de saber es infinita —dijo el Lama Mingyar Dondup siempre sonriendo—. Pero también es cierto que te falla la memoria porque, no hace mucho, te dije que normalmente no recordamos nuestras vidas anteriores porque ello serviría tan sólo para aumentar nuestro dolor en este mundo. Por eso decimos: «La Rueda de la Vida da vueltas incesantes, proporcionando a unos riqueza y a otros pobreza. El mendigo de hoy puede ser un príncipe mañana». Si no conocemos cómo fueron nuestras vidas pasadas, podemos empezar nuevamente a vivir sin intentar especular con lo que fuimos en nuestra última existencia.

—Pero ¿qué podéis decirme del Conocimiento Oculto? —le pregunté—. Si las personas poseyeran ese conocimiento, todas serían mejores y nuestro progreso sería más acelerado.

—¡Las cosas no son tan sencillas como tú crees! —respondió mi Maestro con una sonrisa. Guardó silencio durante unos instantes y, luego, prosiguió—: Dentro de nosotros hay poderes controlados por nuestro Ser, que son muy superiores a todos los que el Hombre puede poseer en el mundo material, en el mundo físico. Sin duda alguna, el Hombre Occidental haría un uso inadecuado de esos poderes que nosotros somos capaces de controlar, porque lo único que preocupa a los occidentales es el dinero. Los occidentales viven condicionados solamente por dos preguntas: «¿Puedes probarme esto?» y «¿Qué es lo que puedo conseguir si hago tal o cual cosa?». Encuentro muy divertidos —dijo riendo como un niño— todas esas máquinas y aparatos que el Hombre utiliza para enviar sobre los océanos sus mensajes de «telegrafía sin hilos». Esta denominación es la última que deberían utilizar, porque esos aparatos están fabricados con miles y miles de hilos. Nuestros lamas, aquí, en el Tíbet, pueden enviar sus mensajes telepáticos sin necesidad de usar ningún aparato. Nos introducimos en lo astral y viajamos a través del espacio y el tiempo, visitando todos los lugares del mundo e incluso otros mundos. Dominamos la levitación. Levantamos pesos inmensos utilizando poderes que casi nadie conoce. No todos los hombres son puros, Lobsang, ni el hábito hace necesariamente al monje. Un malvado puede vivir en una lamasería y un santo puede estar recluido en una cárcel.

Le contemplé perplejo.

—Pero si todos los hombres poseyeran ese conocimiento —le pregunté—, ¿acaso

no serían mejores?

—Si mantenemos oculto el Conocimiento Secreto —me dijo el Lama lleno de tristeza— es tan sólo para proteger a la Humanidad. La mayoría de los hombres, especialmente los que pueblan Occidente, están dominados por el deseo del dinero y del poder. Como ya te advirtieron el Oráculo y tus maestros, nuestro país será invadido y conquistado físicamente por un culto extraño, que no concede la menor importancia a los hombres y cuyo objetivo no es otro que agigantar hasta el máximo el poder de los dictadores que conseguirán someter a la esclavitud la mitad de la Tierra. Algunos lamas han sido torturados hasta la muerte por los rusos por haberse negado a divulgar la ciencia prohibida. El hombre normal que pudiera adquirir de pronto esa ciencia actuaría de la forma siguiente: En primer lugar, sentiría miedo ante el poder recién adquirido. Después, empezaría a pensar que tenía en sus manos un medio para alcanzar una riqueza muy superior a la que nunca había soñado. Y, entonces, utilizaría esa ciencia para conseguir dinero. Y conforme incrementara su riqueza y su poder desearía mayor poder y mayor riqueza. Un millonario nunca se siente satisfecho con un millón. Quiere muchos millones. Se ha dicho que el poder absoluto corrompe a los seres poco evolucionados. Y el Conocimiento Oculto proporciona el poder absoluto.

La luz se hizo dentro de mí. ¡De pronto comprendía cómo podía ser salvado el Tíbet!

—¡Entonces, el Tíbet está salvado! —dije saltando de excitación—. El Conocimiento Oculto es el que nos librerá de la invasión.

Mi Maestro me miró lleno de compasión y de tristeza.

—No, Lobsang —me dijo—. No queremos utilizar los Poderes para eso. El Tíbet sufrirá persecuciones y será casi aniquilado, pero en el futuro resurgirá de nuevo, más grande, más puro que antes. El país se limpiará de su podredumbre a través del fuego de la guerra y lo mismo sucederá con el mundo entero. Las guerras son «necesarias», Lobsang —dijo el Lama lleno de calma—. Si no hubiera guerras, la población del mundo crecería desmesuradamente. Y, en ese caso, tendría que haber epidemias. Las guerras y las enfermedades son las grandes reguladoras de la población mundial y proporcionan a los seres humanos (y a los seres de los otros mundos) la oportunidad de hacer el bien a sus semejantes. Mientras la población del mundo no pueda ser regulada por otros medios, «siempre» habrá guerra.

Sonaron los gongs, llamándonos al servicio nocturno. Mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, se puso en pie.

—Vamos, Lobsang —dijo—. Somos huéspedes y debemos mostrarnos respetuosos asistiendo al servicio.

Salimos al patio. Los gongs seguían sonando insistentemente y sus toques se prolongaban durante mucho más tiempo que los de Chakpori. Fuimos hacia el



Templo caminando despacio. Nuestra lentitud me asombraba. Miré a mi alrededor y vi muchos ancianos achacosos que atravesaban el patio cojeando.

—Sería muy cortés por tu parte, Lobsang —me susurró mi Maestro—, que te sentaras entre los «chelas».

Incliné la cabeza en señal de asentimiento y, dando un rodeo, me acerqué al lugar que ocupaban los «chelas» de la lamasería del Oráculo del Estado. Cuando me senté entre ellos, me contemplaron llenos de curiosidad. Y en los momentos en que los Vigilantes no miraban, se iban acercando a mí poco a poco hasta rodearme casi por completo.

—¿De dónde eres? —me preguntó un muchacho que parecía ser el jefe del grupo.

—De Chakpori —musité.

—¿Eres el chico que envió el Profundo? —me preguntó otro.

—Sí —susurré—. He visitado al Oráculo y me ha dicho...

—¡Silencio! —gritó una voz poderosa detrás de nosotros—. ¡No quiero volver a oíros!

El corpulento Vigilante se alejó.

—¡Bah! —dijo uno de los muchachos—. No le hagas caso. Ladra, pero no muerde.

Aparecieron entonces el Oráculo del Estado y un Superior, saliendo por una de las pequeñas puertas laterales, y se inició al servicio.

Poco después correteábamos libremente por el patio. Fui con los demás a la cocina y llené de cebada mi bolsa de cuero, consiguiendo también un poco de té. No tuvimos ocasión de hablar. Los monjes de todos los grados paseaban y mantenían las últimas discusiones del día, antes de retirarse a descansar. Me dirigí a la habitación que me habían asignado, me envolví en mi manto e intenté dormirme. El sueño tardaba en apoderarse de mí. Me entretuve contemplando la penumbra purpúrea constelada por las pequeñas chispas doradas de las lámparas. En la lejanía, el eterno Himalaya alzaba hacia el firmamento sus gigantescos dedos de piedra convertidos en una muda plegaria a los Dioses del Mundo. Los rayos blanquecinos de la luna desaparecían y volvían a surgir mientras el astro de la noche se elevaba en el cielo. No soplabla la menor brisa nocturna. Las cintas de oraciones caían inmóviles desde lo alto de sus mástiles. El insignificante jirón de una nube flotaba indolentemente sobre la ciudad de Lhasa. Me volví y dormí con un sueño sin sueños.

Me desperté sobresaltado y lleno de angustia a primera hora de la mañana. Había dormido más de la cuenta y llegaría retrasado a los servicios matutinos. Me levanté de un salto, ajusté mi manto precipitadamente y salí con toda rapidez atravesando los corredores desiertos. Al salir al patio..., me tropecé con uno de los hombres de Kham.

—¿Adónde vas? —me preguntó, sujetándome con su mano de hierro.

—Al servicio matutino —le respondí—. Me he dormido.

—¡Ah! —dijo riéndose, mientras me dejaba libre—. Eres un visitante. Aquí no tenemos servicio matutino. Vuélvete a dormir.

—¿No hay servicio matutino? —le pregunté—. ¿Por qué? ¡En «todas partes» hay ese servicio!

El monje policía que, sin duda alguna, estaba de buen humor, me respondió amablemente:

—Aquí hay muchos ancianos y algunos están enfermos. Ésa es la razón de que hayamos prescindido de ese servicio. Vuelve a tu cuarto y duérmete tranquilo.

Me golpeó en la cabeza de una forma que a él debió parecerle cariñosa y que a mí me pareció un trueno, y me obligó a entrar en el corredor. Después prosiguió su ronda, pisando el suelo con pasos poderosos, que en el patio sonaban con un ruido de «¡bong!, ¡bong!» y «¡tung!, ¡tung!», según por donde pasaba. Recorrí, también con toda rapidez, los corredores y, a los pocos minutos, volvía a dormir profundamente.

Más tarde, aquel mismo día, fui presentado al Superior y a dos de sus lamas más allegados. Me interrogaron durante mucho tiempo sobre ciertos pormenores de mi vida familiar, sobre los recuerdos que conservaba de mis vidas pasadas y sobre mis relaciones con mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup. Finalmente, se levantaron los tres y, tambaleándose, se dirigieron hacia la puerta.

—Ven —dijo el último de ellos, antes de salir, señalándome con el dedo.

Les seguí desconcertado, silencioso y humilde. Salieron despacio, arrastrando los pies dificultosamente, casi letárgicamente, a lo largo del corredor. Yo les seguí a pasos cortos, haciendo un esfuerzo para caminar con la lentitud necesaria para mantenerme junto a ellos. Lentamente, muy lentamente, cruzamos ante las habitaciones abiertas, desde donde los ascetas y los «chelas» contemplaban curiosos nuestro paso. Sentí mis mejillas encendidas de rubor. Me resultaba sumamente desagradable ir detrás de aquel lento cortejo, al frente del cual marchaba el Superior apoyado en sus bastones, arrastrando los pies. Le seguían los dos lamas, tan decrepitos y achacosos que les resultaba difícil mantenerse junto a él. Y al final caminaba yo, realizando grandes esfuerzos para hacerlo con la lentitud adecuada.

Después de mucho tiempo —o al menos a mí me pareció «mucho tiempo»— llegamos a una pequeña puerta abierta en un muro apartado. Allí nos detuvimos mientras el Superior, murmurando en voz baja, manejaba torpemente la llave. Con la ayuda de uno de los lamas, consiguió por fin abrir la puerta, cuyos goznes chirriaron desagradablemente. Entró el Superior, seguido por ambos lamas. Como ninguno de ellos me hizo ninguna advertencia en contra, yo también entré. Uno de los lamas cerró la puerta detrás de nosotros. Ante mí, vi una gran mesa llena de objetos antiguos y cubiertos de polvo. Ropajes viejos, Molinos de Plegarias deteriorados, tazones antiguos y un gran surtido de rosarios. En medio de aquel desorden, pude ver

también algunos talismanes y otros objetos cuya identificación me era imposible a primera vista.

—¡Hummm! ¡Hummmm! Acércate, muchacho —me ordenó el Superior.

Con desgana, me acerqué a él. Y él me cogió del brazo izquierdo con sus manos huesudas, mientras yo tenía la sensación de que me había agarrado un esqueleto.

—¡Hummmm! ¡Hummmm! ¡Observa con atención, muchacho! ¿Crees que entre estos objetos hay alguno que te perteneciera en tu anterior existencia? —Me llevó ante la mesa y añadió—: ¡Bien! Si crees que alguno de estos objetos te perteneció..., ¡hummmm!, cógelo y dámelo.

Se sentó con gran dificultad y pareció desinteresarse por completo de mí. Los dos lamas se sentaron junto a él sin añadir una sola palabra.

«Bueno —pensé yo—, parece que los tres ancianos quieren jugar un poco. De acuerdo, vamos a jugar».

La psicometría es, naturalmente, una de las cosas más sencillas del mundo. Con la palma de mi mano derecha extendida hacia abajo fui recorriendo los diversos objetos. Al tocar algunos de ellos sentía en mi mano como un pinchazo, un latido y mi brazo era recorrido por un leve temblor.

Cogí un molino de plegarias, un tazón viejo y resquebrajado y un rosario. Luego volví a hacer mi recorrido a lo largo de la gran mesa. Esta vez, solamente uno de los objetos estremeció mi mano y mi brazo. Un manto viejo y andrajoso que ya no servía para nada. Había pertenecido a un alto dignatario. Era de color de azafrán y estaba desvaído por el tiempo. Sus tejidos, secos y podridos, se desintegraban al tocarlos. Temiendo que pudiera deshacerse por completo, lo levanté con el mayor cuidado. Y, con el mayor cuidado, lo deposité a los pies del Superior y volví en busca de los otros tres objetos que había elegido. El Superior y los demás lamas lo examinaron todo en silencio y compararon sus marcas y sus signos secretos con los grabados en un libro negro y antiguo. Durante mucho rato, se consultaron, mirándose unos a otros, con las cabezas inclinadas y sus viejos cerebros casi crujiendo como consecuencia de los esfuerzos a que sus pensamientos los tenían sometidos.

—¡Ah! —murmuró el Superior, resoplando como un yak fatigado—. ¡Hummmm! ¡Es él, sin duda alguna! ¡Hummmm! ¡Ha tenido una brillante actuación! Vete en busca de tu Maestro, el Lama Mingyar Dondup, muchacho y, ¡hummmm!, dile que tenga a bien honrarnos con su presencia. ¡Hummmm!

Salí corriendo de la habitación, satisfecho de sentirme libre de aquellas momias vivientes cuyo aspecto seco y remoto las hacía tan distintas a la tibia humanidad del Lama Mingyar Dondup. Al doblar una esquina, me tropecé con mi Maestro.

—¡No te alarmes, hombre! —me dijo sonriendo—. Yo también recibí el mensaje.

Me golpeó la espalda cariñosamente y aceleró el paso, dirigiéndose a la habitación donde le esperaban el Superior y los dos lamas. Yo me dediqué a

vagabundear por el patio, ocioso, dando indolentes puntapiés a las piedras.

—¿Eres tú el muchacho a quien están haciendo un Reconocimiento de Reencarnación? —preguntó una voz junto a mí.

Me volví y pude ver a un «chela» que me observaba atentamente.

—Ignoro lo que están haciendo —respondí—. Todo cuanto puedo decirte es que me han hecho que les siga por los corredores para ver si reconocía algunas de mis antiguas cosas. ¡Eso lo puede hacer «cualquiera»!

—Vosotros, los hombres de Chakpori, sabéis lo que queréis —me dijo sonriendo alegremente—. De no ser así, no habríais venido a esta lamasería. He oído decir que tú fuiste alguien «grande» en una de tus pasadas existencias y «debes» haberlo sido realmente, de lo contrario no te hubiera dedicado media jornada el Oráculo. —Con un gesto de miedo, encogiéndose de hombros, añadió—: Debes andar con cuidado. Antes de que te hayas dado cuenta de lo que te está sucediendo, te habrán «reconocido» y te convertirán en Superior. Y entonces, ya no podrás volver a jugar nuevamente con tus compañeros en Chakpori.

Mi Maestro apareció en la puerta que se abría al final del patio. Avanzó hacia nosotros rápidamente. El «chela» que había estado charlando conmigo se inclinó ante él en una profunda reverencia. El Lama le sonrió y se dirigió a mí, con la amabilidad que le caracterizaba.

—Tenemos que marcharnos ya, Lobsang —me dijo—. La noche se extenderá pronto sobre la Tierra y no debemos montar nuestros caballos en la oscuridad.

Nos dirigimos a los establos, donde un monje sirviente nos estaba preparando las monturas. De mala gana, subí a mi caballo y seguí a mi Maestro por el sendero que atravesaba el bosquecillo de los sauces. Trotábamos en silencio. Siempre me ha sido imposible conversar cuando monto a caballo, porque me veo obligado a concentrarme con todas mis fuerzas para no caerme. Me sorprendió enormemente el hecho de que no regresáramos al Chakpori sino nuevamente al Potala. Recorrimos con lentitud las Escaleras mientras, allá abajo, el Valle se desvanecía en las sombras de la noche. Lleno de satisfacción, abandoné mi caballo en los establos y corrí por los patios del Potala, cuyos lugares me resultaban ya familiares, en busca de comida.

Cuando regresé a mi habitación después de la cena, mi Maestro me estaba esperando.

—Ven conmigo, Lobsang —dijo, y yo me senté a su lado—. Bueno —añadió—, supongo que te habrás preguntado qué significan todas estas idas y venidas.

—Creo que intentan Reconocer mi Reencarnación —respondí algo irritado—. Es lo que estaba hablando con uno de los «chelas» de la lamasería del Estado, cuando tú viniste a buscarme para regresar.

—Bien —dijo el Lama Mingyar Dondup—, todo eso es una buena cosa para ti. Ahora debemos analizarlo todo con cuidado durante algún tiempo. No es preciso que

asistas a los servicios nocturnos. Siéntate cómodamente y escúchame con atención y, sobre todo, no me interrumpas.

»La mayoría de las personas vienen a este mundo para aprender algo —dijo para empezar mi Maestro—. Otros vienen con el objeto de prestar ayuda a los que la necesitan o para realizar alguna misión extraordinariamente importante. —Me miró fijamente como para convencerse de que comprendía sus palabras, y luego prosiguió —: Muchas religiones mantienen la creencia en un Infierno, donde los hombres son castigados por sus pecados. Pero el Infierno está “aquí”, en este mundo. Nuestra vida real está, sin embargo, en el Otro Mundo. Venimos aquí para aprender, para pagar las equivocaciones de nuestras vidas anteriores o (como acabo de decirte) para llevar a cabo alguna misión especial. La misión que te ha sido asignada está relacionada estrechamente con el poder psíquico del hombre. Tus “instrumentos de trabajo” serán una capacidad de percepción psíquica extraordinaria, un enorme poder para percibir las auras humanas y el conocimiento de las ciencias ocultas que nosotros te proporcionaremos. El Profundo ha ordenado que se pongan a tu disposición todos los medios capaces de intensificar tus dotes y tu sabiduría. Para ello, para que puedas adquirir todo el saber posible en el plazo más breve, utilizaremos la enseñanza directa, las experiencias más recientes, el hipnotismo.

—De acuerdo. Vais a sumirme en el Infierno —exclamé lúgubrementemente.

—Pero «este» Infierno —respondió mi Maestro sonriendo ante mis palabras— es solamente el punto de partida hacia una vida mejor. Aquí nos es posible limpiarnos de algunas de nuestras faltas más importantes. En el curso de algunos años de vida terrena, nos libramos de faltas que podrían atormentarnos en el Otro Mundo durante muchos siglos. Toda la vida de este mundo no es más que un parpadeo comparada con la Otra Vida. La mayoría de los occidentales creen que cuando uno «muere» es transportado a las nubes, donde se dedica a tocar el arpa. Otros están convencidos de que cuando abandonamos este mundo, nos sumergimos en un estado místico de anonadamiento y esa perspectiva les complace. —Lanzó una carcajada y continuó—: ¡Si fuéramos capaces de conseguir que se dieran cuenta de que la vida ultraterrena es más real que la vida terrena! Todas las cosas de este mundo son solamente vibraciones. Y este mundo —y todo cuanto en él existe— puede ser comparado a la Otra Orilla de la Muerte, donde alcanzamos una escala más elevada.

Se interrumpió, asió mi mano y me obligó a golpear el piso con mis nudillos.

—Esto es piedra, Lobsang —dijo—, una vibración que nosotros llamamos piedra.

Asió nuevamente mi mano e hizo que mis dedos rozaran mi manto.

—Ésta es la vibración que nosotros llamamos lana. Aunque recorramos «completamente» la escala de las vibraciones, seguimos percibiendo los grados relativos de suavidad y de dureza. Por ello, en la Vida que nos espera después de la Muerte, en la «verdadera» Vida, las cosas están a nuestro alcance igual que aquí

abajo. ¿Comprendes lo que quiero decirte? —me preguntó.

Evidentemente, le comprendía. Hacía ya mucho tiempo que comprendía estas cosas. El Lama penetró de nuevo en mi pensamiento.

—Sí, ya sé que todo esto es algo que aquí todo el mundo conoce, pero si «hablamos» de esos «conocimientos inefables», los fijaremos con mayor claridad en tu mente. Más adelante tendrás que visitar los países del Mundo Occidental. Las religiones occidentales te plantearán serias dificultades. —Sonrió burlón y añadió—: Los Cristianos nos consideran paganos. La Biblia dice que «Cristo recorría los desiertos». Pero «nuestros» archivos revelan que Cristo recorrió la India, estudiando nuestras religiones, y que estuvo en Lhasa y estudió en Jo Kang, bajo la dirección de los sacerdotes más destacados de la época. Cristo creó una «buena» religión, pero el Cristianismo que se practica hoy no es la religión que Él creó. —Mi Maestro me miró severamente y me dijo—: Sé que te aburres con todo esto porque crees que son sólo palabras; pero yo he visitado el Mundo Occidental y mi deber es advertirte acerca de las cosas que te esperan. Para ello, lo primero que debo hacer es hablarte de sus religiones, porque no ignoro que posees una memoria capaz de deducir lo esencial de los simples fenómenos.

¡Me sonrojé! ¡Había estado pensando excesivamente «en palabras»! Por los corredores pasaban los monjes arrastrando los pies. Se dirigían al Templo para asistir a los servicios nocturnos. Sobre las terrazas, los trompeteros, contemplando el Valle, lanzaban los últimos toques del día. Mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, siguió hablándome.

—Dos son las religiones fundamentales de Occidente, pero sus sectas son muy numerosas. La Religión judía es antigua y tolerante. Los judíos no te ocasionarán dificultades. Durante siglos han sido perseguidos y ello les ha hecho comprensivos con los demás. Pero los Cristianos ya no son tan tolerantes, excepto los domingos. No te diré nada acerca de las creencias individuales. Ya conocerás esas cosas por los libros. Lo que sí quiero relatarte es el origen de las religiones. Cuando iniciaron la vida sobre la Tierra —dijo el Lama— los hombres vivían en pequeños grupos, se reunían en pequeñas tribus. No tenían leyes ni código de conducta. No existía otra ley que la de la fuerza. Las tribus más fuertes y feroces hacían la guerra a las más débiles. Con el tiempo, apareció un hombre más evolucionado y más inteligente que comprendió que su tribu podía ser la más fuerte si se organizaba. Por ello, fundó una religión y un código de conducta. «Sed fecundos y multiplicaos», les ordenó, porque sabía que el poder de su tribu dependía de los niños que nacieran. «Honra a tu padre y a tu madre», les ordenó, porque se dio cuenta de que si concedía a los padres autoridad sobre los hijos, él tendría autoridad sobre los padres. También se dio cuenta de que si era capaz de convencer a los hijos de que tenían deberes para con sus padres, sería más fácil imponerles una disciplina. «No cometerás adulterio», ordenó

amenazador el Profeta de aquellos tiempos. Pero lo que ordenaba realmente era que la «tribu» no se «adulterara» con la sangre de los miembros de las otras tribus, ya que en ese caso la lealtad de sus hombres se diversificaría en dos direcciones distintas. El tiempo siguió pasando y los sacerdotes descubrieron que había algunas personas que no se sometían en todo momento a los mandatos religiosos. Tras pensarlo y discutirlo mucho, los sacerdotes consiguieron crear un mecanismo de castigos y de recompensas. «Cielo», «Paraíso», «Valhalla» (o dale el nombre que prefieras) para los que obedecieran a «los sacerdotes», y el fuego del Infierno y las torturas interminables para los que les desobedecieran.

—¿Quieres decirme con ello que repudias enteramente las religiones occidentales? —le pregunté.

—No, nada de eso —respondió mi Maestro—. Hay muchas personas que se sienten desvalidas si no pueden pensar o imaginar un Padre omnipotente que vela por ellos, con un Ángel Contable, dispuesto a tomar nota de sus buenas y sus malas acciones. Nosotros somos el dios de las criaturas microscópicas que habitan nuestro cuerpo y de los seres, todavía más pequeños, que habitan «sus» moléculas. En lo que a las plegarias se refiere, Lobsang, tú habrás escuchado muchas veces las plegarias de esas criaturas que viven en ti.

—Sin embargo, me habéis enseñado que la oración es eficaz —repliqué asombrado.

—Sí, Lobsang, la oración es muy eficaz «si dirigimos nuestra plegaria a nuestro propio espíritu», a la parte más auténtica de nuestro ser, situada en el otro mundo, a la parte que controla nuestros «cables de títeres». La oración es «muy» eficaz si obedecemos las normas sencillas y naturales que la regulan. —Me sonrió y prosiguió—: El hombre es una simple partícula de un mundo turbulento. Solamente se encuentra a gusto cuando siente la seguridad de un «abrazo maternal». Para el hombre de Occidente, poco diestro en el arte de morir, el último pensamiento es siempre el mismo: ¡Madre! Si se siente inseguro, intentará aparentar confianza en sí mismo chupando un cigarro o un cigarrillo, lo mismo que los niños se aferran a su chupete. Los psicólogos coinciden en la creencia de que el hábito de fumar constituye tan sólo una simple regresión a los rasgos de la primera infancia en que los niños extraían alimento y «seguridad» de sus madres. La religión consuela a los afligidos. Pero el conocimiento de la verdad de la vida (y de la muerte) es un consuelo mucho mayor todavía. Sobre la Tierra somos como el agua. Cuando realizamos el tránsito de la «muerte» nos convertimos en vapor. Y volvemos a ser como el agua cuando renacemos de nuevo en este mundo.

—Señor —exclamé—, ¿creéis acaso que los hijos no deberían honrar a sus padres?

Mi Maestro me contempló sorprendido.

—¡Qué cosas dices, Lobsang! Es evidente que los hijos deben honrar a sus padres, siempre que sus padres sean merecedores de ello. Los padres dominantes no tiene el menor derecho a arruinar a sus hijos, y los niños «adultos» son responsables de sus actos ante sus cónyuges. Los padres no deben tratar tiránicamente a sus hijos mayores, ya que ello constituye un grave atentado no solamente contra sus hijos, sino también contra sí mismos. Y es un error que deberán pagar en otra vida.

Recordé a mi padre, severo y duro, que en realidad no fue nunca un «padre» para mí. Y a mi madre, que no tenía otra preocupación que la vida social. Después pensé en el Lama Mingyar Dondup que había sido para mí más que un padre y una madre y, sin duda alguna, la única persona que me había mostrado en todo momento amabilidad y amor.

Un monje mensajero entró precipitadamente.

—Honorable Mingyar —dijo haciendo una profunda reverencia. He sido encargado de transmitir el saludo y la consideración del Profundo, rogándoos que tengáis a bien comparecer ante Él. ¿Puedo conducirlos ante su presencia, señor?

Mi Maestro se puso en pie y salió con él.

Yo subí a la terraza del Potala. A lo lejos, en medio de la oscuridad de la noche, brillaban las luces de la lamasería médica de Chakpori. Junto a mí, una Cinta de Plegarias ondeaba levemente a lo largo de su mástil. Cerca de allí, de pie ante la ventana, un viejo monje hacía girar afanosamente su Molino de Oraciones, turbando con su «clac-clac» el silencio nocturno. Las estrellas rodaban en el cielo en un interminable viaje. Y yo me pregunté: ¿Tendremos «nosotros» apariencia de estrellas para los seres de otras dimensiones?



## Capítulo cuarto

Era la época de Lobsar, el Año Nuevo tibetano. Los «chelas» —y también los ascetas— habíamos estado, durante algún tiempo, muy atareados haciendo figurillas de cera. El año anterior nos descuidamos, produciendo mala impresión. Los de las demás lamaserías quedaron convencidos —¡y con razón!— de que los de Chakpori carecíamos de tiempo y de interés por aquellas obras infantiles. Por ello, al año siguiente, por orden expresa del Profundo, nos vimos obligados a hacer figurillas de cera y a tomar parte en la competición. Nuestra obra fue, sin embargo, muy modesta en comparación con la de las otras lamaserías. Sobre un marco de madera de unos veinte pies de alto por treinta de ancho moldeamos varias escenas de las Sagradas Escrituras en cera de colores. Hicimos nuestras figuras tridimensionales y abrigábamos la esperanza de que, al ser vistas a la luz vacilante de las lámparas de grasa, producirían la impresión de estar en movimiento.

El Profundo en persona y los lamas de mayor categoría examinaban todos los años la exposición y elogiaban a los que se habían esforzado por realizarla. Terminada la época de Lobsar, la cera era derretida y se utilizaba para las lámparas durante el resto del año. Mientras realizaba mi trabajo —era bastante hábil modelando—, recordé las muchas cosas que había aprendido en los últimos meses. Todavía me sentía desconcertado ante algunas cuestiones religiosas y, por ello, había decidido interrogar a mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, sobre ellas, en la primera ocasión que se me presentara, pero, de momento, tenía que dedicarme a «modelar». Me incliné y tomé un puñado de cera del color de la carne y, con gran precaución, subí al andamio para poder dar la forma adecuada a una oreja de Buda. A mi derecha, dos jóvenes «chelas» se arrojaban uno a otro pelotas de cera. Tomaban un puñado, la moldeaban groseramente dándole forma esférica y lanzaban aquel sucio proyectil al «enemigo». Se estaban divirtiendo mucho. Pero, desgraciadamente, apareció un monje vigilante detrás de una columna con el deseo de conocer las causas de aquel alboroto. Sin que una sola palabra saliera de sus labios, agarró a los dos niños, uno con cada mano, ¡y los arrojó dentro de una gran caldera de cera caliente!

Me di la vuelta y proseguí mi trabajo. Mezclé la cera con el hollín de las lámparas y dibujé unas cejas realmente aceptables. La figura daba ya la impresión de tener vida. «Al fin y al cabo —pensé— éste es el Mundo de la Ilusión». Descendí del andamio y me alejé lo suficiente para obtener una impresión de conjunto de mi trabajo. El Maestro de Arte sonreía. Posiblemente era yo su discípulo favorito, ya que sentía gran afición por la pintura y el modelado, y trabajaba con gran interés para aprovechar sus enseñanzas.

—Estamos trabajando con eficacia, Lobsang —dijo complacido—. Parece que los Dioses tengan vida.

Nos alejamos los dos, con el objeto de que él me indicara qué correcciones era preciso introducir en otras partes de la escena. «Parece que los Dioses están vivos», pensé. «Pero ¿existen los Dioses? Y si no existen, ¿por qué nos hablan de ellos? Tengo que preguntárselo a mi Maestro». Pensativo, limpié mis manos de la cera que tenían adherida.

Los dos «chelas» que habían sido arrojados a la cera caliente, en un rincón, con gesto de estúpidos, intentaban también limpiarse frotando sus cuerpos con arena fina y oscura. Sonreí burlón y me dispuse a salir. Un «chela» regordete caminaba junto a mí.

—¡Hasta los propios Dioses deben de haberse reído! —me dijo.

«Hasta los Dioses... Hasta los Dioses... Hasta los Dioses...». Esas palabras sonaban en mi mente al compás de mis pasos. ¡Los Dioses! ¿Existían los Dioses? Me dirigí al Templo y esperé a que comenzara el acostumbrado servicio nocturno.

*Escuchad la Voz de nuestros espíritus,  
todos los que camináis errantes.  
Éste es el Mundo de la Ilusión.  
La vida es un sueño solamente.  
Todo lo que nació debe morir.*

La voz del sacerdote seguía resonando, recitando aquellas palabras tan conocidas que, de pronto, inexplicablemente, despertaban mi curiosidad.

—Que se encienda la tercera varilla de incienso para que pueda orientar a los espíritus errantes.

«No son los Dioses los que le ayudan —pensé— sino sus semejantes. Pero ¿por qué no los Dioses? ¿Por qué dirigimos las plegarias a nuestro propio Espíritu y no a los Dioses?».

El resto del servicio careció para mí de atractivo y de significación. Fui violentamente arrancado de mis meditaciones por un codo que se hundió con fuerza en mi costado.

—¡Lobsang! ¡Lobsang! ¿Qué es lo que te sucede? ¿Estás «muerto»? ¡Levántate! ¡El servicio ha terminado ya!

Vacilante, me puse en pie y salí del Templo con los demás. Algunas horas después, dije a mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup:

—¡Señor! ¡Señor! ¿Existe Dios? ¿Existen los Dioses? El me miró y me dijo:

—Vamos a la terraza, Lobsang. Aquí hay demasiada gente para que podamos hablar.

Caminó, delante de mí, por el corredor cruzando ante las habitaciones de los lamas. Llegamos a la terraza trepando por la escalera vertical de madera. Durante

unos instantes, contemplamos el amado paisaje. La inmensa muralla de las montañas. Las aguas luminosas del Kyi Chu y el círculo rojizo del Kaling Chu. Bajo nuestros ojos, el Norbu Linga, o Parque de las joyas, surgía como una masa viva de verdor. Mi Maestro me lo señaló todo.

—¿Crees que todo «esto» es fruto de la casualidad, Lobsang? ¡«Naturalmente», Dios existe!

Nos dirigimos a la parte superior de la terraza y, allí, nos sentamos.

—Tu pensamiento está confuso, Lobsang —me dijo—. Existe Dios. Existen los Dioses. Pero mientras permanezcamos sobre la Tierra, nunca podremos comprender la Forma y Naturaleza de Dios. Vivimos en lo que podríamos llamar el mundo tridimensional. Dios habita en un mundo tan remoto que el cerebro humano, «mientras permanezca en la Tierra», es incapaz de elaborar un concepto necesario de Dios y, por ello, el hombre se ve obligado a forzar su razón. Se supone que «Dios» es algo humano o, si prefieres este otro término, «sobrehumano», pero el hombre, de acuerdo con sus categorías mentales, ¡tiene tendencia a creer que ha sido hecho a Imagen de Dios! También cree que, en los otros mundos, no existe la vida. Si el Hombre está hecho a Imagen de Dios y los seres de los otros mundos de acuerdo con otros moldes diferentes, ¿qué podemos pensar de nuestras concepciones, según las cuales «solamente» el Hombre es Imagen de Dios?

El Lama me observó atentamente intentando comprobar si seguía sus razonamientos. Sin ningún género de dudas, yo lo comprendía perfectamente. Sus palabras me parecían del todo evidentes.

—Todos los mundos y todos los países de todos los mundos tienen su propio Dios o Ángel Tutelar. Nosotros llamamos Manú al Dios que tiene el mundo a su cargo. Es un Espíritu altamente evolucionado, un ser humano que, tras numerosas reencarnaciones, quedó purificado de todas sus escorias. Existe una vinculación entre todos los Seres Superiores y éstos, algunas veces, cuando es necesario, vuelven a la Tierra para mostrar a los mortales que, si quieren, pueden elevarse sobre el barro de los deseos terrenos.

Asentí con la cabeza. Lo sabía. No ignoraba que Buda, Moisés, Cristo y muchos otros hombres pertenecían a ese orden de Seres Superiores. Tampoco ignoraba que Maitreya, según afirman las Escrituras Budistas, vendrá al mundo 5.656 «millones» de años después de Buda o Gautama, como debería en realidad ser llamado. Todo ello, y muchas cosas más, formaba parte de nuestras enseñanzas religiosas corrientes, lo mismo que la certeza de que «todas» las personas buenas tenían las mismas oportunidades de evolucionar, independientemente del nombre que se diera a sus creencias religiosas. Nosotros nunca hemos creído que solamente puedan «alcanzar el Cielo» los que pertenecían a una secta religiosa determinada y que todos los demás eran precipitados en el infierno para servir de diversión a algunos demonios

sanguinarios.

—Nosotros conocemos la existencia de Manú —prosiguió mi Maestro—, el Ser Altamente Evolucionado que controla los destinos del mundo. Existen Manús menores que son los que controlan el destino de cada país. Durante muchos años, el Mundo de los Manús estará en movimiento interminablemente y, por fin, cuando esté adecuadamente preparado para ello, recorrerá el último paso de su evolución y dominará la Tierra.

—¡Entonces —exclamé con cierto aire triunfal— no todos los Manús son buenos! El Manú de Rusia permite a los rusos que atenten contra nuestra dicha. El Manú de China permite a los chinos que atraviesen nuestras fronteras y asesinen a nuestro pueblo.

El Lama sonrió.

—Lobsang —me respondió—, te olvidas de que este mundo es el Infierno y de que estamos aquí sólo para aprender. Si sufrimos es para que nuestro «espíritu» pueda seguir su evolución. Las dificultades y el dolor nos sirven de enseñanza, pero la vida fácil y la consideración del mundo no nos enseñan nada. Si hay guerras es para que los hombres puedan mostrar su valentía en los campos de batalla y —lo mismo que el hierro en la fragua— se templen y endurezcan en el fuego de los combates. Nuestra envoltura carnal carece de importancia, Lobsang. Es solamente un muñeco prisionero del tiempo. El Alma, el Espíritu, el Ser (dale el nombre que prefieras) es lo único que importa. Ciegos sobre la Tierra, creemos que lo más importante es el cuerpo. El miedo a los posibles sufrimientos de nuestro cuerpo enturbia nuestro raciocinio y paraliza nuestro juicio. Sin embargo, debemos actuar pensando siempre en nuestro bien espiritual y prestando, en todo momento, ayuda a los demás. Los que obedecen ciegamente los dictados tiránicos de sus padres se dañan a sí mismos y dañan a sus padres. Los que siguen fanáticamente los principios de cualquier religión dogmática también atentan contra su evolución.

—Honorable Lama —le interrumpí—, ¿puedo añadir dos observaciones?

—Sí, puedes hacerlo —dijo mi Maestro.

—Me habéis dicho que nuestro aprendizaje es más acelerado cuando las condiciones son adversas. Yo creo que sería preferible un poco más de suavidad. Creo que me sería posible también aprender esas condiciones.

Me contempló pensativo.

—¿Crees que te sería posible? —me preguntó—. ¿Crees que aprenderías las Sagradas Escrituras si no temieras a tus maestros? ¿Harías tu trabajo en la cocina si no temieras recibir el castigo que se aplica a los holgazanes? ¿Crees que lo harías?

Incliné la cabeza. Tenía razón. Solamente trabajaba en la cocina cuando me lo ordenaban. Estudiaba las Sagradas Escrituras sólo porque temía las consecuencias de un eventual fracaso.

—¿Cuál es tu segunda pregunta? —inquirió el Lama.

—Veréis, Señor, ¿cómo puede una religión dogmática atentar contra nuestra propia evolución?

—Te pondré dos ejemplos —respondió mi Maestro—. Los chinos estaban convencidos de que lo que hicieran en esta vida carecía de importancia, puesto que podían reparar sus faltas y errores cuando se reencarnaran. Ello les condujo a adoptar una postura de indolencia mental. Su religión se convirtió para ellos en una especie de opio que les arrastró a la pereza espiritual. Vivían solamente pensando en su próxima existencia y ello determinó la decadencia de su arte y de su ciencia. Entonces China se convirtió en un país de tercera categoría en el que los bandidos, transformados en señores de la guerra, implantaron el reinado del terror y del saqueo.

Yo me había dado cuenta de que los chinos que residían en Lhasa eran innecesariamente brutales y estaban dominados por el más absoluto fatalismo. ¡Para ellos la muerte no parecía tener más importancia que el mudarse de casa! Yo no temía la muerte ni mucho menos, pero deseaba fervientemente poder finalizar mi tarea en el curso de una sola vida en lugar de diferirla, viéndome obligado a volver otras muchas veces a este mundo. Me «aterraba» tener que vivir nuevamente todo el proceso de nacer, ser un niño desamparado y tener que ir de nuevo a la escuela. Deseaba que mi vida actual fuera la última que viviera sobre la Tierra. Los chinos habían realizado maravillosas invenciones, maravillosas obras de arte, y habían creado una maravillosa cultura. Pero ahora, después de haberse sometido servilmente a una creencia religiosa, el pueblo chino estaba en plena decadencia y había sido una presa fácil para el Comunismo. En otra época, la ancianidad y la sabiduría eran en todo momento profundamente respetadas en China, pero ahora ya no eran honradas como merecían. Y lo único que imperaba era la violencia, el lucro personal y el egoísmo.

La voz del Lama Mingyar Dondup interrumpió mis reflexiones.

—¡Lobsang! Hemos analizado una religión que predicaba la inacción, cuyas enseñanzas aseguraban que nadie debía intentar influir en los demás, con el objeto de no añadir nada a su propio Karma, en virtud del cual las consecuencias de nuestros actos en la vida se pagan en las vidas sucesivas.

Contempló la ciudad de Lhasa y nuestro pacífico valle. Después se volvió hacia mí de nuevo.

—Las religiones de Occidente tienen una acentuada tendencia a ser exageradamente militantes. Los occidentales no se conforman con creer lo que «desean» creer, sino que necesitan asesinar a los demás intentando convencerles de que deben creer lo mismo.

—No comprendo cómo «matar» a una persona puede ser considerado como una forma de religiosidad.

—No, Lobsang —me respondió—, pero en tiempos de la Inquisición española,

los cristianos de un grupo persiguieron a los que pertenecían a los demás grupos con la intención de «convertirlos y salvarlos». Las personas eran torturadas en los potros y quemadas en las hogueras ¡para obligarlas a cambiar de creencias! Incluso en la actualidad, esa gente envía sus misioneros que intentan por todos los medios conseguir que otros pueblos se conviertan. Todo parece indicar que no tienen mucha seguridad en su propia creencia y necesitan que los demás den su aprobación y se muestren de acuerdo con su religión, ¡como si la salvación dependiera de simples cifras estadísticas!

—Señor —le pregunté—, ¿creéis que las personas deben pertenecer necesariamente a alguna religión?

—¡Claro! ¡Si ellos lo desean, naturalmente que sí! —replicó el Lama Mingyar Dondup—. Si no han alcanzado todavía el grado de perfección necesario para identificarse con su propio ser y con el Manú del Mundo, sin duda alguna será un gran consuelo para ellos adherirse a algún sistema religioso formal. Es una disciplina mental y espiritual y, gracias a ella, algunas personas se sienten vinculadas a un grupo familiar, donde un Padre bondadoso vela por ellos y una Madre compasiva está siempre dispuesta a interceder en su beneficio ante el Padre. No cabe la menor duda de que ese tipo de religión es saludable para los que no se hallan suficientemente evolucionados. Pero si esas personas son capaces de darse cuenta de que deben dirigir sus plegarias a su propio Espíritu, podrán progresar con mucha mayor rapidez. Nos preguntan a menudo la razón de que tengamos imágenes sagradas en nuestros Templos, e incluso la razón de que tengamos Templos. La respuesta a esa pregunta es bien simple. Esas imágenes sirven para recordarnos que debemos evolucionar y que podemos convertirnos en elevados seres espirituales. En cuanto a nuestros Templos, hay que tener en cuenta que son lugares donde se pueden congregarse las personas que poseen mentes idénticas, con el objeto de estimularse recíprocamente en la tarea de alcanzar cada uno su propio Ser. Mediante la oración, aún en el caso de que ésta no esté debidamente orientada, es posible alcanzar un grado más elevado de vibración. La meditación y la contemplación son igual de beneficiosas si se hacen en un Templo como en una Sinagoga o en una Iglesia.

Sus palabras me hicieron reflexionar. Allá abajo, resplandecía el Kaling Chu, deslizándose cada vez más rápido conforme su cauce se estrechaba y se convertía en remolinos de espuma bajo el Puente de Lingkor Road. Hacia el sur, en la lejanía, un grupo de hombres esperaban al barquero del Kyi Chu. Los mercaderes habían llegado al despuntar el día y habían traído a mi Maestro diarios y revistas de la India y de otros remotos países. El Lama Mingyar Dondup había viajado mucho y muy frecuentemente y se mantenía en estrecho contacto con los acontecimientos que se producían más allá del Tíbet. Diarios. Revistas. Un pensamiento daba vueltas en mi cabeza. Había sido determinado por nuestra conversación. ¿Diarios? ¡De pronto, salté

como impulsado por un resorte! Era algo que yo había visto, no en los diarios, sino en una revista, pero ¿de qué se trataba? ¡Lo recordé de repente! ¡Lo veía todo claro! Contemplé varias páginas sin comprender lo que decían aquellos idiomas extranjeros. Esperaba encontrar alguna fotografía. Una página ilustrada apareció ante mis ojos. Una fotografía de una máquina voladora atravesando las nubes, cubriendo con su sombra un ensangrentado campo de batalla. Mi Maestro, a quien mostré mi descubrimiento, me tradujo el texto.

—¡Honorable Lama! —exclamé excitado—. Esta mañana me hablasteis de esa visión a la que llamasteis el Ángel de Mons y que algunas personas pretenden haber visto en el campo de batalla. ¿Es Dios acaso?

—No, Lobsang —respondió mi Maestro—. Son muchos los hombres que, en un momento de desesperación, pretenden haber visto la figura de un Ángel o de un Santo, como dicen ellos. Su estado de urgente necesidad y las intensas emociones vividas en el campo de batalla estimulan sus pensamientos, sus deseos, y dan intensidad a sus plegarias. Con ello, como ya te dije, crean una forma mental a la que poder aferrarse. Cuando aparece el primer trazo espiritual de una visión, los pensamientos y las plegarias del hombre que, inconscientemente, la determinan, se van intensificando y, poco a poco, la visión adquiere durante algún tiempo mayor fuerza, mayor solidez. Nosotros hacemos lo mismo, en el Tíbet, cuando «emitimos formas mentales» en el Templo Interior... Pero marchémonos ya, Lobsang, porque es bastante tarde y todavía no se han terminado las ceremonias del Lobsar.

Recorrimos los corredores y nos dirigimos a los lugares donde, en la Época de la Celebración, se agrupaba la comunidad de la lamasería. El Maestro de Arte vino a buscarme porque quería que un muchacho, pequeño y ligero como yo, subiera al andamio para introducir algunas modificaciones en la parte superior de la cabeza de una de las figuras. Muy satisfecho, le seguí hacia la habitación donde modelábamos. Me puse un viejo manto, cubierto por completo de manchas de cera de todos los colores, enrollé a mi cintura una cuerda para poder subir luego los materiales y trepé al andamio. Como el Maestro de Arte me había advertido, una parte de la cabeza se había despegado del marco de madera. Con ayuda de la cuerda pedí un cubo de cera que necesitaba para realizar mi trabajo. Y durante varias horas me afané por colocar la cabeza en su lugar, mediante unas tablillas que clavé en el marco que servía de fondo a la escena. Después, el Maestro de Arte contempló mi labor con ojos de entendido y me dijo que estaba satisfecho. Lentamente, entumecido, descendí del andamio. Me cambié de ropa y, lleno de satisfacción, me apresuré a salir.

Al día siguiente, estaba yo, con otros muchos «chelas», en la llanura de Lhasa a los pies del Potala, junto al pueblecito de Sho. Se suponía que estábamos contemplando las procesiones, los juegos, las carreras. Pero en realidad, lo que hacíamos era exhibirnos orgullosamente ante los humildes peregrinos que recorrían

los senderos montañosos, recordándoles que debían estar en Lhasa en la época del Lobsar. Acudían a la Meca del Budismo desde todo el mundo budista. Ancianos decrepitos, mujeres jóvenes que llevaban en brazos a sus hijos, todos llegaban convencidos de que recorriendo el Círculo Sagrado de la Ciudad y subiendo al Potala se quedaban limpios de sus pecados pasados y se aseguraban una buena reencarnación sobre la Tierra. Los adivinos llenaban el camino de Lingkor. Los viejos mendigos pedían limosna gimoteando. Y los mercaderes, con sus bultos sobre la espalda, iban en busca de clientes, abriéndose paso entre la multitud. Muy pronto me sentí cansado de aquel espectáculo delirante, de la muchedumbre bobalicona y de sus interminables y estúpidas preguntas. Me separé de mis compañeros y, lentamente, subí hasta la lamasería, que era mi hogar, por el sendero montañoso.

En mi lugar preferido, sobre la terraza, todo era quietud. El sol proporcionaba un agradable calorcillo. Allá abajo, en la lejanía, se escuchaba el rumor confuso de la muchedumbre que, poco a poco, me fue relajando hasta que me adormeció en la vaga tibieza del mediodía. Una figura indefinida se materializó en los últimos límites de mi campo visual. Medio dormido, sacudí mi cabeza, parpadeando varias veces. Pero la figura no desaparecía. Seguía allí, y parecía incrementar su nitidez y su densidad. Sentí que los cabellos de mi nuca se erizaban de temor.

—¡Tú no eres un espíritu! —exclamé—. Pero ¿quién eres?

La Figura sonrió levemente y me respondió:

—No, hijo mío, no soy un espíritu. En otros tiempos, estuve también aquí en Chakpori y, como tú estás haciendo ahora, en esta terraza mis momentos de ocio. Deseaba yo entonces, sobre todas las cosas, liberarme lo antes posible de los deseos terrenos. Por ello, decidí encerrarme entre los muros de aquella ermita.

Señaló hacia arriba y yo seguí con la mirada la dirección de su brazo extendido; después, me siguió hablando telepáticamente.

—Y ahora, al cumplir el decimoprimer Lobsar, he conseguido realizar mi deseo de entonces. Puedo dejar mi cuerpo seguro dentro de la celda de mi ermita y vagar errante donde mi voluntad me lleva. Y es aquí adonde he querido realizar mi primer viaje, para poder contemplar a la multitud de nuevo y visitar, una vez más, este lugar que tanto he recordado a lo largo de mi vida. He conseguido la libertad, muchacho. La he conseguido.

Se desvaneció ante mis ojos como una nube de incienso que hubiera dispersado la brisa nocturna.

¡Las ermitas! Nosotros, los «chelas», habíamos oído hablar mucho de ellas, pero ¿cómo eran por dentro? Nos lo preguntábamos con frecuencia. ¿Por qué los hombres se encarcelaban voluntariamente en aquellas cámaras de roca que asomaban peligrosamente en los bordes de la montaña? ¡También nos habíamos hecho esa pregunta! Decidí interrogar a mi amado Maestro. Recordé después que, no muy lejos



de donde yo me hallaba, vivía un viejo monje chino. El anciano Wu Hsi había vivido una interesante existencia. Fue monje del Palacio de los Emperadores en Pekín, durante algunos años. Pero sintiéndose cansado de aquel género de vida, había visitado el Tíbet en busca de la verdad. Llegó al Chakpori por casualidad y fue aceptado. Después de algún tiempo, se sintió también cansado de su nueva vida y se refugió en una ermita donde, durante siete años, había vivido solitario. Sin embargo, después regresó al Chakpori y allí vivía esperando la muerte. Decidí visitarle. Corrí por el pasillo y, acercándome a su celda, le llamé.

—¡Adelante! ¡Adelante! —le oí decir desde dentro, con voz temblorosa.

Entré y, por primera vez, me encontré en presencia de Wu Hsi, el monje chino. Estaba sentado con las piernas cruzadas. A pesar de su edad, su tronco estaba tieso como un joven bambú. Tenía los pómulos prominentes y su piel era muy, muy amarilla y como apergaminada. Sus ojos eran extraordinariamente negros y rasgados. Su barba era muy escasa y de su labio superior colgaban los pelos, muy largos pero también escasos, de su bigote. Sus manos tenían un color amarillento oscuro y estaban llenas de las manchas de la ancianidad. Sus venas se marcaban a través de su piel como las raíces de un árbol. Conforme me acercaba hacia él; seguía a ciegas mis movimientos, sintiendo mi presencia pero sin llegar a verme.

—¡Hummmm! —dijo—. Por tu forma de andar creo que eres un muchacho. ¿Qué deseas, hijo?

—Señor —le dije—. Durante mucho tiempo vivisteis en una ermita. ¿Podéis contármelo, Sagrado Señor?

—Siéntate, hijo —murmuró, chupando las guías de su bigote—. Hace ya mucho tiempo que no hablo del pasado, aunque pienso en él constantemente... Cuando era niño —prosiguió después de una pausa— viajé mucho y visité la India. Allí vi a los eremitas encerrados en sus cuevas y me pareció que algunos de ellos habían alcanzado la verdad. —Agitó la cabeza—. Las personas corrientes eran muy holgazanas y se pasaban el día sin hacer nada bajo los árboles. ¡Era triste! ¡¡Muy triste!!

—Sagrado Señor —le interrumpí—. Preferiría que me hablaseis de las ermitas del Tíbet.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —exclamó débilmente—. ¡Ah, sí! Las ermitas del Tíbet. Cuando regresé de la India me di cuenta de que la vida de mi ciudad natal, Pekín, me aburría y no me proporcionaba la menor enseñanza. Por ello, tomé nuevamente mi cayado y, durante varios meses, caminé en dirección a las fronteras del Tíbet. —Yo suspiré impaciente—. Después de mucho tiempo, tras haber recorrido muchas lamaserías, siempre en busca de la verdad, llegué al Chakpori. Como en China era médico, el Superior me permitió que me quedara aquí. Yo estaba especializado en acupuntura. Durante algunos años viví satisfecho. Después, sentí el deseo de vivir en

una ermita.

Yo temblaba de impaciencia. Si el anciano se demoraba tanto; llegaría tarde a los cultos, ¡y yo no podía faltar al servicio nocturno! Mientras me perdía en estas reflexiones, escuché la primera llamada de los gongs.

—Respetado Señor —le dije levantándome de mala gana—, preciso que me vaya.

—No, hijo —me respondió el anciano riéndose—. Puedes quedarte. ¿Acaso no estás aquí recibiendo las enseñanzas de un Hermano Mayor? No te vayas. Estás dispensado del servicio nocturno.

Me senté de nuevo. Sabía que era así. A pesar de que él no era un lama sino un asceta, como consecuencia de su edad, sus viajes y su experiencia, era considerado como un Hermano Mayor.

—Vamos a tomar té, hijo —exclamó—. Vamos a tomar té porque mi cuerpo está débil y siento sobre mí el peso de los años. Té para el joven y para el viejo.

Respondiendo a su llamada, un monje sirviente nos trajo té y cebada. Los mezclamos con nuestro «tsampa» y nos dispusimos, él a hablar y yo a escucharle.

—El Superior me concedió autorización para abandonar Chakpori y trasladarme a una ermita. Con un monje ayudante salí de aquí y subí a las montañas. Después de una marcha de cinco días, llegamos a un lugar que puede verse desde la terraza, mirando hacia arriba.

Asentí con la cabeza. Conocía el lugar. Era un pequeño edificio solitario construido en un elevado paraje del Himalaya. El anciano prosiguió su relato.

—El lugar estaba vacío. Su ocupante había muerto recientemente. Entre el ayudante y yo lo limpiamos todo. Después, por última vez, contemplé Lhasa, Chakpori y el Potala, y entré en la cámara interior. El ayudante tapió la puerta sólidamente y yo quedé allí solo.

—¡Pero, Señor! ¿Cómo es el interior?

—Es un edificio de piedra —respondió el anciano Wu Hsi pausadamente, mientras se rascaba la cabeza—. Sus muros son muy gruesos. La puerta queda cerrada por un tabique. En un rincón hay un orificio por el que no puede entrar la luz y por el que el eremita recibe los alimentos. Se trata de un túnel oscuro que comunica la cámara interior con la habitación que ocupa el ayudante. Se vive completamente aislado. La oscuridad era tan espesa que casi podía palparse. No entraba ni el menor destello de luz ni el menor ruido. Sentado en el suelo, inicié mis meditaciones. Al principio, tuve alucinaciones y creí ver rayos y franjas luminosas. Luego me pareció que la oscuridad me estrangulaba como si estuviera rodeado de barro. El tiempo dejó de existir. Pronto sonaron en mi imaginación cánticos y sonidos de campanas y gongs. Y, después, sintiendo que me ahogaba, me precipité contra los muros de mi celda enloquecido, intentando salir. La diferencia entre el día y la noche había dejado de existir. La oscuridad y el silencio de las tumbas lo dominaba todo. Poco a poco,

sentí que mi espíritu se apaciguaba y mi terror se desvanecía.

Yo intentaba visualizar la escena: el anciano Wu Hsi —¡entonces joven!— envuelto en la oscuridad viviente de su celda, abismado en el silencio absoluto.

—Cada dos días —prosiguió el anciano—, llegaba el ayudante y colocaba ante el orificio un poco de «tsampa». Se acercaba tan silencioso que nunca le oía. La primera vez, cuando buscaba mi comida a tientas, en la oscuridad, le di un golpe y la coloqué fuera del alcance de mi mano. Al darme cuenta de que me era imposible llegar hasta ella, llamé al ayudante y grité, pero mi voz no salió de mi celda. Por esta razón, me vi obligado a esperar otros dos días.

—Señor —le pregunté—, ¿qué sucede si un eremita cae enfermo o muere?

—Hijo mío —dijo Wu Hsi—, si un eremita cae enfermo, muere. El ayudante le sigue llevando la comida cada dos días durante un período de catorce días. Transcurrido ese tiempo, si el eremita no ha tocado los alimentos, suben unos hombres, echan abajo el tabique que obstruye la puerta y sacan su cuerpo.

Como ya he dicho, Wu Hsi había sido eremita durante siete años.

—¿Y qué ocurre en los casos en que, como sucedió con vos, el eremita resiste todo el tiempo fijado previamente?

—Yo viví allí durante los dos años que me había propuesto. Y después amplié ese plazo a siete años. Cuando se fue acercando el momento de mi salida, hicieron un diminuto orificio en el techo con objeto de permitir que pasara un insignificante rayo de luz. Periódicamente fueron ampliando el orificio para que entrara un poco más de claridad. Hasta que por fin, al cabo de algún tiempo, ya me fue posible resistir el sol sobre mis ojos. Si un eremita es trasladado al exterior súbitamente en pleno día, se vuelve ciego en el acto porque la oscuridad ha dilatado demasiado sus pupilas y éstas han perdido el hábito de contraerse. Cuando salí, mi piel era pálida y blanca y mis cabellos se habían puesto tan blancos como la nieve de las montañas. Me dieron masajes e hice ejercicio, porque la inmovilidad había anquilosado mis músculos. Recobré mis fuerzas poco a poco y por fin, con el auxilio de mi ayudante, pude bajar de la montaña y volver al Chakpori.

Yo meditaba sus palabras e intentaba imaginarme los interminables años de oscuridad, de silencio absoluto, vividos en la soledad. Y me sentía maravillado ante aquella proeza.

—¿Y cuáles fueron las enseñanzas que obtuvisteis con ese sacrificio? —le pregunté por fin—. ¿Valió la pena hacerlo?

—¡Sí, hijo, sí, valió la pena! —dijo el viejo monje—. Comprendí el sentido de la vida y la finalidad del cerebro. Me liberé de mi cuerpo y conseguí, lo mismo que tú ahora, introducir mi espíritu en lo astral.

—Pero ¿cómo sabéis que no fue una simple ilusión de vuestros sentidos? ¿Cómo sabéis que no estabais loco? ¿Por qué no podíais, lo mismo que yo ahora, introducirnos

en lo astral?

Wu Hsi empezó a reír y siguió riendo hasta que las lágrimas resbalaron por sus arrugadas mejillas.

—¡Preguntas! ¡Preguntas! ¡Preguntas! —dijo al fin—. ¡Las mismas preguntas que yo me hacía...! Primero me dominó al pánico y maldije el día en que se me ocurrió hacerme monje y el día en que entré en mi celda de eremita. Pero poco a poco fui capaz de seguir las normas que regulan la respiración y pude empezar a meditar. Como ya te he dicho, al principio tuve alucinaciones y creí ver cosas que no existían. Pero el día que me liberé de mi cuerpo, la oscuridad dejó de ser oscuridad para mí. Vi mi propio cuerpo sentado en el suelo en actitud meditativa. Vi mis ojos ciegos, fijos, desorbitados. Vi la palidez de mi piel y la delgadez de mi carne. Me elevé sobre mí mismo, atravesé el techo de mi celda y vi a mis pies el Valle de Lhasa. Observé los cambios que se habían producido, contemplé a los viejos amigos y, al entrar en el Templo, conversé telepáticamente con un lama, que me confirmó que realmente había conseguido mi liberación. Recorrí el país entero y visité países extranjeros. Y cada dos días, regresaba de nuevo a mi cuerpo, reanimándolo para que pudiese recoger la comida y alimentarse.

—Pero ¿por qué no podíais, sin necesidad de someteros a la vida eremítica, realizar esos viajes astrales? —le pregunté.

—La mayor parte de los humanos somos seres corrientes. Son muy pocos los que poseen los poderes especiales que te han sido entregados a ti con el objeto de que puedas realizar tu misión. Ya sé que has llegado muy lejos en la dimensión astral. Pero ten en cuenta que hay muchas personas que, como yo, deben templarse en la soledad y en el sacrificio para poder liberar su espíritu del yugo de la carne. Tú eres uno de los afortunados, hijo. ¡«Muy» afortunado! —Suspiró y dijo en un susurro—: Vete ya. Tengo que descansar. He hablado durante mucho tiempo. Vuelve a visitarme otra vez. Siempre serás bien recibido... a pesar de tus preguntas.

Me volvió la espalda y yo, musitando palabras de gratitud, me puse en pie, me incliné ante él respetuosamente y salí de su habitación. Mis pensamientos me tenían tan abstraído que anduve directamente hasta el muro de enfrente y tropecé con él de tal forma que faltó muy poco para que mi espíritu abandonara mi cuerpo. Caminé lentamente por el corredor, frotándome la cabeza dolorida, y me fui al Templo.

El servicio de medianoche estaba terminado. Los monjes se apresuraban, ansiosos, para tener unas horas de reposo y de sueño hasta el día siguiente. El anciano lector colocó la señal cuidadosamente entre las páginas del libro y descendió, presuroso también, de su tribuna. Los ojos perspicaces de los vigilantes, siempre atentos para evitar los alborotos o para dar alguna llamada de atención a los muchachos distraídos, parecieron relajarse. El servicio tocaba a su fin. Los pequeños «chelas» eran objeto de la última inspección de la jornada y se escuchaba el susurro

apenas reprimido de una gran reunión dispuesta a disgregarse. De pronto, un espantoso alarido pareció perforar nuestros oídos. Una figura salvaje saltó sobre las cabezas de los monjes que permanecían en sus asientos e intentó atacar a un joven asceta que sostenía dos varillas de incienso. Todos nos levantamos sorprendidos. Ante nosotros, el salvaje se retorció convulsivamente, arrojando espumarajos entre sus labios contraídos y lanzando gritos horribles desde su garganta torturada. Durante unos instantes, todo se quedó paralizado. Los monjes policías permanecían inmóviles, helados de asombro. Los sacerdotes que oficiaban se habían quedado con los brazos alzados. Después, los vigilantes entraron en acción con violencia. Rodearon al loco y, con gran rapidez, lo dominaron, atando su manto en torno a su cabeza para que no se oyeran los juramentos que surgían como un torrente de su boca. Con gran eficiencia y rapidez, lo sacaron del Templo.

El servicio terminó. Nos levantamos y salimos rápidamente para poder hablar del espectáculo que acabábamos de presenciar, una vez que estuviéramos afuera.

—Es Kenji Tekeuchi —dijo cerca de mí un joven asceta—, un monje japonés que ha viajado por todos los países.

—Sí, eso dicen —dijo otro—. Se ha recorrido el mundo entero.

—Buscando la Verdad —dijo un tercero—, pero con la esperanza de poder alcanzarla sin necesidad de tener que esforzarse demasiado.

Me marché lleno de preocupaciones. ¿«Por qué» la «búsqueda de la Verdad» podía enloquecer a un hombre? La habitación estaba fría y yo temblaba. Me envolví en mi manto y me dispuse a dormir. Cuando los gongs nos llamaron nuevamente al servicio, me pareció que acababa de acostarme. Miré por la ventana y vi brillar los primeros rayos del sol descendiendo desde lo alto de las montañas, con sus columnas de luz parecidas a dedos gigantes que se alzaban al cielo como para alcanzar las estrellas. Suspiré y atravesé velozmente el corredor con la esperanza de no ser el último en llegar al Templo y librarme de las iras de los vigilantes.

—Pareces estar pensativo, Lobsang —dijo mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, cuando fui a verle después del servicio de me diodía.

Me invitó a sentarme con un gesto.

—Viste al monje japonés Kenji Tekeuchi en el Templo, ¿verdad? —me dijo—. Quiero hablarte de él, ya que vas a volver a verle.

Me senté con la mayor comodidad posible. Todo parecía indicar que nuestra sesión no iba a ser breve. ¡Me había «cazado» para el resto del día! Al ver mi expresión, el Lama se sonrió.

—¿Quieres que tomemos un poco de té indio... y unos pasteles... para endulzar la píldora, Lobsang? —Ante esa perspectiva me animé de pronto. Él seguía sonriendo—. El sirviente lo va a traer todo en seguida —añadió—. ¡Te estaba esperando!

«Es cierto —pensé, al ver que entraba el monje sirviente—. ¿Dónde podría yo

encontrar un Maestro como éste?». Los dulces de la India me complacían extraordinariamente. ¡Y los ojos del Lama se desorbitaban, algunas veces, sorprendidos al comprobar cuántos era capaz de «liquidar»!

—Kenji Tekeuchi —dijo mi maestro— es..., era... un hombre muy versátil. Fue un gran viajero. Durante toda su vida (y ahora pasa ya de los setenta años), se ha recorrido el mundo entero buscando lo que él llama «la Verdad». Sin embargo, aunque él no lo sabe, la verdad está en su interior. Pero en lugar de buscarla dentro de sí mismo, realizó interminables viajes. Estudió muchas religiones y leyó, obsesionado, muchos libros de todos los países de la Tierra, buscando, siempre buscando. Después de mucho tiempo, llegó hasta nosotros. Ha estudiado tantas teorías contrarias que su aura psíquica se halla contaminada. Ha leído tanto, comprendido tan poco que casi siempre está enajenado. Es como una esponja humana que absorbe todos los conocimientos, pero es incapaz de asimilarlos.

—Entonces, Señor —le pregunté—, ¿creéis que el estudio de los libros es inútil?

—Nada de eso, Lobsang —replicó el Lama—. Pero, como todos los hombres de criterio, me opongo a la lectura de folletos, panfletos y libros de ocultismo y de cultos extraños. Los que leen esas obras «envenenan» su espíritu, se cierran a sí mismos la senda de todo progreso futuro hasta que se desprenden de esos falsos conocimientos y se convierten en niños ignorantes.

—Honorable Lama —le pregunté—. ¿«Cómo» puede la lectura inadecuada conducir, algunas veces, a la confusión y a la locura?

—Es una larga historia —me respondió el Lama Mingyar Dondup—. En primer lugar, es necesario que analicemos algunas cosas esenciales. ¡Ten paciencia y escúchame! Los humanos somos lo mismo que títeres sobre la Tierra. Estamos hechos de moléculas vibrátiles rodeadas de cargas de electricidad. Nuestro espíritu tiene una escala de vibración mucho más elevada que la de nuestro cuerpo, una carga eléctrica mucho mayor. Entre nuestra escala de vibración y la escala de vibración de nuestro Ser existe una relación perfectamente definida. El proceso de comunicación entre nosotros, en la Tierra, y nuestro Ser, en la dimensión donde éste se halle, puede ser comparado con el proceso a través del cual las ondas hertzianas pueden ser transmitidas, a través de los mares y de los continentes, a una persona de algún país remoto. Nuestros cerebros son lo mismo que receptores de radio que reciben los mensajes de «alta frecuencia», las órdenes y las instrucciones de nuestro propio Ser, para transformarlas en impulsos de baja frecuencia capaces de controlar nuestras acciones. El cerebro es el instrumento electro-químico-mecánico que nos mueve sobre la Tierra. Pero las reacciones químicas determinan un funcionamiento defectuoso de nuestro cerebro, interfiriendo parte del mensaje, ya que es muy difícil, mientras permanecemos en la Tierra, recibir el mensaje «exacto» que nuestro Ser nos «transmite». Y ello es debido a que la Mente es capaz solamente de llevar a cabo

acciones limitadas, a no ser que se vincule al Ser. La mente puede aceptar ciertas responsabilidades, formarse ciertas opiniones e intentar colmar el abismo existente entre las condiciones «ideales» del Ser y las dificultades vigentes sobre la Tierra.

—Pero ¿aceptan los occidentales la teoría de la electricidad cerebral? —le pregunté.

—Sí —respondió mi Maestro—. En algunos hospitales se registran las ondas cerebrales de los pacientes y han descubierto que algunos desórdenes mentales tienen un diagrama cerebral característico. De esta forma, a través del estudio de las ondas del cerebro es posible determinar si una persona sufre alguna enfermedad o desorden mental. Sucede con frecuencia que una dolencia física determinada produce en el cerebro ciertas sustancias químicas que contaminan sus ondas y producen algunos síntomas de locura.

—¿Es muy grave la locura del japonés? —le pregunté.

—Vamos a verle ahora mismo. Está en uno de sus períodos de lucidez.

El Lama Mingyar Dondup se levantó y salió presuroso de la habitación. Yo le seguí rápidamente. Atravesamos varios corredores y llegamos al lugar apartado donde eran alojados los que estaban sometidos a tratamiento médico. En un pequeño dormitorio, desde cuya ventana se divisaba el Khati Linga, el monje japonés miraba a lo lejos sumido en profundas reflexiones. Al acercarse el Lama Mingyar Dondup, se levantó, le estrechó las manos y se inclinó ante él con el mayor respeto.

—Siéntate —dijo mi Maestro—. He traído a este joven para que escuche tus palabras. Siguiendo órdenes del Profundo, está recibiendo una enseñanza intensiva.

El Lama le saludó, nos volvió la espalda y salió de la habitación. El japonés me miró fijamente durante unos instantes. Después, me invitó a sentarme. Y yo me senté, aunque a una distancia prudencial, ya que no sabía si existía el riesgo de que sufriera otro ataque de violencia.

—No llenes tu cabeza de teorías sobre lo oculto, muchacho —me dijo—, porque ello te producirá una indigestión capaz de obstaculizar todo progreso espiritual. He estudiado todas las religiones todos los cultos metafísicos de que tuve noticia y ello me envenenó, enturbió mi visión de las cosas y me convenció de que yo era un Elegido. Pero ahora mi cerebro está enfermo y, en ocasiones, pierdo el control de mí mismo y escapo en busca de mi Espíritu.

—Pero, señor —exclamé—, ¿es acaso posible aprender algo sin leer ningún libro?; ¿qué daño pueden causarnos las palabras impresas?

—Sin duda alguna, puedes leer, hijo —me respondió—, pero debes elegir cuidadosamente tus lecturas, procurando comprendes con seguridad su contenido. Las palabras impresas no entrañan ningún peligro intrínseco, pero «existe» el peligro de los pensamientos que éstas puedan determinar. No es aconsejable comer todo lo que cae en nuestras manos, mezclando alimentos incompatibles. Tampoco se deben

leer libros que se contradigan unos a otros o que prometan poderes ocultos, porque ello puede engendrar Formas Mentales imposibles de controlar, como me sucedió a mí, que nos causan un gran daño.

—¿Has visitado todos los países del mundo? —le pregunté.

El japonés me miró y sus ojos se llenaron de una luz extraña.

—Nací en una pequeña aldea del Japón —dijo—, y cuando alcancé la edad requerida para ello ingresé en el Servicio Sagrado. Durante muchos años, estudié religiones y practiqué el Ocultismo. Fue entonces cuando mi Superior me ordenó que viajara, que visitara otros países. Durante cincuenta años, visité un país tras otro, recorrí todos los continentes, siempre estudiando. Pero mi pensamiento había creado poderes que yo no era capaz de controlar, poderes que residen en la dimensión astral y que, algunas veces, afectan nocivamente mi Cordón de Plata. Tal vez más tarde me permitan volver a hablar contigo. Pero ahora me siento aún muy débil después de mi último ataque y, por ello, tengo necesidad de descansar. Si tu Maestro te lo permite, puedes visitarme otro día.

Le hice la reverencia de rigor y le dejé solo en su dormitorio. Al verme partir, un monje médico se acercó a él solícito. Lleno de curiosidad, miré a mi alrededor, a los ancianos que languidecían enfermos en aquella parte del Chakpori. Después, recibí una urgente llamada telepática de mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, y me apresuré a ir a su encuentro.



## Capítulo quinto

Atravesé rápidamente los corredores, doblando las esquinas a toda velocidad, poniendo en peligro la seguridad de aquellos que se cruzaban conmigo. Un viejo monje me sujetó al pasar, sacudiéndome con fuerza.

—No está bien que te dejes dominar por esa prisa, hijo —me advirtió—. Es indecorosa e impropia de un auténtico budista.

Luego me miró a los ojos y reconoció en mí al discípulo del Lama Mingyar Dondup. Emitiendo un sonido inarticulado, que sonó como un «¡ulp!», me soltó como si mi contacto le hubiera quemado y se marchó «rápidamente». Yo seguí mi camino, ya más reposado. Me detuve en el umbral de la habitación de mi Maestro tan súbitamente que estuve a punto de caer al suelo. Mi conciencia me estaba jugando una mala pasada. «¿Qué» era lo que había hecho? O mejor dicho, ¿cuál de mis numerosas «faltas» había sido descubierta? Los Superiores no solían esperar a los muchachos a no ser que fuera necesario comunicarles alguna mala noticia. Mis piernas temblaban. Busqué en mi memoria intentando recordar algo que pudiera determinar mi expulsión del Chakpori. Uno de los Superiores me contempló, sonriendo con una cordialidad de iceberg. El otro me miró con un rostro que parecía haber sido labrado en una roca del Himalaya.

Mi Maestro sonreía.

—Sin duda alguna, Lobsang, no tienes la conciencia tranquila —dijo, y añadió riendo entre dientes—: ¡Escucha! Estos Reverendos Hermanos Superiores son también lamas telepáticos.

Las miradas de los dos superiores estaban fijas en mí. Con una voz de terremoto, uno de ellos me dijo:

—Lobsang Rampa, como consecuencia de las investigaciones ordenadas por el Profundo, se ha probado inequívocamente que eres la actual Reencarnación de...

Mi cabeza se estaba convirtiendo en un torbellino de ideas. Me resultaba difícil seguir sus palabras y casi no comprendí sus conclusiones.

—... y se te confiere el trato, rango y título de Superior, que te será oficialmente concedido en el curso de una ceremonia cuya fecha y lugar de celebración serán fijados a su debido tiempo.

Los lamas hicieron una solemne reverencia ante el Lama Mingyar Dondup, inclinándose después ante mí, también solemnemente. Salieron y el ruido de sus pisadas se fue apagando conforme se alejaban. Yo miraba fascinado hacia el corredor por donde ellos se habían ido. Una risa cordial y un golpe cariñoso en mi espalda me hicieron regresar al presente.

—Bien. Ahora ya sabes lo que hay. Las pruebas a que te sometimos confirmaron lo que todos sabíamos desde hace ya mucho tiempo. Por ello es preciso que nosotros

dos lo celebremos muy especialmente. Por mi parte, debo comunicarte algo realmente interesante para ti.

Pasamos a otra habitación, donde nos habían servido una auténtica comida india. ¡No necesitó insistir! ¡Me senté inmediatamente!

Poco después, cuando me resultaba ya imposible seguir comiendo, cuando hasta el espectáculo de los alimentos que habían quedado me producía cierto malestar, mi Maestro y yo regresamos a su habitación.

—El Profundo me ha dado su autorización para que te hable de la Caverna de los Antepasados... O mejor dicho, me ha sugerido que lo haga. —Me miró con los ojos entornados y añadió susurrando: Dentro de unos días, saldrá una expedición para allí.

La excitación me dominaba. Sentía la impresión incomprensible de que tal vez iba a volver a «mi hogar», a un lugar que había conocido antes. Mi Maestro me observaba fijamente. La intensidad de su mirada me obligó a levantar la cabeza.

—Lo mismo que tú, Lobsang —me dijo—, yo fui sometido a una preparación especial. También me ofrecieron las mismas oportunidades excepcionales. Mi propio Maestro fue un hombre que abandonó esta vida hace ya mucho tiempo y cuyas cenizas se conservan todavía en la Cámara de las Imágenes de Oro. Con él recorrí el mundo entero. Tú tendrás que viajar solo, Lobsang. Ahora escúchame. Voy a hablarte del descubrimiento de la Caverna de los Antepasados.

Me humedecí los labios. Durante mucho tiempo, había deseado que me hablara de ello. En una lamasería, lo mismo que en todas las comunidades, los rumores se difunden muy a menudo con cierto carácter confidencial. Algunos rumores eran, sin duda alguna, solamente «rumores» que carecían de fundamento. Pero desde el primer momento, me pareció que los rumores relativos a la Caverna de los Antepasados constituían algo muy distinto y los creí ciertos.

—Yo era un lama muy joven, Lobsang —dijo mi Maestro iniciando su relato—. Junto con mi Maestro y otros tres lamas jóvenes, estábamos realizando una exploración en unas montañas lejanas. Pocas semanas antes, habíamos escuchado un terrible estruendo, al que siguió un enorme alud de rocas. Salimos dispuestos a investigar la razón de aquel acontecimiento. Durante varios días, exploramos la base de un enorme cúmulo rocoso. Al amanecer del quinto día, mi Maestro despertó aunque, según todos los indicios, no había despertado del todo. Parecía estar absorto. Le hablábamos, pero no nos respondía. Yo me sentía lleno de preocupación ante la sospecha de que pudiera estar enfermo. Pensaba en la forma adecuada para descender con él varias millas de montaña con el objeto de intentar salvarle. Lentamente, como si se hallara bajo el influjo de algún poder extraño, se tambaleó, cayó al suelo y, finalmente, se puso en pie de nuevo. Después, vacilante, empezó a saltar sobre las rocas y a caminar como en trance. Le seguimos, temblando de miedo. Escalamos una gran roca, sintiendo sobre nosotros una lluvia de polvo y de piedras pequeñas.

Llegamos al fin a la cima y observamos el terreno. Experimenté un sentimiento de profundo desencanto. Ante nosotros, había un pequeño valle lleno de rocas. Sin duda alguna era allí donde se produjo el derrumbamiento cuyo estruendo habíamos oído. Al parecer, fue provocado por algún temblor de tierra o por algún fallo del terreno que se había acentuado poco a poco. Las grandes grietas y las piedras partidas hacía poco tiempo reflejaban la luz del sol. El musgo y los líquenes, privados de todo apoyo, colgaban llenos de tristeza. Me di la vuelta disgustado. Allí no había nada que llamara mi atención, a no ser un enorme montón de rocas. Me disponía a descender cuando escuché que alguien susurraba mi nombre. «¡Mingyar!». Me detuve. Uno de mis compañeros me señalaba algo. Mi Maestro, sometido todavía a extrañas influencias, descendía por la ladera de la montaña.

Escuchando el relato de mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, estaba completamente absorto.

Él se interrumpió durante unos instantes y bebió unos sorbos de agua.

—Le observábamos desesperados —prosiguió después mi Maestro—. Lentamente seguía descendiendo y acercándose al valle. No sin cierta desconfianza, le seguimos, temiendo despeñarnos. Una vez abajo, mi Maestro, sin vacilaciones pero con el mayor cuidado, caminó entre las rocas inmensas y alcanzó otro extremo del valle. Con gran desesperación por nuestra parte, empezó a trepar por la otra ladera apoyando sus pies y sus manos en los huecos y los salientes que nosotros, a cierta distancia de él, no podíamos ver. Le seguíamos contra nuestro deseo. No teníamos otra alternativa. No podíamos regresar y decir a todos que el jefe de nuestra expedición había trepado un lugar muy peligroso y que no nos habíamos atrevido a seguirle. Yo fui el primero en imitarle, procurando elegir el camino más sencillo. El terreno era absolutamente rocoso. El aire estaba enrarecido. Muy pronto, mi aliento empezó a atravesar mi garganta con dificultad y mis pulmones se llenaron como de un dolor seco y agudo. En una pequeña grieta, situada a unos quinientos pies de altura, me tendí para tomar aliento. Cuando dispuesto a seguir ascendiendo, miré hacia arriba, pude ver el manto amarillo de mi Maestro que desaparecía en lo alto. De mala gana, me enfrenté de nuevo con la montaña y seguí subiendo sobre aquel precipicio. Mis compañeros, tan disgustados como yo, también trepaban detrás de nosotros. Habíamos ya dejado abajo la protección de las otras montañas que circundaban el valle. Y el viento, que soplaba con gran fuerza, arremolinaba nuestros mantos en torno a nuestros cuerpos. El ascenso era cada vez más difícil y una lluvia de piedras pequeñas caía sobre nosotros.

Mi Maestro interrumpió de nuevo su relato para beber otro sorbo de agua y para comprobar si yo estaba interesado en sus palabras. ¡Y en verdad, yo sentía un auténtico interés por todo aquello!

—Por fin —prosiguió mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup— mis manos

descubrieron un gran escalón de roca sobre mí. Me así a él con fuerza y advertí a mis compañeros que allí había un lugar donde podíamos descansar. Era una plataforma oblicua que se hundía en la montaña, por lo que era imposible verla desde la ladera del otro extremo del valle. Parecía tener unos diez pies de ancho. No me quise entretener observando el lugar más cuidadosamente. Me arrodillé y ayudé a los demás a subir hasta allí. Pronto nos reunimos todos. El viento nos azotaba y nosotros jadeábamos como consecuencia del esfuerzo. Era evidente que la caída de las rocas había dejado al descubierto aquel saliente. Lo observé todo atentamente y me di cuenta de que había una grieta en la montaña. ¿Lo era realmente? Podía ser también una mancha, una sombra o un poco de líquen oscuro. Desde donde estábamos no podíamos distinguirlo con exactitud. Como movidos por el mismo resorte, nos adelantamos todos a una. «Era» una grieta de unos dos pies y seis pulgadas de ancho y casi cinco pies de alto. De mi Maestro no quedaba el menor rastro.

Podía haber visualizado perfectamente la escena. Pero no era el momento oportuno para introspecciones. ¡No quería perderme una sola palabra! El Lama Mingyar Dondup prosiguió su relato.

—Miré hacia arriba para ver si mi Maestro había seguido subiendo, pero todo indicaba que no había sido así. Lleno de miedo, miré hacia el interior de la grieta. Estaba tan oscuro como una tumba. Avancé pulgada a pulgada, con grandes dificultades y fui entrando poco a poco. Recorrí unos quince metros ya dentro de la cueva y doblé varias esquinas, avanzando en la oscuridad. Pero de pronto..., si el miedo no me hubiera mantenido paralizado habría lanzado un grito de sorpresa. Allí había luz, una luz suave y plateada, más brillante que la de la luna. Yo nunca había visto una luz como aquella. Había llegado a una caverna más grande que las anteriores. Era imposible comprobar la altura del techo, que se perdía en la oscuridad. Uno de mis compañeros me apartó para poder verlo todo mejor y, después, fue apartado por un tercero. Los cuatro permanecimos silenciosos atemorizados contemplando aquel fantástico espectáculo que se nos ofrecía. Un espectáculo que a cualquiera de nosotros, que hubiera llegado allí solo, le hubiera obligado a pensar que había perdido la razón. La caverna parecía un salón inmenso que se iba estrechando a lo lejos, dando la sensación de que toda la montaña estaba hueca. La luz que lo iluminaba todo procedía de numerosas esferas que parecían estar suspendidas en la oscuridad del techo invisible. El lugar estaba lleno de aparatos extraños de máquinas que nunca pudimos haber imaginado. Muchos de estos aparatos y mecanismos estaban también suspendidos del techo. Con gran asombro, me di cuenta de que algunos de ellos estaban recubiertos con un cristal extraordinariamente transparente.

Mis ojos debían de estar desorbitados de sorpresa, porque el Lama Mingyar Dondup sonrió divertido, antes de proseguir su apasionante historia.

—Ante aquella insólita visión, nos habíamos olvidado por completo de nuestro

Maestro, que apareció de pronto haciéndonos dar un salto de miedo. Sonrió burlón al ver nuestros ojos de sorpresa y nuestros rostros atemorizados. Nos dimos cuenta entonces de que ya no estaba dominado por ninguna fuerza misteriosa y extraña. Juntos, lo recorrimos todo y observamos aquellos extraños aparatos. Carecían de significado para nosotros. Constituían tan sólo un conjunto de metal al que se le había dado las formas más exóticas. Mi Maestro se dirigió a una puerta negra construida, al parecer, en los muros de roca de la caverna. Cuando iba a tocarla, inesperadamente, se abrió. Todos empezamos a creer que aquel lugar estaba hechizado y que éramos la víctima propiciatoria de alguna fuerza alucinógena. Asustado, mi Maestro retrocedió de un salto y la puerta se cerró de un golpe. Uno de mis compañeros, dando muestras de una increíble valentía, alargó su mano y la puerta se abrió de nuevo. Una fuerza irresistible parecía impulsarnos a continuar adelante. Intentando inútilmente detener nuestros propios pasos, atravesamos el umbral. El interior estaba tan oscuro como la celda de un eremita. Dominados por un impulso increíble, avanzamos algunos pies y nos sentamos en el suelo. Durante unos instantes, permanecemos allí temblando de miedo. Poco a poco, al comprobar que no sucedía nada anormal, nos fuimos tranquilizando. Después escuchamos una serie de extraños «clics», como si golpearan o se rasparan dos objetos de metal.

Escuchando el relato del Lama Mingyar Dondup, yo temblaba sin poder evitarlo. ¡Estaba seguro de que si hubiera estado allí, me habría muerto de miedo! Mi Maestro prosiguió:

—Con una lentitud casi imperceptible, vimos cómo una niebla luminosa se iba extendiendo ante nosotros desvaneciendo la oscuridad. Al principio parecía sólo un pequeño germen de luz azulada, lo mismo que si un espíritu se estuviera materializando de pronto. La niebla luminosa se fue extendiendo e incrementó su brillo. Y entonces pudimos ver máquinas inverosímiles llenando por completo aquel salón inmenso, a excepción del centro del mismo, donde nosotros nos habíamos sentado. La luz daba vueltas, se agitaba, aumentaba y disminuía de intensidad, hasta que por fin asumió una forma esférica. Yo tenía la extraña, la inexplicable sensación de hallarme en presencia de alguna máquina antigua que chirriaba al ponerse en marcha después de muchos milenios de inmovilidad. Nosotros cinco estábamos pasmados. A mi cerebro pareció llegar una llamada, como si fuese lanzada por algún monje telepático que de repente se hubiera vuelto loco. Pero después, aquella primera impresión se desvaneció y la llamada adquirió la nitidez del lenguaje.

Mi Maestro carraspeó para aclararse la garganta. Iba a beber agua de nuevo, pero cambió de parecer.

—Vamos a tomarnos un té, Lobsang —dijo.

Agitó la campanilla de plata. El monje sirviente, adivinando nuestro deseo, llegó con el té... ¡y con dulces!

—En el interior de la esfera luminosa vimos unas formas que se agitaban —dijo el Lama Mingyar Dondup—. Al principio eran confusas, pero poco a poco fueron adquiriendo nitidez y dejaron de ser simples formas. Y entonces empezamos a «contemplar» antiguos acontecimientos.

—Pero, Honorable Lama —le pregunté lleno de impaciencia sin poder contenerme por más tiempo—, ¿qué es lo que visteis?

El Lama se sirvió un poco más de té. Pensé que nunca le había visto comer ningún dulce indio. Tomaba mucho té, eso sí, pero su alimentación era realmente sobria, moderada. Los gongs llamaron al servicio del Templo, pero el Lama no se movió. Cuando el eco de los últimos pasos de los monjes se apagó a lo lejos, suspiró profundamente.

—Ahora ya podemos proseguir —dijo volviendo a su relato—. Eso es lo que vimos y oímos. Lo mismo que tú podrás ver y oír dentro de poco. Hace varios milenios, hubo sobre la Tierra una civilización floreciente. Los hombres tenían máquinas voladoras capaces de vencer la ley de la gravedad. Habían inventado aparatos que podían proyectar pensamientos en el cerebro de sus semejantes como si se tratara de una película. Conocían la física nuclear y consiguieron provocar una gigantesca explosión que estremeció todo el planeta, hundiendo continentes enteros en el océano, mientras surgían nuevos continentes de las aguas. El mundo quedó destruido. Ése es el origen de la historia del Diluvio, que ha llegado a nosotros a través de todas las religiones que existen hoy sobre la Tierra.

—Señor —exclamé impresionado por sus palabras—. En nuestro Archivo Akáshico podemos contemplar acontecimientos de esta naturaleza. ¿Por qué tenemos, entonces, que luchar con tan peligrosas montañas tan sólo para presenciar algo que podemos alcanzar más fácilmente sin necesidad de movernos de aquí?

—Lobsang —me respondió gravemente—, es cierto que en el Archivo Akáshico y en lo astral podemos ver todos los acontecimientos de la historia humana. Pero lo cierto es que los «vemos», pero no podemos «tocarlos». A través de lo astral nos es posible visitar los más increíbles lugares, pero no podemos tocar nada. —Sonrió levemente—. Nos es imposible traer un solo manto o una simple flor a nuestro regreso. En el Archivo Akáshico vemos esas cosas, pero nos resulta imposible analizarlas detalladamente. Por ello, debemos escalar de nuevo las montañas. Nuestro objetivo es examinar cuidadosamente todos aquellos aparatos.

—¡Es extraño —exclamé— que solamente en nuestro país hayan quedado aparatos de este tipo!

—¡No, Lobsang! —respondió mi Maestro—. ¡Te equivocas! En cierto lugar de Egipto existe otro depósito similar. Y lo mismo sucede en una región de Sudamérica. Yo los he visto. Sé dónde están. Estas cámaras secretas fueron construidas por nuestros antepasados con el propósito de que las descubrieran las generaciones

futuras, cuando llegara el momento oportuno. Aquel temblor de tierra descubrió casualmente la entrada del depósito del Tíbet y, gracias a que pudimos penetrar en él, nos fue posible conocer la existencia de los otros depósitos. Pero la jornada está terminando. Dentro de algunos días, una expedición de siete hombres, entre los cuales estarás tú, visitará de nuevo la Caverna de los Antepasados.

Los días que siguieron me sentí dominado por la fiebre de la excitación. Pero me veía obligado a mantener el secreto. Los demás debían creer que nuestro viaje a las montañas tenía por objetivo la recolección de hierbas medicinales. Hasta en un lugar tan recluso como Lhasa había siempre individuos dispuestos a aprovechar cualquier ocasión para enriquecerse. Los representantes de países como China, Rusia e Inglaterra, los mercaderes que llegaban desde la India e incluso algunos misioneros se mantenían constantemente vigilantes con el propósito de descubrir dónde ocultábamos nuestro oro y nuestras joyas o para aprovechar cualquier información que les pudiera resultar lucrativa. Por esa razón nos veíamos obligados a mantener en el mayor secreto el verdadero objetivo de nuestra expedición.

Un par de semanas después de mi conversación con el Lama Mingyar Dondup, nos dispusimos a partir. Nos esperaba un largo viaje entre las montañas, a través de senderos rocosos y de oscuros abismos. Como en la actualidad los comunistas han invadido el Tíbet, la situación de la Caverna de los Antepasados se ha mantenido en secreto, ya que la posesión de sus misterios y de sus máquinas les permitiría conquistar el mundo entero. Por ello, todo cuanto relato es auténtico, y lo único que me veo obligado a silenciar es el lugar por donde pasa realmente el camino que conduce a la Caverna. Los mapas y las indicaciones oportunas para determinar su situación exacta fueron depositados en un lugar secreto, con el objeto de que, cuando llegue el momento fijado, las fuerzas de la «libertad» puedan dar con ella.

Lentamente, descendimos por el sendero de la lamasería de Chakpori y recorrimos el Kashya Linga, tras de lo cual llegamos hasta el río, donde nos esperaba el barquero, con su lancha rodeada de vejigas de yak, hinchadas como globos, destinadas a asegurar la travesía. Éramos siete en total. Por ello, al atravesar el río — el Kyi Chu— nos demoramos un poco, pero al fin nos reunimos los siete en la otra orilla. Nos dirigimos hacia el sudoeste, cargados con nuestros paquetes de ropas y alimentos, las cuerdas; algunas herramientas y un manto de recambio para cada uno. Proseguimos nuestra marcha hasta que el sol se puso y las sombras se agigantaron, impidiéndonos continuar. Después, envueltos en la oscuridad, hicimos una modesta comida de «tsampa» y nos tendimos a dormir entre las rocas. El sueño me venció en seguida. Muchos lamas tibetanos, siguiendo las prescripciones de su estado, duermen sentados. Yo, y otros muchos, dormíamos acostados, pero, también de acuerdo con las reglas, solamente podíamos dormir así, si nos tendíamos exclusivamente sobre el costado derecho. Lo último que vi, antes de quedarme dormido; fue la silueta del

Lama Mingyar Dondup, recortándose contra el oscuro cielo nocturno, lo mismo que si se tratara de una estatua.

Nos despertamos con las primeras luces del amanecer y tomamos un ligero desayuno. Luego, cargamos de nuevo nuestros bártulos y proseguimos la marcha. Caminamos así durante dos días. Después de atravesar las colinas, llegamos a las verdaderas montañas. Muy pronto nos vimos obligados a atarnos unos a otros, en fila, enviando delante al hombre más ligero —¡yo!— con el objeto de que sujetara las sogas en las piedras más seguras, facilitando con ello el acceso de los demás. De esta forma, fuimos escalando la montaña, lenta, pero progresivamente. Por fin, cuando nos hallábamos ante una inmensa roca casi desprovista de salientes donde poder apoyar los pies y las manos, mi Maestro dijo:

—Debemos trepar a esta roca y, por el otro lado, descender hasta el valle. En el otro extremo del valle, encontraremos la ladera donde está situada la entrada de la Caverna.

Inspeccionamos la base de la roca buscando un lugar adecuado para iniciar el ascenso. Todo parecía indicar que la erosión había limado, durante muchos años, los salientes y las hendiduras.

Después de haber perdido casi todo el día en la búsqueda, encontramos un estrecho «cañón», por el que pudimos trepar, apoyando las manos y los pies en las rocas de un muro y la espalda en el otro muro. Jadeando y respirando aquel aire enrarecido, trepamos hasta la cima y miramos hacia abajo. Ante nosotros teníamos por fin el valle. Aunque observamos con gran atención la ladera del otro extremo, no nos fue posible percibir ninguna cueva ni siquiera ninguna grieta en la suave superficie rocosa. El valle estaba sembrado de piedras y —lo que es peor— estaba atravesado por un veloz torrente.

Adoptando todas las precauciones necesarias, descendimos hasta el valle y nos acercamos a las aguas embravecidas hasta llegar a un lugar donde las rocas parecían facilitar el paso, si éramos capaces de dar un largo salto. Yo, como era todavía demasiado pequeño, no tenía las piernas suficientemente largas para ello. Por esa razón, me vi sometido a la terrible humillación de tener que cruzar el torrente helado arrastrado materialmente por una cuerda que habían atado a mi cintura y de la que tiraban los demás. También ayudaron a cruzar de la misma forma a un lama pequeño y regordete, otro desdichado como yo, que no se sintió capaz de saltar sobre las aguas. En un lugar apartado escurrimos nuestros mantos y nos los colocamos de nuevo. La espuma que el viento levantaba nos había empapado a los siete.

Cruzamos el valle, sorteando las piedras, y llegamos a la otra ladera. Mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, nos mostró una hendidura reciente en la base de una gran roca.

—Mirad —nos dijo—. Alguna roca, caída desde arriba, ha derribado el saliente



que nos sirvió a nosotros para iniciar el ascenso.

Nos retiramos unos pasos, para estudiar la forma en que podríamos llevar a cabo la escalada. El primer saliente estaba a unos doce pies del suelo, pero constituía nuestra única alternativa. El lama más alto y más fuerte se irguió con los brazos extendidos hacia arriba, agarrándose a la roca, tras de lo cual el lama más ligero subió sobre sus hombros y se agarró también a la roca. Finalmente, entre todos, me ayudaron a subir sobre éste, y yo, con una cuerda atada a mi cintura, pude alcanzar el saliente con facilidad.

Debajo de mí, los monjes me daban instrucciones a gritos y yo, con lentitud, casi muerto de miedo, iba ascendiendo. Por fin, conseguí atar el extremo de la cuerda en uno de los salientes. Me hice a un lado y, uno tras otro, los lamas treparon, pasaron junto a mí y siguieron ascendiendo. Por fin, el último de ellos rodeó su cintura con la soga y siguió a los demás. En seguida vi el extremo de la cuerda balanceándose ante mis ojos y escuché cómo me ordenaban gritando que me atara por la cintura. Mi estatura era insuficiente para poder trepar sin ayuda. Me sentí levantado en el vacío y, entre todos, me subieron hasta el lugar donde ellos estaban. Llenos de amabilidad y consideración hacia mi insignificante persona, me habían esperado con el objeto de que pudiéramos entrar juntos en la Caverna de los Antepasados. Confieso que me sentí conmovido ante su deferencia.

—Ya hemos subido a la Mascota —murmuró uno de ellos—. Podemos seguir adelante.

—Es cierto —le respondí—, pero el más pequeño tuvo que iniciar el ascenso o, de lo contrario, «vosotros» no habríais podido llegar hasta aquí.

Acogieron mi respuesta con una carcajada. Después, todos se volvieron a contemplar la oculta entrada. Yo miraba asombrado. Al principio, me resultaba imposible distinguir nada. Veía solamente una sombra oscura que, más que una grieta, parecía un cauce seco o una mancha producida por pequeños líquenes. Después, me di cuenta de que, realmente, las rocas estaban partidas. Uno de los lamas me empujó hacia adentro.

—Pasa tú primero —dijo de buen humor—. ¡Así podrás ahuyentar a los malos espíritus y protegernos a todos!

Así fue como yo, el más joven y el menos importante del grupo, entré antes que los otros en la Caverna de los Antepasados. Me arrastré a lo largo del estrecho túnel de piedra. Detrás de mí, podía escuchar la respiración jadeante de los demás que me seguían. Súbitamente, apareció la luz ante mis ojos y yo sentí que el terror me paralizaba. Inmóvil junto al muro rocoso, contemplé aquel fantástico espectáculo. La Caverna me pareció de grandes dimensiones. El doble que la Gran Catedral de Lhasa. Pero a diferencia de la Catedral, envuelta perpetuamente en una oscuridad que las lámparas de grasa trataban en vano de disipar, allí la claridad era muy superior a la de

una noche de luna llena y sin nubes. Muy superior. De eso no cabía la menor duda. Contemplé las esferas que producían aquella luz. Y los lamas, detrás de mí, también las contemplaban asombrados.

—Los archivos antiguos —dijo mi Maestro— indican que la iluminación fue mucho más intensa cuando fue instalada. Las lámparas se van agotando a medida que pasan los milenios.

Durante mucho rato, nos mantuvimos inmóviles, silenciosos, como si temiéramos despertar a los que dormían allí desde hacía tanto tiempo. Después, como impulsados por una misma fuerza, avanzamos sobre el sólido piso de roca en dirección a la primera máquina que se erguía ante nosotros. Nos agrupamos en torno a ella, temiendo tocarla, aunque llenos de curiosidad por descubrir para qué servía. Parecía estar empañada como consecuencia de un largo período de inacción, pero daba la impresión de que estaba dispuesta para entrar inmediatamente en funcionamiento, suponiendo que alguien hubiera sabido cómo se ponía en marcha. También nos llamaron la atención otros aparatos, pero con el mismo resultado. Aquellas máquinas resultaban demasiado avanzadas para nosotros. Me dirigí hacia una pequeña plataforma cuadrada de unos tres pies de lado, pegada a un muro y rodeada por una barandilla. Un largo tubo de metal se extendía desde allí hasta el aparato más cercano. Me acerqué preguntándome qué objeto tendría aquella plataforma y por poco me muero del susto porque ésta vibró y se elevó de pronto en el aire. Y en mi desesperación, me agarré a ella con fuerza, elevándome también.

Debajo de mí, los seis lamas me contemplaban consternados. El tubo se había erguido y parecía empujar la plataforma hacia una de las esferas luminosas. Asustado miré a mi alrededor. Estaba ya a unos treinta pies del suelo y seguía ascendiendo. Temía que aquel manantial de luz me incendiara de pronto, igual que a una mariposa que se acerca a una llama. Se escuchó un «clic» y la plataforma quedó inmóvil en el aire. Alargué mi mano, lleno de temor, y me di cuenta de que la esfera luminosa estaba fría como el hielo. Ya me sentía más tranquilo. Observaba cuanto me rodeaba. De pronto, me asaltó un pensamiento terrible. «¿Cómo iba a bajarme de allí?». Me agité en todas direcciones intentando encontrar una salida, pero todo fue inútil. Intenté alcanzar el tubo con el propósito de descender por él, pero estaba demasiado lejos. Cuando ya empezaba a desesperar, la plataforma vibró nuevamente y empezó a descender. ¡Apenas tocó el suelo salté y escapé! ¡No podía correr el riesgo de que empezara a subir nuevamente!

Una gran estatua agazapada estaba apoyada contra el muro. Mirándola sentí que un escalofrío me recorría la médula. Tenía el cuerpo de gato y la cabeza y los hombros de mujer. Sus ojos parecían estar vivos. La expresión de su rostro, torcido en una mueca entre burlona e inquisitiva, me aterró.

Uno de los lamas se había arrodillado en el suelo y examinaba atentamente unos

signos extraños.

—Mirad —dijo—, este ideograma muestra a los hombres y a los gatos conversando. Sin duda alguna representa a un espíritu que abandona el cuerpo y vaga errante por el inframundo.

Ardía en su propio celo científico inclinándose sobre las figuras del suelo —a las que llamaba «jeroglíficos»—, con la esperanza de que los demás compartieran su entusiasmo. Era un hombre muy culto que había aprendido, sin la menor dificultad, los idiomas antiguos. Pero los otros seguían afanándose en torno a aquellos extraños aparatos intentando descubrir para qué servían. De pronto, un grito nos hizo volver el rostro aterrados. El lama alto y delgado se hallaba en un extremo del muro y había acercado su cara a una oscura caja de metal, que la ocultó casi por completo. Dos hombres se precipitaron hacia él con el deseo de librarlo de aquella trampa. Pero cuando consiguieron arrancarlo de allí, soltó un juramento y volvió otra vez a colocarse en el mismo sitio.

«¡Qué lugar tan extraño! —pensé—. ¡Hasta el más tranquilo y culto de los lamas pierde aquí la razón!».

Cuando el lama alto y delgado se apartó, le imitó un segundo lama. Me pareció entender que en aquella pantalla veían máquinas en movimiento. Al final mi Maestro, compadeciéndose de mí, me alzó y me ayudó a aproximarme a aquella caja, sin duda alguna, destinada «a ser contemplada». Siguiendo sus instrucciones, moví los controles y, en su interior, pude ver hombres y máquinas idénticas a las que había allí depositadas. Estaban funcionando. Observé que la plataforma que me había subido hasta la esfera luminosa podía ser controlada y movida a voluntad. Posteriormente, he comprendido que la mayor parte de aquellos aparatos eran similares a los que hoy se exhiben en todos los Museos Científicos del mundo.

Nos acercamos a la puerta negra de la que el Lama Mingyar Dondup me había hablado ya en una ocasión. Ante nuestra proximidad se abrió, chirriando con tanta fuerza, en medio del silencio reinante en aquel lugar, que todos nos sobresaltamos. En el interior dominaba la oscuridad más absoluta. Era como si estuviéramos rodeados por un enjambre de nubes negras. Nuestros pies seguían un pequeño canal excavado en el suelo, al final del cual nos sentamos. Después oímos una serie de sonidos metálicos y, antes de que pudiéramos tener conciencia de lo que nos sucedía, la luz desvaneció la oscuridad. Estábamos rodeados de máquinas extrañas. También había estatuas y figurillas metálicas. Sin darnos tiempo a contemplar nada, la luz giró sobre sí misma y se convirtió en una esfera, colocándose en el centro de la cámara, sobre nosotros. Una oleada de colores osciló caóticamente y unas bandas luminosas, aparentemente desprovistas de toda significación, constelaron la esfera. Poco a poco, fueron surgiendo formas, confusas al principio, que se concentraron rápidamente, cobrando vida y extendiéndose sobre las tres dimensiones físicas. Y nosotros lo

observábamos todo, absortos...

Era el Mundo de la Antigüedad más Remota, un mundo muy joven. Donde ahora hay mares había entonces montañas y las montañas actuales eran playas en aquel tiempo. Su clima era cálido y estaba poblado por extrañas criaturas. Era un mundo dominado por el progreso de la ciencia. Máquinas insólitas volaban a pocas pulgadas de la superficie de la Tierra o a una altura de muchas millas. Los grandes templos alzaban sus cúpulas hacia el firmamento como desafiando a las nubes. Los hombres y los animales podían mantenerse unidos telepáticamente. Pero no todo era dicha. Los políticos se enfrentaban unos con otros. El mundo era un campo dividido en el que cada bando codiciaba los territorios del otro. Los hombres vivían a la sombra de los densos nubarrones del miedo y la sospecha. Los sacerdotes de «ambos» bandos proclamaban orgullosamente que ellos eran los únicos predilectos de los dioses. Vimos sacerdotes delirantes —como ahora—, predicando frenéticos la salvación de sus semejantes. ¡Y a qué precio! Los sacerdotes de cada secta aseguraban que matar al enemigo era un «deber sagrado». Sin embargo, con el mismo apasionamiento, afirmaban también que todos los hombres eran hermanos. Y la ausencia absoluta de lógica de sus teorías ni siquiera cruzaba por sus mentes.

Presenciamos las grandes batallas de aquel mundo. Y nos dimos cuenta de que casi la totalidad de las víctimas pertenecían a la población civil. Las fuerzas armadas, protegidas gracias a sus dispositivos de defensa, solían estar fuera de todo peligro. Los ancianos, las mujeres, los niños, todos los que no podían «luchar», eran quienes en realidad sufrían los efectos de la lucha. Vimos a los científicos en sus laboratorios, buscando afanosamente armas más destructoras todavía, bacterias más terribles que pudieran ser lanzadas contra el enemigo. Después vimos a un grupo de hombres pensativos y preocupados que proyectaban la creación de lo que ellos llamaban una «Cápsula de Tiempo» —la que nosotros habíamos llamado «Caverna de los Antepasados»— con el objeto de transmitir a las generaciones futuras unos modelos de sus aparatos y un archivo completo de películas relativas a su cultura, con todas sus virtudes y todos sus errores. Las excavadoras gigantescas abrieron la roca viva. Un verdadero ejército de hombres instalaron allí máquinas de todos los tipos. Vimos como colocaban en su lugar las esferas de luz fría, emanada por sustancias radiactivas inertes que tardarían en extinguirse millones de años. Eran inertes porque no dañaban a los seres humanos y activas porque su luz seguiría brillando hasta que el Tiempo terminara.

Nos dimos cuenta de que comprendíamos su idioma y, por fin tuvimos la certeza de que la explicación a ese raro fenómeno era muy sencilla: ¡Captábamos sus «conversaciones» telepáticamente! Había otras «Cápsulas de Tiempo» ocultas bajo los desiertos de Egipto, bajo una pirámide de Sudamérica y en un lugar escondido de Siberia. Cada uno de esos lugares estaba marcado con el símbolo de aquel tiempo: la

Esfinge. El origen de la Esfinge no era egipcio. Recibimos la explicación de este animal quimérico. En aquella época remota, los hombros y los animales trabajaban juntos. Por su fuerza o inteligencia, el gato estaba considerado como el animal más perfecto. El propio hombre es también un animal. Por ello, los seres humanos de la Antigüedad idearon aquella figura compuesta por un cuerpo de gato, símbolo de la fuerza y de la resistencia, y un busto de mujer. La cabeza simbolizaba la inteligencia y la razón humana, mientras que los senos significaban que los hombres y los animales podían proporcionarse recíprocamente alimento mental y espiritual. En aquella época, este símbolo era tan corriente como el Buda, la Estrella de David o la Cruz en nuestra época.

Contemplamos los océanos, llenos de ciudades flotantes, que iban de un país a otro. El cielo era también cruzado por grandes naves que volaban silenciosas, capaces de detenerse en el aire y de partir de nuevo a gran velocidad, casi instantáneamente. Sobre la tierra, los vehículos corrían velozmente, algunas pulgadas por encima del suelo, suspendidos en el espacio por un procedimiento que no pudimos comprender. Las ciudades estaban atravesadas en todas direcciones por puentes y líneas interminables de cables. Un gran resplandor llenó el firmamento y uno de los puentes más gigantescos se derrumbó y quedó convertido en un montón de ruinas. Después se produjo otro vivísimo relámpago y la mayor parte de la ciudad desapareció en una llamarada de gas incandescente. Sobre las ruinas, flotaba una nube diabólica, rojiza, que tenía la forma de un hongo gigantesco.

Cuando se desvaneció aquella imagen, volvimos a ver a los hombres que habían planeado las «Cápsulas de Tiempo». Estaban convencidos de que «ya» había llegado el momento de sellarlas. Contemplamos las ceremonias y cómo colocaban los «informes filmados» en la máquina desde la cual ahora lo estábamos presenciando todo. Escuchamos el discurso de despedida que nos revelaba a nosotros los Hombres del Futuro —¡si alguna vez volvía a haber hombres sobre la Tierra!— que la Humanidad estaba a punto de destruirse a sí misma o que era muy posible que así fuera, advirtiéndonos que en «aquellas cavernas quedaba constancia de sus invenciones y locuras para que pudiera servir de experiencia y de enseñanza a los seres de una raza futura que tuvieran la inteligencia de descubrirlas y comprenderlas».

Después, la voz telepática enmudeció y la pantalla se quedó sin luz. En silencio, estupefactos ante lo que acabábamos de presenciar, nos sentamos en el suelo de nuevo. Y al momento la cámara volvió a iluminarse y nos dimos cuenta de que, esta vez, la luz procedía de los muros.

Nos levantamos y nos dispusimos a inspeccionarlo todo. Había también numerosos aparatos y máquinas, maquetas de ciudades y de puentes, contruidos todos ellos con un material cuya naturaleza desconocíamos. Algunos de los objetos

estaban recubiertos por una capa de materia absolutamente transparente que nos intrigó. No era cristal. Ignorábamos lo que «era». Nos dimos cuenta de que estaba destinado a evitar que pudiéramos tocar los modelos protegidos en su interior.

De repente, dimos un salto de terror. Un ojo rojo y malvado nos miraba parpadeando. Me disponía a huir, cuando el Lama Mingyar Dondup se acercó a aquella nueva máquina. Se inclinó sobre ella, tocó los controles y el ojo rojo se desvaneció y fue sustituido por otra pequeña pantalla que nos mostraba otra habitación contigua al Gran Salón. Nuestros cerebros captaron un nuevo mensaje.

—Antes de irse, pasen a esta habitación. Allí encontrarán material para sellar de nuevo el lugar por donde hayan entrado. Si no han alcanzado el estado de evolución necesario para hacerse cargo de nuestras invenciones, vuelvan a sellar la entrada y déjenlo todo intacto para los que puedan venir más adelante.

En silencio, pasamos a la tercera habitación, cuya puerta se abrió automáticamente al acercarnos. Allí, encontramos varias vasijas herméticamente cerradas y una máquina de cine telepático que explicaba la forma de abrirlas y de sellar nuevamente la entrada.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! —dijo un lama.

—No hay en todo esto nada maravilloso —dije yo insolentemente—. Hubiéramos podido ver todas estas cosas en el Archivo Akáshico. ¿Por qué no lo hacemos? De esa forma, podremos ver lo que sucedió después de que sellaron este lugar.

Los demás miraron, inquisitivos, al jefe de la expedición, el Lama Mingyar Dondup. Él asintió levemente.

—Nuestro Lobsang da algunas veces muestras de inteligencia —dijo—. Concentrémonos y veamos lo que sucedió, porque yo siento tanta curiosidad como vosotros.

Nos sentamos en estrecho círculo, uniendo nuestros dedos de la forma prescrita. Mi Maestro inició el ritmo de respiración necesario y todos le imitamos. Poco a poco nos despojamos de nuestras identidades terrenas y nos deslizamos en el Océano del Tiempo. Los que tienen el poder de introducirse en lo astral pueden ver todo lo sucedido en el pasado, regresando después a su estado normal enriquecidos con nuevos conocimientos. Todos los acontecimientos históricos, por remotos que sean, pueden ser contemplados como si estuvieran produciéndose entonces.

Recordé la primera vez que había utilizado el Archivo Akáshico. Mi Maestro me había hablado de ello y yo le había dicho:

«De acuerdo, pero ¿qué “es”? ¿Cómo funciona? ¿Cómo es “posible” ponerse en contacto con las cosas que han pasado ya, que ya han terminado, que ya se han ido para siempre?». «Lobsang —me respondió él—. Admitirás que tienes una memoria. Puedes recordar perfectamente lo que sucedió ayer y las cosas que sucedieron hace mucho tiempo. Si te esfuerzas y desarrollas esa cualidad, puedes recordar todo cuanto

te ha sucedido en la vida. Y con un entrenamiento adecuado, te será posible incluso recordar tu propio nacimiento. También puedes conseguir lo que se llama una “evocación total” y ello haría que tu memoria se remontara a momentos “muy anteriores” a tu nacimiento. El Archivo Akáshico no es otra cosa que la “memoria” del mundo. Todo lo que ha sucedido sobre la Tierra puede ser “recordado”, de la misma manera que a ti te es posible recordar los acontecimientos de tu pasado. No hay ninguna magia en todo esto. De la magia y del hipnotismo, tan estrechamente relacionado con ella, ya hablaremos otro día».

Por ello, gracias a nuestro especial entrenamiento, nos resultaba realmente fácil situarnos en el momento del tiempo en que la máquina había interrumpido sus mensajes. Vimos nuevamente la gran muchedumbre de hombres y mujeres, sin duda alguna muy conocidos en aquella época. Estaban saliendo de la Caverna. Las grandes máquinas, con sus brazos gigantes, colocaron ante la entrada un enorme bloque de roca. Las grietas y los orificios exteriores fueron cuidadosamente sellados y todos aquellos seres se marcharon. Las máquinas se alejaron también y durante algún tiempo, tal vez algunos meses, todo se mantuvo tranquilo. Después vimos a un sumo sacerdote, erguido sobre los escalones de una inmensa Pirámide, exhortando a los fieles a la guerra. Las imágenes registradas en la Película del Tiempo siguieron desfilando ante nosotros y, por fin, vimos el campo de batalla. Los jefes vociferaban furiosos. El tiempo seguía su carrera. El firmamento azul quedó cruzado por numerosas estelas blancas y rectilíneas. Después, los cielos se enrojecieron. Todo el Planeta tembló y se estremeció.

Contemplando todo aquello, sentimos que el vértigo se apoderaba de nosotros. La oscuridad de la noche cayó sobre el mundo. Las negras nubes se incendiaron y giraron envueltas en llamas en torno a la Tierra. Súbitamente, las ciudades ardían y desaparecían por completo. Los mares encrespados invadieron los continentes, barriéndolo todo, y una ola gigantesca, más alta que el mayor edificio de aquella civilización, avanzó rugiendo estruendosamente y arrastró consigo los últimos vestigios de una cultura muerta. Tembló la Tierra en su agonía y se llenó de abismos enormes que lo engulleron todo y se cerraron luego como las fauces de un gigante. Las montañas se quebraron como juncos en una tormenta y se hundieron después en la sima de los océanos. Emergieron las nuevas tierras del fondo de los mares y se convirtieron en montañas. La superficie del planeta se estaba transformando a través de las continuas conmociones. Algunos supervivientes aislados subieron gritando, entre millones de cadáveres, a las montañas recién aparecidas. Otros se salvaron milagrosamente en sus barcos y se escondieron en los nuevos continentes. Y hasta el Planeta quedó inmóvil, interrumpió su movimiento de rotación y, después, empezó a rodar en dirección contraria. En un instante, las selvas quedaron reducidas a cenizas. La superficie de la Tierra quedó desolada, aniquilada, convertida en una negra ruina.

En lo más hondo de las cuevas y en los túneles de lava de los volcanes extinguidos, un escaso puñado de seres humanos, enloquecidos ante aquella catástrofe, temblaba y lloraba de terror.

Desde el negro firmamento cayó una sustancia blanca, dulce, sustentadora de la vida.

En el curso de los siglos, la Tierra siguió cambiando. Donde antes hubo mar ahora había tierra, y las tierras antiguas dormían en el fondo de los mares. Un valle interior se abrió al empuje del océano y fue invadido por las aguas formando el mar Mediterráneo. Otro mar cercano se hundió también en aquel valle y sus arenas quedaron secas convirtiéndose en el desierto del Sahara. Las tribus salvajes recorrían errantes el mundo y, a la luz de sus hogueras, se transmitieron de padres a hijos las antiguas leyendas del Diluvio, de Lemuria, de la Atlántida y de aquel día terrible en que el sol quedó inmóvil en el cielo.

La Caverna de los Antepasados quedó enterrada en un mundo medio sumergido. Libre de intrusos, se conservó intacta, oculta bajo la superficie de la Tierra. Con el paso del tiempo, los torrentes poderosos arrastraron el lodo hasta el mar y dejaron limpias las rocas, que brillaron al sol nuevamente. Por fin, heladas de repente por una lluvia fría, en el momento en que el sol las había sometido a una elevada temperatura, las rocas se agrietaron y dejaron libre la entrada de la Caverna, permitiéndonos el paso.

Sacudimos nuestros músculos entumecidos y nos pusimos en pie con gran dificultad. La experiencia había sido demoledora. Era preciso comer y descansar. Luego, volveríamos a inspeccionarlo todo para ver si nos era posible aprender algo nuevo. Después, cuando consideráramos que nuestra misión había sido cumplida, sellaríamos nuevamente la entrada. La Caverna descansaría en paz otra vez hasta que pudieran tener acceso a ella los hombres de buena voluntad y de inteligencia superior. Me acerqué hasta la entrada de la Caverna y contemplé, allá abajo, el paisaje desolado y rocoso. Y me pregunté qué pensaría uno de aquellos hombres de la Antigüedad si pudiera levantarse de su tumba y estar allí a mi lado.

Al regresar al interior, me sentí sorprendido por un curioso contraste. Un lama intentaba, con un pedernal y una mecha, hacer arder un poco de estiércol seco de yak que llevábamos con nosotros para ese fin. Nos rodeaban las máquinas y los aparatos de una época remota, de una cultura desaparecida. Nosotros —hombres modernos— calentábamos nuestra agua sobre una hoguera de estiércol, rodeados de maravillosos instrumentos que escapaban a nuestra comprensión. Suspirando, abandoné mis pensamientos y me concentré exclusivamente en la tarea de mezclar té con «tsampa».



## Capítulo sexto

El servicio de media mañana había terminado. Los niños corríamos a nuestras clases forcejeando y empujándonos unos a otros para no ser los últimos en llegar. Y no lo hacíamos por interés en aprender sino porque el Maestro de aquella clase tenía la horrible costumbre de golpear con su bastón al más rezagado. Yo, más vivo que los otros, conseguí llegar el «primero», mereciendo por ello el honor de que el Maestro me sonriera satisfecho. Con gestos de impaciencia, indicó a los demás que debían apresurarse y, de pie ante la puerta, dio algunas bofetadas a los últimos que entraron. Por fin nos sentamos todos sobre las alfombras diseminadas por toda la habitación y cruzamos nuestras piernas. Siguiendo la costumbre, nos colocamos de espaldas al Maestro que, «detrás» de nosotros, nos vigilaba y, como no podíamos ver dónde se encontraba en cada momento, nos veíamos «obligados» a trabajar sin distraernos.

—Hoy trataremos de la similitud de las religiones —dijo con la voz campanuda—. Ya hemos visto que la leyenda del Diluvio es común a todas ellas. Hoy nos centraremos en el tema de la Madre Virgen. Hasta el menos inteligente —dijo mirándome fijamente—, sabe que nuestra Madre Virgen, la Dolma Bendita, la Madre Virgen de la Gracia, equivale a la Madre Virgen de algunas sectas cristianas.

Escuchamos unos pasos apresurados que se detenían en la entrada de nuestra aula. Entró un monje mensajero, que hizo una profunda reverencia ante el Maestro.

—Te saludo, Sabio —murmuró—. El Lama Superior Mingyar Dondup te ofrece sus respetos y te pide que permitas salir «inmediatamente» al niño Martes<sup>[3]</sup> Lobsang Rampa. Le necesita con urgencia.

—¡Muchacho! —rugió el Maestro con el ceño fruncido—. Eres una molestia y un estorbo en la clase. ¡«Márchate»!

Me levanté con rapidez, saludé al Maestro y seguí al veloz mensajero.

—¿Qué sucede? —le pregunté jadeante.

—Lo ignoro —dijo—. También a mí me gustaría saberlo. El Sagrado Lama Mingyar Dondup tiene preparados los instrumentos quirúrgicos y los caballos.

Nos apresuramos.

—¡Vamos, Lobsang! ¡Ya puedes darte prisa! —dijo mi Maestro, riendo al verme llegar—. Nos vamos al pueblo de Shó, donde precisan nuestros servicios médicos.

Montó en su caballo y me invitó a hacer lo mismo con el mío. Esa operación me resultaba siempre difícil. Los caballos y yo nunca estábamos de acuerdo cuando me veía obligado a montarlos. Me acerqué al animal pero reuló, caminando de costado. Me deslicé al otro lado y, dando una pequeña carrera, lo monté de un salto antes de que se diera cuenta de lo que sucedía. Después traté de aferrarme a él como el liquen se aferra a las montañas. Resoplando con exasperada resignación, dio la vuelta y, sin necesidad de que yo le guiara, descendió por el sendero detrás de mi Maestro. Mi

caballo tenía la horrible costumbre de detenerse en los lugares más escarpados y, agitando la cabeza, asomarse a los precipicios. Estoy convencido de que estaba dotado de un inadecuado sentido del humor y que, sin duda alguna, tenía conciencia del mal rato que me hacía pasar. Seguimos descendiendo por el sendero y, tras atravesar el Pargo Kaling, o Puerta Occidental, llegamos al pueblo de Shó. Recorrimos las calles de la ciudad hasta llegar al edificio de la prisión. Rápidamente, los guardas se hicieron cargo de nuestros caballos. Recogí las dos cajas de mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, y las trasladé a aquel sombrío lugar. Sin duda alguna, aquello era molesto, realmente horrible. Yo podía «oler» el miedo, «ver» las formas mentales de los malvados pensamientos de los reclusos. La atmósfera de aquel sitio me ponía los pelos de punta.

Seguí a mi Maestro hasta una habitación relativamente grande. La luz del sol se filtraba por las ventanas. Varios guardas esperaban en pie y el Magistrado de Shó esperaba también para saludar al Lama Mingyar Dondup. Mientras hablaban, miré a mi alrededor. Deduje que era allí donde se juzgaba y sentenciaba a los criminales. En los muros había archivos y libros. En el suelo, una sombra gemía cerca de nosotros. Mientras la observaba, escuché que el Magistrado decía a mi Maestro:

—Es un chino. Creo que debe de ser un espía, Honorable Lama. Estaba intentando subir a la Montaña Sagrada. Al parecer se dirigía al Potala. Resbaló y cayó. Tal vez de una altura de unos cien pies. Está grave.

Mi Maestro avanzó hacia él y yo le seguí. Un hombre le quitó el manto con que le habían cubierto. Ante nosotros, teníamos a un chino de mediana edad. Era de pequeña estatura. Parecía ágil. «Casi un acróbata», pensé. Gemía lleno de dolor, el sudor resbalaba por su rostro y su piel tenía un matiz verdoso y oscuro.

Estaba malherido. Sus dientes rechinaban. Estaba agonizando. El Lama Mingyar Dondup le miró lleno de lástima.

—Un espía. Un probable asesino... No importa lo que sea —dijo—. Debemos hacer algo por él.

Se arrodilló a su lado. Colocó sus manos sobre sus sienes doloridas y le miró a los ojos. Al momento, el herido pareció relajarse, entreabrió los ojos y una vaga sonrisa apareció en sus labios. Mi Maestro apartó el manto un poco más y le examinó las piernas. Ante aquel espectáculo creí ponerme enfermo. Los huesos de sus piernas, completamente destrozadas, asomaban entre los jirones de sus pantalones. Mi Maestro, con ayuda de un afilado cuchillo, cortó sus ropas. Todos los allí presentes lanzaron un murmullo de asombro. Los huesos estaban completamente astillados desde los pies hasta los muslos. El Lama los palpó suavemente. El herido no se movió, ni siquiera se estremeció. Estaba completamente hipnotizado. Mientras el Lama le curaba, sus piernas crujían.

—Están demasiado destrozadas. No es posible colocarlas de nuevo en su sitio —

dijo mi Maestro—. Puede decirse que las tiene completamente deshechas. Tendremos que amputárselas.

—Honorable Lama —preguntó el Magistrado—. ¿Puedes conseguir que nos confiese lo que estaba haciendo? Tememos que sea un asesino.

—Habrà que amputárselas primero —respondió el Lama—. «Luego» podremos interrogarle.

Se inclinó sobre él y le miró fijamente a los ojos. El chino siguió relajándose, sumido en un profundo sueño.

Yo lo había ya preparado todo y el jugo de hierbas esterilizantes estaba ya dispuesto en su tazón. En él hundió sus manos mi Maestro y las humedeció. Los instrumentos le esperaban en otro tazón. Siguiendo sus indicaciones, lavé las piernas y el cuerpo del hombre. Al tocar sus huesos noté la sensación de que «todo» estaba destrozado. Las piernas habían adquirido un color azulado. Sus venas sobresalían como cuerdas oscuras. De acuerdo con las instrucciones de mi Maestro, que seguía limpiando sus manos, até la parte superior del muslo, cerca de la ingle, con una correa esterilizada. Coloqué un palo debajo del nudo y le seguí dando vueltas, comprimiendo su carne hasta que la presión detuvo la circulación. El Lama Mingyar Dondup, con gran destreza, cortó la carne en forma de «uve» con un afilado cuchillo. Luego aserró el hueso —lo que quedaba de él— y oprimió los dos sectores de la «uve» hasta dejar oculto el extremo del hueso, que quedó protegido por una doble capa de carne. Le entregué el hilo de piel de yak esterilizado y él, diestramente, cosió el muñón. Lentamente, con el mayor cuidado, fui relajando la presión de la correa que aprisionaba el muslo, dispuesto a apretarla de nuevo en caso de hemorragia. Pero no salió sangre y los puntos resistieron perfectamente. Cerca de nosotros, uno de los guardas palideció y se desmayó.

Mi Maestro le vendó meticulosamente. Después, volvió a desinfectarse las manos.

Hicimos lo mismo con la otra pierna y, muy pronto, ambas estaban amputadas.

Mi Maestro dijo a uno de los guardas que las envolviera en un paño.

—Debemos entregar sus piernas a la Legación China —le advirtió. De lo contrario dirán que este hombre ha sido torturado. Pediré permiso al Profundo para devolverle a su pueblo. La misión que trajera no importa. Fracásó de la misma forma que fracasarán todas las misiones de este tipo.

—Pero Honorable Lama —dijo el Magistrado—, deberíamos obligarle a que nos dijera lo que estaba haciendo y con qué objeto.

Mi Maestro guardó silencio. Se dio la vuelta y miró fijamente los ojos del hombre, ahora abiertos, saliendo de la hipnosis.

—¿Qué hacías? —le preguntó.

El hombre suspiró y cerró los ojos. Mi Maestro le interrogó de nuevo.

—¿Qué ibas a hacer? ¿Pensabas asesinar a algún Alto Dignatario del Potala?

La boca del chino se llenó de espuma. Después, no sin cierta resistencia, asintió con la cabeza.

—¡Habla! —le ordenó el Lama—. No basta con un gesto de asentimiento.

Lentamente, dolorosamente, la historia salió de sus labios. Un asesino le entregó una cantidad para que cometiera crímenes y alterara el orden en un país tranquilo. Un asesino que había fracasado en su empeño, como fracasarían todos porque no conocían nuestros dispositivos de seguridad.

—Iré a ver al Profundo, Lobsang —dijo el Lama Mingyar Dondup poniéndose en pie—. Quédate tú aquí y vigila a este hombre.

—¿Me mataréis? —preguntó el hombre, gimiendo débilmente.

—¡No! —le respondí—. ¡Nosotros no matamos a nadie!

Humedecí sus labios y enjuagué su frente. Pronto se tranquilizó. Se durmió extenuado, después de la difícil prueba que se había visto obligado a resistir. El Magistrado me miró con el ceño fruncido, pensando sin duda que los monjes estábamos locos pretendiendo salvar a un presunto asesino.

El día transcurrió lentamente. Los relevos de la guardia se sucedían. Sentí que mi estómago gruñía de hambre. Por fin, escuché los conocidos pasos del Lama Mingyar Dondup y éste entró en la habitación. Miró primero al paciente para comprobar si estaba todo lo cómodo que las circunstancias permitían y examinó sus muñones. No sangraban ya. Se levantó dirigiéndose al oficial de guardia.

—En virtud de la autoridad que el Profundo ha delegado en mí, te ordeno que pongas a disposición de este hombre dos camillas con el objeto de conducirlo, a él y a sus piernas, a la Legación China. Tú acompañarás a estos hombres —añadió dirigiéndose a mí— y me informarás en caso de que cometan alguna brusquedad innecesaria al transportar al herido.

Me sentí realmente desdichado. Allí estaba el asesino con sus piernas amputadas... y mi estómago, vacío de comida, resonando continuamente como el tambor de un templo. Mientras los hombres iban a recoger las camillas, me apresuré a correr hasta el lugar donde había visto a los oficiales bebiendo té. En un tono seguro, pedí —y conseguí— que me ayudaran a saciar mi hambre. Tragué el «tsampa» velozmente y regresé con la misma prisa.

Silenciosos, lúgubres, los hombres entraron en la habitación; llevando dos camillas improvisadas con unos palos y un poco de ropa usada. Murmurando descontentos colocaron en una de ellas las piernas amputadas. Sobre la otra colocaron al chino con el mayor cuidado, bajo la mirada vigilante de mi Maestro. Cubrieron su cuerpo con una manta y la ataron por debajo con el objeto de evitar los movimientos bruscos.

—Acompaña a estos hombres —dijo el Lama Mingyar Dondup al oficial de

guardia—, presenta mis respetos al Embajador de China y dile que le devolvemos a este súbdito chino.

Se volvió hacia mí.

—Tú, Lobsang, los acompañarás y me informarás a tu regreso.

Salió. Después, arrastrando los pies, salieron también los hombres con las camillas, primero los que llevaban las piernas, luego los que llevaban al chino. Yo caminaba a un lado y el oficial de guardia a otro. El aire era frío. Yo temblaba bajo mi ligero manto. Descendimos hasta el Mani Lhakhar. Doblamos a la derecha, atravesamos los dos parques y nos acercamos a la Legación China.

El Río Venturoso estaba lleno de reflejos y mostraba, entre los árboles, su brillante superficie. Llegamos a la Legación. Los hombres dejaron las dos camillas en el suelo. Murmuraban molestos y, mientras concedían un breve reposo a sus músculos doloridos, contemplaban curiosos aquellos muros. Los chinos eran personas «muy» agresivas con los que trataban de entrar en sus propiedades. En varias ocasiones, «por accidente», dispararon contra unos niños y los mataron porque éstos, jugando, habían entrado allí. Tras escupir en sus manos, los hombres levantaron de nuevo las camillas y reanudaron la marcha. Doblamos a la izquierda, siguiendo el camino de Lingkor y, por fin, entramos en el territorio de la Legación. Llenos de hostilidad, unos hombres acudieron a la puerta.

—Tengo el honor de devolverles a uno de sus hombres que se aventuró a recorrer la Tierra Sagrada —dijo nuestro oficial de guardia—. Se despeñó y ha sido necesario amputarle ambas piernas. Las traemos también con nosotros para que puedan comprobarlo.

Unos soldados, con el rostro tenso, introdujeron ambas camillas dentro del edificio. Entretanto, los demás nos apuntaron con el fusil, obligándonos a retroceder. Nos retiramos hacia el camino y yo me escondí tras un árbol, mientras los demás regresaban. Unos terribles alaridos acribillaron el aire. Miré a mi alrededor y vi que no había ningún soldado. Todos habían entrado en la misión. Vencido por un loco impulso, abandoné el dudoso refugio que el árbol me ofrecía y, procurando no hacer ruido, corrí hacia la ventana. Habían tendido al herido en el suelo. Un soldado estaba sentado sobre su pecho. Otros dos en sus brazos. Otro le quemaba los muñones con la brasa de un cigarrillo. Éste, de pronto, se irguió, desenfundó su revólver y le hizo un disparo entre los ojos.

Escuché un crujido detrás de mí. Rápidamente me puse de rodillas y me aparté. Un soldado chino había surgido de la oscuridad y apuntaba con su rifle al lugar donde estaba antes mi cabeza. Como un rayo, me lancé entre sus piernas y le hice perder el equilibrio, mientras el fusil se le escapaba de las manos. Corrí de árbol en árbol todo lo aprisa que pude. Las balas pasaban rozando las ramas bajas y, detrás de mí, oía un ruido de pasos apresurados. La situación me era favorable. Yo era muy rápido

corriendo y los chinos se veían obligados a detenerse para poder dispararme. Me precipité hacia la parte trasera del jardín, ya que la puerta principal estaba vigilada. Subí a un árbol y me deslicé por una de sus ramas hasta que me fue posible saltar al otro lado del muro. Pocos segundos después me hallaba de nuevo en presencia de mis compatriotas que habían transportado al herido. Cuando oyeron mi historia, aceleraron el paso. No sentían el menor deseo de experimentar emociones. Lo único que querían era evitarlo. Un soldado chino saltó al camino desde el muro y me miró desconfiado. Yo le miré también a él con la mayor serenidad. Con gesto agrio, lanzó un juramento en el que mis padres eran mencionados y se dio media vuelta. Nosotros seguimos nuestro camino con la mayor rapidez posible.

De regreso a Shó, los hombres me dejaron solo. Mirando hacia atrás con cierto miedo, corrí por el camino que conducía al Chakpori. Un viejo monje, sentado al borde del camino, me llamó.

—¿Qué te sucede, Lobsang? Parece que te persigan todos los espíritus maléficos.

Seguí corriendo sin parar y entré jadeante en la habitación de mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup. Durante unos instantes intenté recobrar el aliento.

—¡Ay! —dije al fin—, los chinos asesinaron a aquel hombre. Lo mataron de un tiro.

Atropelladamente, le conté lo sucedido. Mi Maestro guardó silencio durante unos instantes.

—Verás mucha violencia en tu vida, Lobsang —me dijo después—. Por ello, debes procurar no dejarte impresionar demasiado por este acontecimiento. Se trata tan sólo de un sistema habitualmente utilizado en diplomacia. Asesinar a los que fracasan y abandonar a los espías que son capturados. Así se hace en todo el mundo, en todos los países de la Tierra.

Sentado ante mi Maestro, mientras sentía que me recobraba poco a poco en la quieta tranquilidad de su presencia, pensé en otra cosa que me preocupaba.

—Señor —le pregunté—, ¿cómo actúa el hipnotismo?

—¿Cuándo comiste la última vez? —me preguntó con una sonrisa en los labios.

—¡Oh, hace unas doce horas! —le respondí lleno de tristezas dándome cuenta de mi apetito con mayor intensidad que hasta entonces.

—Entonces, vamos a comer ahora. Cuando nos sintamos repuestos, trataremos del hipnotismo.

Me hizo señas para que guardara silencio y se sentó en actitud meditativa. Yo capté el mensaje telepático que enviaba a los sirvientes: «Comida y té». Capté también un mensaje telepático dirigido a alguien del Potala para que fuera a ver inmediatamente al Profundo con el objeto de informarle de todo. ¡Pero mi «sintonización» del mensaje telepático fue interrumpida por la entrada de un sirviente que nos traía comida y té!

Después de comer me sentí satisfecho, casi incómodamente saciado. «Había» pasado una jornada difícil. Durante muchas horas «había» sentido hambre, pero en mi interior se formaba un pensamiento torturante: tal vez comí demasiado, tal vez me había excedido. Desconfiado miré a mi Maestro y me di cuenta de que me miraba divertido.

—Sí, Lobsang —dijo—, «has» comido demasiado. Espero que serás capaz de seguir mis explicaciones sobre el hipnotismo. —Observó mis mejillas cubiertas de rubor y su rostro pareció suavizarse—. ¡Pobre Lobsang! Has tenido un día difícil. Vete a descansar. Ya hablaremos mañana.

Abandonó la habitación. Yo subí a la mía, cayéndome de sueño. ¡Dormir! Era lo único que deseaba. ¿Comer? ¡Bah! Había comido demasiado. Me acosté en un rincón y me envolví en mi manto. Mi sueño fue muy agitado, lleno de pesadillas en las que unos chinos sin piernas me perseguían por el bosque y otros chinos armados saltaban a mis espaldas tratando de matarme.

«¡Pum!». Me saltaban la cabeza. Un soldado chino me daba furiosos puntapiés. «¡Pum!». Mi cabeza saltaba de nuevo. Abrí los ojos con dificultad. Un «chela» me estaba sacudiendo con fuerza y me daba patada tras patada, intentando despertarme.

—¡Lobsang! —exclamó al ver que mis ojos se habían abierto—. ¡Lobsang! Creí que estabas muerto. Has dormido toda la noche sin acudir a los Servicios Nocturnos. Gracias a la intervención de tu Maestro, el Lama Mingyar Dondup, te salvaste de las iras de los vigilantes. ¡Despierta! —me gritó al darse cuenta de que estaba a punto de dormirme de nuevo.

La lucidez volvió a mí. A través de la ventana, vi los primeros rayos del sol de aquella jornada asomando sobre las cumbres del Himalaya y alumbrando los edificios más altos del Valle, los techos dorados del lejano Sera y la parte superior del Pargo Kaling. El día anterior había estado en el pueblo de Shó. ¡Ah, eso sí que no había sido un sueño! Y hoy, hoy «esperaba» librarme de algunas clases para recibir directamente las enseñanzas de mi amado Maestro Mingyar Dondup. Iba a hablarme acerca del hipnotismo. Terminé en seguida mi desayuno y me dirigí a clase, pero no para quedarme allí y recitar pasajes de los ciento ocho Libros Sagrados, ¡sino para explicar por qué no podía ir a clase!

—¡Señor! —dije en cuanto entró el Maestro—. Señor, hoy tengo que recibir las enseñanzas del Lama Mingyar Dondup. Te ruego que me permitas marcharme.

—Sí, hijo mío —dijo el Maestro en un asombroso tono festivo—. Ya he hablado con el Sagrado Lama, tu Maestro. Tuvo la amabilidad de darme las gracias por los progresos que bajo mi dirección habías realizado. Confieso que estoy muy satisfecho, muy satisfecho.

Con gran asombro por mi parte, alargó la mano y me dio unas palmadas cariñosas en el hombro, antes de entrar en clase.

Divertido, me dirigí hacia el sector de los lamas, preguntándome qué podía haberle sucedido.

Caminaba libre de preocupaciones. De pronto, me detuve al pasar por una puerta entreabierta.

—¡Oh! —exclamé asombrado—. «¡Nueces en dulce!».

Olían muy bien. En silencio, retrocedí y miré al interior. Un viejo monje buscaba algo por el suelo. Murmuraba palabras que no eran precisamente oraciones. Se lamentaba porque había perdido una caja de nueces en dulce que alguien le había traído de la India.

—¿Puedo ayudarle en algo, Reverendo Lama? —le pregunté cortésmente. Se volvió furioso hacia mí y me habló en un tono tan grosero que me vi obligado a huir de allí con toda la rapidez que pude. «¡Cuánto ruido por unas nueces!»., pensé disgustado.

—¡Entra! —dijo mi Maestro cuando me acerqué a la puerta de su habitación—. Creí que habías vuelto a dormirte.

—Señor —dije—, he venido para recibir vuestras enseñanzas. Deseo ardientemente que me expliquéis la naturaleza del hipnotismo.

—Lobsang —me respondió—, es preciso que aprendas muchas cosas más. Primero debes poseer una base suficiente para comprender el hipnotismo. De no ser así, no sabrás con exactitud lo que haces. Siéntate.

Me senté en el suelo con las piernas cruzadas, y él se sentó frente a mí. Parecía estar perdido en sus propias reflexiones.

—De momento, ya sabes que todo cuanto existe es vibración, electricidad. En la composición del cuerpo intervienen diversas sustancias químicas que llegan al cerebro a través del sistema circulatorio. Como ya te he dicho, el cerebro está muy bien abastecido de sangre y de las sustancias químicas que ésta arrastra consigo. Estas sustancias (potasio, manganeso, carbono y otras muchas) forman los tejidos cerebrales, interrelacionados entre ellos, y que dan lugar a una oscilación peculiar de las moléculas que nosotros denominamos «corriente eléctrica». Cuando pensamos, ponemos en marcha una cadena de reacciones que constituyen esa corriente eléctrica y, con ello, las «ondas cerebrales».

Reflexioné en todas aquellas cosas que no podía ver. Si mi cerebro estaba lleno de «corrientes eléctricas», ¿por qué yo no sentía el calambrazo? Recordé que un niño que hacía volar su cometa, en medio de una tormenta, lo sintió. Un intenso resplandor azul descendió súbitamente por la cuerda mojada y él —lo recuerdo con un escalofrío— cayó al suelo como un montón de carne seca y quemada. Y yo también sentí una vez uno de aquellos calambres cuando elevaba mi cometa. Una débil descarga, comparada con la que recibió mi amigo, pero lo suficientemente «fuerte» como para hacerme dar un salto de unos doce pies.



—Honorable Lama —le respondí—. ¿Cómo puede haber electricidad en el cerebro? Si fuera así, los hombres se morirían de dolor.

—Lobsang —dijo mi Maestro sonriendo—. Ese calambre que sentiste una vez te ha dado una idea errónea de la electricidad. La cantidad de electricidad con que está cargado el cerebro es pequeña. Sólo puede ser medida con instrumentos muy delicados que registran en sus diagramas las variaciones producidas cuando se piensa o realiza alguna acción física.

La idea de que un hombre podía medir el voltaje del cerebro de otro me resultaba increíble. Por ello solté una carcajada. Mi Maestro se limitó a sonreír.

—Esta tarde —me dijo— iremos caminando al Potala. El Profundo tiene unos aparatos que nos permitirán tratar con mayor claridad el problema de la electricidad. Ahora ve a distraerte un poco. Después de comer, colócate tu mejor manto y ven a verme.

Le hice una reverencia y me marché. Durante dos horas di vueltas al acaso. Subí a la terraza y me entretuve arrojando piedrecillas a la cabeza de los confiados monjes que pasaban debajo de mí. Cuando me cansé de esta distracción, me agaché e introduje mi cabeza por una estrecha ventana que daba a un corredor oscuro. Estaba a punto de entrar por allí, cuando escuché unos pasos que se acercaban. No pude ver quién era porque la ventana estaba en un rincón. Saqué la lengua, puse una cara feroz y esperé. Se acercó un anciano y, como no podía verme, tropezó conmigo. Mi lengua húmeda tocó su mejilla. Lanzó un agudo grito y tras dejar caer al suelo, con gran estrépito, la bandeja que llevaba; huyó con una rapidez increíble en un hombre de sus años. Yo también me llevé una sorpresa. Al tropezar conmigo, el anciano me hizo perder el equilibrio. Caí de espaldas en el corredor. La ventana se cerró de golpe con un sonoro «crash» y una abundante cantidad de polvo cayó sobre mí. Me puse en pie, no sin cierta dificultad, y me fui corriendo, en dirección contraria, todo lo rápido que pude.

Dolorido aún como consecuencia del golpe, me cambié de manto y comí un poco. ¡No estaba tan mal como para olvidarme de eso! Cuando los objetos se quedaron sin sombra y llegó el mediodía, me presenté puntualmente ante mi Maestro. Al verme, hizo un esfuerzo para mostrarse severo conmigo.

—Lobsang, un viejo monje jura que fue atacado por un espíritu maligno en un corredor del norte. Un grupo de tres lamas han ido allí para pronunciar los exorcismos destinados a alejarle. Sin duda alguna, representaré un importante papel en esta empresa si me llevo a ese espíritu maligno (tú) al Potala, como convinimos. ¡Vamos!

Salió de la habitación y yo le seguí. Me pareció estar rodeado de miradas inquisitivas. Al fin y al cabo, nunca se sabía lo que podría sucederme mientras los lamas practicaban sus exorcismos.

Sentí el temor de encontrarme de pronto volando por los aires con rumbo a un destino desconocido y, probablemente, bastante incómodo.

Salimos al aire libre. Los sirvientes nos habían preparado los caballos. El Lama Mingyar Dondup montó y empezó a descender el sendero de la montaña lentamente. Me ayudaron a montar y uno de los sirvientes, bromeando, dio una palmada en la grupa de mi caballo. Éste, sintiéndose también juguetón, inclinó su cabeza y levantó sus patas traseras, arrojándome al suelo. Mientras me levantaba, sacudiéndome el polvo, el sirviente sujetaba al animal por las bridas. Luego monté de nuevo, vigilando cautelosamente a los sirvientes para que no me jugaran otra mala pasada.

El caballo «sabía» que le había montado un jinete inexperto. Arisco, trotaba por los sitios más peligrosos y se detenía en los bordes de la montaña. Inclinando la cabeza sobre el vacío, contemplaba las rocas debajo de nosotros. Me vi obligado a desmontar y descendí caminando, llevándole por las riendas detrás de mí. Era más rápido y más seguro. Al pie de la Montaña de Hierro, monté nuevamente y seguí a mi Maestro hasta el pueblo de Shó, donde nos detuvimos unos instantes porque él tenía que hacer unas cosas. Aquella pausa nos sirvió para recobrar el aliento y recuperar mi aplomo. Luego, otra vez sobre los caballos, subimos los amplios escalones del Potala. Lleno de alegría, entregué mi animal a los sirvientes que nos esperaban allí. Aún más alegre, seguí hasta su alojamiento al Lama Mingyar Dondup y, cuando me dijo que pasaríamos allí uno o dos días, mi dicha fue inmensa.

Llegó la hora de asistir al servicio del Templo. Pensé que allí, en el Potala, los servicios eran excesivamente formales y la disciplina demasiado estricta. A pesar de la excitación que me había producido aquel día y de ciertas contusiones, me porté lo mejor que pude y el servicio transcurrió sin incidencias dignas de mención. Se había establecido que cuando mi Maestro visitara el Potala, yo ocuparía una habitación contigua a la suya. Me retiré a mi cuarto dispuesto a esperar el curso normal de los acontecimientos, ya que no ignoraba que el Lama Mingyar Dondup estaba tratando de asuntos de Estado con un alto funcionario que había llegado recientemente de la India. Me fascinaba mirar por la ventana y ver la ciudad de Lhasa a lo lejos. La perspectiva era de una extraordinaria belleza. Los sauces rodeaban los lagos, el Jo Kang estaba lleno de dorados destellos y se escuchaba la algarabía de los peregrinos que, al pie de la Montaña Sagrada, clamaban con la esperanza de ver al Profundo (que hallábase en su residencia) o, por lo menos, a algunos de los altos dignatarios. Una interminable hilera de comerciantes caminaban con sus bestias bordeando sin prisas el Pargo Kaling. Contemplé sus exóticas cargas por un momento, hasta que escuché a mis espaldas unos pasos suaves.

—Vamos a tomar un poco de té, Lobsang. Después, seguiremos hablando —dijo mi Maestro al entrar.

Le seguí a su habitación, donde habían servido una comida muy diferente a la que

se suele ofrecer a un pobre monje. Té, como es lógico, pero también dulces de la India. Era demasiado. Normalmente, los monjes no hablan cuando comen porque ello se considera como una falta de respeto hacia los alimentos. Sin embargo, en esta ocasión, mi Maestro me contó que los rusos estaban intentando alterar el orden en el Tíbet y trataban de infiltrar a sus espías. Cuando terminamos de comer, nos encaminamos hacia la habitación donde el Dalai Lama guardaba extraños instrumentos procedentes de lejanos países. Durante unos instantes, nos limitamos a mirar a nuestro alrededor. El Lama Mingyar Dondup me iba señalando cada uno de aquellos objetos y me explicaba para qué servían. Por fin, se detuvo en un rincón de la habitación.

—¡Mira esto, Lobsang! —me dijo.

Me acerqué. Lo que me mostraba no me impresionó en absoluto. Frente a mí, sobre una mesilla, había una jarra de cristal en cuyo interior se veían dos delicados hilos, cada uno de los cuales parecía sostener una pequeña bola de madera.

—¡Esto es importante! —dijo secamente mi Maestro al darse cuenta de que no daba importancia a aquel objeto—. Lobsang, tú piensas en la electricidad solamente como algo que te produce calambres. Hay otro tipo, otra manifestación de la electricidad, que llamamos estática. ¡Observa!

Tomó de la mesa una varilla oscura de unas doce a catorce pulgadas de longitud. La frotó rápidamente contra su manto y la acercó luego a la jarra de cristal. Con gran sorpresa, vi cómo las dos varillas se separaban súbitamente y «seguían» separadas cuando él retiró la varilla.

—No pierdas detalle —me recomendó mi Maestro.

Yo lo observaba todo atentamente. A los pocos minutos, siguiendo el influjo natural de la gravedad, ambas bolas volvieron a descender lentamente y los hilos quedaron de nuevo verticales, como antes del experimento.

—Inténtalo tú —me ordenó el Lama tendiéndome la varilla.

—¡Por la Dolma Bendita! —exclamé—. ¡No quiero tocar esa cosa!

Al ver mi expresión aterrada, mi Maestro reía de buena gana.

—Inténtalo, Lobsang —dijo—. Sabes perfectamente que nunca te he jugado una mala pasada.

—Es cierto —refunfuñé—, pero puede ser ésta la primera.

Me entregó la varilla. Yo cogí, desconfiado, aquel objeto terrible. A regañadientes, lleno de ansiedad, esperando quedar electrocutado de repente, froté la varilla en mi manto. No sentí ninguna sensación de calambre, ni siquiera hormigueo. Después, la aproximé a la jarra y, ¡maravilla de las maravillas!..., «las bolas se separaron de nuevo».

—Como puedes ver, Lobsang —observó mi Maestro—, la electricidad está actuando aunque tú no la sientas. Así es la electricidad del cerebro. Ven conmigo.

Nos acercamos a otra mesa sobre la que había un aparato más extraño. Parecía ser una rueda en cuya superficie había numerosas placas de metal. Tenía dos varillas dispuestas de forma que unos alambres colocados en la extremidad de cada una de ellas rozaba levemente dos de aquellas placas. Los alambres estaban unidos a dos bolas metálicas situadas aproximadamente a un pie de distancia. Aquel conjunto de cosas carecía de toda significación para mí. «Un aparato diabólico», pensé. Y mi Maestro pareció querer confirmar mi impresión con sus actos. Dio una vuelta brusca a una manivela que salía de la rueda. Rugiendo y relampagueando, la rueda se puso en movimiento. De las esferas de metal salió una luz azulada siseando y crujiendo. Como si algo se estuviera quemando, el aire se llenó de un extraño olor. No pude contenerme. Sin duda alguna, aquél «no» era lugar para mí. Me escondí debajo de la mesa más grande y traté de huir, arrastrándome hacia la puerta.

Cesaron los siseos y los crujidos para ser sustituidos por otro ruido distinto. Contuve mi respiración y escuché lleno de asombro. ¿Era aquél, acaso, el eco de una «risa»? ¡No podía ser! Desde mi escondite, muy nervioso, miré atentamente. Era el Lama Mingyar Dondup. Estaba riéndose a carcajadas. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Su cara, congestionada por la risa. Jadeaba como si le faltara la respiración.

—¡Oh, Lobsang! —dijo por fin—. ¡Es la primera vez que veo a alguien aterrorizado por la máquina de Wimshurst! Estos aparatos son de uso corriente en muchos países extranjeros. Sirven para demostrar las propiedades de la electricidad.

Salí de mi escondite arrastrándome. Me sentía ridículo. Me acerqué a la extraña máquina para observarla de cerca.

—Voy a sujetar estos dos alambres, Lobsang —me dijo el Lama—. Y tú da vueltas a la manivela con toda tu fuerza. Me verás rodeado de chispas y de rayos que no me causarán el menor daño. Vamos a intentarlo. ¿Quién sabe? ¡A lo mejor tienes la oportunidad de reírte de mí!

Tomó los dos alambres, uno en cada mano, y me indicó con un gesto que podía empezar cuando quisiera. Ceñudo, empuñé la manivela y la hice girar con fuerza. Grité lleno de terror. Grandes franjas de luz purpúrea y violeta brillaban en las manos y el rostro de mi Maestro. Pero él se mantenía impertérrito. Entretanto, volvía a sentirse aquel olor extraño.

—Es ozono —dijo mi Maestro—. Completamente inofensivo.

Me convenció después para que yo sujetara los alambres mientras él daba vueltas a la manivela. Los siseos y los crujidos eran realmente pavorosos; pero en cuanto a la sensación, ¡era tan sólo como una fresca brisa! El Lama cogió de una caja varios recipientes de cristal y los conectó, uno a uno, a la máquina mediante unos alambres. Mientras él daba vueltas a la manivela, pude ver una llama brillante ardiendo dentro de una de las botellas. En las otras botellas había cruces y otras figuras de metal, incandescentes. Pero no sentí un solo calambre. Con la máquina de Wimshurst, mi

Maestro me demostró que una persona, aun no poseyendo dotes de clarividencia, puede ver el aura psíquica humana. Pero más adelante insistiré sobre este tema.

La tarde declinaba y la luz del día se desvanecía poco a poco. Por ello, interrumpimos nuestros experimentos y regresamos a la habitación del Lama. Asistimos al servicio del atardecer. Nuestra vida en el Tíbet parecía estar totalmente circunscrita a las observancias religiosas. Después del servicio, volvimos a la habitación del Lama, donde nos sentamos con las piernas cruzadas, como es habitual entre nosotros, a ambos lados de una pequeña mesa de madera de unas catorce pulgadas de alto.

—Lobsang —dijo mi Maestro—. Ahora podemos ocuparnos del tema del hipnotismo. Pero primeramente es preciso que analicemos cómo funciona el cerebro humano. Espero haberte demostrado que puede producirse el paso de la corriente eléctrica por el cuerpo sin experimentar el menor dolor o malestar. Ahora quiero que pienses que es posible que cuando alguien piensa genera una corriente eléctrica. No es preciso que analicemos la forma en que esa corriente estimula las fibras musculares y produce una reacción. De momento, lo único que nos interesa estudiar es la corriente eléctrica en sí, las ondas cerebrales que la ciencia médica de Occidente ha podido medir y registrar tan inequívocamente.

Reconozco que todo aquello me interesaba en sumo grado porque, a pesar de mi insignificancia, yo ya sabía con certeza que el pensamiento tenía poder. Recordaba aquel cilindro hueco que utilicé varias veces en la lamasería y al que yo podía imprimir un movimiento de rotación sólo con la fuerza de mi voluntad.

—¡Estás distraído, Lobsang! —me dijo mi Maestro.

—Lo siento, Honorable Señor —le respondí—. En realidad estaba pensando en la naturaleza de las ondas mentales y recordaba cómo me divertí con aquel cilindro que, hace algunos meses, me enseñasteis a mover con el pensamiento.

Mi Maestro me miró y dijo:

—Tú eres una entidad, un individuo que tiene sus propios pensamientos. Puedes pensar en realizar una acción determinada como, por ejemplo, levantar aquel rosario. Solamente con pensar en esa acción tu cerebro hace que brote la electricidad de los elementos químicos que lo constituyen y esa onda eléctrica predispone tus músculos para realizar la acción proyectada. Si tu cerebro pudiera generar una fuerza eléctrica mayor contraria, te verías imposibilitado para realizar tu deseo de levantar el rosario. Es fácil comprender que si yo puedo convencerte de que no puedes realizar esa acción, tu cerebro escapará a tu control inmediato y generará una onda contraria a tu deseo. Y ello te impedirá levantar el rosario o realizar la acción que habías pensado.

Le miré pensativo y me di cuenta de que sus palabras carecían de sentido para mí porque, ¿cómo podía él influir en la electricidad que produjera mi cerebro? Seguí mirándole pensativo, preguntándome si debía exponerle mis dudas. Pero, en todo

caso, no fue necesario, porque adivinó mis pensamientos y decidió tranquilizarme.

—Lobsang —me dijo—. Puedo demostrarte que mis afirmaciones constituyen un hecho comprobable. En cualquier país occidental podríamos probarlo con una serie de aparatos que registrarían las tres ondas básicas del cerebro. Sin embargo, aquí no tenemos esa posibilidad y debemos limitarnos a analizar este problema verbalmente. El cerebro produce electricidad, genera ondas. Cuando decides levantar el brazo, tu cerebro emite las ondas necesarias para que puedas hacerlo. Si yo soy capaz (y utilizaré una terminología técnica para explicártelo) de introducir en tu cerebro una carga negativa, en ese caso tú te verás imposibilitado de realizar tu proyecto. En otras palabras, ¡estarás hipnotizado!

Aquello empezaba a tener sentido para mí. Conocía la máquina de Wimshurst. Había asistido a varios experimentos. Y había visto cómo era posible invertir la polaridad de una corriente haciendo que fluyera en dirección contraria.

—Honorable Lama —le pregunté—, ¿cómo podéis introducir una corriente en mi cerebro? No podéis levantar las paredes de mi cráneo para meter allí electricidad. ¿Cómo podéis hacerlo, entonces?

—Mi querido Lobsang —dijo mi Maestro—. No necesito entrar en tu cabeza. No soy yo quien debe producir la electricidad para meterla dentro de ti. Pero puedo influirte con las sugerencias adecuadas para que te convenzas de la exactitud de mis afirmaciones y seas tú mismo (involuntariamente) quien genere tu propia corriente eléctrica negativa.

Me miró atentamente y añadió:

—No soy partidario de hipnotizar a nadie contra su voluntad, a no ser en caso necesario, por razones médicas o quirúrgicas. Pero creo que sería una buena idea demostrar, con tu cooperación, la realidad del hipnotismo.

—¡Oh, sí! —exclamé rápidamente—. ¡Me gustaría hacer algún experimento de hipnotismo!

Sonrió un poco ante mi impetuosidad y me dijo:

—Bien, Lobsang, ¿qué es lo que te disgusta hacer normalmente? Te lo pregunto porque quiero hipnotizarte para que hagas algo en contra de tu propia voluntad. De esa forma podrás estar personalmente seguro de que, al hacerlo, estás actuando bajo la influencia de una fuerza independiente de tu voluntad.

Reflexioné unos instantes y no supe qué responder. ¡Había tantas cosas que me molestaba hacer! Mi Maestro me resolvió el problema de aquella difícil opción.

—¡Ya lo sé! —dijo—. No sientes el menor deseo de leer aquel pasaje, más bien complicado, del quinto libro del Kangyur. Temías, a mi juicio, que algunas de las palabras allí utilizadas te traicionaran y pusieran de manifiesto el hecho de que no habías estudiado la materia suficientemente.

Sus palabras me avergonzaron y confieso que mis mejillas se llenaron de rubor.

Era cierto. Uno de los pasajes del libro me resultaba particularmente difícil. Sin embargo, mi interés por la ciencia me predisponía a ser persuadido para leerlo, aunque, en realidad, aquel pasaje me producía verdadera fobia.

Mi Maestro sonrió y dijo:

—El libro está junto a la ventana. Ve a traerlo, busca esa página y léemela en voz alta. Y si intentas no leerla, si tratas de equivocarte, entonces será aún mayor el valor de la prueba.

Tomé el libro de bastante mala gana y busqué la página indicada. Las páginas de los libros tibetanos son mayores y más pesadas que las de los libros occidentales. Procuré hacerlo lo peor posible y me demoré todo lo que pude. Sin embargo, al final, encontré aquel pasaje que, como consecuencia de un incidente que había tenido anteriormente con un tutor, me hacía sentir físicamente enfermo.

Tenía el libro ante mí y, aunque lo intentaba, no conseguía articular sus palabras. Por muy extraño que parezca, el hecho de haber sido tratado con violencia por un tutor incomprendido había desarrollado en mí un auténtico odio hacia todas aquellas frases sagradas. Mi Maestro se limitó a mirarme —nada más— y de pronto me pareció que algo había estallado dentro de mi cabeza. Sorprendiéndome a mí mismo, me di cuenta de que lo estaba leyendo y que no solamente lo leía, sino que lo hacía sin la menor vacilación, fácilmente, con fluidez. Al terminar el párrafo, tuve una sensación inexplicable. Abandoné el libro, me dirigí al centro de la habitación y, levantando mis piernas, me sostuve sobre la cabeza. «¡Estoy volviéndome loco! —me dije—. ¿Qué pensará de mí mi Maestro si me comporto de una forma tan estúpida?». Pero después pensé que él era quien determinaba mis actos, influyendo en mí para que hiciera aquellas cosas. Rápidamente, me puse en pie de nuevo y me di cuenta de que me sonría benévolo.

—Es la cosa más fácil del mundo, Lobsang. Es realmente sencillo influir en una persona. No existe ninguna dificultad para poder hacerlo cuando se dominan los conocimientos necesarios para ello. Me limité a pensar y tú captaste mis pensamientos telepáticamente. Por ello, tu cerebro reaccionó de acuerdo con lo que te había anticipado. Y ello hizo que se produjeran en él ciertas fluctuaciones que dieron lugar a tan interesante resultado.

—Honorable Lama —dije—. ¿Queréis decir con ello que, si somos capaces de introducir una corriente eléctrica en el cerebro de una persona, podemos conseguir que haga cuanto nosotros deseamos?

—No, en absoluto —dijo mi Maestro—. Lo que realmente significa es que si eres capaz de persuadir a una persona para que lleve a cabo una acción determinada y esta acción no es incompatible con sus convicciones, sin duda alguna la llevará a cabo, porque sus ondas cerebrales fueron alteradas e, independientemente de sus intenciones originales, actuará de acuerdo con las sugerencias hipnóticas. La mayor

parte de las veces, las sugerencias se reciben del hipnotizador pero la única influencia que éste ejerce sobre el sujeto agente es la de la sugestión. Con habilidad y la utilización de ciertos recursos, el hipnotizador puede determinar a su víctima a realizar acciones distintas a las que proyectaba hacer en un principio.

Me contempló con gran seriedad durante unos instantes y añadió:

—Naturalmente, tú y yo poseemos un poder distinto. Tú serás capaz de hipnotizar a una persona instantáneamente, aun en contra de sus propios deseos, ya que ese poder te ha sido concedido teniendo en cuenta la especial naturaleza de tu vida y las enormes dificultades a que tendrás que someterte para realizar la excepcional misión que te ha sido asignada.

Me miró fijamente como para darse cuenta de si le había comprendido. Al convencerse de que era así, continuó:

—Más adelante, todavía no es el momento, te enseñarán todo cuanto debes saber sobre el hipnotismo y la forma más rápida de hipnotizar. Y has de saber que con ello incrementarás también tus poderes telepáticos, porque cuando estés viajando por remotos países tendrás que mantenerte en todo momento en estrecho contacto con nosotros y la forma más rápida y segura de conseguirlo es la telepatía.

Todo aquello me entristeció. Todo parecía indicar que necesitaría pasarme aprendiendo cosas nuevas la vida entera. Pero cuantas más cosas aprendía, menos tiempo libre me quedaba. Procuraban por todos los medios aumentar mis tareas, ¡sin librarme de ninguna!

—Pero, Honorable Lama —le pregunté—, ¿cómo actúa la telepatía? Todo parece indicar que no ha sucedido nada especial entre vos y yo y, sin embargo, sabéis siempre lo que pienso, ¡especialmente cuando tengo gran interés en ocultarlo!

Mi Maestro me miraba sonriente.

—En realidad, la telepatía es algo muy sencillo. Todo consiste en saber controlar las ondas del cerebro. Te explicaré. Tú sabes que tu cerebro genera corrientes eléctricas que oscilan de acuerdo con las fluctuaciones de tu pensamiento. Normalmente, éstos activan tus músculos y hacen que tus miembros puedan moverse. También puedes pensar en algún objeto lejano. En ambos casos, tu energía mental es transmitida, es decir, tu cerebro emite fuerza —energía en todas direcciones. Si conocieras un método adecuado para concentrar tus pensamientos en una dirección determinada, éstos serían de una intensidad mucho mayor.

Recordé un pequeño experimento que él me había enseñado hacía poco tiempo. Estábamos, como en aquel momento, en lo alto de la Cumbre, como los tibetanos llamamos al Potala. El Lama, mi Maestro, había encendido una vela pequeña que difundía débilmente la luz a su alrededor. Colocó un cristal de aumento ante la vela y, ajustando adecuadamente la distancia entre ambos objetos, proyectó contra la pared una imagen de la llama mucho más intensa que la auténtica. Para sacar mayor



provecho de la lección, colocó una superficie brillante detrás de la vela de modo que su luz se concentró más todavía y la imagen proyectada sobre la pared aumentó de tamaño.

Le recordé aquellas experiencias y él me dijo:

—¡Eso mismo! Tienes razón. Es posible, mediante distintos procedimientos, concentrar el pensamiento y enviarlo en una dirección determinada. Todas las personas poseen lo que podríamos llamar una longitud de onda, es decir, que el conjunto de la energía emitida por las ondas básicas de cada cerebro siguen un orden preciso de oscilación. Si nos fuera posible precisar el ritmo de oscilación de las ondas básicas cerebrales de las demás personas y sintonizarlas, no hallaríamos dificultad alguna para enviarles nuestros mensajes telepáticos, independientemente de la distancia que nos separa de ellas.

Me miró con firmeza y agregó:

—Grábate todo eso muy bien en tu cabeza, Lobsang. Para la telepatía, las distancias carecen de significado... porque la telepatía puede abarcar océanos... ¡y mundos!

Confieso que sentía grandes deseos de realizar alguna nueva experiencia telepática. Me imaginaba conversando con mis amigos de otras lamaserías, como Sera, o incluso de otros distritos lejanos. No obstante, tenía el convencimiento íntimo de que debería orientar todos mis esfuerzos en aprender otras cosas que me pudieran ser útiles en el futuro, un futuro que, según todas las profecías, sería realmente desdichado.

Mi Maestro interrumpió de nuevo mis pensamientos.

—Más adelante volveremos a tratar el tema de la telepatía. Trataremos también extensamente el tema de la clarividencia, ya que te serán concedidos extraordinarios poderes de clarividente y las cosas te resultarán más fáciles si conoces su mecanismo y su proceso. Todo ello está estrechamente relacionado con las ondas cerebrales, y con el Archivo Akáshico. Pero ya se ha hecho de noche y, de momento, debemos interrumpir nuestra conversación para descansar durante el sueño y prepararnos para el primer servicio de mañana.

Nos pusimos en pie. Le hice una respetuosa reverencia, deseando poder expresarle la profunda consideración que me inspiraba.

Una fugaz sonrisa cruzó por sus labios y, adelantándose hacia mí, oprimió su mano con ternura sobre mi hombro.

—Buenas noches, Lobsang —me dijo lleno de afecto—. No debernos demorarnos más o, de lo contrario, mañana tendremos la cabeza más pesada y no habrá nadie capaz de despertarnos cuando llegue el momento de asistir a nuestras devociones.

Ya en mi habitación, estuve unos instantes de pie ante la ventana sintiendo sobre mí el aire frío de la noche. Contemplé las lejanas luces de Lhasa y pensé en todo

cuanto mi Maestro me había enseñado y sobre todo en lo que todavía tenía que aprender. Para mí resultaba evidente que conforme aumentaban mis conocimientos, aumentaban también las cosas que ignoraba. Y yo me preguntaba cuándo terminaría aquel extraño proceso. Suspirando, tal vez con un poco de desesperación, me envolví en mi manto y me eché a dormir en el suelo.

## Capítulo séptimo

Un viento helado soplaba desde lo alto de las montañas. El aire estaba saturado de polvo y de piedrecillas diminutas que caían profusamente sobre nuestros cuerpos estremecidos. Los animales viejos, llenos de experiencia, se mantenían en pie e inclinaban la cabeza ante el viento para esquivarlo e impedir que su piel perdiera el calor de sus cuerpos. Doblamos el Kundu Ling y nos dirigimos hacia el Mani Lhakang. Una fuerte ráfaga de viento, más furiosa que las anteriores, levantó el manto de uno de mis compañeros que, dando un agudo grito de terror, atravesó los aires como una cometa. Le vimos elevarse, boquiabierto y asustado. Parecía volar hacia la ciudad, con los brazos extendidos. Sus vestiduras, infladas por el viento, le daban un aspecto de gigante. Después, volvió la calma durante unos instantes y mi compañero cayó al Kaling Chu como una piedra. Enloquecidos, corrimos hacia allá temiendo que se ahogara. Al llegar a la orilla, Yulgye —así se llamaba— tenía el agua por las rodillas. El huracán rugió de nuevo lleno de ímpetu, giró en torno suyo y lo trajo de nuevo hasta nosotros. Y lo más sorprendente de todo fue que solamente se había mojado de rodillas para abajo. Nos apresuramos a seguir el camino, sujetando nuestros mantos con fuerza para impedir que el viento también nos arrastrara.

Bordeamos el Mani Lha khang. ¡Y nuestra marcha fue realmente difícil! El huracán aullaba a nuestro alrededor. Todos nuestros esfuerzos estaban destinados a mantenernos en posición vertical. En el pueblo de Shó, un grupo de damas de elevada condición social iban en busca de un refugio. Siempre me complacía intentar adivinar la identidad de las personas detrás de las máscaras de cuero. Cuanto más cara de «joven» tiene la máscara, más anciana es la mujer que la lleva. El Tíbet es un país cruel y duro. Sus vientos llenan el espacio de rugidos y hacen caer de lo alto de las montañas torrentes de arena y piedras. Los hombres y las mujeres se ven obligados a llevar, como protección contra esas tormentas, unas máscaras de cuero que tienen los orificios necesarios para los ojos y para respirar y cuyos rasgos equivalen invariablemente a la opinión que cada persona tiene de sí misma.

—¡Vamos a pasar por la Calle de los Comercios! —gritó Timón con la esperanza de hacerse oír a través de la tormenta.

—Perderemos el tiempo —dijo Yulgye—. Cuando sopla el huracán, echan los cierres. De no hacerlo así, volarían todos los géneros.

Nos apresuramos, casi duplicando la velocidad de nuestra marcha. Al cruzar el Puente de la Turquesa, nos vimos obligados a sujetarnos unos a otros para poder resistir la violencia del viento. Miré hacia atrás y vi que el Potala y la Montaña de Hierro se hallaban cubiertos por una nube negra de partículas de polvo y de pequeñas piedrecillas, arrancadas del eterno Himalaya por la tormenta. Aceleramos nuestros pasos para evitar que nos cubriera también a nosotros y dejamos atrás la Morada de

Doring, situada en el exterior del Círculo Interno, cerca del inmenso Jo Kang. La tormenta cayó rugiendo, azotando nuestras cabezas y nuestros rostros sin protección. Instintivamente, Timón levantó sus manos con el propósito de protegerse los ojos. El viento hinchó su manto y lo levantó sobre su cabeza, dejándolo tan desnudo como un plátano pelado, precisamente delante de la Catedral de Lhasa.

Por la calle, bajaban rodando piedras y guijarros que golpeaban y hacían sangrar nuestras piernas. El cielo se oscureció aún más, poniéndose tan negro como la noche. Delante de nosotros, Timón avanzaba dando tumbos, luchando con su manto, que se arremolinaba en torno a su cabeza. Por fin, entramos todos atropelladamente en el Santuario del Lugar Sagrado. Allí había «paz», una paz profunda y tranquilizadora. Durante trece siglos, los fieles habían acudido a aquel lugar para hacer sus oraciones. El edificio exhalaba santidad. El suelo de piedra estaba desgastado como consecuencia del paso de varias generaciones de peregrinos. Su atmósfera estaba viva. A lo largo del tiempo, se había quemado allí tanto incienso que el lugar parecía tener conciencia.

Las columnas, ennegrecidas por el paso de los años, se alzaban en medio de una perpetua oscuridad. El deslustrado brillo de oro reflejaba la luz de las velas y de las lámparas de grasa, sin conseguir disipar las tinieblas. Las llamas, pequeñas y temblorosas, proyectaban sobre las paredes del Templo las sombras de las Sagradas Imágenes en una danza grotesca. Y mientras el interminable cortejo de los peregrinos cruzaba frente a las Imágenes, el Dios y la Diosa se enlazaban en un infinito juego de luces y de sombras.

De los grandes montones de joyas surgían brillos cambiantes de todos los colores. Diamantes, topacios, aguamarinas, rubíes y jades, reflejaban la luz sobre sus superficies formando un calidoscopio cromático. Las grandes rejillas de hierro, con sus pequeños espacios libres, destinados a impedir el paso de posibles manos codiciosas, mantenían las joyas y el oro inaccesibles a todos aquellos que pudieran sentir que su honradez cedía ante su avaricia. Por todas partes, al otro lado de las rejillas de hierro, los ojos rojizos de los gatos del Templo brillaban en la oscuridad, probando así que estaban siempre vigilantes. Incorruptibles, indómitos, sin temor al hombre ni a las bestias, caminaban silenciosos con sus patas aterciopeladas. Pero si se provocaba su ira, de sus suaves dedos surgían al instante uñas afiladas como navajas. Su inteligencia era extraordinaria. Solamente necesitaban mirar a las personas para penetrar en su pensamiento. Un simple movimiento sospechoso hacia las joyas que guardaban y se convertían en auténticos diablos. Siempre de dos en dos, uno se precipitaría contra la garganta del supuesto ladrón y el otro paralizaría su brazo. A no ser que los monjes acudieran rápidamente en su ayuda, solamente la muerte podría liberarle de sus garras. Conmigo y con los que, como yo, querían a los gatos, éstos se mostrarían cariñosos permitiéndonos jugar con aquellos inestimables tesoros. Jugar

con ellos, pero no llevármolos. Completamente negros, con sus ardientes ojos azules que emanaban un fulgor rojizo al reflejar la Luz, en los demás países eran conocidos bajo el nombre de gatos «siameses». En el frío Tíbet «todos» los gatos eran negros, mientras en los trópicos, según me habían dicho, todos eran blancos.

Recorrimos el Templo rindiendo adoración a las Imágenes de Oro. En el exterior, la tormenta seguía rugiendo llena de ira, arrastraba todos los objetos que no estaban seguros e imposibilitaba el paso a los viajeros sorprendidos, a quienes sus negocios urgentes obligaban a recorrer los caminos azotados por el viento. En el interior del Templo, sin embargo, todo estaba tranquilo. Sólo se escuchaba el «shus-shus» de los pies de los peregrinos que hacían sus recorridos y el continuo «clac-clac» de los Molinos de Plegarias que giraban incesantemente. Pero nosotros ya no los oíamos. De día y de noche llenaban el espacio con su «clac-clac, clac-clac», que se había convertido ya en parte de nuestras existencias. No. No los oíamos ya, como no oíamos los latidos de nuestro corazón o nuestra respiración.

Pero «había» además otro ruido, un ronco y áspero «purr-purr» y unos golpes suaves contra las rejillas. Las golpeaba un viejo gato para recordarme que éramos viejos amigos. Pasé mis dedos por los pequeños orificios con cuidado y le rasqué la cabeza. Él «mordisqueó» suavemente mis dedos como saludándome y, luego, me los lamió con su áspera lengua ¡casi arrancándome la piel! De pronto, se produjo un movimiento sospechoso en el Templo y él, como un rayo, escapó de mi lado para defender «su» propiedad.

—¡Me hubiera gustado ver las tiendas! —murmuró Timón.

—¡Estúpido! —le susurró Yulgye—. «Sabes» perfectamente que están cerradas durante las tormentas.

—«¡Silencio, muchachos!» —dijo un adusto vigilante, surgiendo de las sombras, mientras asestaba al pobre Timón un puñetazo que le hizo perder el equilibrio y rodar por el suelo.

Un monje cercano contemplaba la escena con gesto de desaprobación y hacía girar su Molino de Plegarias. El enorme vigilante, que medía casi siete pies de altura, se alzaba como una mole humana ante nosotros.

—Si volvéis a alborotar —dijo— os descuartizo con mis manos y arrojo vuestros pedazos a los perros callejeros. ¡Ahora, guardad silencio!

Nos lanzó una última mirada furibunda y, dándonos la espalda, se hundió nuevamente en las sombras. Timón se levantó con cuidado, temiendo turbar el silencio con el crujido de sus ropas. Nos quitamos las sandalias y nos dirigimos a la salida de puntillas. La tormenta seguía rugiendo afuera. Una cascada de nieve resplandeciente caía desde los picos de las montañas. Desde las partes más bajas, del Potala y del Chakpori, llegaban «negras» nubes de polvo y de piedrecillas que el viento arrastraba hacia la Ciudad a lo largo de los Caminos Sagrados.

El huracán bramaba y ululaba como si hasta los diablos se hubieran vuelto locos y entonaran una cacofonía sin sentido.

Apoyándonos unos en otros, nos dirigimos hacia el sur bordeando el Jo Kang, en busca de un refugio en la fachada posterior del edificio del Consejo. El viento enfurecido parecía querer arrancarnos del suelo y hacernos saltar el muro del Monasterio de mujeres de Tsang Kung. Ante aquel peligro, nos estremecíamos de miedo y nos apresurábamos. Una vez alcanzado nuestro refugio, nos tendimos en el suelo jadeantes, rendidos por el esfuerzo que habíamos tenido que hacer...

—«...» —dijo Timón—. ¡Me gustaría poder embrujar a ese «...» de vigilante! Tu Honorable Maestro podría hacerlo fácilmente, Lobsang. Tal vez puedas convencerlo para que convierta a ese «...» en un cerdo —añadió lleno de esperanza.

—Estoy seguro de que no querrá —le respondí agitando negativamente la cabeza—. El Lama Mingyar Dondup nunca quiere hacer daño a ningún hombre ni a ningún animal. Sin embargo, no «estaría» mal convertir al vigilante en algo así. ¡Era un fanfarrón!

La tormenta se estaba calmando. La furia del viento ya no resonaba con tanta fuerza en los aleros. Tampoco el polvo se introducía ya en nuestros mantos. El Tíbet es un país alto, sin protección contra los elementos. Los huracanes se van condensando detrás de las montañas y, llenos de furia, recorren los desfiladeros, empujando muy a menudo a los viajeros al fondo de los barrancos y causándoles la muerte. El viento huracanado barría los patios de las lamaserías, limpiándolos de paja y de tierra, y salía después irrefrenable a los amplios espacios del Valle.

Se apagó el clamor del huracán y reinó nuevamente el silencio. Las últimas nubes tormentosas se fueron elevando en el firmamento, dejando la infinita bóveda del cielo limpia, teñida de púrpura. El intenso brillo del sol cayó sobre nosotros, deslumbrándonos con su luz después de desvanecer las tinieblas.

Cautelosamente, llenando el aire de chirridos, las puertas fueron abriéndose, mientras asomaban las cabezas de los vecinos para comprobar los desperfectos. La pobre señora Raks, ya anciana, cerca de cuya casa nos hallábamos, comprobó afligida que el viento le había arrancado las ventanas traseras, llevándoselas lejos, mientras que sus ventanas delanteras, también arrancadas, habían sido violentamente introducidas en la casa.

En el Tíbet, las ventanas están hechas de un fino papel untado en grasa de tal manera que, con un poco de esfuerzo, se puede incluso ver la calle. El vidrio es verdaderamente raro en Lhasa, pero el papel, fabricado con los juncos y los sauces tan abundantes allí, resulta muy barato.

Nos dirigimos hacia nuestro hogar —el Chakpori—, deteniéndonos en los lugares donde algo llamaba nuestra atención.

—Lobsang —dijo Timón—, ¡ahora sí estarán las tiendas abiertas! ¡Vamos allá!

¡No nos entretendremos demasiado tiempo!

Mientras decía esto, torció a la derecha y empezó a caminar rápidamente. Yulgye y yo le seguimos sin mostrarnos en absoluto reacios. Al llegar a la Calle de los Comercios, lo contemplamos todo llenos de curiosidad. ¡Había tantas cosas preciosas! El aroma del té llenaba la atmósfera. Había diversas clases de incienso procedentes de la India y de la China. Joyas. Objetos fabricados en Alemania, un país tan remoto para nosotros que carecía de significado. Más allá, vendían pasteles, dulces pegajosos adosados a unos palillos, tortas cubiertas de azúcar y de almíbar de colores. Lo mirábamos todo llenos de deseo. Como éramos pobres «chelas» no teníamos dinero para comprar aquellas cosas. Pero nos conformábamos con mirarlas.

Yulgye, asiéndome del brazo, susurró:

—Lobsang, ¿no es ese grandullón aquel Tzu que te tenía a su cargo? Miré en la dirección que me señalaba. ¡Sí, tenía razón! Era Tzu. Tzu, que tantas cosas me había enseñado, que había sido tan riguroso conmigo. Instintivamente, me acerqué a él.

—¡Tzu! —le dije sonriente—. ¡Yo soy...!

Él me miró con el ceño fruncido.

—Marchaos, muchachos —dijo con un gruñido—. No molestéis a un honrado ciudadano que está ocupado resolviendo los asuntos de su señor. No debéis pedirme limosna a «mí».

Bruscamente, se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas.

Sentí que mis ojos se humedecían y temí que iba a desacreditarme ante mis compañeros. No, no podía permitirme el lujo de llorar. Pero Tzu me había ignorado, fingiendo que no me conocía. Tzu, que había sido mi acompañante desde que nací. Él había intentado enseñarme a ser un buen jinete sobre el pony Nakkin. Me había enseñado a luchar. Y ahora, me negaba y me despreciaba. Desconsolado, incliné la cabeza y mi pie jugueteó con la tierra. Mis dos compañeros, junto a mí, guardaban silencio, identificados con mis pensamientos, sintiendo que también ellos habían sido despreciados.

Algo me llamó la atención. Un hindú barbudo, de edad avanzada, tocado con un turbante, se acercaba lentamente a nosotros.

—¡Joven señor! —me dijo en tibetano, con un extraño acento extranjero—. Lo he visto todo, pero creo que no debéis juzgar mal a ese hombre. Muchas personas olvidan su niñez. Yo no he olvidado la mía. Venid conmigo.

Nos condujo a la tienda que habíamos visto poco antes.

—Deja que estos muchachos elijan lo que gusten —dijo al propietario. Tímidamente, cada uno de nosotros tomó uno de aquellos apetitosos dulces.

—¡No! ¡No! —exclamó—. No basta con uno. Tomad otro.

Hicimos lo que nos indicaba. Él abonó su importe al sonriente comerciante.

—¡Señor! —le dije emocionado—. ¡Que Buda te bendiga y te proteja! ¡Que tus

dichas sean infinitas!

Nos sonrió bondadosamente, nos hizo una leve reverencia y se marchó para continuar con sus negocios.

Regresamos a nuestro hogar sin prisas. También sin prisas, para que nos duraran mucho tiempo, nos comimos nuestros dulces. Casi habíamos olvidado el sabor de aquellas cosas. Nos supieron mejor que las que habíamos comido en otras ocasiones por la bondad con que nos las habían regalado. Mientras caminaba, recordé que, primero, mi padre me había ignorado en una ocasión en las escaleras del Potala.

Ahora era Tzu el que había fingido no reconocirme. Yulgye rompió el silencio.

—Este mundo es curioso, Lobsang —dijo—. Ahora somos niños y, por ello, nos ignoran y nos desprecian. Pero cuando seamos lamas, los «Cabezas Negras» acudirán a nosotros para impetrar nuestros favores.

En el Tíbet, llamamos «Cabezas Negras» a los seculares porque, en lugar de llevar la cabeza afeitada como los monjes, la llevan cubierta de pelo.

Aquella noche estuve muy atento en el servicio. Estaba decidido a trabajar en serio para convertirme en un lama lo antes posible, con el objeto de poder despreciar a los «Cabezas Negras» cuando pidieran mis servicios. Estaba tan extraordinariamente atento que atraje la atención de uno de los vigilantes que me miraba receloso, pensando posiblemente que mi devoción era completamente sospechosa.

Cuando terminó el servicio, corrí a mi habitación porque sabía que, al día siguiente, el Lama Mingyar Dondup me tendría muy ocupado. Me resultaba difícil conciliar el sueño. Me agitaba constantemente y cambiaba de postura, recordando el pasado y las dificultades que había superado.

Me levanté temprano, tomé mi desayuno y cuando ya iba a abandonar mi habitación para dirigirme al Sector de los Lamas, un monje andrajoso me detuvo.

—¡Eh, tú! —dijo—. Esta mañana vas a trabajar en la cocina... ¡y limpiarás las piedras de moler!

—¡Pero, Señor! Mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, quiere verme —le respondí intentando seguir mi camino.

—No. Tú te vas a venir conmigo. No me importa «quién» quiera verte. Te digo que vas a trabajar en la cocina.

Oprimió mi brazo con fuerza y me lo retorció para que no pudiera escaparme. Le seguí a regañadientes, porque no tenía otra alternativa. En el Tíbet, todos participamos en los trabajos manuales y «domésticos». «¡Nos enseñan a ser humildes!», decían algunos. «¡Impiden que los muchachos se vuelvan orgullosos!», decían otros. Y otros afirmaban: «¡Terminan con las diferencias de clases!». Sólo por espíritu de disciplina, los niños y los monjes realizaban las tareas que les eran asignadas. Naturalmente, existía el grado de monjes menores, encargados de las



tareas domésticas. Pero los niños y los monjes de «todos» los grados se veían obligados periódicamente a realizar las faenas más bajas y más desagradables, como una forma de alcanzar el conocimiento. Sin embargo, a todos nos resultaba odiosa esa misión porque los «regulares» —todos ellos hombres inferiores— nos trataban como a esclavos, convencidos de que no nos quejaríamos, ya que quejarnos hubiera equivalido a admitir que aquello era difícil.

Descendimos por el corredor de piedra y, después, por las escaleras verticales de madera, hasta llegar a las grandes cocinas donde, en otra ocasión como aquélla, me había producido en una pierna una gran quemadura.

—Aquí —dijo el monje sin soltarme—. Limpia de paja las piedras de moler.

Tomé un gran punzón de metal, me subí a una de las grandes ruedas y empecé a limpiar las ranuras y los orificios de los restos de cebada. Se habían descuidado durante mucho tiempo y en lugar de moler el grano, lo único que hacían era estropearlo. Yo tenía que «alisar» su superficie para que quedara de nuevo afilada y limpia. El monje, junto a mí, vigilaba mi trabajo escarbando en sus dientes indolentemente con una paja.

—¡Eh! —gritó alguien desde la puerta—. ¡Martes Lobsang Rampa! ¿Está aquí Martes Lobsang Rampa? El Honorable Lama Mingyar Dondup quiere verlo en el acto.

Instintivamente, interrumpí mi trabajo y salté al suelo.

—¡Aquí estoy! —respondí.

El monje me asestó un fuerte puñetazo en la cabeza, derribándome al suelo casi desvanecido.

—Te he dicho que vas a quedarte aquí para hacer tu trabajo —vociferó—. Si alguien quiere verte, que venga personalmente a buscarte.

Me levantó, agarrándome por el pescuezo, y me arrojó sobre la piedra, en uno de cuyos bordes se golpeó mi cabeza. Antes de desvanecerme por completo y de que el mundo desapareciera de mis sentidos, creí ver todas las estrellas del firmamento.

Después, tuve la sensación extraña de que me levantaban —horizontalmente— y me obligaban a ponerme en pie. El sonido profundo de un enorme gong, cuyo eco llegaba a mis oídos desde algún lugar remoto, parecía contar los segundos de la vida. «Bong, bong-bong». Con su último golpe, mis ojos se llenaron de una luz azulada y el mundo de un fulgor extraño que me permitía ver con mayor claridad que de costumbre. «¡Oh! —pensé—. Debo de estar fuera de mi cuerpo. ¡Qué extraño es todo esto!».

Yo tenía una gran experiencia en viajes astrales. Había llegado mucho más allá de los confines de nuestra vieja Tierra y visitado muchas de las grandes ciudades del planeta. Sin embargo, estaba viviendo por primera vez la aventura de «ser proyectado fuera de mi cuerpo». Me hallaba al pie de la gran rueda de moler, contemplándome a

mí mismo, desnucado sobre el suelo, envuelto en mi viejo y sucio manto. Observé cómo mi doble astral estaba unido a mi exánime cuerpo físico por un cordón azulado que vibraba y parecía ondear en el espacio, encendiéndose y apagándose segundo tras segundo. Después me acerqué a mi cuerpo inmóvil para poder observarlo mejor y me quedé perplejo al descubrir una profunda herida sobre mi sien izquierda, de la que manaba sangre oscura. Salpicaba la piedra y se mezclaba con los restos de cebada que no había tenido tiempo de limpiar.

Una conmoción súbita atrajo mi atención y, al volverme para averiguar lo que sucedía, vi a mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, que entraba en la cocina lívido de ira. Avanzó seguro y se paró frente al monje jefe de cocina, que me había maltratado. De sus labios no salió una sola palabra. El silencio pareció condensarse. Los penetrantes ojos de mi Maestro se clavaron, con un terrible fulgor de relámpago, en los del monje. Éste suspiró y, como un balón pinchado, se desplomó en el suelo convertido en una masa inerte. Dejó de mirarlo y se volvió hacia mi cuerpo terreno que se retorció en los estertores de la agonía.

Miré a mi alrededor. Me sentía fascinado ante el pensamiento de que podía abandonar mi cuerpo y separarme de él unos centímetros. Realizar «largos viajes» en lo astral era sencillo. Siempre fui capaz de conseguirlo. Sin embargo, aquella sensación de estar libre de mí mismo, contemplando mi envoltura terrena, constituía para mí una experiencia nueva e incitante.

Desentendiéndome de lo que sucedía a mi alrededor en la cocina, me elevé y atravesé el techo fácilmente. «¡Oh!», dije involuntariamente al hacerlo. En la habitación superior había un grupo de lamas contemplando una esfera terráquea en la que aparecían los continentes y los países, los océanos y los mares, fija en un ángulo que correspondía a la inclinación de la Tierra en el espacio. No quise detenerme allí, porque aquello se parecía demasiado a una lección, y seguí remontándome. Techo tras techo, recorrí varias habitaciones hasta llegar ¡a la Cámara de las Tumbas! Me rodeaban los muros dorados que guardaban los sepulcros de diversas reencarnaciones del Dalai Lama a través de los siglos. Contemplándolo todo respetuosamente, me detuve allí unos momentos. Después seguí ascendiendo, ascendiendo hasta ver debajo de mí el glorioso Potala con sus luces doradas, purpúreas y sus maravillosos muros blancos que parecían prolongarse en la roca viva de la montaña.

A la derecha, veía la aldea de Shó y, a lo lejos, la ciudad de Lhasa sobre un fondo de montañas azules. Seguía subiendo y contemplaba los anchos espacios de nuestro bello y amado país, un país que podía ser a veces cruel y duro, en virtud de los raros caprichos de su clima inaudito, ¡pero que era mi «hogar»!

Me sentí detenido por una fuerte sacudida y me di cuenta de que me atraían desde abajo a través de una cuerda invisible, como yo había hecho tan a menudo con las cometas que hacía volar por el cielo. Poco a poco fui descendiendo de nuevo hasta el

Potala, atravesando otra vez los techos, hasta llegar a mi lugar de destino, en la cocina, al lado de mi cuerpo.

El Lama Mingyar Dóndup estaba lavando cuidadosamente mi sien izquierda de la que sacaba algunas esquirlas. «¡Dios mío! —pensé profundamente asombrado—. ¡Tan dura es mi cabeza que he roto y he desmenuzado la piedra!». Pero entonces me di cuenta de que tenía una pequeña brecha y que lo que sacaba de mi herida eran pequeñas briznas de paja y de tierra y residuos de cebada molida. Yo lo observaba todo asombrado y —lo confieso bastante divertido puesto que, por hallarme en mi cuerpo astral, fuera de mi envoltura física, no sentía dolores, ni molestias, sino solamente una paz inefable.

El Lama Mingyar Dondup dio por terminada su cura, colocó una compresa sobre la herida y envolvió mi cabeza en una venda de seda. Después, hizo señas a los monjes que esperaban junto a nosotros con una camilla y les rogó que me levantaran con el mayor cuidado. Ellos, que eran monjes de mi propia Orden, me alzaron suavemente y me colocaron en ella, sacándome de la cocina, mientras el Lama Mingyar Dondup caminaba a nuestro lado.

Miré en todas direcciones asombrado. La luz estaba debilitándose poco a poco. ¿Había pasado ya tanto tiempo? ¿Se estaba acabando el día? Antes de tener tiempo de responderme a esas preguntas, comprendí que yo también me debilitaba. El azul y el amarillo de la luz espiritual perdían intensidad rápidamente, Sentía una imperiosa, absoluta, irresistible necesidad de dormir y de no preocuparme de nada ni de nadie.

Durante algún tiempo, permanecí inconsciente. Después, el dolor entró a ráfagas en mi cabeza y me hizo ver grandes superficies rojas y azules, verdes y amarillas. Tuve el convencimiento íntimo de que aquella intensa agonía acabaría volviéndome loco. Sentí una mano fría sobre mi piel y escuché una voz cálida que me decía:

—Todo va bien, Lobsang. Todo va bien. Descansa. Duerme.

El mundo entero pareció convertirse en una almohada de oscuridad y quietud, suave como las plumas de un cisne, en la que me sumergía lleno de tranquilidad y calma, envolviéndome en una dulce inconsciencia. Y mi alma ascendió de nuevo por el espacio, mientras mi cuerpo herido reposaba sobre la Tierra.

Debían de haber pasado muchas horas, cuando volví a tener conciencia de mí mismo. Al despertar, encontré a mi Maestro, sentado a mi lado, oprimiendo mi mano entre las suyas. Mis ojos se abrieron y se llenaron de la luz de la tarde. Sonreí débilmente, y él me devolvió la sonrisa. Soltó mis manos y acercó a mis labios un tazón lleno de una infusión dulzona.

—Bébetelo esto —me dijo—. Te sentará bien.

Así lo hice y sentí que la vida volvía a mí nuevamente. Traté de incorporarme pero el esfuerzo era excesivo y me pareció que me golpeaban la cabeza otra vez. Mi cabeza se consteló de luces y tuve que desistir.

Las sombras del crepúsculo se agigantaron y escuché un repique de tambores anunciando el Servicio Nocturno.

—Tengo que irme, Lobsang —me dijo mi Maestro—. Estaré ausente una media hora, porque el Profundo desea verme. Pero tus amigos Timón y Yulgye cuidarán de ti en mi ausencia y me avisarán si es necesario.

Me estrechó la mano, se levantó y abandonó la habitación. Aparecieron dos rostros familiares, algo asustados, llenos de excitación. Mis dos amigos se sentaron junto a mí.

—¡Oh, Lobsang! —dijo Timón—. ¡Ha sido el Cocinero Jefe el que te ha herido!

—Sí —dijo el otro—. Y lo expulsarán de la lamasería por su brutalidad excesiva e innecesaria. ¡En estos momentos lo estarán llevando afuera!

Ambos tartamudeaban de excitación.

—Creí que estabas muerto, Lobsang —dijo Timón—. ¡Sangrabas como un yak degollado!

Yo sonreía escuchándolos. Sus voces revelaban su extraordinaria sensibilidad ante cualquier estímulo capaz de romper la monotonía de la vida de la lamasería. No les reproché su alterado estado de ánimo porque me daba cuenta de que yo habría reaccionado igual en el caso de que le hubiera sucedido algo parecido a uno de ellos. Les sonreí y me sentí dominado por un terrible cansancio. Cerré los ojos con el deseo de descansar unos instantes y me desvanecí nuevamente.

Durante algún tiempo, tal vez seis o siete días, permanecí acostado y mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, cuidó de mí. Sin su ayuda no hubiera sobrevivido, ya que la vida en una lamasería no es precisamente fácil y agradable y en realidad sólo sobrevive el más apto. El Lama era un hombre amable y lleno de ternura. Pero aunque no lo hubiera sido, existían razones muy poderosas para intentar por todos los medios conservar mi vida. Como ya he dicho, yo estaba destinado a llevar a cabo una misión excepcional y comprendía que todas las dificultades que había tenido que soportar a lo largo de toda mi infancia tenían por objeto endurecerme y prepararme para resistir el sufrimiento y las adversidades, ya que todas las profecías que había escuchado (¡y había escuchado ya muchas!) coincidían en afirmar que mi vida estaría llena de dolor y dificultades.

Pero de momento no todo eran sufrimientos. Conforme mi salud mejoraba, tenía más ocasiones para conversar con mi Maestro. Hablábamos de muchas cosas, de temas corrientes y de otro más insólitos. Tratamos extensamente de los conocimientos ocultos.

—Honorable Lama —le dije en una ocasión—, debe de ser algo maravilloso ser bibliotecario y tener a nuestro alcance toda la ciencia del mundo. Me gustaría ser bibliotecario... en caso de no conocer todas esas profecías sobre mi futuro.

Mi Maestro sonrió.

—Hay un proverbio chino que dice: «Vale más una imagen que mil palabras». Y yo te digo, Lobsang, que el atesorar miles de libros y de imágenes nunca podrá ser tan útil como la experiencia práctica y el conocimiento.

Le observé para comprobar si hablaba seriamente y luego recordé al monje japonés Kenji Tekeuchi que, durante setenta años, estudió todo género de libros sin conseguir practicar ni asimilar ninguna teoría.

Mi Maestro leyó mis pensamientos.

—Sí —dijo—, el pobre viejo no ha sido inteligente. Él mismo se produjo una indigestión mental por empeñarse en leer cuanto caía en sus manos sin comprenderlo. Se cree un gran hombre, con una espiritualidad extraordinaria. Pero es tan sólo un pobre necio que a nadie decepciona tanto como a sí mismo. —El Lama suspiró lleno de tristeza y agregó—: Ha fracasado espiritualmente. Cree saberlo todo, pero en realidad no sabe nada. La lectura insensata, desordenada y arbitraria es siempre peligrosa. Ese hombre ha estudiado todas las religiones sin conseguir comprender ninguna de ellas. Y sin embargo, llegó a considerarse a sí mismo como el más excepcional de los hombres.

—Honorable Lama —dije—, si es tan peligroso tener libros, ¿por qué existen entonces?

Durante unos instantes, mi Maestro me contempló como no sabiendo qué responder. «¡Vaya! —pensé—. ¡Esta pregunta sí le ha desconcertado!». Pero mi Maestro sonreía.

—¡Oh, mi querido Lobsang! —repuso—. ¡La respuesta es evidente! Lee, lee cuanto quieras, pero no permitas que «ningún» libro embote tu sensibilidad ni tu razón. Los libros tienen por objeto enseñar, instruir e incluso entretener. Pero «no» son un maestro al que se pueda seguir ciegamente y sin ninguna reserva. Ninguna persona inteligente se dejará esclavizar por un libro o por unas palabras.

Asentí con la cabeza. Sí, tenía razón. No obstante, en ese caso, ¿por qué preocuparse en leer ningún libro?

—¿Los libros, Lobsang? —dijo mi Maestro respondiendo a mi pensamiento—. ¡Naturalmente tienen que existir! Las bibliotecas del mundo constituyen un depósito de todos los conocimientos de la Humanidad, pero solamente a un estúpido se le ocurriría pensar que la Humanidad es la esclava de los libros. Éstos sirven únicamente de orientación para los hombres y pueden ser utilizados como materia de estudio. Es evidente que si no se usan adecuadamente, pueden convertirse en una maldición, porque pueden inducir a los hombres a creerse más importantes de lo que son realmente, desviándolos de los auténticos caminos de la vida, si aquéllos carecen de la preparación y de la inteligencia necesarias para recorrerlos hasta el final.

—Pero entonces, Honorable Lama —le pregunté insistente—, ¿cuál es la utilidad de los libros?

Mi Maestro me miró gravemente.

—Tú no puedes estudiar en todos los países del mundo bajo la dirección de los maestros más insignes, Lobsang —me respondió—. Pero las palabras escritas (los libros) pueden proporcionarte sus enseñanzas. No debes creer todo cuanto leas y hasta los grandes maestros del pensamiento te dirán que es necesario que utilices tu propio criterio y que consideres sus obras como un punto de partida capaz de orientarte por el camino de tu propia verdad. Puedo asegurarte que las personas que carecen de la preparación suficiente para estudiar una materia determinada, pueden perjudicarse con la lectura indiscriminada de las obras que tratan de dicha materia, aunque lo hagan con el propósito de acelerar su desarrollo kármico mediante el estudio de las teorías ajenas. Puede darse el caso de que el lector sea un hombre poco evolucionado y, entonces, al intentar comprender esas cosas sin la preparación suficiente para ello, en lugar de acelerar su desarrollo, lo que hace es imposibilitar su evolución espiritual. Yo he conocido muchos casos como éste. El del japonés es uno de ellos.

Mi Maestro pidió té, ¡una ayuda necesaria en todas nuestras discusiones! Cuando el monje sirviente lo trajo, continuamos.

—Lobsang —dijo mi Maestro—, vas a vivir una existencia realmente extraordinaria. Toda tu educación está orientada hacia esa meta. Por ello, tus poderes telepáticos están siendo incrementados por todos los medios de que disponemos. Debo decirte que precisamente ahora, con ayuda de la telepatía y de la clarividencia, en unos pocos meses estudiarás algunos de los libros más grandes que se han escrito, las obras maestras del pensamiento humano. Y las podrás estudiar aún sin conocer el idioma en que han sido creadas.

Creo que le miré completamente perplejo. ¿Cómo podría yo estudiar los libros escritos en idiomas para mí desconocidos? Esa posibilidad me desconcertaba por completo. Mis dudas fueron desvanecidas en seguida.

—Cuando se agudicen tus poderes de telepatía y clarividencia, cosa que sucederá muy pronto, te será posible captar todos los pensamientos contenidos en un libro asimilándolos directamente del cerebro de una persona que acabe de leerlo o que lo esté leyendo en aquellos momentos. Esa es una de las aplicaciones menos conocidas de la telepatía que, en esos casos, se combina con la clarividencia. Las personas de otras partes del mundo no son siempre admitidas en las bibliotecas públicas o en los centros de enseñanza de un país y, aunque consigan entrar en esos lugares, si no demuestran que están matriculados como estudiantes ansiosos de aprender, no son admitidos. Tú no tropezarás con tales dificultades. Podrás viajar en lo astral y estudiar durante todos los días de tu vida, gracias a ese sistema que solamente dejarás de utilizar cuando abandones este mundo.

Me informó acerca de la práctica del Ocultismo. El abuso de los poderes ocultos,

o el hecho de influir sobre los demás mediante esos poderes, eran cosas terriblemente castigadas. La ciencia esotérica, las fuerzas metafísicas y las percepciones extrasensoriales solamente deberían ser utilizadas para hacer el bien, para ayudar a los demás, para incrementar el conjunto total de los conocimientos existentes en el mundo.

—¡Pero Honorable Lama! —le dije imperiosamente—. ¿Qué sucede entonces con las personas que, a través de la excitación o de la curiosidad, consiguen salir de sus cuerpos? ¿Y con los que se hallan de pronto fuera de sus cuerpos y, al darse cuenta de ello, están a punto de morir de miedo? ¿No es posible hacer nada para advertirles de los peligros que les esperan?

Al oír mis palabras, mi Maestro sonrió lleno de tristeza.

—Lobsang —me dijo—. Es cierto que muchas personas se dedican a leer esos libros y a hacer experimentos por su cuenta sin contar con la adecuada orientación de un Maestro. Son muchos los que consiguen trascenderse a sí mismos, a través de la embriaguez alcohólica o de algún otro tipo de sobreexcitación o, tal vez, por un exceso de tolerancia hacia cosas que perjudican sus espíritus. Pero después de conseguirlo, el pánico se apodera de ellos. A lo largo de toda tu vida, podrás ayudar a esas personas advirtiéndoles que, en cuestiones ocultas, lo único que hay que temer es el sentir temor. El miedo genera pensamientos indeseables y nos impide poder dominarnos y controlarnos a nosotros mismos. Y tú, Lobsang, deberás repetirte hasta la saciedad que no hay nada tan terrible como el propio temor. Si el temor puede ser vencido, la humanidad incrementa su firmeza y su pureza. El miedo es el verdadero causante de las guerras y de las disensiones del mundo, lanzando a los hombres unos contra otros. Él es nuestro gran enemigo, hasta tal punto que si los seres humanos fueran capaces de librarse del temor, en realidad, ya no tendrían nada que temer.

¡El miedo! ¿Qué significaba toda aquella disertación sobre el miedo? Miré a mi Maestro y creo que él leyó en mis ojos la pregunta que todavía no le había formulado, o quizá captó mi pensamiento por telepatía.

—¿Te preguntas que por qué te hablo del miedo? —me dijo de pronto—. Bueno, Lobsang, tú eres joven e inocente.

Yo pensé: «¡Oh, no tan inocente como creéis!». El Lama sonrió como si hubiera oído mi secreta ironía, aún sin necesidad de que yo la exteriorizara. Después dijo:

—El miedo es algo auténticamente real y tangible. Tú habrás oído hablar muchas veces de personas que intentan entrar en contacto con los espíritus, pero que acaban volviéndose locas. Todos ellos pretenden haber visto seres muy curiosos. Cuando están ebrios, creen ver elefantes verdes con franjas rosadas y hasta criaturas mucho más fantásticas. Y lo más curioso del caso Lobsang, es que todas esas criaturas, que se consideran simple fruto de su imaginación, existen realmente.

Las cosas estaban poco claras para mí. Naturalmente, sabía lo que el temor

significaba en su aspecto físico. Pensé en aquellos días en que me vi obligado a permanecer perpetuamente inmóvil, sentado ante la lamasería de Chakpori, con el objeto de superar la prueba de resistencia necesaria para ser aceptado como el más humilde de los «chelas».

—Honorable Lama —dije volviéndome hacia mi Maestro—. ¿Cuál «es» el significado del temor? He oído hablar algunas veces de las criaturas del inframundo astral, pero la realidad es que yo nunca he encontrado a ninguna de ellas a lo largo de mis viajes astrales. ¿Qué es el miedo?

Mi Maestro guardó silencio unos instantes. Después, como si hubiera adoptado una decisión repentina, se puso en pie. —¡Ven! —me dijo.

Me levanté también y le seguí. Recorrimos un corredor de piedra torciendo unas veces a la derecha y otras a la izquierda. Por fin, entramos en una habitación sin luz y avanzamos a través de la oscuridad. Mi Maestro, delante de mí, encendió una lámpara de grasa, dispuesta cerca de la puerta. Después me indicó con un gesto que me tendiera en el suelo.

—Ya tienes edad suficiente para entrar en contacto con las entidades del astral. Voy a ayudarte para que puedas ver a esos seres y para impedir que te hagan daño, ya que no sería conveniente que se mostraran ante ti si no te hallaras protegido y preparado adecuadamente. Apagaré la luz. Tú límitate a relajarte y a elevarte fuera de tu cuerpo físico. Lo único que tienes que hacer es salir de ti mismo sin preocuparte de tu destino, sin ninguna intención determinada. Abandona tu cuerpo y vaga como una brisa.

Apagó la lámpara y cerró la puerta para que la luz no penetrara. No se escuchaba ni siquiera su respiración, pero yo podía sentir su presencia tibia y tranquilizadora muy cerca de mí.

Viajar en lo astral no era para mí una experiencia nueva ya que había nacido con la capacidad de hacerlo y de recordar cuanto había visto, a mi regreso. Tendido en el suelo, con mi cabeza apoyada en mi manto enrollado, crucé mis manos, junté mis pies e inicié el proceso que me haría abandonar mi cuerpo. Algo realmente sencillo para los que conocemos el sistema para conseguirlo. Sentí muy pronto la suave sacudida que anunciaba la separación de lo astral y lo físico. Después, se produjo en mí la habitual invasión de la luz. Me sentí flotando en el extremo de mi Cordón de Plata. Debajo de mí, la habitación que acababa de abandonar seguía sumida en la más absoluta oscuridad, sin el menor resquicio de luz. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que aquel viaje astral no era distinto a los otros que había realizado. Pensé elevarme sobre las cumbres de la Montaña de Hierro y, sólo con pensarlo, abandoné la habitación y me hallé volando a unos trescientos pies de las cumbres. De pronto, el Potala, la Montaña de Hierro, el Valle de Lhasa y el Tíbet desaparecieron de mi conciencia. Me invadió una angustia infinita y vi cómo mi Cordón de Plata se



estremecía violentamente y que, llenándome de asombro, algunos de sus halos «azul plateados» se teñían de un desagradable color amarillo verdoso.

Me sorprendió una fuerte sacudida, un terrible tirón, la espantosa sensación de que algún espíritu enloquecido intentaba atraerme hacia sí. Miré hacia abajo instintivamente y el espectáculo que se ofrecía a mis ojos era indescriptible.

Muy cerca de mí, casi rodeándome, se agitaba una multitud de criaturas extrañas y detestables, como las que veían los borrachos. Ondulando en el aire, se acercó a mí la cosa más espantosa que he visto en mi vida, algo que parecía una gigantesca babosa, con un horrendo rostro humano de un color que los rostros humanos nunca habían tenido. Las mejillas rojas, la nariz y las orejas verdes. Los ojos parecían girar alocadamente dentro de sus órbitas. Había también otros seres a cual más espantoso y nauseabundo. Criaturas que no puede describir la palabra. Todas tenían sin embargo el rasgo humano común de la crueldad. Se acercaron a mí como queriendo atacarme y trataron de cortar mi Cordón. Otras descendieron e intentaron arrancarlo de mi cuerpo, tirando de él con fuerza. «¡El miedo! ¡Esto es el miedo! —pensaba yo estremecido—. Bien, en todo caso, no pueden hacerme ningún daño. ¡Estoy inmunizado contra sus manifestaciones y protegido contra sus ataques!». Y al pensar esto, aquellas inenarrables criaturas desaparecieron. El Cordón etéreo que me unía a mi cuerpo brillaba de nuevo con sus colores normales. Me sentí aliviado, libre, porque me daba cuenta de que después de superar esta prueba, ya nunca temería que pudiera sucederme algo malo en lo astral. Gracias a aquella experiencia comprendí que las cosas que tememos solamente pueden dañarnos si no somos capaces de dejar de temerlas.

Una súbita sacudida de mi Cordón de Plata y yo miré hacia abajo sin vacilar, sin el menor sentimiento de miedo. Un pequeño destello de luz iluminó la oscuridad y vi a mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, que encendía la pequeña lámpara de grasa, mientras mi cuerpo astral descendía. Suavemente, atravesé los techos del Chakpori hasta colocarme en forma horizontal sobre mi cuerpo físico. Después, aún con mayor suavidad, mis cuerpos físico y astral se unieron y formaron un solo cuerpo. Mi «yo» se agitó levemente y me incorporé.

Mi Maestro me contemplaba lleno de satisfacción y de afecto.

—Muy bien, Lobsang —dijo—. Has estado en posesión de un secreto muy grande. Y lo has hecho mucho mejor de lo que yo lo hice cuando me fue revelado. ¡Estoy orgulloso de ti!

Pero yo no acababa de comprender del todo la naturaleza del miedo.

Por ello decidí interrogarle de nuevo.

—Honorable Lama —le dije—. Entonces, ¿qué es lo que en realidad debemos temer?

Mi Maestro me respondió grave, casi con un aire sombrío:

—Has sido bueno a lo largo de tu vida, Lobsang, y por lo tanto no tienes nada que temer. Pero hay otras personas que han cometido crímenes, que han hecho daño a sus semejantes y que, cuando están solos, sienten que su conciencia les tortura. Los seres del inframundo astral se nutren de ese temor que sienten los que no tienen limpia la conciencia. Esas personas crean las formas mentales del mal. Tal vez en el futuro puedas alguna vez visitar alguna de esas antiguas catedrales o templos construidos hace siglos. En sus muros (como en nuestro Jo Kang) podrás percibir todas las cosas buenas que se hicieron en su interior. Pero si después visitas alguna antigua cárcel, escenario de incontables sufrimientos y persecuciones, sentirás una sensación completamente opuesta. Esto prueba que las personas que habitan un lugar determinado emiten formas mentales que quedan para siempre entre los muros del edificio que habitaron. Un edificio bueno está saturado de formas mentales positivas que producen emanaciones positivas. Y los lugares donde se ha hecho el mal están poblados de formas mentales negativas de las que surgen emanaciones negativas. Y esos pensamientos y formas mentales pueden ser percibidos por los clarividentes cuando se hallan en la dimensión astral.

Mi Maestro reflexionó un momento. Luego añadió:

—Ya te darás cuenta más adelante de que hay algunas veces en que los monjes y otras personas se creen más importantes de lo que son en realidad. Con ello, producen una forma mental y ésta, con el tiempo, determina el aspecto de sus propios autores. Recuerdo un caso concreto: el de un viejo monje birmano. Era un hombre realmente ignorante y (debo decirlo) muy rastrero y nada comprensivo. Sin embargo, como era hermano nuestro y pertenecía a nuestra Orden, nos veíamos obligados a soportarle. Como muchos de nosotros, vivía una vida solitaria. Pero en lugar de dedicarse a la meditación, a la contemplación y a fomentar sus virtudes, imaginaba ser el hombre más poderoso de Birmania. No quería admitir que era un pobre monje que apenas había empezado a recorrer el Camino de la Verdad sino que, en la soledad de su celda, soñaba que era un gran príncipe, con poderosos Estados y riquezas inagotables. Al principio, aquello era solamente un entretenimiento inútil, pero inofensivo. Evidentemente, nadie podía condenarlo por sus sueños y deseos ociosos porque, como ya te he dicho, carecía de la voluntad y de la sabiduría necesarias para dedicarse provechosamente a las tareas espirituales cotidianas. A lo largo de muchos años, siempre que estaba solo, se transformaba en el gran príncipe. Esto determinó un cambio de color en su aspecto y en sus modales y, con el tiempo, el humilde monje pareció desvanecerse poco a poco convirtiéndose en un hombre arrogante. El pobre desgraciado creyó, al fin, que era solamente un señor de Birmania y un día habló con un Superior como si lo estuviera haciendo con su vasallo. Pero el Superior no era tan paciente como la mayoría de nosotros y (lamento tener que decirlo) aquel contacto con un pobre monje que creía ser un príncipe, le hizo perder la calma produciéndole

cierto desequilibrio mental... Pero, Lobsang, tú no debes preocuparte por esas cosas. Eres paciente, equilibrado y no tienes miedo. A título de advertencia, recuerda siempre que el miedo corroe el espíritu. Las imaginaciones vanas e inútiles nos empujan a lo largo de caminos torcidos y, con el tiempo, los sueños se convierten en realidad y las realidades desaparecen y ya no vuelven a surgir en varias reencarnaciones. Sigue el Buen Camino y no permitas que ningún deseo inconfesable ni ningún sueño deforme tu personalidad. Éste es el Mundo de la Ilusión, pero para los que alcanzan el conocimiento íntimo de las cosas, la ilusión puede convertirse en realidad cuando termina la vida en este mundo.

Reflexioné sus palabras. Ya había oído hablar de aquel monje que creyó ser un príncipe. Lo había leído en alguno de los libros de la biblioteca de los lamas.

—Honorable Maestro —le dije—, ¿cuál es entonces la utilidad de los poderes ocultos?

El se cruzó de brazos y me miró fijamente a los ojos.

—¿La utilidad del conocimiento oculto? —me respondió—. Verás, es bastante fácil, Lobsang. Debemos ayudar a los que son dignos de nuestra ayuda. Pero no podemos ayudar a los que no la merecen o no están dispuestos a recibirla. No utilizamos nuestro poder oculto o nuestras extraordinarias dotes en nuestro propio beneficio material, esperando recompensas terrenas. El auténtico objetivo de los poderes ocultos es acelerar nuestro propio desarrollo personal, nuestra propia evolución, y ayudar al mundo entero a conseguirla, no sólo al mundo de los seres humanos sino también al mundo de los animales, a toda la naturaleza, a todas las cosas.

Interrumpimos nuestra conversación cuando empezaba el servicio nocturno en el Templo. Y como si seguir hablando, mientras los Dioses eran objeto de culto tan cerca de nosotros, fuera una falta de respeto hacia ellos, guardamos silencio y nos sentamos junto a la lámpara de grasa, cuya llama brillaba ya muy débilmente.

## Capítulo octavo

Era realmente agradable tenderse sobre el césped, fresco y jugoso, al pie del Pargo Kaling. Detrás de mí, las viejas rocas se erguían hacia el cielo y, desde mi punto de observación sobre la Tierra, contemplaba la más alta de aquellas cumbres penetrando en las nubes. La «Flor de Loto»<sup>[4]</sup> que formaba la cima parecía simbolizar el Espíritu y sus «pétalos» constituían una representación concreta del Aire. Yo descansaba apaciblemente al pie de aquella imagen pétreo de la «Vida sobre la Tierra». Fuera del alcance de mi vista —mientras permanecía tendido— estaba la «Escalinata de las Consecuencias». ¡Bien, en todo caso, en aquellos momentos, yo estaba intentando «conseguir» algo!

Era agradable estar allí tendido, contemplando el paso cansino de los mercaderes de la India, China y Birmania. Algunos caminaban junto a las largas hileras de los animales cargados de géneros exóticos procedentes de los lugares más remotos de la Tierra. Otros, los más ancianos o tal vez los más cansados, arrastraban los pies con dificultad y miraban a su alrededor. Saboreando mis instantes de ocio, intentaba adivinar el contenido de los paquetes. Pero de pronto empecé a burlarme de mis propios pensamientos. «¡Estaba allí precisamente para eso!». Mi objetivo era observar el aura psíquica de las personas que pasaban, para «adivinar», mediante esa observación y también por telepatía, lo que aquellos hombres hacían y pensaban, penetrando en sus intenciones.

Frente a mí, al otro lado del camino, había un pobre mendigo ciego, cubierto de suciedad. Harapiento y vulgar, estaba sentado en el suelo y dirigía sus lamentos a los viajeros. Me sorprendió comprobar cómo gran parte de éstos le arrojaban monedas y se complacían en mirarle mientras él las buscaba a tientas, orientándose por el sonido que éstas producían al caer en la tierra o al chocar con alguna roca. Algunas veces, aunque muy raramente, era incapaz de hallarlas y, entonces, era el propio viajero el que las recogía para arrojárselas de nuevo. Le miré atentamente y me invadió una perplejidad sin límites. ¡Su aura! Hasta ese momento, no me había preocupado en observarla. Pero al hacerlo al concentrar en ella mi atención, me di cuenta de que no era ciego. Era muy rico. Tenía mucho dinero y muchos bienes, guardados celosamente en un lugar oculto. Se fingía ciego porque ésa era la forma más fácil de ganarse la vida. ¡No! Era imposible. Tenía que haber un error en mis apreciaciones. Tal vez me había equivocado por un exceso de confianza en mí mismo. Posiblemente, mis poderes estaban fallando. Preocupado ante semejante sospecha, me levanté de mala gana y, con el propósito de que él desvaneciera mis dudas, fui en busca de mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, que se hallaba al otro lado del Kundu Ling.

Pocas semanas antes, había sido sometido a una operación destinada a abrir hasta el máximo mi «Tercer Ojo». Mi extraordinario poder para ver el «aura» de los

cuerpos humanos, de los animales y de las plantas era innato. La dolorosa intervención quirúrgica que me fue practicada había incrementado mis poderes en un grado muy superior al que el Lama Mingyar Dondup esperaba. Y en aquellos días, mi desarrollo se aceleraba a un ritmo increíble. Todo mi tiempo libre estaba destinado a recibir las enseñanzas ocultas. Me sentía dominado por fuerzas poderosas y eran varios los lamas que, por telepatía o por otros sistemas secretos cuyo mecanismo estudiaba entonces con gran interés, «lanzaban» conocimientos a mi cerebro. ¿Por qué asistir a clase cuando es posible aprenderlo todo por procedimientos telepáticos? ¿Por qué tratar de conocer por otros métodos las intenciones de un ser humano si es posible conocerlas con sólo observar su aura? ¡Sin embargo, aquel ciego me había llenado de preocupaciones!

—¿Dónde estás, Honorable Lama? —grité, atravesando el camino, presuroso, en busca de mi Maestro.

Al entrar al pequeño parque, lleno de precipitación, resbalé y estuve a punto de caerme. Allí estaba mi Maestro, sonriente, lleno de calma, sentado en el tronco de un árbol caído.

—Bien, bien, bien... ¡Te sientes excitado porque has descubierto que aquel «ciego» ve tan bien como tú!

Me detuve ante él jadeante, indignado, sin aliento.

—¡Sí! —exclamé—. Ese hombre es un tramposo, un ladrón porque roba a los que tienen buen corazón. ¡Debería estar en la cárcel!

El Lama prorrumpió en ruidosas carcajadas contemplando mi rostro rojo de indignación.

—Pero Lobsang —me dijo suavemente—, ¿por qué tanto ruido? Este hombre está prestando un servicio, de la misma manera que presta un servicio el vendedor de Molinos de Oraciones. Las personas le dan unas monedas insignificantes para convencerse a sí mismas de su generosidad. Gracias a eso, se creen buenos. Y durante un breve período de tiempo, ese sentimiento aumenta su ritmo de vibración molecular y su espiritualidad... acercándolos más a los dioses. Ello les beneficia. ¿Y en cuanto a las monedas que regalan? ¡Eso no es nada para ellos! ¡Una insignificancia!

—¡Pero no es ciego! —dije lleno de exasperación—. ¡Es un «ladrón»!

—Lobsang —respondió mi Maestro—. Es completamente inofensivo. Se limita a vender sus servicios. Más adelante, cuando estés en el mundo occidental, te darás cuenta de que los agentes de publicidad hacen el elogio de muchas cosas que realmente son nocivas a la salud, deforman a los niños incluso antes de su nacimiento y transforman a las personas normales en verdaderos locos.

Golpeó con el pie en el tronco sobre el que se hallaba sentado y me invitó a sentarme junto a él. Le obedecí y, con mis talones, tamborileé sobre la corteza del árbol.

—Debes practicar simultáneamente la telepatía y el análisis de las auras —dijo mi Maestro—. Si en lugar de utilizar ambos sistemas, te limitas tan sólo a uno de ellos, tus conclusiones pueden, como te ha sucedido en este caso, ser inexactas. Es preciso utilizar al mismo tiempo todas nuestras facultades, poner en marcha todos nuestros poderes, si queremos analizar eficazmente todos los problemas o un problema determinado... En fin, esta tarde tendré que marcharme. En mi ausencia, el gran Lama Médico Chinrobnobo, del Hospital de Menzekang, te hablará. Y tú podrás hablar con él.

—¡Oh! —dije desolado—. ¡Pero él nunca me dirige la palabra! ¡Me ignora por completo!

—Esta tarde cambiarán las cosas —dijo mi Maestro—. Ya lo verás. Cambiarán de una u otra forma.

«¡De una u otra forma!», pensé. Las perspectivas no parecían ser demasiado propicias.

Regresamos juntos a la Montaña de Hierro, deteniéndonos de vez en cuando para contemplar de nuevo las antiguas rocas, siempre llenas de frescura y color. Ascendimos después por el sendero montañoso.

—Este sendero es como la vida, Lobsang —me dijo el Lama—. La vida es lo mismo que un sendero áspero y pedregoso, rodeado de peligros e insondables abismos. Pero el que persevera puede alcanzar la cumbre.

Al llegar a la parte alta del sendero, escuchamos la llamada para el servicio religioso y cada uno de nosotros siguió su propio camino. Él se dirigió al sector de los lamas de su rango y yo al de mis discípulos.

Cuando terminó el servicio, hice una comida ligera. Después vi que un «chela» menor que yo se acercaba a mí dando muestras de excitación.

—Martes Lobsang —me dijo con gran deferencia—. El Sagrado Lama Médico Chinrobnobo desea verte inmediatamente en la Escuela de Medicina.

Me ajusté el manto, aspiré profundamente el aire varias veces para que mis nervios alterados se calmaran y, con la triste seguridad de que no lo conseguiría por mucho que lo intentara, me dirigí a la Escuela de Medicina.

—¡Ah! —rugió cerca de mí una voz poderosa que me recordaba el profundo sonido de las trompas del Templo.

Me detuve y me incliné ante él con el respeto debido a su alto rango. Era un hombre alto, corpulento, de anchas espaldas, con un aspecto que atemorizaba. Sentí el convencimiento de que con sólo asestarme un puñetazo podría arrancarme la cabeza de los hombros y lanzarla rodando montaña abajo. Pero en lugar de eso me rogó que me sentara ante él, ¡y lo hizo tan cordialmente que casi me desmayo!

—Bien, muchacho —dijo con voz poderosa y profunda, como si un trueno hubiera resonado en las montañas que cerraban el horizonte—. He oído hablar mucho

de ti. Tu Ilustre Maestro, el Lama Mingyar Dondup, asegura que eres un prodigio, que tus dotes paranormales son inmensas. ¡Vamos a comprobarlo! —Me estremecí al oírlo—. ¿Me ves? ¿Qué es lo que ves? —me preguntó.

Yo seguía temblando cada vez más. Y no se me ocurrió otra cosa que decirle lo primero que me pasó por mi cabeza.

—Sagrado Lama Médico —exclamé—. Veo un hombre tan gigantesco que cuando entré aquí me pareció que era una montaña.

Lanzó una carcajada vigorosa acompañada de un auténtico huracán que salía de su boca y, según me pareció, estuvo a punto de hacer volar mi manto.

¡Mírame, muchacho! —me ordenó—. ¡«Observa mi aura» y dime qué ves! ¡Dime cómo la ves y que significación tiene para ti!

Le observé, pero no fijamente, no en forma directa, ya que ello puede oscurecer el aura de las personas a causa de los vestidos que llevan. Miré «hacia» él, pero no exactamente «a» él.

—Señor —dije—. En primer lugar, veo el contorno físico de vuestro cuerpo y lo veo oscuro como si no estuviera cubierto por el manto. Después, muy cerca de vos, veo una luz débil, azulada, parecida al humo de una madera fresca. A mi juicio, esto significa que habéis estado trabajando demasiado, que habéis pasado noches sin conciliar el sueño y que vuestra energía etérea está debilitada.

Me miró con los ojos desmesurados de asombro y asintió satisfecho.

—¡Continúa! —dijo.

—¡Señor! —añadí—. Vuestra aura tiene una extensión de unos nueve pies en torno a vuestro cuerpo. Los colores están repartidos en franjas horizontales y verticales. Tenéis el amarillo de la elevada espiritualidad. En estos momentos, estáis asombrado de que un muchacho de mi edad os pueda decir tantas cosas y habéis pensado que, en realidad, el Lama Mingyar Dondup sabe lo que dice. Pensáis también que tendréis que pedirle disculpas por haber dudado de lo que os contó acerca de mis dotes personales.

Me interrumpió con una carcajada.

—¡Tienes razón, muchacho! ¡Tienes razón! —dijo divertido—. ¡Continúa!

—¡Señor! —le dije. ¡Aquello era un juego de niños para mí!—. Hace poco tuvisteis un accidente que os produjo una afección hepática. Cuando reís demasiado fuerte os resentís y pensáis que tal vez deberíais tomar una infusión de «hierbas anestésicas» y, aprovechando sus efectos, someteros a varias sesiones de masaje interno. Y pensáis también que ha sido el Destino el que ha hecho que, entre más de seis mil hierbas curativas, sea la «anestésica» la más escasa y la más difícil de encontrar.

Había dejado de reír y me contemplaba sin intentar ocultar el respeto que le inspiraba.

—Además —añadí—, en vuestra aura está claramente indicado que, en un plazo muy breve, os convertiréis en el Superior Médico más importante del Tíbet.

Me miró preocupado.

—Tienes grandes poderes, hijo —afirmó—. Llegarás muy lejos. Pero nunca, nunca, abusos de esos poderes. Puede ser muy peligroso. Ahora analizaremos, como colegas, la cuestión del aura. Pero primero vamos a tomar un poco de té.

Tomó la pequeña campanilla de plata agitándola con tal violencia que temí que se le escapara de las manos. Al instante, un joven monje nos trajo té y —¡oh, dicha entre las dichas!— algunos de los lujos que nos proporcionaba la Madre India. Mientras permanecíamos allí sentados, pensé que los altos lamas vivían todos con la mayor comodidad. Debajo de nosotros, veía los grandes parques de Lhasa, el Dodpalf y el Khati, que parecían estar al alcance de mi mano. Hacia la izquierda, el Kesar Lhakhang, la atalaya de nuestra zona, se erguía como un centinela. Más al norte, al otro lado del camino, aparecía mi lugar predilecto, el Pargo Kaling, la Puerta Occidental.

—¿Qué es lo que origina el aura, Señor? —le pregunté.

—Como ya te ha dicho tu respetado Maestro, el Lama Mingyar Dondup —me respondió—, el cerebro recibe mensajes del Espíritu Superior y genera corrientes eléctricas. La Vida es electricidad. El aura es una de sus manifestaciones. Como tú sabes, nuestra cabeza está circundada por una aureola. Las pinturas antiguas muestran siempre a Dios y a los Santos con un nimbo dorado que rodea la parte posterior de sus cabezas.

—¿Por qué son tan pocas las personas que pueden ver el aura, Señor? —le pregunté.

—Hay muchas personas que, como no son capaces de verla, no creen en su existencia. Pero olvidan que tampoco ven el aire y, sin embargo, ¡si el aire no existiera iban a pasarlo bastante mal! Algunas (muy pocas) pueden ver el aura. Otras no pueden. Hay personas que pueden oír frecuencias más altas o más bajas que las que oyen sus semejantes. Eso no guarda ninguna relación con el grado de espiritualidad del observador, de la misma manera que la habilidad para caminar sobre zancos no indica necesariamente que una persona sea espiritual. También yo —añadió sonriendo—, cuando era joven como tú, solía utilizar los zancos. Pero ahora ya no puedo.

Yo también sonreía pensando que, en lugar de zancos, hubiera necesitado un par de troncos de árbol.

—Cuando te sometimos a la operación de Apertura del Tercer Ojo —me dijo el Lama Médico—, observamos tus circunvoluciones cerebrales frontales y vimos que eran muy diferentes a las que existen normalmente, lo cual nos llevó a la conclusión de que tus poderes de clarividencia y de telepatía eran innatos. Esa es una de las



razones que nos han inducido a someterte a un entrenamiento tan intensivo y acelerado. Tendrás que permanecer aquí, en la Escuela de Medicina, durante varios días —me dijo mirándome con inmensa satisfacción—. Vamos a observarte concienzudamente para descubrir la forma de incrementar hasta el máximo tus extraordinarias dotes.

Escuchamos una tos discreta al otro lado de la puerta y mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, entró en la habitación.

Me levanté de un salto y le saludé con una reverencia, lo mismo que el Gran Chinrobnobo. Mi Maestro sonreía.

—Recibí tu mensaje telepático —dijo al Gran Lama Médico—. Y he venido rápidamente para ver si puedo tener la satisfacción de que confirmes mis descubrimientos acerca de mi joven amigo.

Me sonrió y tomó asiento. Sonrió también el Gran Lama Chinrobnobo y le dijo:

—¡Respetado colega! Me inclino de buen grado ante tu alta sabiduría y acepto a este joven para estudiar su caso. Tu inteligencia, querido colega, es inmensa. Eres un hombre realmente polifacético. Pero nunca habías encontrado a un muchacho como éste.

Ambos reían y el Lama Chinrobnobo se agachó y sacó de un mueble que había junto a él ¡tres jarras de nueces en almíbar! Sin duda alguna, se me puso cara de tonto porque ellos, al mirarme, lanzaron al unísono una sonora carcajada.

—Lobsang, ¿por qué no utilizas tus dotes telepáticas? Si lo hubieras hecho, te habrías dado cuenta de que el Lama Médico y yo hemos cedido a nuestra debilidad humana para cruzar una apuesta. Llegamos al acuerdo de que si tú eras como yo afirmaba, él te daría estas tres jarras de nueces en almíbar. En caso de no haber tenido razón, me hubiera visto obligado a realizar un largo viaje y a llevar a cabo cierta intervención quirúrgica en nombre de mi amigo.

Mi Maestro me sonrió y añadió:

—Naturalmente, haré ese viaje y ese trabajo de todas formas y tú vendrás conmigo. Pero nos complació apostar y hay que hacer bien las cosas. Ahora nuestro honor está a salvo. —Señaló las tres jarras y añadió—: Quédatelas, Lobsang. Y cuando te vayas, puedes llevártelas porque es el premio del vencedor y, en este caso, el vencedor eres tú.

Yo me sentía realmente confundido. Evidentemente, yo no podía utilizar mis poderes telepáticos con aquellos dos Altos Lamas. Sólo con pensarlo, un gran escalofrío recorría mi columna vertebral. Sentía gran afecto por mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, y un profundo respeto por la sabiduría y la ciencia del Gran Lama Chinrobnobo. Intentar espiarles —incluso por procedimientos telepáticos— hubiera sido un insulto, una imperdonable descortesía. El Lama Chinrobnobo interrumpió mis pensamientos.

—Muy bien, hijo. Tus sentimientos te honran. Estoy realmente satisfecho de haberte conocido y de poder tenerte entre nosotros.

Te ayudaremos para acelerar tu desarrollo.

—Ahora, Logbsang —dijo mi Maestro—, tendrás que permanecer aquí tal vez durante una semana con el objeto de que puedas aprender muchas cosas relacionadas con el aura... Sí, sí —añadió interpretando mi mirada—, sé perfectamente que crees que ya no puedes aprender nada nuevo sobre el aura. Puedes verla. Sabes interpretarla. Pero es necesario que conozcas su génesis y su mecanismo interno. Debes aprender todo lo que casi nadie sabe de ella. Y ahora, tengo que dejarte. Pero mañana te veré de nuevo.

Se levantó y, naturalmente, yo le imité. Se despidió y abandonó la habitación. El Lama Chinrobnobo se volvió a mirarme y exclamó:

—No estés nervioso, Lobsang. No te va a suceder nada. Vamos a intentar solamente acelerar tu desarrollo. En primer lugar, conversaremos un poco sobre el aura. Naturalmente, tú la ves con la mayor claridad y la comprendes a la perfección. Pero imagínate por un momento que carecieras de esa facultad, como el 99,90 por ciento (o tal vez más) de la población mundial...

De nuevo agitó la campanilla violentamente y el sirviente acudió presuroso con el té y, como es lógico y necesario, las «otras cosas» que tanto me gustaban para acompañar al té. Creo que puede ser interesante recordar que, en el Tíbet, algunos días tomamos más de sesenta tazas. Como todo el mundo sabe, el Tíbet es un país muy frío y el té caliente nos «entona». Hay que tener en cuenta que nosotros no podemos, como los occidentales, salir a tomar unos tragos y nos vemos obligados a limitarnos al té y al «tsampa», a no ser que alguna persona de buena voluntad nos traiga de otros países, como por ejemplo de la India, todas aquellas cosas de que carecemos en nuestro país.

—Ya hemos hablado del origen del aura —dijo el Lama Chinrobnobo—. Es la fuerza vital del cuerpo humano. Supongamos por un momento que tú no puedes verla y que no sabes nada de ella. Es preciso que partamos de esa hipótesis para que comprendas lo que normalmente ven las personas y lo que no ven.

Asentí con la cabeza para indicar que había comprendido. Naturalmente, mis facultades para percibir el aura y otras cosas semejantes eran innatas. Y esas facultades se habían incrementado después de que me practicaron la operación del Tercer Ojo. Antes de conocer todas esas cosas, en muchas ocasiones me había descubierto a mí mismo, inconscientemente, al decir lo que vela, porque ignoraba que la mayoría de las personas eran incapaces de ver esas cosas. Recuerdo que en una ocasión dije que una persona estaba viva todavía. Era un hombre que el viejo Tzu y yo habíamos encontrado tendido al borde de un camino. El viejo Tzu me aseguró que estaba equivocado y que aquel hombre estaba muerto. Yo había dicho: «¡Pero Tzu,

sus luces siguen encendidas!»). Afortunadamente, el viento impidió que mis palabras se oyeran claramente y el viejo Tzu no llegó a darse cuenta de lo que significaban. Sin embargo, siguiendo un raro impulso, examinó al pobre hombre más detenidamente ¡y descubrió que aún vivía! Pero estoy apartándome de mi relato.

—Lobsang —me dijo el Lama Médico—, la mayor parte de los hombres y mujeres son incapaces de ver el aura humana. Algunos están realmente convencidos de que ésta no existe. Siguiendo ese mismo razonamiento lógico podrían asegurar también que no existe el aire, puesto que no pueden verlo.

El Lama Médico me miró como para comprobar si le escuchaba en lugar de pensar en las nueces. Mi aspecto, que sin duda reflejaba claramente mi atención, le tranquilizó. Sacudió la cabeza satisfecho y prosiguió:

—Mientras el cuerpo tiene vida, el aura puede ser vista por aquellos que tienen ese poder, ese don, esa facultad o llámale como quieras. Es preciso que sepas, Lobsang, que, para ver el aura con mayor claridad, la persona observada debe hallarse desnuda. Más adelante te explicaré la razón de este hecho. Para analizar una lectura normal basta con mirar a la persona, aunque vaya vestida. Pero cuando se trata de formular algún diagnóstico es preciso que el paciente esté desnudo totalmente. Bien. La envoltura etérea rodea el cuerpo por completo y se extiende sobre una superficie que mide de un octavo de pulgada a tres o cuatro pulgadas a partir del cuerpo. Es una especie de niebla gris azulada, aunque no es exactamente una niebla, porque es posible ver claramente a través de ella. Esta envoltura etérea constituye una emanación puramente animal, que procede de la vitalidad física. Por ello, una persona que goce de buena salud tendrá una envoltura etérea de tres o cuatro pulgadas. Solamente las personas con grandes dotes, Lobsang, serán capaces de ver la tercera envoltura, porque debes saber que, entre el aura propiamente dicha y la envoltura etérea, existe otra envoltura de unas tres pulgadas de ancho. Para poder percibir sus colores se requieren dotes realmente extraordinarias. Reconozco que yo lo único que puedo ver allí es un espacio vacío.

Lleno de tristeza, me apresuré a confesarle que yo sí era capaz de ver los colores de ese espacio.

—Sí, sí, Lobsang. Lo sé —me dijo—. Sé que puedes verlos porque eres una de las personas más dotadas que he conocido. Pero yo partía de la hipótesis de que no podías ver nada de eso, porque así lo convinimos al principio para que yo pudiera explicarte la razón de este fenómeno.

El Lama Médico me miró severamente, como reprochándome que hubiera interrumpido el curso de sus explicaciones. Cuando creyó que mi humillación era ya suficiente para impedirme cualquier nueva interrupción, continuó la exposición de la teoría.

—Tenemos, entonces, en primer lugar la envoltura etérea. Después, esa segunda

zona que la mayor parte de nosotros somos incapaces de distinguir, a no ser como un simple espacio vacío. Y a continuación, el aura, que depende más de la vitalidad espiritual que de la animal. Está compuesta de franjas y de estrías oscilantes que contienen todos los colores del espectro visible. Es decir, un número de colores muy superior al que pueden percibir los ojos, ya que el aura no se ve con los ojos sino con otros sentidos. Cada órgano del cuerpo humano envía sus propias irradiaciones que varían y fluctúan de acuerdo con el pensamiento de la persona. Algunas de estas irradiaciones se ponen de relieve muy acusadamente en la zona etérea y en el siguiente espacio. Cuando se observa el cuerpo desnudo, el aura refleja las señales de salud y de enfermedad. Por ello, los que poseen una clarividencia suficiente pueden diagnosticar con seguridad en todo momento.

Yo ya sabía todo aquello. Para mí era como un juego de niños. Lo venía practicando desde que me abrieron el Tercer Ojo. Sabía que los grupos de Lamas Médicos se colocaban en torno a los enfermos y examinaban su cuerpo desnudo para determinar la forma en que éstos debían ser curados. Supuse que tal vez pensaban prepararme para realizar un trabajo de este tipo.

—Ahora —dijo el Lama Médico— recibirás una enseñanza especial, una enseñanza realmente excepcional. Y esperamos que, cuando visites ese gran mundo occidental que existe más allá de nuestras fronteras, inventarás un aparato destinado a que los que carecen en absoluto de poderes ocultos puedan ver el aura y, de esa forma, curar muchas enfermedades. Más adelante, volveremos a tratar de esta cuestión. Ya sé que todo esto te resulta fatigoso. Sé que ya conocías muchas de las cosas que te he dicho. Te resulta tal vez monótono porque tú eres clarividente por naturaleza. Pero es muy probable que nunca hayas pensado en el mecanismo de esos fenómenos que para ti son tan normales. Y eso es algo que debes conocer irremediablemente, porque quien conoce las cosas a medias está también preparado a medias solamente, y por consiguiente, su utilidad no es completa. ¡Y tú tienes que ser realmente útil! Pero por hoy vamos a terminar, Lobsang. Retirémonos a descansar a nuestras habitaciones. La tuya está ya dispuesta para ti. Cuando descansemos, volveremos a tratar de todas estas cuestiones que hoy hemos analizado tan sucintamente. Durante esta semana no necesitarás asistir a ningún servicio religioso ya que el Profundo ha ordenado que todas tus energías y todas tus devociones estén orientadas exclusivamente a alcanzar el dominio más absoluto de las cuestiones que yo y mis colegas te expondremos en días sucesivos.

Nos levantamos. Agitó de nuevo la campanilla de plata entre sus manos poderosas y lo hizo con tanta energía que me pareció que iba a saltar hecha pedazos. El monje sirviente acudió presuroso a su llamada.

—Te encargarás de atender a Martes Lobsang Rampa —dijo el Lama Médico Chinrobnobo—. Ya sabes que es un huésped de honor. Dale el mismo trato que darías

a un monje de alto rango.

Se volvió hacia mí. Nos saludamos inclinando nuestras cabezas. Después, el sirviente me invitó, con un gesto, a seguirle.

—¡Deténte! —gritó el Lama Chinrobnobo—. ¡Te has olvidado de tus nueces!

Tomé aquellas tres preciosas jarras, sonriendo un poco desconcertado, y salí rápidamente al corredor, donde el sirviente me esperaba.

Mi acompañante me condujo a una hermosa habitación. Al otro lado de la ventana se veía el desembarcadero del Río Venturoso.

—Mi deber es atenderte, Señor —dijo el sirviente—. Ahí tienes la campanilla por si me necesitas. Utilízala siempre que quieras.

Salió. Yo me acerqué a la ventana. Me sentí hechizado ante la perspectiva del Valle Sagrado. La barca, rodeada de vejigas hinchadas de yak, se alejaba de la orilla y el barquero hundía los remos en las agitadas aguas del río. En la otra orilla esperaban tres o cuatro hombres. Por sus mantos, deduje que debían ser personajes importantes. Esta impresión me fue confirmada por la forma obsequiosa con que el barquero los acogía. Durante unos minutos, lo contemplé todo desde la ventana. Después, de repente, me sentí lleno de inesperado cansancio. Me senté en el suelo sin preocuparme en buscar los almohadones que tenían que servirme de lecho y, casi sin darme cuenta de nada, caí hacia atrás y me quedé dormido al instante.

Pasaron las horas medidas por el monótono ruido de los Molinos de Plegarias. De pronto, me incorporé temblando de miedo. «¡El Servicio!». Se me había pasado el tiempo y llegaría tarde. Escuché atentamente. Alguien cantaba una salmodia a lo lejos. Era suficiente. Me puse en pie y corrí hacia la puerta de mi habitación. ¡Pero la puerta no estaba allí! Choqué contra la pared y escuché el crujido de mis huesos. Después, caí al suelo de espaldas. Mi cabeza parecía estar llena de luces azules y blancas que giraban vertiginosamente. Cuando me repuse del golpe, me levanté de nuevo. Lleno de terror ante la inevitable perspectiva de mi retraso, corrí desesperado dando vueltas por la habitación, sin conseguir hallar ninguna puerta. ¡Y lo que es peor, tampoco hallaba ninguna ventana!

—Lobsang —dijo una voz desde la oscuridad—. ¿Te sientes mal?

Reconocí la voz del sirviente y volví a la realidad como si hubieran echado un cubo de agua helada sobre mi cabeza.

—¡Oh! —dije aturdido—. Creí que llegaba tarde al servicio. Me había olvidado de que tengo dispensa.

Una risa apenas contenida acogió mis palabras. Después, la voz dijo:

—Voy a encender la lámpara porque esta noche es una noche muy oscura.

Un pequeño resplandor llegó hasta mí desde la puerta —que estaba situada en el lugar «más» insospechado— y vi como el sirviente se acercaba.

—Ha sido realmente divertido —me dijo—. Al principio creí que se trataba de

una manada de yaks que se habían escapado y estaban aquí dentro.

La sonrisa quitaba a sus palabras cualquier intención ofensiva. Me acosté de nuevo y el sirviente se retiró con la lámpara. En el marco levemente iluminado de la ventana vi correr una estrella fugaz que ponía fin de pronto a un largo viaje de incontables millas a través del espacio. Me envolví en mi manto y me dormí de nuevo.

El desayuno consistió, como siempre, en «tsampa» y té. Alimenticio, reconfortante, pero nada sabroso. Cuando terminé de tomarlo, entró el sirviente.

—Honorable señor —me dijo—, si ya estás preparado, debo conducirte a otro lugar.

Me levanté y salí con él de la habitación. Seguimos una dirección distinta a la del día anterior. Nos dirigimos a una zona del Chakpori cuya existencia yo desconocía por completo. Descendíamos por un largo corredor que parecía introducirse en las entrañas de la Montaña de Hierro. No había allí más luz que la de nuestras lámparas. Al final, el sirviente se detuvo y señaló un lugar frente a nosotros.

—Sigue adelante, todo recto y, después, entra en la habitación que hallarás a la izquierda.

Me hizo una inclinación de cabeza y se marchó por donde habíamos venido. Yo avancé, mientras me preguntaba: «¿Y ahora qué hago?». La habitación de la izquierda estaba frente a mí. Entré y me detuve lleno de asombro. En medio de la habitación había un Molino de Oraciones. Sólo me dio tiempo a mirarlo muy fugazmente, pero me pareció que era muy extraño.

Alguien pronunció mi nombre.

—¡Bien, Lobsang! Nos alegramos mucho de que hayas venido.

Allí estaba mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, acompañado del Gran Lama Médico Chinrobnobo y de un Gran Lama hindú de aspecto distinguido llamado Marfata. Éste había estudiado medicina occidental en una universidad alemana, que según intuí era la de Heidelberg. Después se había hecho monje budista, un lama, ya que hay que tener en cuenta que «monje» es un término genérico.

El hindú me miró tan agudamente, con unos ojos tan penetrantes, que me pareció que atravesaba mi cuerpo de parte a parte. Sin embargo, en esta ocasión, yo no tenía la menor sensación de culpabilidad en mi conciencia y resistí fácilmente su mirada. Al fin y al cabo, ¿por qué no iba a hacerlo? Yo era tan bueno como él, ya que estaba recibiendo las enseñanzas de los lamas Mingyar Dondup y Chinrobnobo.

Una sonrisa pareció abrir con dificultad sus labios rígidos como si sólo le fuera posible reír gracias a un doloroso esfuerzo.

—Sí —dijo asintiendo con la cabeza a mi Maestro—. Estoy satisfecho de que el muchacho sea como me dijisteis.

Mi Maestro también sonrió. Pero su sonrisa no era forzada, sino natural,

espontánea y cálida.

—Lobsang —dijo el Gran Lama Médico—, te hemos traído a esta habitación secreta para mostrarte y explicarte algunas cosas. Tu Maestro y yo estamos realmente satisfechos de los exámenes a que te hemos sometido. Tus poderes son extraordinarios y vamos a desarrollarlos aún más. Nuestro colega hindú Marfata no podía creer que en el Tíbet existiera un prodigio semejante. Esperamos que tú confirmes cuanto le hemos dicho sobre ti.

«Es un hombre que tiene una elevada opinión sobre sí mismo», pensé yo observando a Marfata. Me volví hacia el Lama Chinrobnobo.

—Respetado Señor —le dije—. El Profundo, que me ha honrado recibíendome en varias ocasiones, me advirtió muy especialmente para que procurara no probar mis poderes, ya que esas pruebas carecen de utilidad casi siempre. Los que desean que se les pruebe algo, suelen ser incapaces de aceptar la verdad de una prueba por muy auténtica que ésta sea.

La carcajada que lanzó el Lama Chinrobnobo estuvo a punto de hacerme volar por los aires. Mi Maestro también reía. Ambos contemplaban al hindú Marfata, que me miraba con cierta hostilidad.

—¡Hablas muy bien, muchacho! —dijo el hindú—. Pero, como tú mismo has dicho, las palabras no prueban nada. Ahora, mírame y dime qué es lo que ves en mí.

Sentí cierta inquietud ante la perspectiva de tener que hacerlo, porque muchas de las cosas que veía no me gustaban.

—¡Ilustre Señor! —le dije—. Me temo que si os digo todo lo que veo, os vais a enfadar conmigo. Tal vez penséis que, en lugar de responder a vuestra pregunta, intento insolentarme tan sólo.

Mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, asintió con la cabeza y sobre el rostro del Lama Chinrobnobo apareció una sonrisa amplia, resplandeciente como una luna llena.

—Di lo que quieras, muchacho —dijo el hindú—. No estamos aquí para perder el tiempo en charlas intrascendentes.

Contemplé al hindú durante unos instantes, hasta que me di cuenta de que se estremecía levemente ante la intensidad de mi mirada.

—¡Ilustre Señor! —le dije al fin—. Me habéis ordenado que os diga todo cuanto veo y comprendo que mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, y el Gran Lama Médico Chinrobnobo esperan que hable con sinceridad. Pues bien, os diré lo que veo: Nunca os había visto antes, pero vuestra aura y vuestros pensamientos me revelan que sois un hombre que ha viajado mucho y ha navegado por todos los océanos del planeta. Estuvisteis en esa pequeña isla cuyo nombre no conozco, donde todas las personas son de raza blanca y que tiene a su lado una isla aún más pequeña, como si fueran una yegua y su potrillo. Erais enemigo de esas personas, y allí todos estaban

deseando poder emprender alguna acción contra vos, como consecuencia de algo que estaba relacionado con...

Al llegar a este punto vacilé. Las cosas se me aparecían especialmente embrolladas, ya que se referían a cuestiones y conocimientos de los que yo no tenía ni la menor idea.

—Se trata de algo relacionado con un ciudad india que, según deduzco de vuestros pensamientos, debe tratarse de Calcuta —le dije—. Y también veo que todo ello está vinculado a un negro abismo donde los habitantes de aquella isla se encontraban sumamente molestos e inquietos... En cierto modo, pensaban que debíais haberles librado de todas esas dificultades en lugar de causarlas.

El Gran Lama Chinrobnobo reía de nuevo y su risa me tranquilizó y me hizo suponer que había acertado. Mi Maestro no decía ni hacía nada, pero el hindú se agitaba desconcertado.

—Fuisteis después a otro país —proseguí—. En vuestra mente puedo leer con toda claridad una palabra: Heidelberg. Allí estudiasteis medicina de acuerdo con los bárbaros sistemas de rajar, cortar y coser, tan diferentes a los que utilizamos en el Tíbet. Después, os hicieron entrega de un papel muy grande lleno de firmas y de sellos... También veo en vuestra aura que estáis enfermo...

Respiré profundamente, con cierto temor. Ignoraba qué reacción podían causarle las palabras que iba a decir después.

—Vuestra enfermedad es incurable —dije—. Es una de esas enfermedades en que las células del cuerpo proliferan desordenadamente y, como las hierbas venenosas, se niegan a llevar a cabo un crecimiento armónico, extendiéndose en todas direcciones de una forma anárquica, obstruyendo y cegando los órganos vitales del cuerpo... Señor: Os estáis destruyendo a vos mismo. Os matan poco a poco vuestros propios pensamientos porque sois incapaz de admitir que pueda haber bondad alguna en el espíritu de vuestros semejantes.

Durante unos instantes —¡a mí me parecieron años!— todo permaneció en silencio. Después el Lama Chinrobnobo dijo:

—¡Tienes razón, Lobsang! ¡Has acertado por completo! El hindú le interrumpió.

—Tal vez advertisteis al muchacho lo que tenía que decir cuando estuviera en mi presencia —dijo desconfiado.

—Es posible —dijo mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup—. Hubiéramos podido hacerlo. Pero debes tener en cuenta que muchas de las cosas que ha dicho son completamente nuevas hasta para nosotros, ya que no hemos analizado tu aura ni tu mente porque tú no nos invitaste a hacerlo. Sin embargo, creo que aquí lo que realmente interesa es el hecho de que Martes Lobsang Rampa tiene realmente unos extraordinarios poderes y que nosotros vamos a desarrollárselos hasta el máximo. No hay tiempo para discutir. Es necesario que realicemos nuestra tarea



concienzudamente. ¡Ven conmigo! —dijo dirigiéndose a mí.

Se levantó y me llevó hacia el gran «Molino de Plegarias» que había en el centro de la habitación.

Yo observé aquel objeto extraño y me di cuenta de que no se trataba de un Molino de Plegarias, sino de un aparato de unos cuatro pies de alto por cinco pies de ancho. En uno de sus lados tenía dos pequeñas ventanitas cubiertas de cristal. Al otro lado tenía dos ventanas algo mayores y, en el centro, una gran manivela. Para mí, constituía un objeto misterioso. Yo no tenía la menor idea de lo que podía ser.

—Lobsang —dijo el Lama Médico—, éste es un aparato destinado a que las personas no clarividentes puedan ver el aura humana. El Gran Lama hindú Marfata vino a consultarnos, pero no nos explicó la naturaleza de su enfermedad alegando que si en realidad conocíamos la medicina esotérica, seríamos capaces de descubrirla sin necesidad de que él nos dijera nada. Lo hicimos conducir aquí con objeto de examinarlo con la máquina. Ahora, si lo permites, va a quitarse el manto. Tú le vas a examinar primero para decirnos cuál es, a tu juicio, su problema. Después lo haremos nosotros, con ayuda de esta máquina, y veremos si nuestro diagnóstico coincide con el que tú obtengas.

Mi Maestro señaló al hindú un rincón oscuro y él se desnudó allí. Su oscura silueta se recortaba contra la pared.

—Lobsang —dijo mi Maestro—, obsérvalo con cuidado y dinos lo que ves.

No miré al hindú directamente. Miré su contorno con una mirada oblicua, ya que ésa es la mejor forma de ver el aura. No utilicé la visión binocular, que es la normal, sino que miré aislando e independizando la visión de cada ojo. Es algo realmente difícil de explicar, pero consiste simplemente en mirar con los ojos torcidos y éste es un juego que, sin duda alguna, puede aprender cualquiera.

Miré al hindú. Su aura brillaba y oscilaba. Me di cuenta de que era realmente un gran hombre, un hombre altamente dotado intelectualmente, pero, por desgracia, su aspecto había sido deformado por aquella misteriosa enfermedad que le dominaba. Yo le observaba con gran atención y expresaba mis pensamientos en voz alta. Y no me daba cuenta de la enorme ansiedad con que mi Maestro y el Lama Médico seguían mis palabras.

—Es evidente que la enfermedad ha sido provocada por las numerosas tensiones físicas. El Gran Lama hindú se ha sentido insatisfecho y frustrado, lo cual ha afectado su salud, haciendo que las células de su cuerpo intentaran salvajemente evadirse en la dirección del Espíritu. Ésa es la razón de que su hígado haya enfermado. Y como es un hombre acusadamente temperamental, su enfermedad se agrava cada vez que tiene algún estallido de cólera. Su aura indica claramente que si fuera capaz de mantener la calma, si se mostrara más plácido en sus reacciones, como mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, podría permanecer más tiempo sobre la Tierra y realizar la mayor

parte de la tarea que tiene asignada, sin necesidad de reencarnarse.

Guardamos silencio nuevamente y me complació observar que el Lama hindú agitaba la cabeza asintiendo, como si estuviera totalmente de acuerdo con mi diagnóstico. El Lama Médico Chinrobnobo se acercó a aquella extraña máquina y miró por una de sus ventanillas. Mi Maestro dio vueltas a la manivela, incrementando el ritmo poco a poco hasta que el Lama Médico le indicó que mantuviera el ritmo constante. Durante unos instantes, el Lama Médico observó a través del aparato. Después se separó y, sin decir una sola palabra, el Lama Mingyar Dondup ocupó su lugar, mientras él se encargaba de la manivela. Cuando terminaron su examen, permanecieron en pie unos momentos sin hablar, sin duda alguna conversando telepáticamente. No hice el menor intento por captar sus pensamientos, porque ello hubiera sido una terrible falta de educación y de respeto. Por fin, volviéndose hacia el Lama hindú, le hablaron.

—Todo cuanto ha dicho Martes Lobsang Rampa es exacto. Hemos observado atentamente tu aura y hemos llegado a la conclusión de que tienes un cáncer de hígado. Estamos convencidos de que éste ha sido motivado por tu inestabilidad temperamental. Sin embargo, creemos que si llevas una vida tranquila vivirás todavía los años suficientes para realizar tu tarea. Estamos dispuestos a hacer las gestiones necesarias para que puedas quedarte aquí en Chakpori, si así lo deseas.

El Lama discutió algunas cosas y después abandonó la habitación con el Lama Chinrobnobo.

Mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, me golpeó en la espalda cariñosamente.

—¡Lo has hecho muy bien, Lobsang! —dijo—. ¡Muy bien! Ahora quiero mostrarte ese aparato.

Nos acercamos, levantamos su tapa superior, y lo examinamos atentamente. El aparato vibraba. En su interior vi una serie de radios que partían de un eje central. En el extremo de cada uno de ellos había un prisma de cristal. Sus colores variaban. Rojo, azul, amarillo y blanco. Cuando se hacía girar la manivela, los radios giraban mediante un sistema de poleas que ponía el eje en movimiento. Y al girar, los prismas pasaban alternativamente ante las lentes exteriores. Mi Maestro me explicó su funcionamiento. Después me dijo:

—Naturalmente, este aparato está sin perfeccionar y su manejo es difícil. Lo utilizamos para llevar a cabo nuestros experimentos y esperamos que, algún día, podremos fabricar un modelo más pequeño. Tú, Lobsang, nunca tendrás la necesidad de utilizarlo. Son muy pocos los que pueden ver el aura con tanta nitidez como tú. Cuando llegue el momento oportuno, te explicaré su mecanismo detalladamente. Pero de una manera sucinta, puedo anticiparte que está basado en una ley óptica en virtud de la cual los prismas de colores, al girar rápidamente, interrumpen la línea de visión, desvaneciendo la imagen normal del cuerpo humano e intensificando la luz, mucho

más débil, del aura.

Cerró la tapa de nuevo y se dirigió a otro aparato que se hallaba en un rincón sobre una mesa. En aquel momento, el Lama Chinrobnobo entró en la habitación de nuevo para reunirse con nosotros.

—¡Bien! —dijo acercándose—. ¿De modo que vas a probar su fuerza mental? ¡Bien! ¡Me alegro de haber llegado a tiempo para presenciárselo!

Mi Maestro me señaló un curioso cilindro que parecía fabricado con un papel áspero.

—Esto, Lobsang, es un papel duro, grosero. Como puedes ver, se han hecho en él numerosos agujeros con ayuda de un punzón grueso, para que quede lleno de salientes por una de sus caras. Después, se le da la forma de un cilindro, procurando que todos los salientes queden en el exterior. Lo atravesamos con una paja, aprovechando uno de los orificios, que sirve de eje. Y finalmente, con una aguja afilada, lo fijamos en una plataforma. De ese modo, el cilindro puede dar vueltas casi sin fricción. ¡Bueno! ¡Ahora fíjate bien!

Colocó sus manos en torno al cilindro, sin tocarlo, a una distancia de una pulgada o pulgada y media. Muy pronto, el cilindro empezó a girar despacio, adquiriendo poco a poco una velocidad considerable. Entonces mi Maestro lo tocó y lo detuvo. Colocó las manos en dirección contraria. Sus dedos, que antes se extendían hacia afuera, se extendían ahora hacia su cuerpo. Y el cilindro empezó a girar en sentido contrario.

—¡Estáis soplando sobre él! —le dije.

—¡Eso es lo que cree todo el mundo! —dijo el Lama Chinrobnobo—. Pero se equivocan por completo.

El Gran Lama se dirigió a uno de los huecos del muro y trajo una gruesa lámina de cristal. El Lama Mingyar Dondup detuvo nuevamente el cilindro. El Lama Chinrobnobo colocó aquella lámina en el espacio comprendido entre el cilindro y mi Maestro.

—¡Piensa que va a empezar a girar! —le ordenó.

Mi Maestro le obedeció y el cilindro empezó su rotación de nuevo. El cristal impedía por completo que ninguno de nosotros pudiera impulsarlo con su aliento.

—¡Hazlo tú ahora, Lobsang! —dijo mi Maestro levantándose.

Me senté y coloqué mis manos de la misma forma. El Lama Chinrobnobo seguía sujetando el cristal ante nosotros para impedir que nuestra respiración pudiera influir en la rotación del cilindro. Yo estaba convencido de que no conseguiría nada. Y al parecer, el cilindro se dio cuenta de ello porque no se movió.

—¡Piensa que vas a hacerlo girar, Lobsang! —dijo mi Maestro.

Hice lo que me decía y el cilindro se puso en movimiento. Por un momento, estuve a punto de tirarlo todo y salir corriendo. ¡Aquello era cosa de brujería! Pero

prevaleció la razón (¡aunque ignoro qué clase de razón!) y permanecí sentado.

—Este aparato, Lobsang —dijo mi Maestro—, se mueve por la fuerza del aura humana. Tú piensas que va a girar y el aura genera la fuerza necesaria para que tu pensamiento se realice. Es interesante que sepas que en todos los países del mundo se han hecho experimentos con aparatos de este tipo. Todos los grandes científicos han tratado de dar una explicación a este fenómeno. Pero, naturalmente, los occidentales no creen en la fuerza etérea y se ven obligados a inventar explicaciones que resultan aún más incomprensibles que la fuerza real de lo etéreo.

—Estoy hambriento, Mingyar Dondup —dijo el Gran Lama Médico—. Creo que ya es hora de que nos retiremos a nuestras habitaciones para comer algo y descansar. No debemos poner a prueba la capacidad y la resistencia del muchacho porque ya tendrá en el futuro muchas ocasiones para hacerlo.

Regresamos al edificio central del Chakpori. Pronto estuve en mi habitación con mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup. Y en seguida (¡qué felicidad!) pude comer algo y me sentí realmente satisfecho.

—Come, Lobsang, come —dijo mi Maestro—. Más tarde volveremos a reunirnos y trataremos de otros temas.

Descansé en mi habitación durante una hora, asomado a la ventana. Siempre me gustaron los lugares altos. Me encantaba ver a la gente agitándose debajo de mí y a los comerciantes atravesando lentamente la Puerta Occidental, reflejando en sus rostros la satisfacción de haber llegado al final de su largo y penoso viaje a través de los estrechos senderos montañosos. Algunos de aquellos comerciantes me habían hablado de la maravillosa perspectiva que se divisaba desde una de las cimas por donde pasaba el camino de la India. Entre las montañas, mirando hacia abajo, podía verse la Ciudad Sagrada con sus techos dorados lanzando destellos y, al otro lado, la blanca mole del «Montón de Arroz»,) que parecía de veras un montón de arroz derramándose generosamente por las laderas. Me parecía hermoso contemplar el barquero que cruzaba el Río Venturoso y nunca perdía la esperanza de que las vejigas de yak de su barca se desinflaran de pronto. Me hubiera gustado mucho presenciar cómo se hundía poco a poco hasta el cuello, asomando sólo la cabeza sobre la superficie del agua. Pero nunca tuve la suerte de poder ser testigo de semejante espectáculo. El barquero llegaba siempre a la otra orilla, recogía su carga y regresaba al embarcadero.

Poco después, volví a aquella habitación subterránea con los dos lamas.

—¡Lobsang! —dijo el Lama Médico—. Cuando vayas a examinar a un paciente, hombre o mujer, debes tener la más completa seguridad de que podrás ayudarlo a desnudarse.

—¡Honorable Lama Médico! —dije desconcertado—. No creo que sea preciso obligar a nadie a desnudarse con este frío tan horrible. Puedo percibir con la mayor

claridad su aura sin necesidad de que se quite una sola prenda... Y, ¡oh, respetable Lama Médico!, ¿cómo voy a pedir a una mujer que se desnude?

Sólo de pensarlo, mis ojos se extraviaron de horror. Mi rostro debió parecerle realmente cómico porque los dos lamas empezaron a reírse de mí. Sus carcajadas eran estrepitosas. Yo me sentí ridículo y aturdido. Podía ver cualquier aura perfectamente, sin la menor dificultad y no hallaba ninguna razón para adoptar un sistema distinto al que había seguido hasta entonces.

—¡Lobsang! —dijo el Lama Médico—. Tú eres extraordinario clarividente, pero hay muchas cosas que todavía no has visto. Con el Lama hindú nos hiciste una magnífica demostración de tus facultades para interpretar el aura humana, pero nunca habrías podido diagnosticar su afección hepática si él no se hubiera quitado sus ropas.

Medité sus palabras y me vi obligado a admitir que tenía razón. Ya había observado atentamente al Lama hindú antes de que se desnudara y, aunque me di cuenta en seguida de los rasgos fundamentales de su carácter y de su personalidad, no había sospechado siquiera que su hígado estuviera enfermo.

—Tenéis razón, Honorable Lama Médico —le dije—. Creo que necesito que sigáis instruyéndome.

—Cuando miras el aura de una persona —dijo mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup—, lo único que deseas es ver su aura. No te interesan los pensamientos de la oveja que produjo la lana de que está hecho tu manto. Todas las auras están incluidas por los objetos que interfieren sus irradiaciones. Aquí tienes una lámina de cristal. Afectará necesariamente cuanto veas a través de ella. Aunque sea transparente, alterará la luz, o mejor dicho, el color de la luz que lo atraviese. Por ello, si miras a través de un cristal de un color determinado, este color alterará todas las vibraciones de los objetos que veas, no solamente en sus matices cromáticos, sino también en la intensidad de sus ritmos. Por ello, si una persona está vestida, su aura sufrirá ciertas alteraciones aparentes determinadas por las ropas o por los adornos que lleve esta persona.

Medité sus palabras y comprendí que cuanto me decía tenía que ser cierto.

—Otra cosa muy importante —añadió—. Cada órgano del cuerpo proyecta su propia imagen (su propio estado de salud o de enfermedad) a lo etéreo. Y cuando el aura está libre de la influencia de las ropas, magnifica e intensifica su brillo auténtico. Con ello, te habrás convencido de que si tienes que examinar a una persona, lo mismo si está sana como si está enferma, deberás indicarle que debe desnudarse. Y si hace frío, Lobsang —añadió sonriendo—, deberás llevarla a un lugar más abrigado.

—Honorable Lama —le dije—. Según me contasteis hace tiempo, estáis trabajando para crear un aparato que nos permitirá curar las enfermedades a través del aura.

—Así es, Lobsang —respondió mi Maestro—. La enfermedad es sólo una

discordancia de las vibraciones físicas. Si un órgano tiene su ritmo de vibración molecular alterado, se considera que está enfermo. Si pudiéramos medir con exactitud la diferencia de vibración existente entre un órgano enfermo y uno sano, nos sería fácil proceder a la curación del órgano afectado restableciendo su ritmo normal de vibración. En los casos de trastornos mentales, el cerebro recibe los habituales mensajes del Espíritu; pero no los interpreta correctamente. Por esa razón, las acciones resultantes difieren de las que suelen considerarse como normales en un ser humano. Si una persona no puede razonar o actuar normalmente, se dice que padece desequilibrio mental. Si podemos medir la magnitud del infraestímulo, también podremos ayudar a la persona que lo sufre a recuperar su equilibrio. Como consecuencia de un infraestímulo, las vibraciones pueden ser más bajas o más altas de lo normal y se manifiestan a través de ciertos desvaríos. Cualquier enfermedad que haya sido medida por este sistema puede ser curada por él.

El Gran Lama Médico intervino en ese momento.

—A propósito —dijo—. El Lama Marfata discutió conmigo este problema y me aseguró que en algunos lugares de la India, en ciertos monasterios aislados, estaban llevando a cabo experimentos con un aparato de alta tensión llamado... —vaciló un momento y añadió—: generador de Graaf.

No tenía mucha seguridad en cuanto a los términos que utilizaba, pero, sin duda alguna, estaba realizando un poderoso esfuerzo para informarse con exactitud.

—Este generador desarrolla al parecer un voltaje extraordinariamente elevado con una corriente muy pequeña... Y aplicándolo al cuerpo de una forma determinada incrementa considerablemente la intensidad del aura, hasta tal punto, que incluso los menos clarividentes pueden verla. También me dijo que, aprovechando este sistema, los fotógrafos habían conseguido tomar fotografías del aura.

—Sí —dijo mi Maestro asintiendo solemnemente—. También es posible ver el aura mediante un tinte especial, un líquido que se coloca entre dos láminas de cristal. Parece ser que muchas personas pueden verla utilizando una iluminación y un fondo adecuado y mirando el cuerpo humano desnudo a través de esa pantalla.

Yo les interrumpí en sus especulaciones.

—¡Pero Honorables Señores! ¿Acaso es necesario utilizar todos esos trucos? Yo puedo ver el aura. ¿Por qué ellos no?

Mis dos maestros rieron nuevamente y esta vez no creyeron que fuera preciso explicarme la diferencia que existía entre las enseñanzas que yo había recibido y las que recibían la mayor parte de los hombres y mujeres del mundo.

—Caminamos a ciegas todavía —dijo el Lama Médico—. Curamos a nuestros pacientes con hierbas, píldoras, pociones e intervenciones quirúrgicas. Somos lo mismo que ciegos que tratan de encontrar un alfiler en un montón de arena. Quisiera poseer un aparato que permitiera a cualquier persona ver el aura humana con todos

sus fallos, con el objeto de poder eliminar esos fallos que constituyen la causa real de las enfermedades.

El resto de la semana lo dedicaron a incrementar mis conocimientos por medio del hipnotismo y de la telepatía. Aumentaron y perfeccionaron mis poderes y conversamos interminablemente sobre los mejores sistemas para percibir el aura y sobre las posibilidades de construir un aparato que permitiera verla. Y la última noche que pasé en el Chakpori, asomado a la ventana de mi habitación, pensé que al día siguiente regresaría a nuestra lamasería y me vería obligado a pasar de nuevo la noche en el dormitorio colectivo, en compañía de todos los demás monjes.

Las luces del Valle vibraban a lo lejos. Los últimos rayos del sol poniente se filtraban entre las grietas de las montañas y descendían sobre los techos dorados como dedos de luz que reflejaban todos los colores del espectro. Azules, amarillos, rojos, verdes. Sus matices se iban oscureciendo poco a poco conforme avanzaban las sombras. Todo el Valle se vistió de un terciopelo azulado, violáceo, purpúreo, que casi se palpaba. Desde mi ventana, abierta a la noche, llegaba hasta mí el aroma de los sauces y el perfume de las plantas del jardín de la lamasería. Y la brisa errante llenó mis sentidos de un delicioso olor a polen y a flores que se abrían.

El sol se ocultó por completo y los dedos de luz desaparecieron detrás de las cumbres de las montañas, reflejándose levemente en el cielo cada vez más oscuro y en las nubes bajas, que quedaron teñidas de una leve púrpura. La noche incrementó su negrura mientras el astro rey se alejaba más y más de nosotros. Las tinieblas rojizas del firmamento se fueron llenando de remotos puntos de luz. Saturno. Venus. Marte. Y después apareció la luna menguante, con sus cicatrices de piedra. Y una nube perezosa cruzó frente a ella. Y me pareció que era una mujer que se estaba vistiendo, después de haberse quedado completamente desnuda para mostrar su aura. Volví la espalda a la ventana y me prometí a mí mismo no regatear ningún esfuerzo para seguir aumentando mis conocimientos a toda costa y para ayudar a todos los millones de seres humanos que sufrían en el mundo. Me acosté sobre el suelo de piedra, apoyé mi cabeza en mi manto enrollado y me quedé dormido en el acto.

## Capítulo noveno

El silencio era profundo. La atmósfera, concentrada, intensa. De vez en cuando se escuchaba un susurro casi inaudible que turbaba sólo un instante la quietud absoluta de la Biblioteca. Contemplé, a mi alrededor, la larga hilera de figuras inmóviles, envueltas en sus mantos, sentadas en el suelo en actitud rígida. Eran hombres sumidos en hondas meditaciones, concentrados en los acontecimientos del mundo exterior, ¡más interesados en ese mundo «exterior» que en nuestro mundo! Mis ojos lo observaban todo atentamente, recorriendo, una tras otra, aquellas figuras augustas. Aquí, un Superior procedente de un distrito remoto. Allá, un lama vestido pobremente, humildemente, que había descendido de las montañas. Inconscientemente, aparté una de las mesas bajas con objeto de tener más espacio. El silencio pesaba como si estuviera vivo. Parecía imposible que un grupo tan numeroso de hombres pudiera mantenerse tan silencioso.

«¡Crash!». El silencio fue turbado de pronto. Intenté levantarme y, en aquel momento, alguien cayó junto a mí. Era uno de los sirvientes de la Biblioteca. Había rodado por el suelo. Los gruesos libros, con sus cubiertas de madera, cayeron con él produciendo un ruido estrepitoso. Entró en la habitación con su precioso cargamento y tropezó en la mesa que yo había cambiado de lugar y cuya altura era tan sólo de unas dieciocho pulgadas.

Los monjes, solícitos, se apresuraron a recoger los libros, sacudiendo el polvo que había quedado adherido a sus cubiertas. En el Tíbet, los libros son un objeto de veneración porque constituyen un depósito de conocimientos. Nunca son maltratados ni manejados irreverentemente. Por ello, los monjes se ocupaban cuidadosamente de ellos y no del hombre que se había caído. Aparté la mesa. ¡Fue un milagro! ¡Nadie pensó que yo era el culpable de todo! El bibliotecario, aturdido, se rascaba la cabeza tratando de descubrir la razón de su caída. Como yo no estaba cerca de él, era imposible que hubiera tropezado conmigo. Salió nuevamente de la habitación sacudiendo la cabeza asombrado. La calma quedó restablecida y los lamas prosiguieron su lectura.

Durante los días que trabajé en la cocina me desacredité absolutamente para ese tipo de actividades. Por ello me habían excluido por completo de ellas. Y ésa era la razón de que cuando tenía que dedicarme a tareas «serviles», me enviaran a la Biblioteca con el encargo de quitar el polvo a las cubiertas de madera y mantenerlo todo limpio. Los libros tibetanos son grandes y pesados. Sus estuches están llenos de complicadas tallas con el título y algunas figuras. El trabajo era duro. Era preciso levantarlos y llevarlos, sin hacer ruido, a mi mesa para devolverlos de nuevo a sus estanterías, una vez limpios. El bibliotecario era muy meticuloso. Lo examinaba todo escrupulosamente para comprobar si los había limpiado bien. Alguno de los estuches



de madera contenían revistas y diarios de otros países. A pesar de que no comprendía una sola palabra, me resultaba realmente agradable contemplarlos. Algunos de aquellos viejos periódicos extranjeros tenían fotografías y, siempre que podía, les echaba una mirada. Mi curiosidad por ellas aumentaba cada vez que el bibliotecario me prohibía mirarlos y yo aprovechaba su ausencia para hacerlo.

Las fotografías de vehículos de ruedas me fascinaban. Naturalmente, en el Tíbet no existía aquel tipo de vehículos. Nuestras Profecías aseguraban que «el principio del fin» llegaría cuando las ruedas se apoderaran del Tíbet porque entonces nuestro país sería invadido y dominado por una fuerza maléfica que se extendería por todo el planeta como un cáncer. A pesar de las Profecías, teníamos la esperanza de que las grandes naciones —¡tan poderosas!— no se sintieran interesadas por nuestro pequeño país, libre de ambiciones territoriales y de intenciones bélicas.

Lo contemplaba todo fascinado. En una de aquellas revistas (naturalmente, no recuerdo su nombre) vi una serie de fotografías que mostraban cómo se imprimían los periódicos. Grandes máquinas rotativas. Engranajes. Los hombres trabajaban como si se hubieran vuelto locos. En el Tíbet era completamente distinto. Trabajábamos por amor a nuestro oficio, por el simple placer de realizar bien nuestro trabajo. Ningún pensamiento comercial movía las manos de nuestros artesanos. Nosotros hacíamos las cosas de otra forma.

Imprimíamos los libros en la aldea de Shó. Los monjes grabadores, con gran habilidad, con la lentitud necesaria para conseguir la máxima exactitud y perfección, tallaban los caracteres tibetanos en madera fina. Una vez realizado ese delicado trabajo, las tallas eran pulidas hasta quedar completamente limpias de asperezas. Después, se comprobaba la fidelidad del texto para evitar posibles errores. El tiempo no importaba. Sólo importaba la seguridad y la precisión.

Luego, las planchas de madera, talladas, limpias y comprobadas, eran entregadas a los monjes impresores que impregnaban de tinta los huecos de las letras y de las figuras. Naturalmente, el texto había sido grabado al revés, con las palabras invertidas para que al ser impresas resultaran inteligibles. Tras comprobar que todos los relieves habían quedado recubiertos de tinta, se colocaba sobre las planchas una hoja de papel grueso parecido a los papiros de Egipto. Se pasaba un rodillo sobre la parte posterior de la hoja, presionando suavemente, y después, rápidamente, se separaba el papel de la plancha de madera. Los monjes inspectores examinaban y comprobaban la página cuidadosamente con el objeto de descubrir los posibles errores o defectos. En caso de ser así, el papel era empaquetado y guardado, pero nunca raspado para enmendar sus posibles faltas, ni tampoco quemado.

Las palabras impresas tienen un carácter casi sagrado en el Tíbet y se considera un insulto a la ciencia destruir por cualquier medio los papeles donde se han escrito textos científicos o religiosos. Por esta razón, a lo largo de muchos años se han

acumulado en el Tíbet grandes paquetes de hojas de papel que contienen a veces imperfecciones insignificantes.

Cuando se considera que la impresión es satisfactoria, los impresores reciben la orden de «seguir adelante». Entonces siguen imprimiendo nuevas hojas y cada una de ellas es sometida al mismo proceso minucioso de comprobación. Yo les observaba trabajar a menudo. Y en el curso de mis estudios tuve que hacer algunas veces aquellas tareas. Y había aprendido a tallar, pulir, humedecer los huecos con tinta, imprimir y revisar todas esas operaciones.

Los libros tibetanos, a diferencia de los occidentales, no se encuadernan. Son muy largos. O tal vez sería mejor decir que son muy anchos y muy bajos ya que cada línea tibetana puede tener varios pies de longitud, mientras que la altura de cada página tiene un pie escasamente. Después de ser impresas y comprobadas, las páginas se extienden con cuidado y se dejan secar durante mucho tiempo porque nunca tenemos prisa. Una vez secas, se unen para formar los libros. Sobre una madera fina se van colocando las páginas ordenadamente. Después, se coloca encima otra madera que sirve de cubierta. Esta segunda cubierta es más gruesa y suele tener complicados relieves, con el título y la representación gráfica de algunos de los pasajes. En cada cubierta se colocan dos cintas que se atan sólidamente para que el libro quede cerrado y las hojas sujetas con seguridad en su interior. Los libros que se consideran más valiosos se envuelven también en seda y se les coloca el sello adecuado destinado a mantener cerrada obra tan cuidadosamente impresa, que solamente podrá ser abierta y consultada por los que tengan la suficiente autoridad para ello.

Observé que muchas de las fotografías de las revistas occidentales pertenecían a mujeres casi desnudas y pensé que debía tratarse de países muy cálidos ya que de no ser así no hubiera tenido objeto mantenerse en semejante estado de desnudez. Otras fotografías mostraban a algunas personas tendidas en el suelo, tal vez muertas. Junto a ellas, solía erguirse orgullosamente, con el rostro lleno de maldad y de odio, algún hombre que sostenía en sus manos un extraño tubo de metal que humeaba. Siempre me resultó imposible comprender aquellas cosas que parecían estar destinadas a demostrar —según todas las apariencias— que la distracción favorita de los occidentales consistía precisamente en matarse unos a otros. Después, llegaban unos hombres realmente corpulentos, vestidos de una forma muy extraña, y colocaban unos objetos de metal en las muñecas de los que sujetaban aquel tubo que vomitaba fuego.

Las mujeres desnudas no me turbaron en modo alguno, ni despertaron en mí ningún interés especial. Los budistas, los hindúes y en general todos los orientales, estamos convencidos de que el sexo es algo absolutamente necesario en la vida humana. Sabemos que las experiencias sexuales constituyen posiblemente la forma más elevada de éxtasis que los seres humanos pueden alcanzar en este mundo. Ésa es

la razón de que muchas de nuestras pinturas religiosas representen a un hombre y a una mujer —que generalmente simbolizan a un dios y a una diosa— unidos en el más estrecho de los abrazos. Las realidades de la vida y del nacimiento son tan conocidas por todos nosotros que no existe ninguna necesidad de ocultarlas o disimularlas, sino que procuramos mostrarlas con el mayor realismo. Todo ello no puede considerarse pornográfico ni indecente. Sin duda alguna, es la forma más adecuada para indicar que la unión de la mujer y el hombre produce ciertas sensaciones específicas, simbolizando al mismo tiempo el hecho de que, a través de la unión de sus almas, pueden experimentar un placer aún mayor, aunque, naturalmente, eso no puede ser conseguido por completo en este mundo.

Como consecuencia de algunas conversaciones que tuve ocasión de sostener con varios comerciantes en la ciudad de Lhasa y en la aldea de Shó, así como con los que se sentaban a descansar cerca de la Puerta Occidental, me enteré, con gran asombro por mi parte, de que en el mundo occidental se consideraba indecente mostrarse desnudos ante los demás. Me resultaba imposible comprender ese hecho ya que la más elemental realidad de la vida es precisamente la existencia de ambos sexos. Recuerdo lo que hablé con un viejo comerciante que hacía frecuentemente el recorrido entre Lhasa y la localidad india de Kalimpong. Fui a verle varias veces a la Puerta Occidental para saludarle y desearle una feliz estancia en nuestro país. Conversábamos y yo le explicaba cosas de Lhasa y él me informaba sobre los acontecimientos del extranjero. Y en varias ocasiones, trajo libros y periódicos para mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, que me entregaba a mí para que yo se los llevara.

Unos de los días en que fui a verle, me dijo:

—Te he hablado ya muchas veces de los occidentales, pero la realidad es que yo todavía no he conseguido comprenderlos.

Uno de sus proverbios, sobre todo, me resulta desconcertante. Dicen que «el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios» y, sin embargo, sienten vergüenza de mostrarse desnudos. ¿Significa esto que se avergüenzan de Dios?

Me contempló como interrogándome, pero yo, completamente desconcertado, no pude responder a su pregunta. Dios es la máxima perfección y, si el hombre está hecho a su imagen y semejanza, resulta realmente absurdo sentirse avergonzado ante una imagen de Dios. Nosotros, a quienes ellos llaman paganos, no sentimos vergüenza de nuestros cuerpos porque sabemos que sin el sexo la raza humana no podría perpetuarse. Por otra parte, estamos absolutamente convencidos de que el sexo, en ciertas circunstancias, constituye una forma muy eficaz para aumentar la espiritualidad de los seres humanos.

Mi perplejidad llegó a su punto culminante cuando supe que muchos matrimonios, que a veces llevaban casados muchos años, no se habían visto nunca

desnudos. Cuando supe que «hacían el amor» con las ventanas cerradas y a oscuras, creí que se estaba burlando de mí, que me tomaba por un tonto, ignorante de las cosas de la vida. Por ello, decidí interrogar a mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, en la primera ocasión que se presentara, sobre las concepciones sexuales de Occidente.

Abandoné la Puerta Occidental y corrí hacia el Chakpori, por un atajo estrecho y peligroso que nosotros, los niños de la lamasería, utilizábamos en lugar del sendero habitual. Aquel atajo hubiera causado terror incluso a un montañero y, algunas veces, también nos lo causaba a nosotros. Sin embargo, ir por aquel atajo, siempre que no nos acompañaran nuestros superiores, se había convertido en una cuestión de honor para todos nosotros. Era necesario trepar por las rocas escarpadas, atravesar estrechos caminos que bordeaban peligrosamente barrancos y desfiladeros y llevar a cabo auténticas proezas de alpinismo que ninguna persona en su sano juicio se hubiera decidido a realizar por mucho dinero que le ofrecieran a cambio de ello.

Por fin, llegué a la cima y me introduje en el Chakpori, también por una entrada que sólo nosotros conocíamos y que nos podía costar una buena paliza de los vigilantes en caso de ser descubiertos. Llegué al patio interior de la lamasería mucho más fatigado que si hubiese utilizado el sendero «ortodoxo», pero —¡eso sí!— mi honor estaba a salvo. Había conseguido subir en menos tiempo del que algunos de mis compañeros utilizaban para descender.

Limpié mi manto del polvo y de las piedrecillas, vacié mi plato en el que habían caído numerosas briznas de hierba y cuando me pareció que mi aspecto era más normal, fui en busca de mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup. Al volver una de las esquinas, lo vi que se alejaba y me apresuré a llamarle.

—¡Eh! ¡Honorable Lama!

Se detuvo, volvió la cabeza y se acercó a mí, cosa que, sin duda alguna, nadie hubiera hecho en el Chakpori. Pero él trataba a todo el mundo de igual modo, lo mismo a los hombres que a los niños, y acostumbraba a decir que no es la forma externa, ni el cuerpo, lo que tiene importancia, sino lo que hay dentro de éste, lo que controla realmente el cuerpo. Debo añadir que mi Maestro había sido en una vida anterior un Gran Hombre, cuya reencarnación fue fácilmente reconocida cuando volvió a la Tierra de nuevo. Su humildad y el hecho de que respetara en todo momento los sentimientos de los que «no eran tan grandes» como él, es decir, de sus inferiores, constituyó siempre para mí un ejemplo inolvidable.

—¿Qué sucede, Lobsang? —me preguntó—. Ya te he visto subir por el sendero prohibido. Si yo fuera un vigilante te habría dado unos buenos palos en cierto sitio para que te vieras obligado a estar sin poder sentarte durante muchas horas —dijo sonriente—. Sin embargo, debo reconocer que, cuando tenía tu edad, yo hice lo mismo que tú muchas veces. E incluso ahora, que ya no puedo hacerlo, siento una especie de nostalgia prohibida al ver cómo vosotros recorréis el atajo. En fin, veamos

a qué viene tanta prisa.

—Honorable Lama —le dije—. Me han contado cosas horribles sobre las personas del mundo occidental, y mi mente está un poco embrollada porque sospecho que han intentado burlarse de mí. En realidad, ignoro si me han tomado por un tonto o, por el contrario, es cierto todo cuanto me han dicho.

—Ven conmigo, Lobsang —dijo mi Maestro—. Voy a mi habitación. Mi intención era dedicar unos minutos a la meditación. Pero, si quieres, podemos analizar todas esas cosas. Ya meditaré más tarde.

Nos dirigimos a su habitación, cuya ventana se abría sobre el Parque de las joyas. Entramos, pero, en lugar de sentarse, lo primero que hizo fue pedir té. Después, nos acercamos a la ventana y contemplamos la maravillosa perspectiva de aquella región. Sin duda alguna, era aquel uno de los lugares más hermosos del mundo. Debajo de nosotros, a la izquierda, estaba el frondoso bosque conocido bajo el nombre de Norbu Linga o Parque de las Joyas. El agua límpida lanzaba destellos entre los árboles y, en una isla deliciosa, el pequeño Templo del Profundo reflejaba el sol sobre su techo. Alguien estaba atravesando el caprichoso sendero trazado en el agua por una serie de piedras planas, separadas unas de otras cuidadosamente, con el objeto de que la corriente y los peces que ésta arrastraba pudieran pasar libremente entre ellas. Miré atentamente y me pareció que se trataba de uno de los altos dignatarios del Gobierno.

Durante un buen rato, estuvimos los dos juntos ante la ventana, contemplando el panorama que se extendía bajo nuestros ojos. El Río Venturoso se agitaba en una danza de espumas como si sintiera la alegría de vivir un día tan hermoso. Veíamos también el embarcadero, uno de mis lugares predilectos. Contemplar al barquero atravesando las aguas sobre su barca rodeada de vejigas hinchadas hasta alcanzar la otra orilla, siempre constituía para mí un espectáculo maravilloso que me llenaba de una satisfacción inenarrable.

Debajo de nosotros, entre la lamasería y el Norbu Linga, los peregrinos caminaban perezosamente por el camino de Lingkor. No miraban hacia nuestro Chakpori. Sin embargo, observaban con la mayor atención el Parque de las joyas con la esperanza de poder ver algo interesante, porque probablemente sabían que el Profundo estaba allí. También veíamos el Kashya Linga, un parque pequeño pero lleno de un frondoso arbolado, cercano al camino del Embarcadero. Un pequeño sendero conducía desde el camino de Lingkor hasta el Kyi Chu. Lo recorrían los viajeros que tenían que utilizar los servicios del barquero y también aquellos que se dirigían al jardín de los Lamas que estaba en el otro extremo del Embarcadero.

El sirviente nos trajo té y comida abundante.

—Ven, Lobsang —dijo mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup—. Vamos a comer porque los hombres que tienen que discutir algún problema no deben tener el estómago vacío, pues ello equivaldría a correr el riesgo de que sus cerebros

parecieran también estar vacíos.

Se sentó en uno de los toscos almohadones que en el Tíbet utilizamos en lugar de sillas, puesto que nosotros tenemos la costumbre de sentarnos en el suelo con las piernas cruzadas. Una vez sentado, me indicó con un gesto que yo hiciera lo mismo, orden que ejecuté con la mayor premura ya que el espectáculo de la comida siempre me estimulaba muy favorablemente. Comimos silenciosos. En el Tíbet se considera incorrecto, especialmente entre los monjes, hablar o hacer ruido cuando nos hallamos ante la comida. Los monjes comen en silencio cuando están solos, pero cuando se trata de una congregación de varios monjes, un Lector recita en voz alta algunos pasajes de los Libros Sagrados. El Lector suele colocarse en un lugar elevado desde donde, además de leer, puede observar a los monjes y descubrir a aquellos que, demasiado abstraídos en la comida, no atienden adecuadamente su lectura. Generalmente, suele haber un monje vigilante con el objeto de impedir que nadie hable, a excepción del Lector. Pero nosotros estábamos solos. Intercambiamos algunas palabras porque sabíamos que las antiguas costumbres, y entre ellas la de guardar silencio durante las comidas, constituían una disciplina muy necesaria cuando se reunía un grupo de numerosas personas, pero resultaban un poco superfluas cuando, como en nuestro caso, se trataba solamente de un par de personas. Por esta razón me sentí muy satisfecho de poder considerarme como el compañero de uno de los hombres auténticamente grandes de mi país.

—¡Bien, Lobsang! —dijo mi Maestro cuando terminamos de comer—. Dime. ¿Qué es lo que tanto te preocupa?

—¡Honorable Lama! —le dije excitado—. He estado hablando unos momentos con un mercader en la Puerta Occidental y me ha contado algunas cosas realmente sorprendentes acerca de los hombres de Occidente. Asegura que ellos consideran obscenas algunas de nuestras pinturas religiosas. Y me ha dicho cosas increíbles sobre sus costumbres sexuales. No sé si se estuvo mofando de mí.

Durante unos instantes, mi Maestro me contempló pensativo.

—Lobsang —me dijo—. Tratar esta cuestión nos llevará más de una sesión. Y es casi la hora del servicio religioso. Si te parece, de momento, discutiremos sólo un aspecto del problema. ¿Estás de acuerdo?

Asentí lleno de ansiedad ya que me sentía bastante desconcertado como consecuencia de aquellas recientes revelaciones.

—La razón de todo —dijo mi Maestro— es de tipo religioso. La religión de Occidente es distinta a la de Oriente. Vamos a analizar de qué forma influye en todas esas cosas.

Se ajustó el manto para sentirse más cómodo y agitó la campanilla para que el sirviente limpiara la mesa. Después, volviéndose hacia mí, inició una disertación que me pareció de un interés fascinante.

—Lobsang —dijo—. Vamos a establecer el paralelismo existente entre una de las religiones occidentales y nuestra religión budista. Tú ya sabes, porque lo has aprendido en el curso de tus estudios, que las Enseñanzas de nuestro Señor Gautama han sido alteradas algunas veces con el paso del tiempo. A lo largo de los siglos que han transcurrido desde que Gautama pasó por esta tierra y alcanzó la Iluminación última, las doctrinas que Él predicó personalmente han sufrido ciertos cambios. Algunos opinamos que esos cambios han sido negativos. Otros, sin embargo, creen que, con ello, sus enseñanzas se han adaptado a las necesidades reales de nuestro tiempo.

Me miró para comprobar si le comprendía y escuchaba sus palabras con atención. Al darse cuenta de que así era, continuó:

—Nosotros tuvimos nuestro Gran Ser, al que llamamos Gautama y al que algunos llaman El Buda. Los cristianos tuvieron también su Gran Ser que les expuso sus Doctrinas. La leyenda y, en realidad, todas las investigaciones históricas realizadas hasta la fecha prueban que ese Gran Ser que, según sus Libros Sagrados, se retiró al desierto, lo que hizo en realidad fue visitar la India y el Tíbet, en busca de la Verdad, en busca de unas enseñanzas religiosas adecuadas a la mentalidad y a la espiritualidad occidentales. Llegó a Lhasa y visitó nuestro Gran Templo, el Jo Kang. Después, regresó a Occidente y predicó una admirable religión que cuadraba perfectamente a los occidentales. Pero cuando ese Gran Ser (como nuestro Gautama) abandonó la Tierra, se produjeron ciertas disensiones en la Iglesia Cristiana. Unos sesenta años después de su muerte, se celebró un Concilio en Constantinopla que introdujo ciertas modificaciones en el dogma y en las creencias cristianas. Y, al parecer, algunos de los monjes de aquella época consideraron que era necesario recurrir a la tortura con el objeto de mantener el orden en las comunidades más rebeldes.

Me miró de nuevo para ver si le escuchaba. Yo le aseguré que no sólo le escuchaba, sino que lo hacía con el mayor interés.

—Los hombres que celebraron ese Concilio de Constantinopla no sentían la menor simpatía por las mujeres, lo mismo que sucede con algunos de nuestros monjes, quienes tan sólo con pensar en una mujer se ponen enfermos. La mayor parte de aquellos hombres consideraban al sexo como algo impuro, como algo necesario solamente para perpetuar la especie. Sin duda alguna, no tenían grandes necesidades sexuales, sino otro tipo de necesidades estrictamente espirituales. No lo sé con exactitud, pero la realidad es que el sexo era para ellos algo sucio, algo que había sido producido por el espíritu del mal. Y aseguraban que los niños llegaban sucios al mundo y no podían aspirar a la salvación a no ser que antes quedaran limpios.

Guardó silencio unos instantes, pensativo.

—¡Ignoro cuáles eran sus ideas en lo que se refiere a los millones de niños que nacieron antes del Concilio de Constantinopla! —añadió sonriendo—. Quiero que

comprendas, Lobsang, que te estoy dando una interpretación puramente personal del Cristianismo. Es muy posible que cuando tú tengas que vivir entre los cristianos, obtengas una impresión muy distinta que te obligue a rectificar mis enseñanzas.

Sonaron las trompas y los cuernos del Templo. En torno a nosotros, se escuchaban los pasos y las voces de los monjes que, obedientes, acudían al Servicio. Nos pusimos en pie, sacudimos nuestros mantos y también salimos de nuestra habitación.

—Ven a verme después del Servicio, Lobsang —me dijo mi Maestro a la entrada del Templo—. Seguiremos hablando.

Me senté entre mis compañeros. Recité mis plegarias y di las gracias a mi Dios propio y particular por haberme hecho tibetano, lo mismo que a mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup.

Era hermoso ver el viejo Templo trascendiendo de aquella atmósfera de devoción, con las leves columnas de incienso que se elevaban y nos ponían en contacto con los seres existentes en otras dimensiones. El olor del incienso no es solamente agradable y «desinfectante». Es una fuerza viviente, una fuerza que según el tipo de incienso utilizado, nos permite controlar el ritmo de las vibraciones de todo cuanto existe. Y aquella noche, en el Templo, el incienso se difundía en el aire y lo llenaba de un aroma suave y antiguo. Yo miraba a los muchachos de mi grupo en las tinieblas que inundaban el recinto sagrado. Se escuchaban los cánticos profundos de los lamas acompañados, algunas veces, por el sonido de las campanas de plata. Un monje japonés se hallaba entre nosotros. Había llegado a nuestro país después de haber pasado algún tiempo en la India. En su país era una persona muy importante y había traído consigo algunos de esos tambores de madera que en la religión japonesa representan un papel tan esencial. Quedé maravillado al comprobar su habilidad para arrancar a sus tambores una rica gama de sonidos. Me parecía asombroso que, golpeando sus instrumentos de madera, le fuera posible producir aquellas armonías increíbles. Se acompañaba también con unas campanas de plata cuyos ecos se mezclaban a los de las campanas de los lamas y a las notas profundas de la gran caracola del Templo que sonaba de vez en cuando. Entonces todo el Templo vibraba. Los muros se estremecían y las tinieblas de los lugares más apartados parecían transfigurarse en rostros y siluetas de lamas que habían muerto hacía ya mucho tiempo.

Cuando el Servicio terminó, como habíamos acordado al separarnos, acudí nuevamente a la habitación de mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup.

—¡No te has retrasado, Lobsang! —me dijo mi Maestro sonriendo—. ¡Creí que tal vez ibas a entretenerme un poco para hacer una de tus innumerables comidas!

—No, Honorable Lama. Siento grandes deseos de recibir tus enseñanzas. Confieso que las concepciones sexuales de Occidente me han asombrado e interesado



desde el primer momento.

—¡El sexo es algo que suscita el mayor interés en todas partes! —me respondió riendo—. No hay que olvidar que, en resumidas cuentas, es él el que mantiene poblada la Tierra. Iremos ampliando el tema paulatinamente.

—Honorable Lama —le dije—. Una vez me dijisteis que el sexo era la segunda fuerza del mundo. ¿Qué significan esas palabras? Si el sexo es tan necesario para mantener el mundo poblado, ¿cómo no consideráis que es la fuerza más importante?

—No, Lobsang —dijo mi Maestro—. La fuerza más poderosa del mundo no es el sexo, sino la imaginación, porque sin ella no existiría el impulso sexual. Si no fuera por la imaginación, el hombre no sentiría el menor interés por la mujer, ni habría escritores, ni artistas, ¡ni nada que fuera positivo y bueno!

—Pero Honorable Lama —respondí—. Habéis dicho que la imaginación es necesaria para el sexo. Si es cierto, ¿qué sucede entonces con los animales?

—Los animales poseen también imaginación, Lobsang —repuso mi Maestro sin vacilar—. Lo mismo que los seres humanos. Hay mucha gente que está convencida de que los animales son seres irracionales que carecen de inteligencia por completo. Pero yo, que por mi edad tengo gran experiencia, te aseguro que no es así. —Me miró e hizo chasquear sus dedos—. Tú sientes gran afecto por los gatos del Templo. ¿Serías capaz de afirmar que carecen de imaginación? Hablas con ellos y los acaricias. Y cuando te has mostrado cariñoso con ellos, te esperan y te reconocen. Si se tratara de simples reflejos condicionados, si se tratara solamente de hábitos mentales, no bastaría con hablarles y acariciarles una sola vez para que te reconocieran, sino que sería necesario hacerlo muchas veces con objeto de que el reflejo condicionado se creara en sus cerebros. Sí, Lobsang, sí. Los animales tienen imaginación. Imaginan el placer que recibirán de su pareja ¡y entonces ocurre lo inevitable!

Reflexioné sobre aquella cuestión, medité las palabras de mi Maestro y me di cuenta de que tenía razón. Yo había visto que las aves agitaban sus alas de una forma parecida a como las mujeres mueven sus ojos. Se mostraban llenas de ansiedad mientras esperaban que sus compañeros regresaran al nido trayéndoles algunos alimentos. Y recordaba la alegría con que recibían a éstos cuando regresaban. Era evidente que los animales tenían imaginación. Comprendía que las afirmaciones de mi Maestro eran acertadas. Realmente, la imaginación era la fuerza más poderosa que existía sobre la Tierra.

—Uno de los mercaderes me aseguró que las personas interesadas en los conocimientos ocultos son las que se oponen al sexo más violentamente —le dije—. ¿Es eso cierto, Honorable Lama, o se burlaron de mí? Me dijeron tantas cosas extrañas que, en realidad, no sé qué pensar de todo esto.

El Lama Mingyar Dondup agitó la cabeza.

—Es cierto, Lobsang —me respondió lleno de tristeza—. Hay muchas personas que se ocupan con gran interés del conocimiento oculto y que se muestran violentamente opuestas al sexo. Pero existe una razón especial que lo explica todo. Ya te dije en una ocasión que los grandes ocultistas no son personas normales. Hay algo que falla dentro de ellos. Una persona puede padecer una gran enfermedad, como la tuberculosis o el cáncer o algo parecido. Puede ser víctima de un desequilibrio nervioso... Cualquiera de esas enfermedades incrementa su capacidad de percepción metafísica. —Arrugó el entrecejo y añadió—: Hay personas que consideran que el impulso sexual constituye un extraordinario manantial de energía. Y utilizan todos los medios a su alcance para sublimar esa energía sexual, para incrementar su fuerza espiritual. Cuando los seres humanos renuncian a alguna cosa, se convierten en los enemigos irreconciliables de aquello a lo que han renunciado. Los alcohólicos regenerados suelen ser los mayores detractores de la bebida. Por ese mismo mecanismo psicológico, los seres humanos que han renunciado al sexo (¡posiblemente porque se sentían insatisfechos o imposibilitados para satisfacer a los demás!), buscan el refugio de las ciencias ocultas y dedican a las experiencias ocultas todas las energías que antes habían consagrado (con éxito o sin él) a las experiencias sexuales. Pero desgraciadamente, tarde o temprano, sufren serios desequilibrios y llegan al extremo de afirmar que el progreso espiritual solamente es alcanzable a través de la renuncia al sexo. Sin embargo, esas afirmaciones son absurdas y descabelladas. Las personas realmente grandes en lo espiritual pueden al mismo tiempo vivir una vida normal y conseguir increíbles progresos metafísicos.

El Gran Lama Médico Chinrobnobo entró precisamente en aquel momento. Después de los saludos de rigor, se sentó con nosotros.

—Estaba explicando a Lobsang las relaciones existentes entre el sexo y el ocultismo —dijo mi Maestro.

—¡Ah, muy bien! —dijo el Lama Chinrobnobo—. Creo que ya tiene edad para conocer esas cosas. Hace algún tiempo que lo vengo pensando.

Mi Maestro continuó.

—Es evidente que los que usan moderadamente del sexo, como debe hacerse, incrementan su fuerza espiritual. El sexo no puede ser objeto de abusos, pero tampoco puede ser repudiado. Al aumentar las vibraciones de una persona, puede acelerar su proceso evolutivo. Sin embargo —dijo mirándome severamente—, creo necesario advertirte que el acto sexual es solamente positivo para aquellos que se aman realmente y se sienten vinculados por una afinidad de carácter espiritual. Pero la simple prostitución del cuerpo es siempre ilícita y pecaminosa y puede dañar muy seriamente a las personas. Por ello, cada hombre y cada mujer deberán tener solamente un compañero y evitar todas las tentaciones que puedan apartarles del camino de la verdad y de la honradez.

—Pero hay otro aspecto que debe ser analizado, Respetado Colega —dijo el Lama Médico Chinrobnobo—. El problema del control de la natalidad. Os dejaré para que podáis discutirlo libremente.

Se levantó, nos hizo una solemne reverencia y salió de la habitación. Mi Maestro quedó silencioso unos instantes.

—¿Estás fatigado, Lobsang? —me preguntó al fin.

—¡No, Señor! —le respondí—. Deseo aprender cuanto me sea posible, porque esta materia es completamente nueva para mí.

—Bien, en ese caso, es preciso que sepas que cuando empezó la vida sobre la Tierra, la población se dividió en pequeñas familias de seres humanos que después fueron creciendo poco a poco. Pero, como era inevitable, se produjeron luchas y disensiones entre ellos. Y los vencedores mataban a los hombres de las familias vencidas y se apoderaban de sus mujeres. Las familias crecieron y se transformaron en tribus. Y los hombres se dieron cuenta de que cuanto mayor fuera la tribu más poderosa sería estando, a su vez, en mejores condiciones para enfrentarse a los posibles actos agresivos de las demás tribus. —Me miró lleno de tristeza y prosiguió—: A través de los años y los siglos, las tribus fueron haciéndose cada vez más poderosas. Y aparecieron los sacerdotes, que eran hombres investidos de poder político, capaces de proyectarse hacia el futuro. Decidieron atribuirse a sí mismos un carácter sagrado —y llamarse enviados de Dios— con el objeto de ayudar a la tribu. Y ordenaron a sus fieles que se multiplicaran con la mayor frecuencia posible. Entonces era realmente necesario, ya que las tribus que no se «multiplicaban» se debilitaban irremediabilmente y se extinguían. Por ello, los sacerdotes, al ordenar que todos los miembros de la comunidad se multiplicaran, lo que en realidad estaban haciendo era proteger a su tribu, garantizando su continuidad en el futuro. Sin embargo, en la actualidad, el mundo está ya superpoblado y la población de la Tierra sigue creciendo a un ritmo tan acelerado que los recursos alimenticios resultan realmente insuficientes. Sin duda, habrá que hacer algo para resolver este problema.

Lo comprendía todo perfectamente. Las cosas empezaban a tener sentido para mí. Por otra parte, me sentía satisfecho al pensar que mis amigos del Pargo Kaling —aquellos mercaderes que tanto habían viajado— me habían dicho la verdad.

—Pero también en la actualidad —prosiguió mi Maestro— hay ciertas religiones que no aceptan el control de la natalidad. Sin embargo, si analizamos la historia humana, llegamos a la conclusión de que la mayor parte de las guerras han sido determinadas por la falta de espacio vital de los agresores. Si un país está sometido a un rápido incremento de su población y sabe que en caso de seguir ese ritmo de crecimiento demográfico no tendrá recursos ni oportunidades suficientes para mantener a sus propios habitantes, se verá arrastrado irremediabilmente a la lucha y hará la guerra con el pretexto de que necesita más espacio vital.

—Entonces, Honorable Lama —le pregunté—, ¿cómo resolver ese problema?

—Mira, Lobsang —me respondió—, resolverlo no es difícil, si los hombres y mujeres de buena voluntad se unen para conseguirlo. Las viejas normas religiosas, las viejas enseñanzas, eran muy acertadas cuando el mundo era joven todavía, cuando su población era muy reducida. Pero ahora es necesario (¡más necesario que nunca!) que analicemos de nuevo las cosas. ¿Me preguntas qué se puede hacer? Bien. A mi juicio, es necesario establecer un control legal de la natalidad. Se debería preparar a la población del mundo para practicarla racionalmente a la luz de los nuevos conocimientos científicos. Es preciso que las parejas que desean tener hijos tengan solamente uno o dos como máximo, y los que desean no tenerlos conozcan la forma más segura para realizar sus propósitos. De acuerdo con nuestra religión, Lobsang, con ello no ofendemos a Dios. Y he llegado a esta conclusión después de estudiar meticulosamente los libros antiguos escritos mucho antes de que la vida llegara a Occidente porque, como tú sabes, la vida apareció al principio en China y en las zonas limítrofes al Tíbet, extendiéndose luego a la India y, de allí, hacia el Oeste... Pero nos estamos apartando del tema.

Pensé que más adelante, cuando hallara la ocasión propicia para ello, pediría a mi Maestro que me explicara todo lo relativo al origen de la vida sobre la Tierra. De momento, tenía que limitarme a conocer con la mayor profundidad posible las cuestiones sexuales.

Mi Maestro me observaba atentamente.

—Como te decía —exclamó al darse cuenta de que le prestaba atención nuevamente—, la mayor parte de las guerras han tenido su origen en un exceso de población. Y las guerras seguirán produciéndose mientras la población de la Tierra siga aumentando. En ese aspecto son necesarias, ya que de no ser así el mundo sería un hervidero de seres humanos de la misma manera que una rata muerta es un hervidero de hormigas. Cuando abandones el Tíbet, donde afortunadamente la población es reducida, y visites las grandes ciudades de la Tierra, te asombrarás ante esas inmensas multitudes que pueblan el planeta. Y entonces comprenderás que es cierto todo cuanto te he dicho. Las guerras son, sin duda alguna, necesarias para que la población del mundo disminuya. Las personas vienen a la Tierra con el objeto de aprender y si no existiera la enfermedad y la guerra sería imposible impedir que los hombres se multiplicaran desorbitadamente y, en ese caso, sería imposible conseguir los alimentos necesarios para todos ellos. Y los hombres se convertirían en una plaga de langostas que devorarían cuanto hallaran a su paso, lo contaminarían todo y, al final, se aniquilarían unos a otros.

—Honorable Lama —le dije—. Algunos comerciantes que me hablaron de estos problemas me aseguraron que hay muchas personas que están convencidas de que el control de la natalidad es un crimen. ¿Por qué lo creen así?

Mi Maestro reflexionó unos instantes, posiblemente preguntándose qué cosas podía exponerme sin peligro alguno para mí, teniendo en cuenta de que yo era todavía demasiado joven.

—Algunos —me dijo por fin— consideran el control de la natalidad como el asesinato de un ser que todavía no ha nacido. Pero según nuestras creencias, Lobsang, el espíritu no entra en los niños hasta que nacen. Por ello no se puede considerar como un crimen. Y en todo caso, es evidentemente absurdo creer que tomar las precauciones necesarias para evitar la concepción sea un asesinato. Es lo mismo que asegurar que cuando impedimos que unas semillas germinen, lo que de verdad hacemos es matar unas plantas. Los seres humanos tienen cierta tendencia a pensar que son lo más maravilloso que se ha producido en el Universo. En realidad, son solamente una forma de vida, pero no la más elevada de todas las formas de vida. Sin embargo, de momento, es mejor que dejemos esta cuestión marginal para otro día.

Recordé otra de las cosas que había oído. Me parecía algo tan horrible, tan sorprendente, que no pude dejar de interrogar de nuevo a mi Maestro.

—Honorable Lama —le dije—. Me contaron también que a algunos animales, por ejemplo a las vacas, se les hace concebir por sistemas antinaturales. ¿Es cierto?

Mi Maestro se mostró hondamente preocupado durante unos instantes.

—Sí, Lobsang. Es absolutamente cierto. En el mundo occidental hay muchas personas que se dedican a la cría de ganado mediante lo que ellos llaman la «inseminación artificial». La preñez es producida por sistemas mecánicos, en lugar de utilizar al macho para esa tarea. No quieren darse cuenta de que en la producción de un niño, de un cachorro o de la cría de cualquier animal interviene algo más que un simple acoplamiento mecánico. Para que haya una buena descendencia, el proceso de unión de los seres que la preparan debe estar regido por el amor o por alguna clase de afecto. Si los seres humanos fueran producidos por inseminación artificial, podría suceder que, al no ser fruto del amor, se creara una raza infrahumana. No lo olvides, Lobsang. Para conseguir los tipos humanos o animales adecuados es preciso que los padres se sientan unidos por alguna clase de afecto, ya que ello eleva el ritmo de sus vibraciones físicas y espirituales. La inseminación artificial, realizada fríamente, sin que el amor exista, produce resultados muy pobres y constituye uno de los mayores crímenes que puede cometer el hombre.

Las sombras del crepúsculo invadían poco a poco la habitación y sumían en la penumbra a mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup. Y conforme aumentaba la oscuridad, se intensificaba el resplandor, dorado por la espiritualidad, de su aura. Con mis dotes de clarividencia, podía observar la interpretación de la luz y las sombras. Y el aura de mi Maestro me indicaba —cosa que yo no ignoraba en modo alguno— que me hallaba en presencia de uno de los hombres más grandes del Tíbet. Me sentí emocionado y sentí que todo mi ser estaba trascendido de amor hacia él.

Las trompas del Templo sonaron nuevamente, pero esta vez no nos convocaban a nosotros sino a otros monjes. Nos acercamos a la ventana y contemplamos el panorama grandioso del Valle sumido en las tinieblas rojizas del crepúsculo. Mi Maestro colocó, lleno de afecto, su mano sobre mi hombro.

—Deja que te guíe tu conciencia —dijo—. Siempre distinguirás con claridad lo bueno de lo malo. Llegarás muy lejos, mucho más lejos de lo que puedes imaginar ahora, y tendrás que vencer muchas tentaciones. Deja siempre que te guíe tu conciencia. Nosotros, los tibetanos, somos gente pacífica. Nuestra población es pequeña y vivimos en paz. Creemos en las cosas sagradas y en la santidad del Espíritu. Dondequiera que vayas, sean cuales fueran las adversidades a que tengas que enfrentarte, que te guíe siempre tu conciencia. Aumentaremos hasta el máximo tus poderes de clarividencia y de telepatía con el objeto de que, desde cualquier lugar donde te halles en el futuro, puedas mantenerte en contacto con los grandes lamas del Himalaya que estarán consagrados única y exclusivamente a esperar y captar tus mensajes.

¿Esperar mis mensajes? ¿Fue una casualidad que no me desmayara de asombro! ¡«Mis» mensajes! ¿Qué es lo que esperaban de mí en el futuro? ¿Por qué tenía que haber lamas consagrados día y noche a captar lo que yo les dijera por telepatía?

Mi Maestro sonreía. Me golpeó cariñosamente la espalda.

—Tienes una misión muy especial que llevar a cabo, Lobsang. Y esa es la auténtica razón de tu existencia. Pero puedo asegurarte que a pesar de todas las adversidades y de todos los sufrimientos que tendrás que superar, saldrás vencedor en esta empresa. Aparentemente, es injusto que te dejemos solo en medio de un mundo extraño y hostil que se burlará de ti y te llamará farsante, embustero y loco. Sin embargo, tú deberás mantenerte siempre firme y seguro, sin desesperar nunca, porque la razón triunfará al fin. ¡Y con la razón, Lobsang, triunfarás tú!

Las sombras del crepúsculo se habían transformado ya en la oscuridad más absoluta y las luces de la ciudad palpitaban debajo de nosotros. En lo alto, la luna asomaba sobre las cumbres de las montañas. Los planetas —muchos millones de planetas— brillaban en el firmamento. Yo los contemplaba y recordaba todos los vaticinios que se habían hecho sobre mi futuro, todas las profecías que habían anunciado mi destino. También pensaba en la confianza que mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup tenía puesta en mí y en la amistad que me profesaba. Y me sentía dichoso.

## Capítulo décimo

El maestro estaba de mal humor. Tal vez le sirvieron el té demasiado frío o el «tsampa» no fue tostado y mezclado a su gusto. Pero lo cierto es que su mal humor era notorio. Los niños, sentados en la clase, temblábamos de miedo. Varias veces, inesperadamente, se había precipitado sobre alguno de mis compañeros. Yo tenía una memoria excelente. Sabía perfectamente las lecciones. Podía repetir los versículos de todos los capítulos de los ciento ocho libros del Kangyur.

«¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!». La sorpresa me hizo dar un salto, lo mismo que a los compañeros que me rodeaban. Por un momento, no pudimos darnos cuenta con exactitud a cuál de nosotros iba dirigida la paliza. Después, cuando los golpes aumentaron en violencia, tuve la clara conciencia de que el desdichado era yo.

—¡El predilecto del Lama! —rugía sin dejar de golpearme—. ¡Mimado! ¡Idiota! ¡Ya te enseñaré yo lo que debes aprender!

Con los golpes, una nube sofocante de polvo se desprendió de mi manto, obligándome a estornudar. El maestro se enfureció más todavía y siguió sacudiéndome el polvo con el mayor esmero. Afortunadamente —aunque él lo ignoraba— yo me había anticipado a su malhumor colocándome más ropas que de costumbre. Por ello —y la verdad es que esto le hubiera molestado extraordinariamente de haberlo descubierto— sus golpes apenas me dolieron. Además, mi piel estaba ya muy curtida.

El maestro tenía un carácter tiránico. Aunque él distaba mucho de ser perfecto, exigía que los demás lo fueran. No solamente nos obligaba a aprender la lección de memoria, palabra por palabra, sino que si la inflexión de voz o la pronunciación no le gustaban, descargaba su vara sobre nuestras espaldas. En aquellos momentos estaba aplicando aquella práctica conmigo y yo me hallaba envuelto en una nube de polvo. En el Tíbet, como en todos los lugares del mundo, cuando pelean o juegan, los niños se revuelcan por el suelo con mucha frecuencia. Y si además están privados de los cuidados de sus madres, es muy posible que sus ropas contengan un buen cargamento de polvo. Y eso es lo que sucedía con las mías. Por ello, aquella paliza equivalía en realidad a una buena limpieza.

—¡Ya te enseñaré yo a que pronuncies las palabras como es debido! —decía sin dejar de golpearme—. ¡Cómo te atreves a mostrarte tan irreverente con los Conocimientos Sagrados! ¡Mimado! ¡Idiota! ¡Siempre faltando a clase y, a pesar de todo, sabes más que los otros! ¡Chiquillo inútil! ¡Te enseñaré yo, quieras o no quieras!

En el Tíbet, nos sentamos en el suelo con las piernas cruzadas, muchas veces sobre almohadones de unas cuatro pulgadas de espesor, y las mesas en que trabajamos suelen tener de doce a dieciocho pulgadas, según la estatura del que las

utiliza. De pronto, el maestro sacudió mi cabeza con fuerza y me obligó a inclinarme sobre la mesa donde yo había colocado mi pizarra y algunos libros. Después de colocarme en esa postura, que él consideraba la adecuada, respiró profundamente y pasó a ocuparse de otras cosas. Yo me había agitado bajo sus golpes de una forma mecánica, pero en realidad, sus palizas no nos dolían en absoluto a pesar del rigor con que nos las propinaba. Aquellas cosas sucedían todos los días y los muchachos tibetanos éramos fuertes y teníamos la piel curtida como el cuero. Cerca de mí, uno de mis condiscípulos murmuró algunas palabras ininteligibles. El maestro se apartó de mí como si de repente yo me hubiera puesto al rojo vivo y se lanzó contra mi compañero como un tigre. ¡Tuve que controlarme para no exteriorizar mi regocijo al ver que la nube de polvo se había desplazado a otro lugar de la clase! A mi derecha sonaron exclamaciones de dolor, de miedo, de sorpresa. El maestro parecía estar cegado por la ira y pegaba a varios muchachos a la vez, incapaz de descubrir al auténtico culpable. Al final, sin aliento y tras haberse desahogado, pareció tranquilizarse.

—¡Ay! —dijo jadeante—. ¡Pequeños monstruos! ¡Esto os enseñará a prestar atención a mis palabras! Ahora, Lobsang Rampa, empieza nuevamente la lectura y procura estar seguro de que tu pronunciación es perfecta.

Así lo hice. Cuando me concentraba en algo, me salía realmente bien. Por ello, presté la mayor atención y el maestro no tuvo oportunidad de golpearme de nuevo ni yo me vi obligado a recibir sus golpes.

Durante toda la clase, que duró cinco horas, el maestro no dejó de pasearse de un lado para otro detrás de nosotros, controlándonos atentamente y, en varias ocasiones, propinó nuevas palizas a algunos muchachos, cayendo sobre ellos cuando éstos menos lo esperaban.

En el Tíbet empezamos la jornada a medianoche, con el primer Servicio y, naturalmente, los Servicios se repiten a lo largo de todo el día y a intervalos regulares. Con el objeto de que sepamos conservarnos humildes y no despreciemos a los que llevan a cabo las tareas domésticas, estamos obligados a realizar trabajos serviles. Después, tenemos un rato de descanso, tras el cual asistimos a nuestras clases de la tarde, que duran cinco horas seguidas. Los maestros nos hacen trabajar de firme. También tenemos clases matutinas, pero éstas no son ya tan largas.

Pasaba el tiempo. Nos parecía que llevábamos varios días sin salir de clase. Oscurecía con una lentitud desesperante y daba la sensación de que el sol se había inmovilizado en el cielo. Todos suspirábamos exasperados y aburridos pensando que hubiera sido hermoso que algún dios bajara a la Tierra y se llevara al maestro para siempre. Sin duda alguna era el peor de todos nuestros profesores. Se había olvidado por completo de que él también había sido niño. Al final, sonaron las caracolas del Templo y, desde la terraza, se escuchó la llamada de una trompa cuyos ecos



parecieron rebotar en el Valle regresando después nuevamente al Chakpori.

—Bueno —dijo el maestro suspirando—. Siento mucho tener que dejaros ir. Pero podéis estar seguros de que la próxima vez que nos veamos, ¡comprobaré si habéis aprendido algo!

Nos indicó con una seña que nos fuéramos. Todos los muchachos se pusieron en pie rápidamente y se dirigieron hacia la puerta. Yo iba a salir también, cuando oí que me llamaba.

—Martes Lobsang Rampa —dijo—. Tú aprendes muchas cosas con tu Maestro. De acuerdo. Pero no te permito que luego vengas diciendo a los demás muchachos que a ti te enseñan mediante métodos hipnóticos y telepáticos. Y si lo haces, te sacaré a puntapiés de la clase. —Me dio un manotazo en la cabeza y continuó—: ¡Ahora, fuera de mi vista! ¡Me molesta tu presencia! Son muchos los que se quejan de que tú sabes más que los niños que reciben mis enseñanzas.

No esperé más. Salí todo lo rápido que pude sin preocuparme siquiera de cerrar la puerta. Escuché sus gruñidos detrás de mí, pero ni por un momento se me ocurrió detenerme en mi veloz carrera.

Afuera, me estaban esperando los demás muchachos.

—Tenemos que hacer algo contra este tipo —dijo uno, tras asegurarse de que el maestro no podía oírle.

—Sí —dijo otro—. Algún día nos va a hacer daño de veras si no le enseñan a controlar sus nervios.

—Lobsang —dijo un tercero—. Tú tienes la oportunidad de hablar con tu Maestro, ¿por qué no le cuentas cómo nos maltrata?

Me pareció una buena idea. Era necesario que nos enseñaran lo que ignorábamos, pero no había ninguna razón que justificara la brutalidad con que nos trataban. La idea de hablar con mi Maestro me complacía cada vez más. Se lo contaría todo y, sin duda alguna, él iría a ver al tirano y lo hechizaría, convirtiéndolo en sapo o en algo parecido.

—Sí —exclamé—. Voy a verle ahora mismo.

Me alejé corriendo. Atravesé velozmente los corredores y subí hasta llegar casi a la terraza. Entré en el sector de los lamas y vi que mi Maestro estaba ya en su habitación. Había dejado abierta la puerta. Me invitó a entrar con un gesto.

—¿Qué te pasa, Lobsang? —me preguntó—. Estás muy excitado. ¿Te han otorgado el grado de Superior o algo parecido?

—Honorable Lama —respondí desolado—. ¿Por qué en clase nos maltratan de esa manera?

—¡Pero cómo! —dijo mi Maestro mirándome con gran seriedad—. ¿Te han maltratado? Siéntate y cuéntame qué es lo que te tiene tan agitado.

Me senté e inicié mi triste relato. Mi Maestro me escuchó en silencio, sin

interrumpirme, sin hacer el menor comentario. Dejó que me desahogara. Cuando terminé de exponerle mis desdichas, me había quedado casi sin aliento.

—Lobsang —dijo mi Maestro—. ¿No has pensado nunca que la vida es en realidad una escuela?

—¿Una escuela?

Le contemplé perplejo, convencido de que se había vuelto loco. Si me hubiera asegurado que la luna había ocupado el lugar del sol no me habría causado tanto asombro.

—Honorable Lama —le pregunté sin salir de mi asombro—. ¿Habéis dicho que la vida es una escuela?

—Eso he dicho, Lobsang —repuso—. Serénate. Vamos a tomar un poco de té y luego hablaremos.

El sirviente nos trajo té y algunos manjares. Mi Maestro comió con su acostumbrada sobriedad. Como ya me había dicho en una ocasión ¡yo comía tanto como para mantener a cuatro como él! Pero me lo dijo sonriendo con tanta ternura que era imposible tomarlo como una ofensa. Se burlaba de mí muchas veces. Sin embargo, yo estaba seguro de que era incapaz de decir una sola palabra que pudiera herir la sensibilidad de alguno de sus semejantes. Sus palabras no me ofendían en ningún momento porque comprendía que sus intenciones eran siempre buenas. Nos sentamos y tomamos nuestro té. Luego mi Maestro escribió una pequeña nota y se la entregó al sirviente con el encargo de que se la llevara a otro lama.

—Lobsang, les he advertido que tú y yo no asistiremos al Servicio Religioso de esta tarde. Tenemos mucho que hablar. Y aunque asistir al Templo es siempre necesario y beneficioso, las circunstancias especiales del momento nos obligan a prolongar hasta el máximo nuestras lecciones.

Se levantó y se acercó a la ventana. Yo hice lo mismo. Ya he dicho que uno de mis placeres favoritos era contemplar todo cuanto ocurría afuera. Y la habitación de mi Maestro era una de las más altas del Chakpori. Tenía además una de las cosas más maravillosas que existen: un telescopio.

¡Cuántas horas pasé con mis ojos pegados a este aparato, contemplando la llanura y la ciudad de Lhasa, llena de hombres y de mujeres que recorrían sus calles, haciendo compras o visitas, yendo y viniendo de sus ocupaciones o simplemente (como hacía yo siempre que me era posible) paseando ociosos!

Durante un cuarto de hora, nos dedicamos a observarlo todo a través del telescopio. Luego, de pronto, mi Maestro dijo:

—Vamos a sentarnos de nuevo, Lobsang. Si te parece bien, trataremos del tema de la escuela. Quiero que me escuches con la mayor atención, Lobsang. Es necesario que veas las cosas claramente desde el principio. Cuando no comprendas mis palabras, dímelo. Es esencial que tus ideas queden absolutamente definidas.

¿Comprendes?

—De acuerdo, Honorable Lama —le respondí con el mayor respeto y cortesía—. Siempre os escucho y os comprendo. Pero si hay algo que no vea con toda claridad, os lo diré en seguida.

Él asintió satisfecho.

—La vida es como una escuela —dijo—. Cuando estamos en la otra vida, en el mundo astral, antes de empezar a habitar en las entrañas de una mujer, discutimos con otros seres acerca de lo que tenemos que aprender en la Tierra. Hace algún tiempo te conté la historia del chino Seng. Te dije entonces que utilizaría ese nombre chino porque en el caso de utilizar un nombre tibetano, inconscientemente tú lo asociarías a algún tibetano conocido. Como ya te expliqué, el anciano Seng, después de morir, presencié toda su vida pasada y se dio cuenta de que necesitaba aprender muchas cosas. Entonces, los seres astrales que tenían que ayudarlo le buscaron unos padres y una familia que reunieran las condiciones necesarias para que el alma del que fue el anciano Seng pudiera aprender todo lo necesario... Esta historia es muy parecida a la de un niño que tiene que convertirse en monje. Si quiere ser un monje médico viene al Chakpori. Si lo que desea es realizar algún trabajo doméstico irá al Potala ¡pues allí hay siempre escasez de monjes sirvientes! Siempre elegimos nuestra escuela de acuerdo con lo que deseamos aprender.

Asentí. Aquello resultaba algo muy evidente. Mis propios padres habían decidido que yo ingresara en el Chakpori por considerar que era suficientemente fuerte y estaba preparado para salir airoso de la primera prueba de resistencia.

—Cuando una persona va a nacer —dijo mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup —, todo está preparado para recibirla. Bajará a la Tierra. Sus padres y el lugar donde vaya a vivir están determinados de antemano. Estas circunstancias darán al niño que tiene que nacer la oportunidad de adquirir la experiencia y los conocimientos que, según se planeó en lo astral, le son necesarios. A su debido tiempo, nace el niño y aprende a alimentarse, a controlar su cuerpo físico, a hablar y a escuchar. Como tú sabes, al principio los niños no saben utilizar sus ojos. Tienen que aprender a ver. La vida es una escuela —me dijo sonriente—. A nadie le gusta esa escuela. Unos tienen que acudir a ella. Otros no. Nosotros hemos venido (no como castigo por las faltas cometidas en otras existencias) sino para aprender muchas cosas que no sabíamos. Los niños crecen y se transforman en muchachos que tienen que asistir a la escuela donde, algunas veces, son tratados duramente por su maestro. Pero eso no es malo, Lobsang. La disciplina nunca ha perjudicado a nadie. La disciplina es lo que diferencia a un ejército de una horda. No hallarás un solo hombre culto que no se haya sometido a una disciplina. Tal vez ahora creas en muchas ocasiones que te maltratan, que tu maestro es duro y cruel, pero debes tener en cuenta que, independientemente de lo que puedas pensar, la realidad es que tú aceptaste venir a la

Tierra en esas condiciones.

—De acuerdo, Honorable Lama —exclamé excitado—. Pero si fui yo quien aceptó venir aquí a esta Tierra, en ese caso creo que sería necesario que me examinaran el cerebro. Y si realmente fue así, ¿cómo es que no lo recuerdo en absoluto?

Mi Maestro reía estrepitosamente ante mis palabras.

—Sé perfectamente lo que te sucede, Lobsang, pero te aseguro que no tienes por qué preocuparte. Has venido a este mundo para aprender ciertas cosas. Eso es lo más importante. Más adelante, cuando tus conocimientos sean ya muy extensos, abandonarás nuestro país y recorrerás tierras extrañas para seguir aprendiendo nuevas cosas. Tu Camino no será fácil de recorrer, pero al final alcanzarás el éxito. No quiero que te desmoralices. Todas las personas del mundo, independientemente de las condiciones en que su vida se desenvuelve, han llegado aquí desde los planos astrales para aprender y evolucionar. Estarás de acuerdo conmigo, Lobsang, en que si quieres progresar en la lamasería tienes que estudiar y aprobar tus exámenes. Supongo que encontrarías muy mal que, por simple favoritismo, un niño pudiera convertirse de la noche a la mañana en lama o en superior, aunque sus méritos fueran muy inferiores a los tuyos. Mientras existan los exámenes, podrás tener la más absoluta seguridad de que no podrá suceder nada semejante.

Guardó silencio unos instantes y luego prosiguió:

—Venimos a la Tierra para aprender y no importa que las lecciones sean amargas o difíciles porque, en todo caso, las hemos aceptado de antemano, antes de venir. Cuando abandonamos esta vida, pasamos un período de vacaciones más o menos largo en el otro mundo. Y luego, si deseamos seguir evolucionando, seguimos nuestra marcha sobre el tiempo. Podemos elegir entre regresar a la Tierra en ciertas condiciones y dirigirnos a otros planos de existencia totalmente distintos. Algunas veces, cuando estamos en la escuela, el día se nos hace interminable y nos parece que no podremos soportar la dureza del maestro. La vida terrena es algo parecido. Si todo fuera sencillo para nosotros, si tuviéramos siempre a nuestro alcance la realización de todos nuestros deseos, nunca aprenderíamos nada y nos limitaríamos a dejarnos arrastrar por la corriente de la vida. Es triste, pero los seres humanos solamente podemos alcanzar la verdad a través del dolor y de las adversidades.

—Pero entonces, Honorable Lama —le pregunté—. ¿Por qué algunos niños, e incluso algunos lamas, consiguen vivir una existencia tan dichosa? Y, sin embargo, todo parece indicar que yo, a pesar de que procuro portarme lo mejor posible, me veré obligado a sufrir las mayores adversidades, según aseguran las profecías y, de momento, tengo que soportar las palabras de mi maestro.

—Pero mi querido Lobsang, ¿estás seguro de que todas esas personas aparentemente tan felices, lo son realmente? ¿Estás seguro de que las cosas les

resultan tan fáciles como indican las apariencias? Mientras no sepas lo que proyectaron hacer en la Tierra cuando estaban todavía en lo astral, no podrás juzgarles objetivamente. Todos los seres humanos han llegado a la Tierra con un plan, preparado de antemano, de lo que tienen que aprender, de lo que tienen que hacer y de lo que desean conseguir cuando abandonen la Tierra, después de haber pasado por la escuela de la vida. Tú dices que hoy te han tratado rudamente en la escuela. ¿Estás «seguro»? ¿No te satisface más pensar que en realidad has aprendido una de las lecciones que tenías que aprender? ¿Acaso no fuiste un poco culpable, con tus pequeños aires de superioridad, de que el maestro se portara mal?

Me contempló con gesto acusador y yo me di cuenta de que mis mejillas enrojecían. ¡Sí, era cierto! Mi Maestro tenía la rara habilidad de colocar el dedo en la llaga cuando lo consideraba necesario. En realidad, yo me había sentido muy satisfecho de mí mismo. Estaba convencido de que el maestro no podía encontrarme un solo fallo. Mi actitud de superioridad contribuyó en gran parte a que se irritara de aquella forma.

—Sí, Honorable Lama —respondí, asintiendo también con un gesto—. Soy tan culpable como él.

Mi Maestro aprobó mis palabras con una sonrisa.

—Como ya sabes, Lobsang —me dijo—, más adelante irás a Chungking, a la China.

Asentí silencioso porque me disgustaba pensar que algún día tendría que irme del Tíbet. Mi Maestro continuó:

—Antes de tu partida, pediremos a varias universidades y colegios que nos informen sobre sus programas de estudio. Una vez conozcamos todos esos detalles, decidiremos entre todos a qué colegio o universidad es preciso enviarte con el objeto de que recibas las enseñanzas necesarias para realizar tu misión. De igual forma, cuando un alma proyecta bajar a la Tierra desde lo astral, estudia cuidadosamente lo que se propone hacer y aprender y, finalmente, lo que desea conseguir. Después, se le buscan los padres que necesita. Es lo mismo que buscar una escuela adecuada, como en tu caso.

La idea de tener que ir a estudiar a un colegio extranjero me resultaba cada vez más desagradable.

—Honorable Lama —le dije—, ¿por qué algunas personas están siempre enfermas, o son tan desgraciadas? ¿Qué es lo que aprenden con eso?

—No olvides nunca —me respondió— que todas las personas que bajan a este mundo tienen muchas cosas que aprender. No se trata tan sólo de llegar a conocer un oficio o un idioma o de saber recitar de memoria los Libros Sagrados. Las cosas que tenemos que aprender son las que nos serán útiles en lo astral, cuando abandonemos esta Tierra de nuevo. Como ya te he dicho muchas veces, Lobsang, éste es el Mundo

de la Ilusión y es el mundo adecuado para experimentar muchas adversidades y, a través de ellas, poder comprender los problemas y adversidades de nuestros semejantes.

Reflexioné sus palabras. Estábamos entrando en un tema de la mayor importancia, que nos llevaría mucho tiempo. Mi Maestro captó mi pensamiento.

—Tienes razón, Lobsang —dijo—. Está anocheciendo. Es mejor que dejemos nuestra conversación por hoy. Todavía tenemos que hacer algunas cosas. Tengo que ir a la Cumbre —así llamábamos al Potala— y quiero que vengas conmigo. Pasaremos allí la noche y parte de la jornada de mañana. Más adelante, trataremos de nuevo este interesante tema. Ve a tu habitación, ponte un manto limpio y trae otro de repuesto.

Se puso en pie y salió. Desconcertado, vacilé unos instantes. Después, corrí presuroso a mi habitación para cambiarme de ropa y prepararlo todo.

Descendimos a trote corto por el sendero de la montaña hacia el Mani Lhakhang, pero al pasar por el Pargo Kaling o Puerta Occidental oí detrás de mí un agudo grito que por poco me hace caer del caballo.

—¡Oh, Sagrado Lama Médico! —decía una voz de mujer al borde del camino.

Mi Maestro desmontó rápidamente de su caballo y, como sabía mi falta de habilidad como jinete, me hizo señas para que yo no desmontara. Su deferencia me llenó de gratitud.

—¿Qué te sucede, mujer? —le preguntó mi Maestro con la mayor amabilidad.

La mujer se arrojó a sus pies. Sus ropas produjeron un leve ruido.

—¡Oh, Sagrado Lama! —dijo jadeante—. Mi marido, ¡el maldito hijo de chiva!, no ha sido capaz de engendrar un hijo normal.

Silenciosa, como sorprendida ante su propia audacia, le mostró un pequeño bulto. Mi Maestro se inclinó sobre él y lo contempló atentamente.

—¡Pero mujer! —exclamó—. ¿Por qué crees que tu marido es el culpable de que hayas dado a luz este hijo enfermizo?

—Porque es un hombre repugnante que anduvo siempre entre mujeres malas, porque no piensa más que en el sexo. Por eso no ha sido capaz de hacerme un hijo fuerte y sano.

Empezó a llorar y sus lágrimas salpicaron la tierra como pequeñas gotas de lluvia o como granizo fino que cayera desde las montañas. Yo estaba consternado.

Mi Maestro miró a su alrededor como buscando algo en la oscuridad cada vez más densa. De entre las sombras del Pargo Kaling surgió un hombre andrajoso, que avanzó hacia nosotros con cara de perro apaleado. Mi Maestro le hizo señas y él se acercó, arrodillándose a sus pies. El Lama Mingyar Dondup los miró a ambos y les dijo:

—No debéis culparos mutuamente de esta desgracia. La culpa no es de ninguno de vosotros. Es el destino (el karma) quien ha determinado el nacimiento de este

niño.

Apartó cuidadosamente las ropas y observó a la criatura atentamente. Yo comprendía que estaba examinando su aura.

—Mujer —dijo después de unos instantes—. Tu hijo puede ser curado. Contamos con los conocimientos médicos suficientes para hacerlo. ¿Por qué no me lo trajisteis antes?

La pobre mujer cayó de nuevo de rodillas y entregó el niño a su esposo, quien lo tomó como si se tratara de algo que podía estallar en cualquier momento.

—Sagrado Lama Médico —dijo la mujer estrujándose las manos desesperada—. ¿Cómo íbamos a suponer que nos prestarían atención? Somos Ragyab y no tenemos recomendación de nadie. No nos atrevíamos a ir a verte, Sagrado Lama, aunque nuestra necesidad era muy urgente.

Pensé que todo aquello era ridículo. Los Ragyab eran los que se hacían cargo de los cadáveres. Vivían en el extremo sudeste de Lhasa y sus servicios eran tan imprescindibles como los de los demás miembros de la comunidad. Mi Maestro decía siempre que todas las personas eran útiles a la sociedad, independientemente del trabajo que tuvieran asignado. Recuerdo que una vez lancé una carcajada cuando le oí decir que los ladrones eran también útiles ya que sin ellos la policía no sería necesaria, por lo cual podía afirmarse que, gracias a ellos, los agentes podían mantener su empleo. Pero mucha gente miraba con desprecio a los Ragyab, considerándolos impuros porque trabajaban con los muertos, cortando los cadáveres a pedazos y diseminándolos por distintos lugares para que los buitres se los comieran. Yo estaba de acuerdo con mi Maestro en que el trabajo que realizaban era muy útil porque Lhasa tenía un terreno tan rocoso que era imposible abrir fosas en él y, aun en el caso de que ello hubiera sido posible, el Tíbet era tan frío que los cadáveres se habrían congelado, impidiendo con ello su descomposición y absorción por la tierra.

—Mujer —le dijo mi Maestro—. Tráeme personalmente a tu hijo dentro de tres días e intentaremos curarlo, ya que, según deduzco del breve examen a que le he sometido, su enfermedad no es incurable.

Sacó de su bolsa un pedazo de pergamino y escribió en él una nota que entregó a la mujer.

—Entrega esto en el Chakpori y te dejarán entrar. Avisaré al portero de que vas a ir y no te pondrán ningún impedimento. Descansa tranquila. Para los dioses, todos somos seres humanos. No debes temer nada de nosotros. —Se volvió hacia el marido—. Sé fiel a tu mujer. —Miró a la mujer y añadió—: No seas tan arisca con él. Si te muestras más amable con tu esposo, es posible que él no crea necesario ir a buscar a otras mujeres. Ahora, marchaos a vuestro hogar y, dentro de tres días, venid al Chakpori. Os ayudaré. Os lo prometo.

Montó de nuevo en su caballo y nos fuimos. Conforme nos alejábamos, las

palabras de gratitud y de alabanza del hombre Ragyab y de su mujer se escuchaban cada vez más débilmente.

—Supongo, Lobsang, que al menos esta noche estarán de acuerdo y se mostrarán amables mutuamente.

Lanzó una breve carcajada y subimos por el camino de la izquierda hasta llegar a la aldea de Shó.

Era la primera vez que había visto a un hombre y a una mujer casados. Y me hallaba realmente sorprendido.

—¡Sagrado Lama! —exclamé—. No comprendo por qué esas personas siguen viviendo juntas si no se aman. ¿Por qué no se separan?

—¿Por qué me llamas ahora «Sagrado Lama»? —me preguntó sonriendo—. ¿Te has creído que eres un campesino? En cuanto a tu pregunta... Bueno, trataremos de ese tema mañana. Esta noche vamos a estar muy ocupados. Mañana te explicaré muchas cosas e intentaré poner orden en tu cabeza tan llena de confusión.

Subimos juntos a la colina. Siempre me gustaba mirar desde lo alto la aldea de Shó. Y a veces me preguntaba qué sucedería si arrojara una piedra sobre el tejado de alguna casa. ¿Lo derrumbaría? ¿O tal vez el estruendo obligaría a salir corriendo a sus moradores pensando que los espíritus maléficos se precipitaban contra ellos? Nunca me había atrevido a hacerlo por temor a herir a alguien, pero la tentación nunca me abandonaba.

Ya en el Potala, ascendimos por los interminables postes con sus toscos escalones —ya que allí no hay escaleras— gastados por el continuo uso. Por último, llegamos a nuestras habitaciones, situadas sobre la de los monjes y sobre los almacenes. Ya en mi dormitorio, contiguo al del Lama Mingyar Dondup, me acerqué a la ventana. Abajo, un pájaro nocturno gorjeaba llamando a su pareja en el Bosque de los Sauces. A la luz de la luna, lo veía con sus patas y su pico hundidos en el agua temblorosa, escarbando en el barro del fondo. Y el gorjeo de la hembra respondía vivamente a su llamada. «¡Parece ser que esta vez “el marido y la mujer” sí están de acuerdo!», pensé. Me acosté pronto porque tenía que asistir al Servicio de Medianoche y me hallaba tan cansado que temía no despertarme a tiempo.

Al día siguiente, por la tarde, el Lama Mingyar Dondup entró en mi habitación, donde yo me había quedado estudiando un libro antiguo.

—Vente conmigo, Lobsang —me dijo—. Acabo de mantener una conversación con el Profundo. Y creo que ha llegado el momento de tratar de todos esos problemas que te tienen desconcertado.

Pasamos a su habitación. Sentado frente a él, pasé revista a todas las ideas que hervían en mi cabeza.

—Señor —le pregunté—, ¿por qué se casan las personas si se odian? Anoche observé las auras de aquellos dos Ragyab y llegué a la conclusión de que se



detestaban profundamente. ¿Por qué se casaron, entonces?

El Lama pareció entristecerse.

—Las personas, Lobsang —me respondió—, se olvidan con frecuencia de que están en el mundo para aprender. Antes de que nazcan, cuando están en lo astral, se determina ya quién será el cónyuge de cada uno. Debes comprender que muchos hombres y mujeres contraen matrimonio en un momento que podríamos considerar como la cumbre de la pasión amorosa. Pero cuando la pasión se termina, entonces, la novedad recién descubierta se convierte en algo familiar y cotidiano y aparece el cansancio y el desprecio.

«La familiaridad engendraba el desprecio». Yo meditaba y meditaba todo aquello. Pero entonces, ¿por qué se casaban los seres humanos? Sin duda alguna, lo hacían solamente para poder perpetuar la raza. Pero ¿por qué las personas no podían unirse lo mismo que los animales? Miré a mi Maestro y se lo pregunté.

—¿Por qué, Lobsang? —me preguntó a su vez—. Tus deducciones me sorprenden. Deberías saber, como todo el mundo, que los llamados animales se unen algunas veces para toda la vida. Así lo hacen muchos de ellos, e incluso ciertas especies de aves, naturalmente las más evolucionadas. Si las personas, como tú dices, se unieran sólo con el objeto de perpetuar la raza, los niños que fueran fruto de esas uniones serían lo mismo que seres sin alma, como esas pobres criaturas que nacen mediante la inseminación artificial. Es preciso que en las relaciones sexuales haya amor si los padres desean realmente engendrar un hijo con auténtica calidad humana. Lo contrario equivale a producir un simple artículo manufacturado.

El problema de las relaciones entre marido y mujer me preocupaba realmente. Pensaba en mis padres. Mi madre fue siempre una mujer dominante y mi padre trató a todos sus hijos con la mayor dureza. Cuando los recordaba me era imposible hacerlo con auténtico afecto filial.

—Pero ¿por qué los seres humanos se casan en la cumbre de la pasión amorosa? —pregunté a mi Maestro—. ¿Por qué no lo hacen con la misma frialdad con que se trata de un negocio?

—Lobsang —me respondió—. Ése es el sistema que utilizan a menudo los chinos y los japoneses. Sus matrimonios son concertados fríamente y hay que admitir que suelen ser mucho más afortunados que los del mundo occidental. Los propios chinos comparan al matrimonio con una tetera. No se casan cuando les domina la pasión porque dicen que ese amor es como una tetera hirviente que luego se enfría. Se casan fríamente para conseguir que esa tetera simbólica alcance paulatinamente el punto de ebullición y mantenga el calor durante mucho tiempo.

Me observó para comprobar si comprendía la significación de aquellas palabras.

—Pero, Señor, me resulta imposible comprender por qué las personas son tan desgraciadas cuando viven juntas.

—Ya te he dicho, Lobsang, que las personas vienen a esta Tierra como a una escuela, para aprender. Si siempre fueran felices, al casarse no aprenderían nada nuevo. Vienen al mundo para vivir unidos y para mantenerse unidos. Eso forma parte de la lección. Deben dar y recibir. Algunas veces, como consecuencia de su carácter rudo o por sus inestabilidades temperamentales, no consiguen estar en perfecta armonía con los compañeros que les han asignado. Es preciso que cada uno de ellos aprenda a reprimirse y a eliminar sus rasgos negativos. Deben mostrarse en todo momento tolerantes y pacientes. Si fueran capaces de asimilar esa gran lección que consiste en dar y en recibir, casi todos los matrimonios serían felices y se mantendrían unidos.

—Señor —le pregunté de nuevo—. ¿Qué debe hacer entonces una pareja para alcanzar la dicha?

—Lo mismo el marido que la mujer deben saber esperar el momento oportuno de poder hablar con calma y exponerse, con la mayor delicadeza, sus defectos recíprocos. De esa forma terminarán con sus imperfecciones y conseguirán ser felices.

¡Yo me preguntaba qué habría sucedido en el caso de que mis padres hubieran intentado adoptar aquel sistema! A mi juicio, ellos eran, como el agua y el fuego, absolutamente incompatibles. Mi Maestro captó, sin duda alguna, mis reflexiones.

—Es preciso que ambos estén dispuestos a dar y a recibir. Si realmente quieren aprender la gran lección de la vida en común, deberán ser suficientemente sinceros como para reconocer sus propios errores.

—De acuerdo, Señor —respondí—. Pero ¿qué explicación tiene el hecho de que dos personas se enamoren o se sientan atraídos recíprocamente? Y si se han sentido vinculados sentimentalmente en un momento determinado, ¿por qué luego se van distanciando poco a poco?

—Sin duda alguna, Lobsang, tú sabes que por el aura de las personas puedes saber cómo son éstas. Los hombres y mujeres comunes no pueden ver el aura, pero, algunas veces, tienen como una especie de sentido oculto que les hace sentir simpatías o antipatías, a pesar de que son incapaces de comprender ellos mismos la auténtica razón de esos sentimientos.

—Lo sé, Señor —exclamé—. Pero ¿cómo pueden sentir de pronto antipatía por una persona que antes les resultaba simpática y agradable?

—Hay momentos en que los seres humanos sienten que el amor se agita en sus espíritus. Este hecho determina un incremento considerable de sus vibraciones. Cuando una mujer y un hombre se unen y subliman esas vibraciones, consiguen la compenetración necesaria. Desgraciadamente, eso no sucede con frecuencia. Mantener la sublimación es una empresa difícil. La esposa se deja vencer por la indolencia y, algunas veces, rechaza a su marido y le impide que éste use de lo que le

corresponde por legítimo derecho. Y entonces, él busca en otras mujeres lo que su esposa le niega y se va distanciando de ella. Y poco a poco se alterará el ritmo de sus vibraciones etéreas y dejarán de ser compatibles, alcanzando por fin un grado de absoluto antagonismo.

Sí, lo comprendía perfectamente. Las palabras de mi Maestro me habían aclarado muchas cosas. Pero, a pesar de todo, decidí seguir preguntando.

—Señor —le dije—. Algunos niños mueren al poco tiempo de nacer. Esa idea me tortura. Porque, ¿qué posibilidades de aprender y de realizar su destino tienen esos desdichados? A mi juicio, han sido condenados a vivir una existencia breve e inútil.

—No, Lobsang —dijo mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, sonriendo ante mi apasionamiento—. No hay nada que sea inútil. Estás equivocado. Y partes de un postulado completamente falso, puesto que hablas como si creyeras que cada persona vive una sola vida.

Me observó durante unos instantes. Después miró hacia la ventana. Y yo me di cuenta de que pensaba en el hombre y la mujer Ragyabs y en su pobre hijo.

—Imagina por un momento que vas acompañando a una persona que atraviesa una serie de existencias sucesivas —dijo mi Maestro—. Las cosas no le han ido bien en una de sus vidas y, al llegar a cierta edad, se da cuenta de que vivir le resulta insoportable. Y decide poner fin a sus días, suicidándose... Con ello, lo único que consigue es morir antes del plazo que se le había fijado, porque los años, días y horas que debe vivir cada ser humano están determinados siempre con la mayor exactitud y todo ha sido establecido minuciosamente antes de que naciera. En ese caso, si alguien pone fin a su existencia doce meses antes de la fecha en que debe morir de acuerdo con las previsiones astrales, se verá obligado a regresar a la Tierra para vivir los doce meses de vida que le faltan.

Yo reflexioné sobre las infinitas posibilidades de aquella teoría, que me proporcionaba una explicación a tantas cosas que hasta entonces me habían resultado incomprensibles.

—Y esa persona que ha puesto fin a su vida prematuramente, después de permanecer en lo astral el tiempo necesario, volverá de nuevo a la Tierra para terminar de vivir la vida que interrumpió con su muerte voluntaria. Nacerá de nuevo y será tal vez un niño enfermizo que vivirá tan sólo los doce meses en que acortó su existencia terrestre, y morirá en ese plazo. Y con ello, los padres perderán a su hijo, pero ganarán el tesoro de una nueva experiencia y habrán realizado una parte importante de su inevitable destino. Sabemos que mientras estamos sobre la Tierra nuestra apariencia, nuestras percepciones, nuestros valores sufren una alteración misteriosa. Te lo recordaré de nuevo: éste es el Mundo de la Ilusión, el mundo de los valores ficticios. Pero cuando regresamos al Gran Mundo del Ser nos damos cuenta de que las duras lecciones y las experiencias aparentemente carentes de sentido que

nos vimos obligados a vivir en el curso de nuestra estancia en la Tierra, en realidad no eran tan absurdas como suponíamos.

Yo pensaba en las adversidades, en las torturas, en los viajes a los remotos países que me habían anunciado las profecías.

—En ese caso, cuando alguien profetiza un acontecimiento lo que hace realmente es entrar en contacto con las fuentes del conocimiento. Si todo está predeterminado antes de nuestro nacimiento, ¿es posible, bajo ciertas condiciones, alcanzar ese conocimiento de las cosas futuras?

—Sí, Lobsang, es posible —dijo mi Maestro—. Pero no pienses que el futuro está predeterminado totalmente. Los acontecimientos básicos son inevitables. Pero nosotros poseemos la facultad de actuar con entera libertad para resolver esas situaciones necesarias, de acuerdo con nuestros conocimientos. Unos pueden salir airoso de esa prueba y otros pueden fracasar. Te pondré un ejemplo gráfico para que lo comprendas mejor. Supongamos que se ordena a dos hombres que vayan a Kalimpong, en la India. Deben intentar por todos los medios llegar a su punto de destino, pero eso no quiere decir que tengan que elegir los dos el mismo sendero para conseguirlo. Cada uno de ellos elegirá su propio camino. Y según el camino que elijan, vivirán aventuras distintas y distintas experiencias. Con la vida sucede lo mismo. Se ha fijado nuestro punto de destino, pero de nosotros depende la elección de la forma para conseguirlo.

Entró un mensajero y mi Maestro le siguió, después de pedirme que le disculpara. Me acerqué a la ventana, me apoyé en el alféizar y oculté el rostro entre mis manos. Pensativo, analicé las palabras de mi Maestro, recordé cuánto me había enseñado. Y me di cuenta de que todo mi ser estaba lleno de amor por aquel hombre único que me mostraba en todo momento mucho más afecto y comprensión que mis propios padres. Independientemente de lo que me deparara el futuro, estaba decidido a comportarme siempre como si él estuviera a mi lado, supervisando mis actos. Debajo de mí, en el campo, los monjes músicos tocaban y afinaban sus instrumentos, de los que brotaban notas, sonidos y ritmos diversos. Los contemplé indolentemente. La música carecía de significado para mí. Nunca tuve las dotes necesarias para comprenderla. Pero me daba cuenta de que eran hombres de buena voluntad que intentaban crear bellas armonías. Volví la espalda a la ventana pensando que me sería más útil leer un buen libro.

Así lo hice, pero pronto me fatigó la lectura. Me sentía lleno de una rara inquietud, pletórico de pensamientos y sensaciones que me impedían concentrarme. Volví las páginas perezosamente. De pronto, decidido, guardé todas las hojas impresas dentro de la cubierta de madera labrada y até las cintas. Era uno de aquellos libros preciosos que debían ser envueltos en seda. Así lo hice con el mayor cuidado y lo coloqué a mi lado.

Me levanté y me dirigí a la ventana de nuevo, contemplando el panorama. La noche era calurosa, tranquila. El aire parecía no existir. Abandoné la habitación. Todo estaba quieto y silencioso. La gran lamasería parecía tener vida. Una vida serena y llena de calma. Los hombres del Potala habían realizado durante siglos sus tareas sagradas y los muros latían como seres conscientes. Trepé por una de las escaleras verticales y subí a la terraza más alta, junto a las Tumbas Sagradas.

Procurando no hacer ruido, me dirigí hacia mi lugar favorito, donde me resguardaba cuando el viento frío bajaba hasta la lama sería desde lo alto de las montañas. Apoyado en una Imagen Sagrada, crucé las manos sobre mi nuca y contemplé el Valle. Después, me tendí de espaldas mirando las estrellas. Sentí la extraordinaria impresión de que todos aquellos mundos giraban alrededor del Potala. Este pensamiento me aturdió y me llenó de una extraña sensación de vértigo. Una estela de luz cruzó el cielo, brillando fugazmente, y se extinguió en las sombras. «Un cometa que ha muerto», pensé, contemplando su resplandor postrero.

Cerca de mí, escuché un ruido casi imperceptible. Lentamente, me incorporé. Bajo la débil luz de las estrellas, vi una figura encapuchada que paseaba majestuosamente frente a las Tumbas Sagradas. Le observé. Se acercó al borde de la terraza, contemplando la ciudad de Lhasa. Pude ver su perfil. Era el Hombre más solitario del Tíbet. El Hombre que había asumido las mayores responsabilidades del país. Le oí suspirar profundamente y pensé que tal vez las profecías que habían anunciado su destino eran tan nefastas como las que habían anunciado el mío. Con el mayor cuidado para no llamar su atención, me arrastré silencioso y me alejé de allí. No sentía el menor deseo de turbar sus pensamientos. Llegué a la entrada y me deslicé lentamente, descendiendo al santuario de mi habitación.

Tres días después, yo me hallaba presente cuando mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, reconoció al niño de los Ragjab. Lo desnudó y observó su aura con la mayor atención. Durante unos instantes, examinó su cerebro. El niño no gritaba ni lloraba. Comprendí que, a pesar de ser tan pequeño, se daba cuenta de que mi Maestro quería sanarlo.

—Bien, Lobsang —me dijo después de su examen—, lo curaremos. Es evidente que padece una afección producida por las dificultades del parto.

Sus padres esperaban en la habitación contigua. Yo, pegado a mi Maestro, como si fuera su sombra, fui a verles. Se postraron, llenos de humildad, a sus pies.

—Vuestro hijo puede ser curado y será curado —les dijo con la mayor amabilidad—. Es evidente que al nacer recibió algún golpe o fue víctima de una caída. Eso puede ser remediado. No temáis.

—Sagrado Lama —dijo la madre temblorosa—. Tenéis razón. Sucedió lo que habéis dicho. Llegó al mundo inesperadamente. Nació de repente y cayó al suelo. Yo me hallaba sola en aquellos momentos.

Mi Maestro sonrió lleno de comprensión y de afecto.

—Volved mañana a esta misma hora. Estoy seguro de que os lo podréis llevar con vosotros completamente curado.

Se arrodillaron y le hicieron grandes reverencias hasta que abandonaron la habitación.

Mi Maestro me dijo que yo examinara también al niño, con la mayor atención. Señaló su cabeza.

—Observa aquí, Lobsang —me dijo—. Algo presiona su cerebro. Es un hueso que tiene oprimido el cordón. ¿Comprendes? Su aura tiene una forma de abanico en lugar de ser redonda.

Tomó mis manos y las guió hábilmente en torno a la zona afectada para que yo pudiera darme cuenta mejor.

—Ahora voy a reducirla. Hay que «presionar» el hueso que le produce la enfermedad «hacia fuera». ¡Observa atentamente!

Con una habilidad increíble, presionó con sus pulgares suavemente haciendo que el hueso se encajara en su sitio. El niño no lanzó un solo grito. La operación había sido realizada con una rapidez asombrosa. Sin duda alguna no sintió ningún dolor. Su cabeza ya no se inclinaba hacia un lado como antes. Estaba erecta. Era una cabeza completamente normal. Durante unos instantes mi Maestro le dio unos masajes en la nuca, con suavidad. Sus hábiles dedos descendían de la cabeza al corazón, «nunca» del corazón a la cabeza.

Al día siguiente, cuando llegó la hora que mi Maestro les había indicado, llegaron los padres. Estaban locos de alegría ante aquel milagro.

—Ahora —dijo sonriendo el Lama Mingyar Dondup—, es preciso pagar el bien que habéis recibido. Y podéis «pagarlo» cambiando de conducta. No discutáis más ni volváis a pelearos, porque los hijos asimilan las actitudes de los padres. Si ellos se muestran hostiles, el niño se vuelve hostil. Si ellos son desgraciados y no se aman, el niño será desgraciado e incapaz de amar. «Pagad» el favor que os hemos hecho con afecto y ternura... Dentro de unas semanas nos lo traeréis de nuevo para que podamos comprobar sus progresos.

Acarició, sonriente, las mejillas del niño. Después abandonó la habitación y yo le seguí.

—Las personas muy pobres, Lobsang, suelen ser muy orgullosas. Les inquieta no tener dinero para pagar los favores que les hacen. Es necesario hacer las cosas de tal forma que se queden convencidos de que han «pagado» esos favores. Por ello les dije que debían pagar —dijo mi Maestro sonriendo—. Eso les ha complacido. Se habían colocado sus mejores vestidos para disimular su pobreza. Pero solamente pueden pagar siendo buenos. Es necesario dejar que los seres humanos mantengan su orgullo, su autoestimación, Lobsang. Y si lo consigues, ¡podrás obtener lo que quieras de

ellos!

Al regresar a mi habitación, recogí el telescopio con el que antes había estado jugando. Extendí y ajusté sus brillantes tubos de metal y miré en dirección a la ciudad de Lhasa. Vi dos sombras lejanas. Ella llevaba al niño en sus brazos. El hombre puso su brazo sobre los hombros de su esposa y la besó.

En silencio, pensativo, abandoné el telescopio y me dispuse a estudiar mis lecciones del día siguiente.

## Capítulo undécimo

Estábamos en el recreo. Caminábamos por el patio sobre nuestros zancos, tratando de derribarnos unos a otros. El último que quedaba en pie, tras haber resistido todos los ataques de los otros, era declarado vencedor. Uno de mis compañeros tropezó en uno de los agujeros del suelo y cayó sobre mí y sobre el muchacho que estaba a mi lado, haciéndonos perder el equilibrio. Caímos los tres sobre la tierra lanzando estrepitosas carcajadas.

—¡El viejo maestro Raks estaba hoy de un humor gris! —dijo uno de los muchachos jovialmente.

—¡Es cierto! —dijo otro—. Los demás maestros se pondrían verdes de envidia si supieran que es capaz de descargar su cólera sobre nosotros sin quedarse sin aliento, como les sucede a ellos.

Seguíamos riendo con todas nuestras fuerzas. ¿Verde de envidia? Llamamos a los demás muchachos para que se bajaran de sus zancos y se sentaran a jugar con nosotros al juego del significado de los colores.

—¡La cara gris! —exclamó uno.

—No —le respondí—. Ya hemos citado ese color. Antes dijimos «un humor gris».

Continuamos nuestro juego y, del «humor gris» del maestro, pasamos a las «negras reflexiones» de un superior y a la «envidia verde» de algunos hombres. ¡Uno nos habló de una «mujer escarlata» que había visto en el mercado de Lhasa! Pero de momento, ninguno de nosotros sabía si aquella imagen podía ser utilizada en nuestro juego porque ignorábamos qué significado podía tener una «mujer escarlata».

—¡Ya sé! —dijo el muchacho que se había sentado a mi derecha—. Un «hombre amarillo», amarillo de miedo. Al fin y al cabo, el color amarillo se utiliza muchas veces para calificar el miedo.

Me quedé pensativo. Me di cuenta de que si aquellas expresiones se usaban normalmente en todos los idiomas sería por alguna razón determinada. Este pensamiento me impulsó a levantarme para acudir en busca de mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup.

Entré corriendo en su habitación realmente excitado. Él me miró imperturbable, a pesar de mi descortesía.

—Honorable Lama —exclamé—. ¿Por qué recurrimos a los colores para describir estados de ánimo?

Cerró el libro que estaba leyendo y me invitó a que me sentara a su lado.

—Supongo que te refieres a esas expresiones tales como «humor gris» y «verde de envidia» —dijo.

—Sí —le respondí más excitado que nunca, como para reforzar mi afirmación—.



Me gustaría saber por qué los colores tienen esas significaciones concretas. ¿Tiene que existir alguna explicación a ese hecho!

—Bien, bien, bien, Lobsang —me respondió sonriendo—. Creo que tú mismo has preparado las cosas para que pueda darte otra de mis charlas pedagógicas. Pero ahora me doy cuenta de que te has estado dedicando a algún ejercicio agotador. No te vendrá mal un poco de té. Yo iba a tomarlo ahora... Luego entraremos en materia.

El sirviente no tardó en llegar. Era la hora del té y del «tsampa» para todos los pobladores —lamas, monjes o niños— de la lamasería. Comimos silenciosos. Yo pensaba en los colores mientras esperaba a que mi Maestro empezara a exponerme sus teorías. Cuando terminamos nuestro pequeño refrigerio, contemplé al Lama con impaciencia.

—Ya sabes muchas cosas acerca de los instrumentos musicales —empezó diciendo—. Y no ignoras que uno de esos instrumentos, muy utilizado en el mundo occidental, se llama piano. Recordarás que un día te mostré una fotografía de un piano. Está formado por un rectángulo lleno de teclas blancas y negras. Bien, olvidemos las negras por un momento e imaginaremos un teclado de dos millas de longitud, o si quieres más largo todavía, que contiene la totalidad de las vibraciones existentes en todas y cada una de las dimensiones del universo.

Me miró para comprobar si le comprendía, porque evidentemente, para mí, un piano era un instrumento casi desconocido que, como acababa de decir mi Maestro, había visto solamente en fotografías. Al darse cuenta de que captaba perfectamente la imagen que pensaba utilizar como punto de partida, continuó:

—Bien —dijo—, si tienes ese instrumento capaz de contener la totalidad de las vibraciones existentes, es muy posible que la escala completa de las vibraciones humanas esté contenida en tres de las teclas centrales. Ya sabes (¡al menos eso espero!) que todo cuanto existe está compuesto de vibraciones. Consideremos la vibración más baja que el hombre percibe: la de los cuerpos sólidos. Si los tocas, impiden el paso de tus manos a través de ellos. ¡Pero la realidad es que todas sus moléculas están vibrando! Sigamos con el teclado imaginario. Escuchas las vibraciones llamadas sonidos. Y si sigues subiendo, tus ojos reciben las vibraciones que percibimos con la vista.

Me incorporé sorprendido ante sus palabras. ¿Cómo podía la vista percibir las vibraciones? ¿«Cómo» nos era posible ver las cosas cuando las mirábamos?

—Lobsang —dijo mi Maestro—. Si somos capaces de ver las cosas es porque éstas vibran y producen una conmoción molecular que tus ojos captan claramente. En otras palabras, los objetos irradian ciertas ondas vibrátiles que son recibidas por los órganos de la visión. Y éstos se encargan de transmitir los impulsos recibidos a un lugar del cerebro que transforma esos impulsos en una imagen de las cosas que miramos. Todo esto es realmente complicado y, de momento, no creo que sea

necesario profundizar en ello. De lo único que se trata es de que comprendas que todo cuanto existe vibra necesariamente. Si seguimos ascendiendo en la escala de vibraciones, hallaremos las ondas de radio, las ondas telepáticas y las ondas de los seres que habitan en otras dimensiones. Pero, naturalmente, nos vamos a limitar a las tres teclas que producen las notas conocidas bajo los nombres de objetos sólidos, sonidos y cosas visibles.

Yo reflexionaba sobre sus palabras y me daba cuenta de que mi cabeza daba vueltas. Sin embargo, lo cierto es que los métodos pedagógicos de mi Maestro no producían en mí ningún cansancio. Solamente sentía odio a la enseñanza cuando algún maestro tiránico, dominado por la ira, sacudía mi pobre y viejo manto con su vara.

—Me preguntaste acerca de los colores, Lobsang. Bien. Como tú sabes, cada vibración imprime sobre nuestra aura un color determinado. Así, por ejemplo, si una persona se siente desdichada, realmente desdichada, sus órganos emitirán vibraciones en una frecuencia de onda que asume un color aproximado al que nosotros llamamos azul. Y hasta las personas que no son clarividentes parecen percibir el azul de la tristeza y, por ello, en muchos idiomas, ese color parece vinculado a la desdicha, a la frustración y al pesimismo.

Empezaba a comprender. Sin embargo, no captaba con claridad la relación existente entre «verde» y «envidia». Por ello, interrogué a mi Maestro sobre este particular.

—Tú sabes perfectamente, Lobsang —me respondió—, que cuando una persona se ve dominada por el vicio de la envidia sus vibraciones sufren una alteración específica que en el aura se traduce por un color parecido al verde. Y, aunque su aspecto exterior no se tiña de ese color, no cabe duda de que muchas veces produce la sensación de estar verde. También debes saber que, según las influencias planetarias bajo las que ha nacido, cada persona siente la atracción de un color o colores determinados.

—Sí —exclamé—, ¡ya sé que a los que han nacido bajo el signo de Aries les gusta el rojo!

—Es cierto —dijo mi Maestro, sonriendo ante mi entusiasmo—. Es la ley de las concordancias armónicas. Las personas reaccionan más favorablemente ante los colores cuyas vibraciones coinciden con su ritmo básico de vibración. Ésa es la razón de que los que pertenecen al signo de Aries, por ejemplo, prefieran el rojo. En su estructura molecular predomina ese color. Por ello lo prefieren a los otros.

Ardía en deseos de hacerle otra pregunta. Ya conocía la significación del verde y del azul y sabía que el negro de la meditación estaba determinado por el hecho de que el estudio hacía surgir franjas oscuras en el aura de las personas que se sometían a un esfuerzo de concentración. ¡Pero era incapaz de comprender el significado del color

rojo de una mujer!

—Honorable Lama —exclamé por fin, incapaz de contener mi curiosidad por más tiempo—. ¿Por qué decimos que una mujer es escarlata?

Mi Maestro me contempló sorprendido. Y me pareció que apenas podía contener la risa. Después, lleno de amabilidad, me puso al corriente de algunas cosas con el objeto de que en el futuro mi cerebro se librara de ciertas confusiones.

—Tú ya sabes, Lobsang, que cada persona tiene una frecuencia básica de vibración. Sus moléculas vibran a un ritmo determinado. Y su cerebro emite esas vibraciones por una longitud de onda adecuada. No hay dos personas que tengan una longitud de onda absolutamente idéntica. Pero cuando sus longitudes de onda son similares o entre éstas se producen ciertas concordancias armónicas, se dice que son compatibles. Ése es el origen de las simpatías recíprocas.

Al oír sus palabras, pensé en ciertos artistas, extraordinariamente dotados para la creación y dominados por un fuerte temperamento.

—Honorable Lama —le pregunté—, ¿es cierto que los artistas tienen un ritmo de vibración más intenso que las demás personas?

—Sin duda alguna, Lobsang —respondió mi Maestro—. Cuando un hombre posee eso que llamamos inspiración, cuando es un auténtico artista, el ritmo de sus vibraciones y su longitud de onda es muy superior al de las demás personas. Ello hace que algunas veces tenga un carácter inestable y difícil para la convivencia normal. Como consecuencia de su elevado ritmo vibratorio, tiene cierta tendencia a tratar como a inferiores a sus semejantes. Sin embargo, las obras de creación que llevan a cabo tienen tanto valor para la humanidad que vale la pena soportar sus manías y sus anormalidades.

Yo imaginaba aquel gigantesco teclado de varias millas de longitud y me parecía imposible que la extensa gama de las experiencias humanas estuviera circunscrita exclusivamente a tres notas. Le expuse mi nueva confusión.

—El ser humano, Lobsang —me respondió—, tiene una irrefrenable tendencia a pensar que es lo único auténticamente importante de la creación, ¿comprendes? Pero en realidad hay numerosas formas de existencia completamente distintas a la humana. Los demás planetas están poblados de seres muy diferentes a los seres humanos y que nosotros no podemos imaginar ni comprender. Y esos seres ocupan, en nuestro teclado imaginario, un lugar muy distinto al que ocupamos nosotros. Y los seres de las dimensiones astrales de existencia están en un plano mucho más elevado que el nuestro porque un espíritu que puede atravesar las paredes posee una naturaleza tan sutil que su ritmo de vibración es necesariamente muy superior al nuestro, aunque su composición molecular sea muy inferior a la de los seres del mundo físico.

Mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, sonreía al ver mi gesto de perplejidad.

—Verás, Lobsang —me dijo—. Un espíritu puede pasar a través de un muro de

piedra porque un muro de piedra es en realidad solamente un conjunto de moléculas vibrátiles, separadas unas de otras por espacios vacíos a través de los cuales pueden pasar con facilidad los seres que tienen una composición de moléculas más tenues. Naturalmente, el ritmo de vibración de los seres astrales es muy elevado, pero su naturaleza es sutil. Su ausencia de solidez hace que el número de las moléculas que los componen sea muy reducido. La gente suele creer que después de las capas atmosféricas de la Tierra solamente existe el espacio vacío. Pero se equivocan. El espacio tiene en todo momento y en todas partes una estructura molecular. En general, sus moléculas son de hidrógeno y están muy separadas unas de otras. Pero esas moléculas existen realmente y pueden ser detectadas de la misma forma que se puede captar la presencia de un espíritu.

Sonaron las caracolas del Templo, convocando el servicio.

—Mañana seguiremos tratando de este tema, Lobsang. Creo que es necesario que llegues a dominarlo totalmente.

Al terminar el servicio religioso se inició la carrera que tenía por meta la comida. El hambre nos dominaba a todos. Nuestras reservas de alimentos estaban agotadas y aquél era el día señalado para abastecernos nuevamente de cebada tostada. En el Tíbet, los monjes llevan siempre consigo una pequeña bolsa de cuero donde guardan la harina de cebada que se mezcla con el té y la manteca para preparar el «tsampa». Por esa razón, todos participamos en aquella carrera y nos congregamos en el lugar destinado al reparto para llenar de provisiones nuestra bolsa, pasando luego al comedor donde nos proporcionarían el té necesario para nuestra cena.

La comida era horrible. Mastiqué mi «tsampa» preguntándome si le iba a sentar bien a mi estómago. Tenía un espantoso sabor a grasa quemada y pasé verdaderos apuros para tragarlo.

—¡Ah! —dijo un muchacho—. ¡Esto está demasiado tostado! ¡No hay quien se lo coma!

—¡Han echado a perder la comida! —le respondí.

Lo intenté de nuevo, contrayendo ansiosamente el rostro para ver si conseguía por fin tragármelo. Desperdiciar la comida es, en el Tíbet, una falta grave. Miré a mi alrededor y vi que todos estaban dominados por la misma angustia. Sin duda alguna, el «tsampa» estaba en malas condiciones. Todos tiraban la comida y aquel hecho constituía una extraña coincidencia en una comunidad siempre hambrienta como la nuestra. Haciendo un gran esfuerzo conseguí tragar el «tsampa» que llenaba mi boca y éste cayó en mi estómago con una violencia inesperada, produciéndome náuseas. Rápidamente, lleno de asco, me tapé la boca con la mano y avancé hacia la puerta...

Cuando me disponía a entrar de nuevo en el comedor, después de vomitar violentamente cuanto tenía en el estómago, oí que alguien me llamaba.

—¡Hola, jovencito! —me dijo una voz que pronunciaba el idioma tibetano de una

manera extraña.

Me volví. Era Kenji Tekeuchi, el monje japonés que había estado en todas partes, que había visto y hecho tantas cosas y que, después de vivir las más variadas experiencias, se veía dominado por un extraño y peligroso desequilibrio mental.

—Te ha parecido mala la comida, ¿no es cierto? —me dijo con afecto—. Yo he tenido la misma dificultad que tú para tragarla y también tuve que salir corriendo por las mismas razones que tú lo has hecho. Vamos a esperar para ver qué sucede. Yo me quedaré aquí afuera un rato. Espero que el aire fresco me libre totalmente de las náuseas terribles que me ha provocado la comida.

—Señor —le dije con la mayor deferencia—. Tú has viajado por todo el mundo. Tal vez puedas decirme por qué en el Tíbet la alimentación es tan terriblemente monótona. Estoy completamente cansado de comer té y «tsampa» y «tsampa» y té. Algunas veces me resulta imposible tragar un solo bocado.

El japonés me miró con gran comprensión, como compadeciéndose de mí.

—¡Ah! —exclamó—. Me lo preguntas porque supones que he tenido que probar los platos más variados. Y tienes razón. Me he pasado la vida viajando. Conozco la cocina inglesa, alemana, rusa y, posiblemente, la de casi todos los países que puedas mencionarme. A pesar de mis votos religiosos, me he dado una buena vida o, al menos, así lo creí durante mucho tiempo. Pero ahora me entristece pensar que no cumplí con mis obligaciones. —Se animó de pronto—. ¡Ah, claro! Me has preguntado por qué nuestras comidas son monótonas. Voy a decírtelo. Los occidentales comen demasiado. Su alimentación es muy variada. Sus sistemas digestivos actúan siempre inconscientemente. Quiero decirte con ello que no están controlados por la parte consciente del cerebro. Según nuestras enseñanzas, si nuestro cerebro puede analizar, a través de los ojos, el tipo de nutrición que vamos a introducir en nuestro estómago, éste segrega los jugos gástricos necesarios, en cantidad y en calidad, para aprovechar los alimentos hasta el máximo. Si, por el contrario, los alimentos se ingieren indiscriminadamente y la persona que los come está perdiendo el tiempo en conversaciones inútiles, los jugos no son segregados de la forma adecuada, la digestión se hace penosa, se padecen indigestiones y, finalmente, se producen las úlceras intestinales. ¿Querías saber por qué nuestras comidas son tan pobres? ¡Bien! Cuanto más pobre y, dentro de unos límites razonables, más monótona es la comida que consumimos, más propicia es para el desarrollo de las partes físicas de nuestro cuerpo. Yo estudié lo Oculto con el mayor apasionamiento. Tenía grandes poderes de clarividencia. Pero siempre comí y bebí en proporciones realmente increíbles y perdí todos mis poderes metafísicos. Por ello, me vine aquí a Chakpori, para que cuidaran de mí y para que mi cuerpo cansado pudiera reposar un poco antes de abandonar este mundo. Y cuando, dentro de pocos meses, me vaya de la Tierra, los Trituradores de Cadáveres destrozarán mi cuerpo y terminarán la tarea que yo inicié,

hace ya mucho tiempo, y llevé a cabo a lo largo de toda mi vida comiendo y bebiendo desmesuradamente.

Me miró y se agitó un instante en uno de sus extraños y súbitos estremecimientos.

—No olvides mis palabras, hijo —añadió—. Sigue mi consejo. Aliméntate siempre con sobriedad y nunca perderás tus poderes. Si no crees lo que te digo, si comes como un animal hambriento, te destruirás a ti mismo. Y ¿qué ganarás con ello? Indigestiones, solamente indigestiones. Y úlceras gástricas que terminarán irremediablemente con tu buen humor. ¡Ay! ¡Ay! Tengo que irme. Creo que voy a tener otro ataque.

El monje japonés Kenji Tekeuchi se alejó precipitadamente hacia el sector de las lamas. Yo me sentía lleno de compasión y tristeza. Me hubiera gustado poder hablar con él durante mucho tiempo. ¿Qué tipo de alimentos le habían arruinado de aquella forma? ¿Serían sabrosos? De pronto, tuve conciencia de mis propios pensamientos, de mis dudas. Y me burlé de mí mismo. ¿Para qué atormentarme de aquella forma si todo lo que tenía a mi alcance era el té rancio y grasiento y el «tsampa» quemado, negruzco, repugnante? Sacudí mi cabeza resignado y entré en el comedor nuevamente.

Hablé con mi Maestro, el Lama Mingyar Dondup, unas horas después.

—Honorable Lama —le pregunté—, ¿por qué la gente compra horóscopos a los charlatanes de «El Camino»?

Mi Maestro lanzó un hondo suspiro.

—Como tú ya sabes, Lobsang —me respondió—, ningún horóscopo es válido si no se prepara especialmente para cada persona. Los horóscopos no pueden ser preparados por un procedimiento de producción masiva. Los que los charlatanes venden en «El Camino» sirven tan sólo para sacar el dinero a las personas demasiado crédulas. —Me miró significativamente y continuó—: Naturalmente, los peregrinos que los compran, cuando regresan a su hogar, muestran esos horóscopos como un recuerdo del Potala. De esa forma se quedan satisfechos y los charlatanes también. Por ello, si todos se sienten tan felices, ¿para qué preocuparse con esas cosas?

—¿Crees necesario que las personas conozcan sus horóscopos auténticos? —le pregunté.

—No, Lobsang, no. Creo que, en general, no es conveniente. Sólo en algunos casos, como el tuyo, es aconsejable. Los horóscopos sirven muy a menudo para que las personas intenten eludir las responsabilidades de sus propias acciones. Por ello no soy partidario de que se recurra a la astrología, a no ser que existan para ello razones concretas y suficientes. Como tú sabes, la mayoría de las personas son como peregrinos que recorren la ciudad de Lhasa. Los árboles, las casas y el laberinto de las calles les impiden ver el camino que tienen ante ellos. Deben estar preparados para enfrentarse a cualquier contingencia. Desde aquí, desde nuestro elevado puesto de

observación, podemos ver con la mayor claridad los obstáculos que les esperan. Los peregrinos son como las personas que no conocen su horóscopo. Nosotros, por haber alcanzado un grado de desarrollo superior al de los peregrinos, somos como personas que sí conocen el suyo. Y ello nos permite ver el camino que tendremos que recorrer, con sus dificultades y sus obstáculos, y podemos prepararnos para superarlos cuando sea necesario.

—Hay otra cuestión que me preocupa enormemente, Honorable Lama. ¿Por qué no conservamos en esta vida los conocimientos que adquirimos en nuestras pasadas existencias?

Le miré lleno de ansiedad. Siempre sentía cierto temor cuando le hacía preguntas de este tipo porque sabía perfectamente que no tenía ningún derecho a profundizar en ciertas materias más allá de lo aconsejable. Pero mi Maestro, en lugar de molestarse ante mi curiosidad, me respondió con su amabilidad acostumbrada.

—Antes de venir a la Tierra, Lobsang, nos trazamos un plan de lo que intentaremos hacer. Nuestro subconsciente acumuló una serie de conocimientos. Y si nos es posible introducirnos en él (¡como hacemos algunos de nosotros!) podemos llegar a conocer con la mayor exactitud cuáles fueron nuestros planes. Naturalmente, si lo recordáramos todo detalladamente, nuestros esfuerzos para perfeccionarnos no tendrían ningún mérito porque todo lo tendríamos previsto de antemano. Algunas veces, por razones ocultas, durante un sueño o a través de un desdoblamiento consciente, las personas salen de su cuerpo y se ponen en contacto con su Ser Superior. Y ello permite en ocasiones entrar en contacto con los conocimientos almacenados en el subconsciente, consiguiendo que éstos se viertan en el cuerpo físico. Y cuando el cuerpo astral regresa a su envoltura terrestre, la mente conserva el recuerdo de las cosas que le sucedieron en sus pasadas existencias. Esto puede ser muy útil para no volver a cometer los mismos errores en que incurrimos a lo largo de nuestras vidas sucesivas. Te pondré un ejemplo. Una persona siente tal vez la tentación de suicidarse. Pero si esa persona fue castigada por haber cometido esa falta en otras ocasiones, tendrá una conciencia intuitiva del carácter negativo de la autodestrucción y ello le serviría tal vez para no ceder al deseo de autodestruirse de nuevo.

Yo reflexionaba sus palabras. Pensativo me acerqué a la ventana y miré al exterior. Debajo de nosotros, se extendía el húmedo verdor del pantano y la verde hermosura de los sauces.

Las palabras de mi Maestro desvanecieron mis ensueños.

—Siempre te gusta mirar por la ventana, Lobsang. ¿No has pensado nunca que lo haces porque, inconscientemente, sientes que tus ojos descansan al contemplar el color verde que predomina en el paisaje?

Me di cuenta de que, en realidad, siempre que me sentía cansado de estudiar mis

libros me asomaba en busca de aquel color.

—El verde, Lobsang —dijo mi Maestro—, es un color que tiene la propiedad de aliviar nuestros ojos fatigados. Cuando visites el mundo occidental, verás que en algunos teatros existe un «salón verde», donde los actores y las actrices descansan y alivian sus ojos, sometidos durante algún tiempo a la intensa luz de los focos.

Mis ojos se abrieron asombrados. Pensé que, cuando se me presentara la ocasión, suscitaría nuevamente el tema de los colores que me parecía tan apasionante.

—Ahora debo irme, Lobsang —dijo mi Maestro—. Pero mañana ven a verme otra vez y proseguiremos nuestras clases.

Se levantó y se fue, después de darme unas cariñosas palmadas en el hombro. Durante unos instantes, seguí contemplando el húmedo verdor de las hierbas de los pantanos y de los árboles, tan beneficioso para mis ojos fatigados.



## Capítulo duodécimo

Me detuve unos instantes a mitad del sendero y contemplé la ladera de la montaña. Mi corazón estaba lleno de tristeza y las lágrimas ardían dentro de mí pugnando por brotar de mis ojos. Se llevaban al anciano Kenji Tekeuchi. El monje japonés había «regresado con sus Antepasados». Los Trituradores de Cadáveres se llevaban su pobre cuerpo sin vida lejos de nosotros. ¿Estaría acaso su Espíritu recorriendo un sendero bordeado de cerezos en flor? ¿O tal vez contemplaría una vez más los errores de su vida y empezaría a preparar su regreso a la Tierra? Miré hacia abajo y, antes de que los hombres doblaran un recodo del camino, vi el patético conjunto de carne que antes había sido un hombre.

El sol se ensombreció de pronto y me pareció que veía su rostro entre las nubes.

¿Sería cierto, me preguntaba, que los Guardianes del mundo existían? Los Grandes Espíritus Guardianes estaban destinados a dar testimonio de los sufrimientos del Hombre a lo largo de su vida sobre la Tierra. Pensé que serían lo mismo que maestros. Tal vez cuando Kenji Tekeuchi se hallara en su presencia, éstos le dirían que había aprendido bien la gran lección de la existencia. Esperaba que así sucediera, porque fue un débil anciano que había vivido mucho y sufrido mucho. ¿O tal vez necesitaría volver a encarnarse y asumir una nueva envoltura carnal para seguir aprendiendo? ¿Cuándo volvería? ¿Dentro de seiscientos años? ¿Ahora mismo?

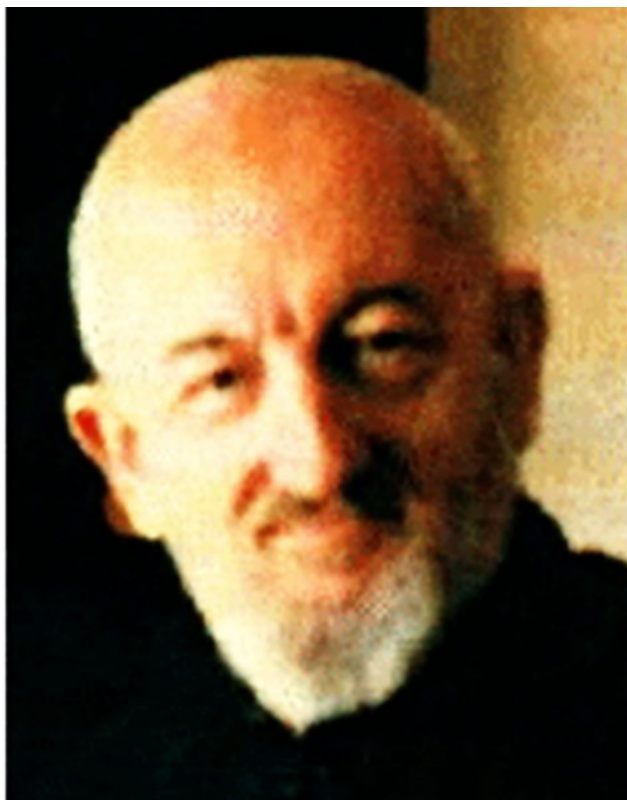
Pensaba todo aquello y pensaba, al mismo tiempo, en el servicio religioso al que no había acudido para asistir al Servicio de Acompañar a un Muerto. Las vacilantes llamas de las lámparas de grasa eran como una imagen de nuestra pobre vida. Recordé las nubes de incienso, con su dulce aroma, que al ascender parecían transformarse en seres vivientes. Por un momento había imaginado que Kenji Tekeuchi acababa de regresar de nuevo con nosotros y estaba vivo. Pero su cuerpo se alejaba por el sendero lentamente. Tal vez en aquel momento su espíritu estaba contemplando en el Archivo Akáshico las escenas de todo cuanto le había sucedido. Y, posiblemente, podría conocer claramente cuáles fueron sus errores para recordarlos cuando regresara de nuevo a la Tierra.

El anciano me había enseñado muchas cosas. A su manera, me demostró su aprecio y me trató como a un igual. Pero ya había abandonado este mundo. Yo arrastraba sin prisa mis sandalias gastadas sobre la tierra y sobre las rocas. ¿Cómo habría sido su madre? Me resultaba imposible imaginármelo joven, en su hogar, entre su familia. La soledad debió de ser dura para él, porque siempre vivió entre extraños, muy lejos de su patria, muy lejos de la cálida brisa de su Montaña Sagrada. Me había hablado del Japón muchas veces. Y cuando lo hacía, su voz enronquecía y sus ojos brillaban con una luz extraña.

Un día me sorprendió profundamente asegurándome que las personas solían

aventurarse en el peligroso mundo de los acontecimientos ocultos cuando en realidad, en lugar de asediar a un Maestro con sus preguntas, lo que deberían hacer es esperar a alcanzar la preparación necesaria para ello. «El Maestro llega “siempre” cuando el alumno está preparado para recibirlo, hijo», me había dicho. «Cuando tengas un Maestro, obedécele en todo, porque ésa es la única forma de alcanzar la verdad deseada».

Oscurecía. Las nubes pasaban veloces sobre nosotros y el viento arrastraba su cotidiano cargamento de polvo. Debajo de mí, en la Llanura, un pequeño grupo de hombres pareció salir de la montaña. Suavemente colocaron su patética carga sobre un caballo y se alejaron todos lentamente. Yo estuve contemplando el pequeño cortejo fúnebre hasta que se perdió en el horizonte. Después, sin prisas, volví la espalda a la Llanura y ascendí pensativo a la montaña.



T. LOBSANG RAMPA, fue el indiscutible introductor del budismo tibetano ante el gran público de Occidente, un nombre mítico entre los pioneros de la «invasión» espiritual oriental que hoy vivimos. Supuestamente era un lama tibetano que se hizo famoso mundialmente en 1956, cuando publicó *El Tercer Ojo*, un libro de extraordinario impacto que no ha dejado de ser reeditado desde entonces. Pero siempre se dudó de su autenticidad y las dudas fueron aumentando hasta su muerte en 1981. Hoy, la mayoría de los entendidos se inclina por reconocer que en realidad se trataba de un antiguo fontanero irlandés llamado Cyril Henry Hoskins, que nunca había estado en los Himalayas y cuyo conocimiento del budismo tibetano era más bien escaso.

Sin embargo, no son pocos los que aún defienden su memoria, los que mantienen que T. Lobsang Rampa era un auténtico lama, nacido a principios del siglo xx en Tíbet, educado y entrenado en el monasterio-hospital Chakpori de Lhasa y en 1923 trasladado a estudiar Medicina a la Universidad china de Chungking, que conoció a Chiang Kai Shek y que fue torturado por los japoneses como prisionero de guerra en la segunda guerra mundial.

Entre expertos y aficionados al budismo tibetano y al esoterismo oriental se da por hecho que este lama tibetano ni fue lama ni fue tibetano. El movimiento «escéptico» hace hincapié en sus «indiscutibles» profesión de fontanero y nacionalidad inglesa o irlandesa. La conocida revista dedicada a fenómenos extraños *Fortean Times*, en su núm. 63 de junio/julio de 1992, publicó un reportaje de Bob Rockard en portada caracterizándolo sin rodeos como un engaño, un *hoax*. El

reportaje fue abundantemente reproducido en España por una revista del género. Pero curiosamente, ni los editores de *Fortean Times* ni la mismísima British Library conservan hoy ni un solo ejemplar de aquel número.

Pero no todo el mundo lo tiene tan claro. Philip Porter, que lleva diez años investigándolo, deja todas las posibilidades abiertas y recaba información por todo el mundo con el objetivo de poder resolver las incógnitas que rodean al extraordinario personaje.

# Notas

[1] Fórmula sagrada, iniciada con la sílaba mágica, que debe repetirse intermitentemente hasta conseguir el vacío mental y la unión con la divinidad. (*N. del T.*) <<

[2] Discípulo bajo la dirección de un «gurú», o maestro. (*N. del T.*) <<

[3] El primer nombre que llevan los tibetanos corresponde, según la tradición, al día de la semana en que nacieron. (*N. del T.*) <<



[4] El Loto o Padma constituye el símbolo del espíritu y sus pétalos varían en cada uno de los siete Chakras (o plexos) fundamentales, a través de los cuales el Kundalini asciende hasta que el yogui alcanza el estado supremo de Samadhi (la superconciencia). Una de las posturas fundamentales del yoga es el Palmasana (o postura del Loto) que es la postura para meditar y alcanzar el máximo desarrollo espiritual. *(N. del T.)* <<